Seix Barral

# Antonio Iturbe

# Música en la oscuridad

# Table of Contents

Sinopsis
Portadilla
Barcelona, 1977
Mallén, 1915
Casetas, 1930
Llegan al número 8 de...
A Mariano lo despierta...
El alcalde luce traje de...
Los dedos conocen cosas que...
Frío y silencio al caer...
Hoy iba a ser otro día...
Jerónimo, después de estar toda...
Joaquina navega por la cocina...
Mariano va camino del almacén...
Al llegar a casa...
Esa mañana ha venido otra...
La amapola es una flor...
Joaquina ralla la piel de...
Ya son dos faltas, Mariano...
Mariano camina con aire decidido...
Va por la mañana al...
Detrás de la casa, el...
En Casetas nunca se detiene...
Antes de que se levante...
Jerónimo va camino de...
Han vuelto a aparecer corazones...
La tela la encargó...
Al abrir los ojos ya...

Mariano y Joaquina se miran...
Mariano está trabajando muy concentrado...
Julia llega al horno con...
Ha tomado un café y...
Cuando Julia sale a barrer...
Después de dar las últimas...
El alcalde lo ha convocado...
Los domingos Casetas se despierta...
El viento se ha parado,...
Joaquina aprieta bien el cordel...
Noche de insomnio...
Da una larga caminata como...
Mariano toma café junto a...
A veces Mariano camina...
Al paso de los primeros...
La banda ha vuelto a...
Mariano entra en el local...
Desde que su madre...
El coche de línea llega...
Llevaba semanas pidiendo...
Mariano ha estado tan atento...
El mosén se abrocha...
Van en la camioneta...
A esa hora del silencio...
El Centro Instructivo de Casetas...
En el despacho de la...
En el Casino Republicano...
Con tanto trabajo...
Mariano está esos días entretenido...
Mariano está sentado...
Ha sido un día largo...
El secretario de la alcaldía...
En la radio suenan fanfarrias...
La noticia llega con el...
Epílogo

Qué fue de...
Agradecimientos
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

# Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Barcelona, 1977
Mallén, 1915
Casetas, 1930
Llegan al número 8 de...
A Mariano lo despierta...
El alcalde luce traje de...
Los dedos conocen cosas que...
Frío y silencio al caer...
Hoy iba a ser otro día...
Jerónimo, después de estar toda...
Joaquina navega por la cocina...
Mariano va camino del almacén...
Al llegar a casa...
Esa mañana ha venido otra...
La amapola es una flor...
Joaquina ralla la piel de...
Ya son dos faltas, Mariano...
Mariano camina con aire decidido...
Va por la mañana al...
Detrás de la casa, el...
En Casetas nunca se detiene...
Antes de que se levante...
Jerónimo va camino de...
Han vuelto a aparecer corazones...
La tela la encargó...

Al abrir los ojos ya...
Mariano y Joaquina se miran...
Mariano está trabajando muy concentrado...
Julia llega al horno con...
Ha tomado un café y...
Cuando Julia sale a barrer...
Después de dar las últimas...
El alcalde lo ha convocado...
Los domingos Casetas se despierta...
El viento se ha parado,...
Joaquina aprieta bien el cordel...
Noche de insomnio...
Da una larga caminata como...
Mariano toma café junto a...
A veces Mariano camina...
Al paso de los primeros...
La banda ha vuelto a...
Mariano entra en el local...
Desde que su madre...
El coche de línea llega...
Llevaba semanas pidiendo...
Mariano ha estado tan atento...
El mosén se abrocha...
Van en la camioneta...
A esa hora del silencio...
El Centro Instructivo de Casetas...
En el despacho de la...
En el Casino Republicano...
Con tanto trabajo...
Mariano está esos días entretenido...
Mariano está sentado...
Ha sido un día largo...
El secretario de la alcaldía...
En la radio suenan fanfarrias...
La noticia llega con el...

Epílogo
Qué fue de...
Agradecimientos
Créditos

## Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

**Explora Descubre Comparte**

# Sinopsis

En el invierno de 1930, llegan al barrio rural de Las Casetas Joaquina y su marido, un clarinetista de la banda de Zaragoza, sastre de profesión, llamado Mariano. Ha sido contratado para hacerse cargo de la exigua banda municipal de esa localidad de gente trabajadora, mayormente agricultores sin formación. Enseguida conoce a los que han de ser los miembros de su banda: campesinos con los dedos deformes y las uñas negras sin ningún sentido musical. Pero nadie parece querer ponerselo fácil, ni siquiera funciona la pequeña sastrería que abre y es Joaquina la que debe trabajar en un horno de pan y vendiendo bocadillos en la estación para sacarlos adelante.

Sin embargo, poco a poco, Mariano conseguirá ganarse la confianza de esa gente ruda y él mismo aprenderá a confiar en ellos. Firme creyente en las ideas progresistas de modernizar el país a través de la educación y la cultura, realmente conseguirá, a través de su pasión por la música, mejorar las vida de estas personas. Frente a sus logros, emerge sin embargo una curandera a la que llaman «la bruja», empeñada en expulsar a Mariano y su esposa de la comunidad. Y entre ambos se establecerá un pulso entre razón y magia, rechazo y deseo, mientras la amenaza de la guerra avanza inexorablemente.

# Música en la oscuridad

Antonio Iturbe

*Barcelona, 1977*

Es domingo, la lluvia empapa el parque de la Ciudadela donde los gatos han convertido la vieja máquina de tren en una casa de hierro que gotea óxido y vísceras de pájaros. En el quiosco redondo de la música, de un modernismo vagamente oriental, situado frente a la cascada de los dragones chinos, la banda municipal se apretuja, las barrigas de los músicos presionan los botones de falso oro de los uniformes, agitan instrumentos de latón y bronce. Tocan marchas enérgicas con brío como si hiciera sol, aunque la mañana lluviosa haya vaciado el parque y el hombre callado que vende almendras garrapiñadas, gajos de coco y martillos de caramelo haya tapado su carrito con una lona gruesa donde tamborilea el agua.

No todos se han ido. En la explanada de tierra, atento a esa música que de tan alegre suena triste, permanece de pie bajo la lluvia un anciano solitario vestido con un impermeable azul oscuro. Se llama Jerónimo. Lleva agarrados con firmeza a sus dos nietos, que andan tirando de sus manos ásperas de agricultor para librarse de esa tabarra metálica de trombones y platillos, para poder pisar los charcos. La cabeza de Jerónimo sigue el compás y bajo las cejas de pelos blancos, tiesos como alambres, los ojos le brillan. Ellos no lo pueden saber: es un brillo de juventud.

Han oído anécdotas, apodos raros de gente, refranes de ese lugar remoto de donde emigraron a la gran Barcelona llamado Las Casetas, aunque todo el mundo, para economizar, le llamaba Casetas. Habían regresado algunos veranos calurosos en trenes lentos que olían a pies, una población pequeña en la que temían extraviarse porque a pesar de ser minúscula estaba rodeada de campos infinitos. Una de esas historias deshilachadas que a veces iban y venían en la mesa de la

cocina al poner y quitar los platos era la de que su abuelo había tocado el saxofón tenor, pero ellos nunca lo vieron tocar ningún instrumento ni afinar otra cosa que no fuese esa navaja que llevaba para pelar la fruta y afilar unos lápices minúsculos con los que iba dejando la fecha y la firma en las paredes en un afán de mostrar que él, aunque fue poco a la escuela, sabía escribir su nombre. La suya no era una familia culta, su madre lo repetía muchas veces: ellos eran obreros. En su casa la única música era la de las cintas de casete que regalaba la caja de ahorros por Navidad junto al calendario y unos bolígrafos de propaganda.

Años después, cuando el nieto pequeño ya está en la edad del regreso, al rebuscar en uno de esos armarios de lo inútil que no se abren nunca, encuentra aquel impermeable azul de su abuelo confeccionado en Bilbao que se ponía las mañanas lluviosas de domingo. Mete las manos en los bolsillos del viejo chubasquero y las saca llenas de preguntas sin respuesta. ¿Por qué nunca lo escuchó tocar? ¿Por qué en los años 1930 en una población agrícola pobre, de gente mayormente analfabeta, con casetas tan bajas que había que entrar rezando, un campesino rudo como su abuelo llegó a aprender a tocar un instrumento tan refinado como el saxofón? ¿Cómo es posible que de sus dedos encallecidos de esquejar remolacha y sus manos orinadas para aliviar la piel agrietada emergiera la delicadeza de la música?

*Mallén, 1915*

El silencio de los campos se convierte en los oídos del pequeño Mariano en un hilo de sonido continuo, agudo, infinito. Durante años va a creer que el silencio tiene su propia música hasta que, ya mayor, un médico le explique que ese pitido permanente es un acúfeno, que no viene de ninguna parte, que está dentro de él.

Se le ha hecho tarde jugando a fabricarse una flauta con un junco. El aire del Moncayo corta los labios, sella las puertas de las casas, levanta remolinos de polvo y frío. Busca abrigo en la iglesia a esa hora en que ya ha terminado la misa y el cura está en el casino echando la partida, pero allí dentro el frío es más frío. La oscuridad, más oscura. Se pone de puntillas para tomar agua bendita y santiguarse. Dios le escuece en los labios. Los cirios agrandan las sombras. El aire está saturado de olor a cera derretida.

Salta sobre uno de los travesaños donde se arrodillan los domingos y cruje como cruje el hielo.

Se detiene frente a la escultura del Cristo de la Columna que sacan en procesión el Jueves Santo por todo Mallén. Le piden con rezos y promesas que traiga lluvia en los meses de secano, que devuelva la vista a los ciegos, que haga caminar a los tullidos, que los sordos oigan. La gente le tiene fe a ese Jesús maniatado brutalmente a una columna de piedra. Siente el dolor de esas manos retorcidas hasta darse la vuelta como si le hubieran quebrantado los huesos. Lo fascinan las costillas que tensan la piel de mármol, la blandura del ombligo y ese cuerpo que sangra, que debería ser de piedra pero es carne. La figura de Jesús tiene en la mirada algo que no es amor hacia esa humanidad a la que ha venido a salvar, sino una mezcla de decepción y desprecio. En ese momento, la estatua del Cristo mueve

sus ojos y lo mira.
Se asusta tanto que no puede gritar.
Echa a correr por el pasillo de la iglesia apagando las velas a su paso, sin mirar atrás, dándole la espalda a Dios.
Corre aterrado, tropieza, no tiene edad de llevar pantalones largos y al caerse se levanta con la rodilla descorchada, y sigue corriendo, gotea sangre negra, moquita, miedo. Corre hasta los campos. Trata de tararear algo que lo calme, pero tiene un nudo en las cuerdas vocales, el corazón en la boca, los ojos de piedra clavados en el pecho.
En la oscuridad alumbrada por la luna huele al alfalce cortado, a plumas de gallina, a tierra seca. Atraviesa campos donde el maíz que nace se convierte en garras con uñas de cuchilla. Quiere tararear y no puede. Quiere silbar y no puede. Deja atrás los campos labrados del tío Severo empapados de estiércol y noche. Desde el camino distingue la silueta a lo lejos de una paridera abandonada que ya no se usa para el ganado desde que encontraron colgado de una viga con su propio cinturón al tío Liendres. Dicen que tenía el mal de los pastores solitarios, que de tantas horas de pensar en el silencio de los montes se les cuajan los sesos y acaban cortándose las venas con el cuchillo como si fueran queso tierno o se cuelgan del cuello y se van de este mundo enseñando una lengua morada tan hinchada que parece que les salga el hígado por la boca. Siente que se le hincha su propia lengua y grita.
Con el grito, los nudos de la garganta se deshacen. Jadea y corre y empieza a canturrear. Una nana que le susurraba su madre, que aún le canta cuando está malito.

*Pajarito que cantas*
*en la laguna*
*no despiertes al niño*
*que está en la cuna*
*ea la nana, ea la nana*
*duérmete lucerito*
*de la mañana*

Sigue cantando, cada vez más fuerte. Y las garras regresan a la tierra,

las estatuas vuelven a la piedra, la noche a la noche.
Tras la curva del camino aparece por fin la casa, la luz.

*A dormir va la rosa*
*de los rosales*
*a dormir va mi niño*
*porque ya es tarde*

Lo aprende ese día y ya nunca lo olvida: la música es lo contrario del miedo.

*Casetas, 1930*

Mariano se hizo socialista para no tener que volver a entrar en una iglesia. Los socialistas no creen en las supersticiones sino en la ciencia, no creen en la justicia de Dios sino en la justicia social, no creen en las desigualdades sino en el reparto de la riqueza. ¿Pero no era eso lo que decía una parte del libro sagrado, la que más le gustaba? ¿No fue Jesús de Nazaret el primer socialista de la historia? ¿No lo dio todo a los demás, hasta su propia vida? Pero le parece que los obispos no lo ven así, que son más partidarios de acumular que de repartir.

Las últimas calles de la ciudad se han llenado de tierra y pájaros muertos, de sembrados grises esperando que pase el invierno. Los pensamientos saltan en su cabeza con los botes del carro. Baches, piedras, barro, sacudidas. Nadie habla. Los ejes de las ruedas gruñen. Por dentro, algo salta. Será su corazón que golpea más deprisa que otros días porque hoy empiezan una nueva vida.

Saca del bolsillo un ejemplar de la revista *Estampa*, se la compra siempre que puede gastarse los 30 céntimos. El papel está arrugado de tanto mirarlo. Se va hasta la página donde entrevistan al aviador Ruiz de Alda, que prepara una vuelta al mundo por el aire. Los tiempos avanzan y es necesario que el país no se quede atrás. El propio periodista se sube al aeroplano para contar lo que ve desde arriba y el vaivén del carro le mueve las letras. Da igual, se sabe el artículo casi de memoria. El periodista explica que se mostraba receloso, que no podía ponerse las gafas del temblor de las manos por la inquietud de volar, pero cuando despegan y mira las cosas desde el aire lo describe todo con entusiasmo: ¡Un pueblecito!... ¡Unas mulas arando!... ¡La pequeña oruga negra del tren!

A Mariano le fascinan esas máquinas voladoras que al mirar desde

arriba empiezan a desvelar todos los secretos del planeta. El progreso le ha quitado a Dios el monopolio de mirar desde el cielo.

El traqueteo del carro hace temblar a Joaquina, que agarra con fuerza el baúl donde han metido su vida entera lo mejor doblada posible, porque ella es cuidadosa, incluso metódica. No como Mariano, que se cree muy sensato, pero ella lo tiene calado y sabe que tiene siempre la cabecica en las nubes.

Mariano también tiembla. Se sube las solapas del abrigo de lana inglesa. Un sastre ha de tener un buen abrigo para mostrar lo que sabe hacer, pero tampoco demasiado lujoso; su padre le enseñó que un sastre nunca ha de llevar un traje mejor que el de sus clientes. A veces veía cómo la gente pudiente venía a casa y el traje les parecía estrecho o ancho o corto o largo, porque nadie está contento nunca, porque todo nos parece que podría ser mejor de lo que es, y veía a su padre disculparse, asegurar con la cabeza gacha que lo reharía de nuevo, sin coste por supuesto. Le hace daño por dentro recordar a su padre agachando la cabeza ante la gente adinerada.

Él fue educado en la modestia y es un hombre humilde, educado, servicial. Podría decirse que es una persona apocada. Pero por dentro, en ese fondo interior oculto incluso para uno mismo, hay un chapoteo de insumisión. Ha heredado de su padre la profesión de sastre y esa fascinación por la música que viene de muy adentro. A veces piensa que el impulso de ser músico surge de esa necesidad de coser algo sin hilo ni tela, que no pueda pertenecer a nadie. Ya sabe que tocar una pieza musical no es más que soplidos de aire y ondas sonoras que se juntan unas con otras, que no hay misterio ninguno en eso. Pero a veces se pregunta si ese impulso de tocar no nacerá en alguno de esos ríos subterráneos de rebeldía.

Empieza a sonar Mozart en el gramófono de su cabeza. Mozart con su peluca de polvos de arroz. Mozart hundiendo sus zapatos vieneses de charol y sus medias blancas en el fango de los campos que huelen a paja podrida. Mozart sembrando en esas tierras tristes a las afueras de Zaragoza la gran Sinfonía en sol menor, la número 40. Cierra los ojos. Ya está dentro. Puede ver al maestro dirigiendo la orquesta con su mano blanca de cura. Mozart, cuando ya la tenía terminada, decidió

añadir *in extremis* a la partitura unos clarinetes, casi de tapadillo, pero en esa sinfonía su lluvia fina acaba imponiéndose a la voz recia de los oboes. Las corcheas de fondo son un latido, son cada vez más pulsantes, traquetean con el movimiento de carro, saltan afuera y se pierden en la tarde, en el camino que queda atrás. Ya no le pertenecen, se las han comido los gorriones. Se sacude de la cabeza una idea absurda: esas notas tienen algo de profecía lúgubre, como si quisieran advertir de una catástrofe.

Cuando le contó a Joaquina que le habían ofrecido el puesto de director de la banda municipal en un barrio rural a 15 kilómetros de la ciudad, él estaba demasiado eufórico para darse cuenta de que ella arrugaba el gesto como si escurriera un trapo mojado.

La euforia es una felicidad de cerilla que arde un momento y enseguida se apaga. Ella sabe que nadie más habría aceptado irse a ese lugar en medio de ninguna parte. La señora que le vendía cada día el cuartillo de leche le ha explicado que ahí las viviendas son tan pobres que le llaman el barrio de Casetas, que es una estación de enlace por donde pasan muchismos viajeros, pero ninguno se queda.

Les llega amortiguado el bisbiseo del carretero. Jerónimo, al que llaman el Castro, va susurrándole algo al macho. Se entiende mejor con los animales que con las personas.

Los animales no te piden nada y te lo dan todico. Las personas lo único que damos son disgustos.

Prefiere hablarle al mulo, esa criatura solitaria resultado del acople brutal de su padre asno con su madre yegua, porque nunca le lleva la contraria; asiente a todo lo que le dice con un cabeceo resignado.

Se pone a chispear y Jerónimo empieza a cagarse en Dios. Cae un agua pesada cargada del lodo de los Monegros y enseguida se quita el impermeable, aunque haga un frío que coagula la sangre. Lo dobla con cuidado y lo guarda en la cajica de madera, no fuera a manchase. ¡Con lo que ha costado! Y todavía faltan dos plazos por pagar en la tienda de la Experta. Bueno, lo ha pagado Julia, le explica al mulo, que para ella no gasta ni una perrica, pero le gusta que él vaya muy pincho.

La voz de Mariano suena extraña en la tarde. Demasiado sonora,

excesivamente humana en esos campos que pertenecen a la remolacha y el alfalce, a las picarazas de plumas negras que picotean insaciables, a la caída de la tarde que empapa el aire de frío.

—Soy el nuevo director de la banda.

No recibe respuesta. Jerónimo ya tiene suficiente conversación con el macho. Que este gacho alguna cosa va a pedir.

—Igual a usted le interesa la música.

Silencio. Chirrido de ejes. Por la boca muere el pez. Traqueteo.

—También soy sastre. Igual le hace falta un traje para los días de guardar.

Jerónimo contesta con tono irritado.

—A mí lo que me hace falta son dineros.

Más silencio, más bandazos. En boca cerrada no entran moscas. Más frío de enero.

Mariano mira a Joaquina encogiéndose de hombros. Habría querido ofrecerle para empezar su nueva vida un transporte mejor que ese carro con olor a gallinero y ese cochero de mala sombra. Pero las sombras no se eligen, son ellas las que nos persiguen a nosotros.

Atraviesan Utebo, pocas casas, una torre de iglesia mudéjar donde el sol apenas calienta los azulejos. Después, más campos silenciosos, olivos, una zona de frutales esqueléticos y más campos amarillentos cruzados por el sistema linfático de las acequias. Más allá, unas hileras de casas cochambrosas sobre calles de tierra, más torcidas que rectas, tan bajas que alzando la mano tocarías las tejas: el barrio de Casetas.

Antes de llegar, pasan por delante de la sima, una brecha abierta en el terreno donde la gente sensata no se acerca. Los geólogos tratan de explicar que la sima se produce por la erosión de la roca caliza a causa de las filtraciones del río Ebro. Pero solo la tierra sabe por qué se abre. Hay alguien de pie asomándose a esa raja profunda como si quisiera ver adentro.

Él no es supersticioso. Los socialistas no creen en patochadas, pero le importa el orden en que suceden las cosas. Se fija en esa primera persona del pueblo que se cruzan al llegar: una mujer, un vestido largo morado que parece de otra época, una gandaya en la cabeza que no es como las pañoletas finas anudadas en la barbilla que suelen

llevar allí las mujeres, sino más bien una cofia alargada de color amarillo oscuro como un calcetín que recoge el pelo rojo que le cae hasta la cintura. Ven que se gira hacia ellos como un animal cuando ventea.

Jerónimo murmura muy seco:

—Haga como que no la ve.

—¿Y qué hace ahí?

—Ni lo sé ni me importa.

—Pero algo hará...

Jerónimo resopla y se caga en la Virgen no muy disimuladamente. A ver si se lo puede explicar corto y claro a ese forastero para que lo deje en paz.

—Dicen que va a la sima a hablar con el diablo.

—¿Y eso?

—Es la bruja.

—¿Por qué la llaman así?

—Tiene el don.

Mariano le hace una mueca a Joaquina. Cuando dicen de alguien que tiene el don es que te pone las manos encima y se te seca una verruga del tamaño de un garbanzo o dice unos recitados mientras quema unas raíces cogidas con la luna nueva para curar la pulmonía.

Agita la cabeza a lado y lado con disgusto. En España, en muchos pueblos no hay biblioteca, no hay cinematógrafo, no hay ni escuela, pero siempre hay un curandero que sana a la gente con cuatro yerbas y cuatro conjuros. Las ideas le traquetean en la cabeza. Hacen falta médicos en lugar de charlatanes. Más maestros y menos curas. Esa mentalidad supersticiosa sitúa a España a la cola de Europa, sueña con cambiar ese país atrasado. A la gente no hay que darle sermones ni remedios mágicos sino tierra y escuelas. Se necesitan más lecciones de geografía, más matemáticas, más música, y menos milagros.

Llegan al número 8 de la calle de la Parra. Más allá, las tierras de labranza propiedad del duque de Costrino se extienden hasta la línea caliza de la sierra de El Castellar. Casas bajas, calles cortas, campos anchos, viento malo.

Jerónimo le acaricia afectuosamente el pescuezo al mulo. El macho asiente.

Mariano y Joaquina mueven el baúl grande y con el peso desequilibran la caja del carro. Jerónimo se caga en Dios. Se caga en la Virgen. Se caga en el copón bendito. A ver si encima le van a romper algo, que cuando el señor alcalde le dijo que los trajera a Casetas a la vuelta del mercado, de pagar no mencionó nada, el gacho. «A ti no te cuesta nada, Castro.» ¡Y a ti menos, ladrón!

No hace ni amago de quitarse la manta de las rodillas para ir a echarles una mano. A ver si encima de cornudo, apaleado.

Consiguen poner el baúl en el suelo con un golpe, la tierra es dura, compactada de tantas heladas que se le han quedado adentro. Algunos visillos se descorren en las ventanas de enfrente. Hay ojos que miran, que callan, que desconfían. Los forasteros son como el viento del Moncayo, trae frío y nunca se sabe lo que ha venido a llevarse.

Se abre la puerta y sale una vaharada de pan caliente y mantecados con raspadura de limón. Una mujer vestida de negro con una mantilla de lana espolvoreada de blanco les dice que entren, que se ha girado la tarde y hace mal orache. Al poco aparece su hermano, Tomás, el panadero, envuelto en una nube de harina. Agarra el baúl con la misma facilidad que un chusco.

Todavía no lo saben, de ese horno nadie se va sin un pan, traiga o no traiga dinero; la panadera apunta las deudas con el dedo en la harina posada sobre el mostrador y se borran con la primera corriente de aire. En Casetas todos la llaman Tía María, incluso los que no son

parientes. Jerónimo le suele decir al mulo que a quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos. María y él son hermanos de leche, se criaron de la misma teta de la madre de Jerónimo y eso es como ser familia. Igual, más aún.

La Tía María les dice que tomen del patio cualquier cosa que sea menester para arreglar la casica anexa a la panadería. El salario de director de la banda es poca cosa, pero incluye casa y carbón, así que podrán poner el pequeño taller de sastrería.

Entre los mil cachivaches del cobertizo donde también se apila la leña para el horno, Joaquina rescata un par de sillas de brazos, descarta una sartén comida por el óxido, le saca la mugre a un par de ollas con el estropajo de esparto. Mariano encuentra un álbum de cromos de los chocolates Nestlé con láminas de conchas marinas que tienen forma de caracol, de flor, de bocina de gramófono, de saxofón. Un día le gustaría ir a ver el mar; se lo imagina como el Ebro pero sin que llegues nunca a ver la orilla de enfrente.

En la planta de abajo, junto con la cocina, hay un saloncito y una habitación que será el taller de sastrería de Mariano. Suben el baúl entre los dos. Arriba hay un par de habitaciones y, al fondo, una puerta verde de madera basta con telarañas en el marco, que debe llevar mucho tiempo cerrada.

—Dará a un trastero.

Joaquina se encoge de hombros sin prestarle más interés. Mariano le da un par de empellones a ver si abre, pero Joaquina le dice que lo deje estar, no sea que encuentren lo que no se quieren encontrar. Inmediatamente Mariano piensa en los ratones; a ella le producen aprensión y a él, más todavía. Pero él necesita saber qué hay detrás de las puertas cerradas, no soporta la incertidumbre ni la ambigüedad de lo que no se puede saber con precisión matemática.

Le va a pedir la llave a la Tía María. Está amasando masa de mantecados con el brazo metido hasta el codo en una tina y no recuerda que haya trastero ninguno en esa casa. La construyó su padre tomando un trozo del patio y nunca ha llegado a vivir nadie ahí. Echa en la mezcla una pizca de levadura y sigue amasando. No tiene llave de esa puerta cerrada. Ya avisará un día al Fardacho, el cerrajero.

—Pero un día que no esté mojadico, el mozo. Que se mete en la taberna a chupar y sale amerado.

Al salir del horno hay en el patio un joven corpulento cargando al hombro un saco de harina. Tiene una profunda cicatriz en la cara y la boca quebrada. Mariano le da las buenas tardes al pasar, pero el otro, con la boca torcida como si le hubiera dado un mal aire, le suelta un desagradable graznido de cuervo. Llega la Tía María secándose las manos en el delantal.

—Pierda cuidado, Mariano, que el mozo es brutico pero tiene buen corazón. ¿Verdá que sí, Mudo?

Asiente con la cabeza. Antes de que se marche le da como propina media hogaza para que por la noche cene con su madre unas sopas de pan.

—Se llama Tono, o así lo llama su madre, porque aquí todos le decimos el Mudo, pero también el Loco. Pa mí que grilladico del todo no está, pero una miaja igual sí.

Le cuenta que en la sala de espera del doctor Leocadio la cabeza le dolía tanto que se volvía loquico perdido. Su madre llevaba en la mano agarrado por las orejas un conejo vivo y pataleando, para pagar la visita. Perricas no había.

El doctor lo miraba con la misma mala gana que al conejo. Le decía a la madre que todo eran pataletas y caprichos, que lo que tenía era mimo de hijo único.

Es que se le habían muerto las tres hermanicas una tras otra, a la última se la llevó la tos ferina. Le recetaba un aceite de ricino amargo como la hiel, más para joderlo que para curarlo.

La madre le puso velas y le rezó a santa Rita, la patrona de los imposibles, pero el dolor no se le iba al crío. Su madre vendió un tocinico y con aquellas perras envueltas en un pañuelico se fueron a Zaragoza a consultar al especialista. El doctor decían que era una eminencia, aunque era muy estirado, muy rufo. Dijo que eran dolores del crecimiento, y recetó unas pastillas amarillas de calcio para fortalecer los huesos. La madre, para pagar al farmacéutico, tuvo que empeñar el anillo de boda, aunque no le penó porque el marido se había esmoscado una tarde a dar una vueltecica, pero debió ser la

vuelta al mundo porque el hijoputa nunca volvió.
La noche que cayó al suelo con convulsiones llegó al hospital en el carro de Correos dándose golpes en la cabeza con las sacas para matar el dolor o matarse él. Su madre se pasó un día entero en la sala de espera de la clínica hasta que llegó una enfermera muy gobernanta.
Le puso delante de los morros un papelico y le dijo que tenía que firmar la autorización para la operación. ¿Qué operación, pues? La enfermera le explicó de mala gana, como si fuera más claro que el agua, que el crío tenía un tumor en la cabeza del tamaño de un melón y le estaba aplastando los sesos.
La regañó mucho por no haberlo llevado antes a examinar porque igual era ya demasiado tarde. La enfermera le tendía la hoja de la autorización como si le echara la muleta al becerro para que entrase al trapo, así, si moría el crío, la responsabilidad sería suya.
Y la mujercica solo temblaba sin apartar las manos del regazo y no paraba de rezarle a la virgencica del Pilar. La enfermera, que era muy raspa, le dijo que no tenía todo el día, que si firmaba o no, y ella le tuvo que decir, avergonzadica perdida, que no sabía leer ni escribir.
Bastó una cruz.
Una crucecica en el papel. El crío vivió. Pero ¿sabe usté, Mariano? Vivir también puede ser una cruz. Igual de pesada que la que llevaba Jesucristo nuestro señor.
Le extirparon el tumor, pero le hicieron un estropicio. Le cortaron un tendón de la cara y la boca le quedó torcidica, pero lo peor es que algo debieron cortar de más que se quedó mudo para siempre. De ahí en adelante en vez de hablar ya solo ha podido gramar como una bestia. Le operaron el ojo derecho seis veces y le quedó el párpado abierto, que de noche para dormir se tiene que poner encima un emplasto de cebolla hervida para que no se le seque. También le operaron de la columna pa sacarle pequeñas crías de tumores. Pensaron que se quedaría inútil pero menos mal que Dios aprieta pero no ahoga y, como tenía mucha voluntad, no dejó de levantarse cada mañana rabiando, apretando los dientes hasta escacharlos.
Después de dos años pudo por fin caminar, aunque fuera arrastrando una pierna.

Llegó con una carterica de cartón heredada del hijo de una vecina a su primer día de escuela. No había lápices, ni tinta, ni plumas, ni libros, tan solo un mapa de España, el crucifijo y la foto del rey. Y un frío que se jodían. En esa escuela nunca había carbón para la estufa, así que el maestro los calentaba con una vara. Él se pasaba las mañanas castigado, arrodillado en el suelo, con los brazos en cruz y los ojicos cerrados para que los palmetazos dolieran menos.

A los otros los inquietaba esa boca torcida, la cicatriz y el ojo seco que no se cerraba nunca.

Una señora que iba mucho a misa y sabía de esas cosicas dijo un día que el Mudo estaba endemoniado. Ya me puede usté creer, Mariano, que había quien al cruzarse con él se santiguaba. Los niños le metían saltamontes por el cuello del blusón y reían muy alto para no oírlo bramar como un animal.

Una tarde en que llegaba con su pasico renqueante a las escuelas, uno de los más fanfarrones se le puso delante, se sacó la pilila y se le puso a mear encima de las albarcas de esparto, el único calzado que tenía el zagal. No se esperaba que el Mudo se girara como una culebra. Lo agarró por la pechera y lo estampó con rabia contra la pared de la tapia mientras berreaba tan alto que se oía hasta en Monzalbarba. Lo tiró al suelo y empezó a pegarle patadas que si no lo para el maestro, lo desgracia.

La madre del chiquillo se fue al cuartel de la Guardia Civil y denunció que el Mudo había querido matar a su hijo, que estaba loquico perdido, que lo tenían que encerrar para que no hiciera mal a nadie.

Fue por entonces que al apodo de «el Mudo», añadieron el de «el Loco».

A Mariano lo despierta un golpeteo en la pared. Joaquina se ha levantado con los primeros gallos y está clavando con unas puntas la placa metálica que era de su padre donde está escrita con una letra muy rizada la palabra *sastre*.

—Pero, maña, que vamos a llamar la atención.

—¡Pues eso es lo que queremos, pánfilo!

Y como él se queda con la boca abierta, ella se ríe.

—¡Dame otra punta y no pongas cara de mostillo!

Los martillazos a primera hora han tenido el efecto de campanadas. Se acercan mujeres con pañoleta en la cabeza que iban camino de la misa diaria, hombres con boina, un par de gallinas, niños con nidos en las manos. El aire revuelve el polvo, también las miradas desconfiadas y los silencios. Ese silencio que le chilla a Mariano en los oídos como si aullara.

Todos están al corriente de la llegada de esos forasteros de Mallén que han venido a vivir a la casica del horno. Recelan. La gente de fuera nunca trae nada bueno: impuestos a cobrar, manos largas para sobar a las mozas en el baile o para robar gallinas, problemas. A veces ha venido algún forastero cargado con inventos y martingalas: una loción para que vuelva a crecer el pelo, una máquina de manivela para pelar alcachofas, unas trompetillas hechas en Alemania que hacen que los sordos oigan hasta la tos de los caracoles. Sacaperras. Charlatanes que les han sacado los dineros y alguno hasta se ha fugado con alguna incauta engañada con falsas promesas de ciudades de jauja donde atan los perros con longanizas que ha regresado con la cabeza gacha con un crío en brazos.

Miran a esa mujer de pelo negro con un moño demasiado alto para lo que se estila en Casetas, que golpea la pared como si fuera suya, y fruncen el morro. La placa anuncia sastrería, pero ellas ya se bastan

para coser su ropa y la de su familia, que allí nadie les tiene que venir a enseñar lo que es un hilván ni una sisa. Al lado se fijan en el hombre callado con las manos en los bolsillos de la chaqueta de un abrigo de los que en Casetas solo llevan los señoritos, con una de esas caras redondas de los que ni fu ni fa. Cuando Joaquina alza la vista y les hace una señal con la mano para que se acerquen, se dispersan como una bandada de golondrinas.

La calle se ha quedado vacía y el viento corre hacia los campos como si tuviera prisa. Joaquina y Mariano se miran. Ella va a decir algo y no bueno, pero mejor se va para adentro. La Tía María está poniendo en los cestos del despacho de pan unas barras gruesas que huelen a leña.

—La gente no nos acepta.

—Hay que darles tiempo, hija mía. A mí al principio tampoco me jamaban. Yo vengo de Daroca, el pueblo donde dicen que la que no es puta es loca. Pa puta no sirvo ¡qué más quisiera yo con estas carnes! Pero loquica no te digo que no esté, al menos una miaja.

—En Casetas parecen cerrados.

—Cerradicos son, sí. Pero cuando se te abren te lo dan todo. Aquí no pasa hambre nadie porque siempre hay una vecina que se saca la comida de la boca para dártela, que se quitarían hasta los dientes para masticársela. Pero has de entrarles bien. Que aquí la gente es de todo o nada, como la tronada.

Joaquina asiente. No ha dicho nada a nadie, pero nota que algo ha empezado a removerse dentro de sus entrañas. Le pide a la Tía María que le guarde el secreto hasta que vuelva a tener otra falta pero siente agitarse un renacuajo en la poceta del vientre.

—Ojalá sea pa bien, Tía María.

—¡Pues claro que será!

—Buenos tiempos no son.

—Dicen que los niños vienen con un pan debajo del brazo. Y si no, ya se lo pondré yo, hija mía.

En la calle vacía hay una sola persona de pie, el pelo revuelto por una ráfaga, las manos finas en bolsillos del abrigo de pelo de camello, ensimismado mirando la placa metálica, como si tratase de descifrar un jeroglífico. El latón tiene pequeñas picadas de vejez. Al mirarlo de

cerca debería verse él mismo reflejado, pero quien lo mira desde la superficie pulida es su padre de joven. Todos acabamos encontrando metidos en el espejo a nuestros padres y nuestras madres.

Recuerda cómo miraba su padre la tela, con mucho detenimiento, de fito, como si escudriñara el mapamundi que colgaba de la pared de la escuela y resiguiera el contorno de cada uno de los continentes con mucho cuidado. Observaba las vetas del tejido, distinguía sus aguas, echaba la cabeza hacia adelante y hacia atrás para atrapar al vuelo cada uno de sus brillos. También lo recuerda tomar el saxofón con la misma delicadeza con la que acariciaba entre los dedos la seda. Mientras su padre cosía en el pequeño taller de casa, tarareaba un pasodoble o alguna pieza clásica y sus manos daban las puntadas al ritmo de la música. Dirigía una orquesta con la aguja.

En esas largas tardes del invierno en que no se podía salir a jugar a unas calles escarchadas por la helada, le gustaba acurrucarse entre las bobinas de tela y escuchar a su padre silbando sinfonías de Beethoven. Un cliente que era viajante de material de oficina se arruinó jugando a las cartas y como no pudo pagarle la chaqueta le dio una maleta llena de cuadernos, lápices, plumillas y frascos de tinta que ya se habían secado. A Mariano no se le daba bien dibujar, pero le gustaba hacer monigotes. Mientras escuchaba la música dibujaba con el lápiz montañas con picos en triángulo y el sol con cuatro rayas como un reloj.

Uno de los días que acompañaba a su madre al mercadillo de primero de mes, vio en el puesto de los trastos viejos un libro abierto que mostraba la lámina de un hombre prehistórico en una cueva tocando una flauta de hueso. Le parecía que tenía teticas de mujer, debía serlo porque un día que vino a casa el boticario, que era muy leído, explicó que antiguamente éramos como animales, que los prehistóricos no sabían quién era Dios, que los hombres andaban todo el día cazando para comer carne y las mujeres cogían frutos del bosque para comer y eran las que cuidaban en la cueva de las crías. Igual en la cueva hacía mucho frío y el suelo era muy duro, y les tocaban la flauta a los críos para que se durmieran. Intentó muchas veces dibujar a esa mujer con sus montañicas en el pecho tocando la flauta, pero un día su madre le

vio el cuaderno y lo regañó, le dijo que dibujar eso era pecado y abandonó su carrera de dibujante.

A veces le preguntaba a su padre por eso que silbaba sin saber quién era Beethoven. Le contaba que era un sabio alemán que compuso música cuando estaba ya casi sordo, que se quedó sordo del todo y seguía inventando obras grandiosas. Él no entendía cómo se podía hacer música sin oírla, le preguntaba a su padre si era un milagro de Dios, como eso de convertir la sangre en vino. Su padre decía que no había milagro ninguno, que la música no se escucha en las orejas sino en la cabeza. Que todo era contar los compases, que dos y dos son cuatro, que los músicos antiguos eran maestros de matemáticas.

El alcalde luce traje de buen paño, bigote fino monárquico, hebras blancas en las sienes, ojos negros que lo miran atentamente. El traje es de mil rayas, a la moda en los sitios donde saben lo que son las modas. Los gemelos de oro. La mano que aprieta fuerte al estrecharla, sin perderle la mirada. Mariano se pregunta si esos ojos pequeños tan vivos serán capaces de percatarse de que es un impostor, de que nunca ha dirigido una banda de música y no sabe ni por dónde empezar.

Empieza a contarle al alcalde que tiene muchos planes para la banda, aunque no tenga ninguno. Lo que tiene es ilusión, ganas de agradar. Le explica al señor alcalde que su padre le enseñó a tocar al mismo tiempo que a coser. Le cuenta que el secreto es conseguir que todos los instrumentos de la banda se conecten hasta que toquen como si fueran solo uno.

Don Lorenzo parece que lo escucha, pero principalmente lo observa. Es cazador, y los cazadores saben mirar cómo se mueve la liebre, hacia dónde amaga el corzo, miran el paisaje a través de una mira telescópica. Aprecia que el nuevo director de la banda lleve traje de solapas amplias sobre la camisa blanca, y también le gusta el abrigo de color canela, con amplios bolsillos cuadrados y hombreras que trazan una forma de uve hasta la cintura, ceñida con un cinturón de la misma tela, aunque tiene brillos en los codos. Deduce que lo usa a diario, que no tiene otro. Ve que lleva reloj de bolsillo con una cadena que podría ser de plata, aunque más bien le parece de alpaca. No puede saber que cuando se lo regaló su padrino ya no funcionaba, que nunca ha funcionado, pero Mariano no quiere desprenderse de él porque es un recuerdo de ese hombre que era manirroto pero bien intencionado, y porque es un Omega. El alcalde observa que en la cara redonda de niño las cejas se le juntan sobre la frente en una línea horizontal que le da un aire rústico, le nota cierta inseguridad en ese

afán por dar explicaciones pormenorizadas que nadie le ha pedido. Corrobora lo que se temía, que le han mandado de Zaragoza a un novato.

Le cansa su cháchara.

—Mire, Mariano, todo eso que me cuenta está muy bien. Pero mi empresa de áridos en Egea y esta alcaldía me tienen muy ocupado, así que lo único que pido es que la banda no me dé quebraderos de cabeza. No se complique: unas marchas militares, que practiquen el himno para cuando venga una autoridad y algún pasodoble para las fiestas. —Luego le sonríe de manera jovial—. ¿Un purito?

Mariano no fuma pero da las gracias y se lo echa al bolsillo alto de la chaqueta.

En el almacén municipal de los de obras, al final de la calle, lo espera la banda. El almacén está atestado de rollos de alambre de púas, sacos de grava, botellas vacías, botes de pintura abollados. Mariano trata de no pisar las manchas de grasa del suelo que huelen a regaliz sucio. El alcalde le dice que en el cuarto de herramientas hay instrumentos.

También hay unos individuos en el centro de la nave. Tienen las boinas puestas, las cabezas gachas, los uniformes grises descoloridos, las alpargatas rotas. Duda si son empleados municipales de obras o mendigos. Ve en los dedos deformes de uno de ellos el metal de una trompeta, otro que agarra un bombardino, y se estremece. Solo ver sus manos bastas ya sabe que no son músicos de verdad. Tienen las uñas negras.

El alcalde camina hacia ellos y se quitan enseguida las boinas, muestran el pelo sucio de virutas de madera o enmarañado de barro, alguno se rasca para expulsar algún piojo, pero mantienen la cabeza gacha. Miran esquinados, de abajo arriba, con una mezcla de mansedumbre y rencor.

—El Pericas no ha podido vinir, que es que se ha puesto mu malico, señor alcalde.

—¿Y qué enfermedad tiene?

—Se ha emborrachau.

—¡Eso no es estar malo, ignorante! ¡Eso es ser un destalentado!

El alcalde se dirige a uno con las manos en los bolsillos que tiene un

ojo a la virulé.
—Regañao, ¿no se os dijo que trajerais los instrumentos?
—Es que hi extraviao la tuba, señor alcalde.
—¡No me jodas! ¡Ni que fuera un alfiler de corbata!
—No sé qué ha pasau.
—¡Tú te la has vendido para sacar cuatro perras! ¡Es material de propiedad municipal! ¡Eres un desgraciado y un ladrón!
—¡Pare el carro, señor alcalde, que aquí semos pobrecicos pero honraus! En el caso de que hubiera vendido la tuba, que eso no se ha mentao, sería de justicia, a mi parecer. Que la tuba era mía.
—¡Qué va a ser tuya!
—Se compró con las perricas que se ganaron con las actuaciones donde yo eché muchismas horas.
—Mira, te lo voy a decir y si no lo entiendes te lo repito: lo que ingresa la banda es del ayuntamiento y la tuba se compró con dinero de la alcaldía. Si la tuba no aparece en veinticuatro horas, te mandaré a la pareja de la Guardia Civil para que te detenga por vender material del gobierno y te metan unas buenas hostias.
El Regañao es brusco, incluso violento, lleva siempre la navaja engrasada bajo la faja y no se achica fácilmente, pero acacha la cabeza y dice que encontrará la tuba, que tiene mucho desorden en el corral.
Don Lorenzo, al volverse hacia la puerta, hace una mueca de desaliento. Esa banda de zoquetes y ese director tan apocado le van a complicar la vida. Antes de salir le dice bien alto a Mariano, para que todos lo oigan: «¡Átelos corto!».
Cuando se quedan solos, Mariano les pregunta cuáles son sus gustos musicales, pero todos se miran la punta de las alpargatas, como si quisieran saber quién lleva el roto más grande. Se hace un silencio incómodo.
Ve que la caña de la boquilla del único clarinete está mordida. Lo tiene cogido un individuo bajito y algo fondón al que le faltan todos los botones del viejo uniforme. Lleva unas gafas muy gruesas con el puente roto remendado con alambre y los cristales muy rayados.
—¿Cómo te llamas?
—Todos me llaman Badana.

—Badana, el clarinete no hay que morderlo. Hay que besarlo.
—¿Y eso no será pecado, maestro?
Un par se echan a reír, pero al ver que el director permanece serio, se callan.
—El único pecado es la ignorancia —y su voz suena más severa de lo que le habría gustado—. A los instrumentos hay que tratarlos como a una mujer.
—Pues precisamente hay que tener mano dura, que a las mujeres hay que enseñarles quién manda en casa o se te suben a la parra.
Habla el del bombo, de brazos fuertes y gesto fiero, con el pelo salpicado de manchas blancas, al que llaman el Pintado porque se dedica a la brocha gorda.
—Hay el dicho: «Cuando llegues a casa, pégale a tu mujer. Ella ya sabrá por qué».
Se ríen con sus bocazas, mitad dientes y mitad agujeros. Mariano no ríe. Tiene el gesto del niño al que la misma mañana de Reyes ya se le ha roto el caballo de cartón. Las carcajadas se van apagando; acostumbrados a que les manden y les chillen, el silencio les impone.
—¿Pegarles a las mujeres es señal de hombría?
El señor Lezcano, el mayor de todos, rechoncho y con un bigote frondoso de cepillo de escoba que le tapa la boca, trata de quitar hierro.
—No lo tome usté al pie de la letra. No es más que un dicho gracioso.
—Pues en esta banda esos dichos no nos hacen gracia, ¿estamos?
Todos se miran un poco escamados, no entienden a qué viene ese mal humor, pero asienten con la cabeza porque don Mariano es la autoridad y a la autoridad siempre hay que decirle que sí, diga blanco o diga negro.
Los hace ponerse en dos hileras, una de cuatro y otra de tres. Están encorvados, cansados antes de empezar. Son siete fulanos mal vestidos, con los dedos abollados, agarrando sin gracia instrumentos viejos, con ganas de irse a su casa. Se oyen las respiraciones de serrucho, de bronquios manchados de tabaco negro, algún amago de gargajo.
—Tienes un clarinete francés de diecisiete llaves, Badana. Es una pena

que lo tengas tan sucio.
El Badana se pone el clarinete encima de la nariz, delante de las gafas, para mirar esas manchas que él no ve.
—Hay que limpiarlo y secarlo por dentro con un paño después de tocar. Y a la madera de vez en cuando hay que pasarle con cuidado un poco de aceite. Tenéis los instrumentos descuidados, no veo que brillen. El próximo día quiero que los traigáis impecables, que os ocupéis de ellos igual que os ocupáis de podar un peral o de quitarle las malas hierbas a una tomatera.
Alguno se caga en Dios por lo bajo. Más trabajo, más echarles en cara y encima sin cobrar.
—A la música hay que echarle horas y mucho esfuerzo, pero también cariño.
El Pintado, que sostiene la maza sobre el bombo, le pregunta picajoso.
—Dígame usté. ¿Cómo se le trata a este pijorro con cariño?
—Nunca lo dejes al sol ni en un sitio donde baje mucho la temperatura, que el parche se estropea, pásale de vez en cuando un trapo húmedo con agua templada y luego lo secas.
—To eso está mu bien. Pero luego tengo que arrearle duro al pandero.
—Duro no, al ritmo. El bombo te dirá cuándo está sonando a gusto, no le pegues por pegarle como si fueras una máquina de remachar.
El Pintado pone cara de circunstancias, pero no rechista. Mariano les pregunta qué repertorio saben. De las dos o tres piezas de las que consiguen recordar el nombre, rebusca entre las partituras que lleva en una carpeta de cartón y les pone delante *El sitio de Zaragoza*.
—No nos hace falta papelico. Está todo en la mollera. —Y el Trapala, que habla muy atropellado, se señala la cabeza.
El Regañao se parte de la risa.
—¡Pero, maño, si tú tienes menos cabeza que un alfiler!
Mariano se va hasta el cuarto de herramientas para buscarle algo al Regañao hasta que aparezca su tuba. Hay trompetas y saxofones a los que les faltan teclas y pistones, un par de tambores de mala calidad, un trompa con la vara doblada, panderetas, un triángulo y unos platillos. Toma los platillos y cierra la puerta para quitar de su vista ese desguace de instrumentos.

—Regañao, atento a cuando yo te marque la entrada, que un platillo a destiempo arruina todo.

Mariano saca un pedazo de un paño muy bueno de Gales y al desdoblarlo aparece la batuta. Se da cuenta de que, más que la batuta, miran sus manos de porcelana, más parecidas a las del alcalde o a las del cura que a las suyas, llenas de callos y duricias, deformes, agrietadas, sucias.

—¡Vamos a parecer una orquesta, maestro!

—Una banda es una orquesta. No hay instrumentos de cuerda porque no se puede marchar en los pasacalles empujando un contrabajo, pero todo lo demás es lo mismo.

Ninguno de ellos ha visto nunca un contrabajo.

—A mi orden.

Alza lentamente la batuta, ese instante maravilloso de los carraspeos nerviosos en la sala de conciertos en que todo va a suceder, y la deja caer con energía. ¡Va a empezar la música! Pero lo que comienza es un concierto de bisagras de puertas viejas. Sin afinación, entran tarde, salen antes de que toque, se comen la mitad de las notas.

Cuando llegan al final, Mariano cierra los ojos unos segundos a ver si todo ha sido una alucinación y cuando los vuelva a abrir esos campesinos ignorantes se habrán transformado en una orquesta. Pero al abrirlos están ahí, rascándose el sobaco sudado, escupiendo en el suelo, observándolo con una fijeza grosera.

—¿Qué tal ha ido, maestro?

El señor Lezcano por edad podría ser su padre; sería de mala educación decirle lo que piensa, pero no puede evitar que su gesto decepcionado hable por él. Está desolado y no puede ocultarlo.

—Por hoy lo vamos a dejar.

No sabe si decirles por hoy o para siempre.

Los de la banda lo observan envolver su batuta con disgusto. Al colegio apenas han ido, pero la vida les ha enseñado a distinguir el agua dulce de la salada. Son orgullosos, les escuecen los reproches, más aún los que se callan, como hacen los somardones que tiran la piedra y esconden la mano.

No les cuaca ese maestro con manos de cura.

Ya saben que no son buenos músicos, pero el señor Lezcano dice siempre que el que hace lo que puede no está obligado a más. El Pintado y el Regañao murmuran por lo bajo.
De exigir, muchismo; pero de pagar... poquico. Siempre les andan prometiendo que les van a dar una gratificación por estar en la banda y lo más que les dieron una vez para las fiestas del Pilar fueron unas estampicas de la Virgen. Mariano los ve salir escupiendo salivazos y blasfemias.
Empieza a darse cuenta de que todo ha sido un gran malentendido. Ni ellos son músicos ni él es director de banda. A ver cómo se lo explica al director de la banda de Zaragoza, el señor Sapetti.
Se queda el último para cerrar el almacén con la llave que le ha dado el alcalde, pero se da cuenta de que la puerta del cuarto de las herramientas está entreabierta. Juraría haberla cerrado. No hay nada que lo ponga más nervioso que las puertas entreabiertas. O abiertas o cerradas, pero a medias, lo incomodan.
Diría que nadie ha ido al cuarto a buscar nada, él ha sido el único en entrar al cuarto. Habrá sido un gato. Pero tampoco se ha visto gato ninguno, aunque como son tan silenciosos igual ni se ha dado cuenta. Se va hasta el cuarto y abre de un manotazo la puerta a ver qué hay. No hay nadie, solo los materiales de los de obras y los instrumentos descacharrados, pero nota un hilo de aire. Hay una ventana alta que ha quedado abierta. ¿Pero estaba abierta cuando él ha entrado antes? No se lo ha parecido, pero tampoco se ha fijado bien. Tal vez la puerta se abrió con la corriente. Los «tal vez» no le gustan. Las cosas han de ser blancas o negras, que los grises lo emborronan todo.
Mariano llega a casa cabizbajo. Joaquina está quitando los hilos a los cardos. Lo oye entrar arrastrando los pies, no tiene ni que levantar la cabeza de la tarea para saberlo todo.
—Me dijeron que iba a dirigir una banda de música pero son unos matracos con cuatro instrumentos echados a perder.
—¿Y qué vas a hacer, maño?
—Decirle al señor Sapetti la verdad, que no se puede hacer nada aquí con la banda. Que iré cada semana a los ensayos de la banda de Zaragoza como antes, en mi puesto de clarinetista, y rogarle que nos

dejen un tiempo la casa, a ver si con la sastrería salimos adelante.
Joaquina sigue deshilachando los cardos.
—Le voy a escribir una carta y le voy a contar que esto no tiene arreglo. Hay que ponerse en serio con la sastrería. ¿Ha venido alguien a preguntar?
—Ni el cierzo.
—En cuanto venga uno, se correrá la voz y será un no parar.
Joaquina permanece callada. Se oye el ruido de los hilos al caer en el cuenco de loza. A Mariano le parece que lleva limpiando el mismo tallo desde que ha entrado. Ya casi no le queda nada entre los dedos.

Los dedos conocen cosas que la cabeza ignora. Culebras listas que saben cuándo morder, cuándo acariciar.

En la cabaña de la bruja, al otro lado de la sima, hay un intenso olor a musgo, a humo, a manojos de hierbas secas, a placenta. En un orden caótico hay pieles de sapo, huesos apilados en bandejas improvisadas hechas con corteza de árbol, bolsas de tela rellenas con sal para ahuyentar los malos espíritus, amuletos trenzados, nudos de todos tipos hechos con cáñamo, pequeñas cajas de madera cerradas, manchas de sangre humana en el suelo que no se borran.

Dentro de la marmita suspendida de un gancho sobre la lumbre hierven un par de hojas de estramonio, la berenjena del diablo, la planta prohibida que funde la realidad, abre las puertas cerradas de la conciencia y puede matar si se excede la dosis. La fuerte presencia de alcaloides ricos en atropina, hiosciamina y escopolamina provoca alucinaciones, arritmia, delirio.

La mente de Hilaria se desdobla una y otra vez, hasta el infinito que cabe en el instante, en un origami interminable de fogonazos y sonidos: ve todos los rostros del mundo que han nacido, todos los movimientos y recomposiciones de las formas de las nubes, la descomposición de la materia, los movimientos de las raíces que agujerean la tierra, el balanceo de todos los tentáculos de todos los cefalópodos, el cimbreo de todos los peces, de todos los árboles, de todos los cuerpos. Toda esa vibración forma una textura continua que no se puede ver ni tocar, una tela de araña de tejidos biológicos, vasos sanguíneos, savia, mareas, nubes de polvo estelar y consciencias que nacen y mueren en el mismo latido. Sus piernas tiemblan por la toxicidad del estramonio y ha de acuclillarse porque no puede mantenerse de pie.

Se arrastra hacia el hogar de leña, que siempre tiene bajo, con el tiro

casi cerrado que llena la cabaña de humo, para que las llamas no le muestren lo que no debería ver. Pero la arritmia dentro del pecho le pide avivar el fuego y el calor le hace desprenderse de la ropa. Se acerca tanto que el fuego quema su piel, chamusca su vello púbico del mismo color que las llamas, duele y es placentero. El fuego es el principio. El final también será fuego. Dios ardió hace mucho, de él solo queda una energía oscura flotando en el silencio del cosmos como un carbón frío.

Sentada en una esterilla enfrente, con las piernas blancas bien abiertas para que todo arda, nota un calor abrasador en la piel y un frío glacial que le hiela los huesos. Cierra los ojos y se cae por dentro, se precipita por el pozo, se derrumba en el vacío donde ya no hay materia. Su cerebro se funde como la cera de las velas en la iglesia de su cráneo. El vértigo de la caída infinita, el sumidero que atrae planetas, estrellas, galaxias y universos enteros, la bofetada de luz cegadora que recibe el feto en el momento de nacer y empezar a morir. Abre los pétalos de la flor, acaricia la carne que palpita, la hace vibrar como vibra el universo. Grita. Los ángeles caídos se abrasan en ese cielo caliente que llaman infierno.

Frío y silencio al caer la noche en el barrio de Casetas. Y viento. Ese viento del Noroeste nunca para, ese cierzo que atraviesa las tierras con su ventolera desapacible y cuando ya parece que se ha ido, da la vuelta y regresa. Solo murmura una letanía beoda el último borracho que sale dando tumbos del bar La Rosa con los pantalones meados.

Las contraventanas se han cerrado, las cocinas de carbón se han abierto y salen hilachos de calor por las chimeneas estrechas. Mariano pasa la mano por encima de las bobinas de tela: espiguilla, sarga, popelina... Observa los alfileres clavados en la almohadilla formando torpemente una clave de sol. Se ha dedicado a pinchar el tiempo haciendo dibujos con los alfileres.

Se ha pasado la mañana y la tarde tarareando para escapar de ese cuarto pequeño donde nadie viene a pedir un traje, aunque sean unos pantalones. Solo entra de vez en cuando Joaquina a traerle una infusión de manzanilla bien caliente para templar el cuerpo y ahorrar carbón. Después se va y solo queda la compañía silenciosa de un maniquí sin cabeza, brazos ni piernas. Lo prefiere así; los maniquís sin cabeza no pueden contagiar su tristeza.

Joaquina está seria. Han cenado sin hablar. Cardos. Otra vez cardos. Hasta que no cobre la primera semanada no llega para nada más. ¿Y si no puede seguir con ese trabajo en Casetas, qué harán? De postre, una naranja para los dos. Friega los cacharros de la cena en silencio.

Mañana será otro día, le dice Mariano.

Toma el farol de la repisa y sale de casa. Joaquina le dice que no se aleje y él asiente. Se pregunta si la lejanía puede medirse en pasos, en metros y en kilómetros o únicamente en incertidumbre. Él a veces está al lado de la gente y de las cosas pero nota que está muy lejos, como si se hubiera escurrido por una topera.

La brisa trae el olor a estiércol de los campos. Por las ventanas

cerradas se escapan hilos de luz. Camina deprisa para entrar en calor; con una mano de dedos helados sostiene el farol y con la otra, caliente, aprieta la funda del clarinete por debajo del abrigo.

Hoy, en sus merodeos imaginarios, ha repasado en su cabeza marchas festivas que en su ingenuidad creyó que podría tocar una banda que no existe. Se veía marchando sobre las calles de pueblos adornados para las fiestas con guirnaldas de flores tocando un compás alegre de esos que levanta a la gente, le pone los pies andarines, la empuja a salir a la calle detrás de los músicos.

Los campos dormidos despiertan un instante con los haces de luz del farol que agita para tratar inútilmente de iluminarlo todo. Camina deprisa, marcha sobre el sendero de tierra que va a Garrapinillos, desfila como un soldadito de plomo con un farol que trata de arañar lo que es negro. Sabe que es tarde, que ya no es hora de desfiles ni música rampante que saca afuera a la gente. De noche la música vibra al revés. En vez de hacerte salir, te hace entrar.

Se detiene.

Atrás ha quedado la pobre iluminación de la barriada rural, los faroles asustados que hacen parecer las casetas todavía más pequeñas, como si en cualquier momento fuesen a desaparecer tragadas por la tierra. Abre la funda del clarinete y el golpeteo de las presillas hace saltar conejos agazapados. Hay unos ojos muy abiertos que lo observan clandestinamente desde la oscuridad, pero no son los ojos de un búho.

Muchas veces la música rebota en todas las paredes y no penetra en ninguna. Se pone como fondo sucio en los cafetines para que sea pisoteada por las conversaciones. Ruido. Una fritanga de notas. Un pescado recalentado. Pero en algunas ocasiones la música encuentra el camino, entra como una ola oceánica en la caracola del oído interno, da vueltas en la espiral de la cóclea hasta hacer retumbar el martillo en la fragua del tímpano y atraviesa el laberinto oscuro de la conciencia hasta zambullirse en la cisterna donde gotea el tiempo.

Mariano acaricia las piezas del clarinete. Ensaliva. Acopla. Lame la caña para que suelte su propio jugo, al mezclarse con su saliva se ha blandeado, se ha hecho carne. La caña vibra con las primeras notas. Él vibra también.

Las ventanas de la barriada están cerradas al invierno, pero en el silencio negro la música encuentra todas las grietas y se filtra por todos los poros de esas calles de tierra que son la propia tierra. Se cuela en sus casas revuelta con el olor a borrajas hervidas y paja sucia, se introduce por la rendija de sus conciencias. No se dan cuenta, pero sus cabezas se mueven levemente, como el péndulo del zahorí que se agita de manera casi imperceptible cuando siente rebullir el agua oculta bajo la costra seca de la tierra. En los patios, manos ásperas sueltan la bomba del agua para que deje de chirriar, levantan la cabeza al cielo igual que cuando quieren adivinar si vendrá la lluvia. Ellas siguen radiendo las sartenes o atendiendo al niño con fiebre o escachando con un tenedor las patas cocidas para la abuela que ya no tiene dientes. Ellos apuran el papel de fumar y escupen gargajos con hebras de tabaco. Ni ellas ni ellos saben por qué se les escurren unas lágrimas calientes por las mejillas.

Joaquina lo escucha desde la cama. Lo sabe, lo ha visto muchas veces: cuando la gente escucha tocar a Mariano se les atraviesa una bola de pelos en la garganta.

No a todos. Jerónimo vuelve cabreado de Zaragoza, le han pagado tan mal las calabazas que mejor se las hubiera echado a los puercos. Se le ha hecho de noche en el camino y ha parado a cenar en la fonda Villagrasa, donde el mesonero es de Teruel y te dice el precio de la cuenta en verso porque es poeta. Unas migas muy bien arregladicas con una miaja de longaniza, acompañadas, pa no dejarlas viudas, de una frasca de vino, y una copica de coñac para calentar el cuerpo en el viaje de vuelta, que el aragonés fino, después de comer tiene frío.

Al llegar al cruce del camino de Garrapinillos anda cavilando.

A ver cómo escamotear alguna pesetica para ir a los toros sin que se entere Julia, que se pone como una fura con eso.

Ve un farol apoyado en el suelo del camino y con sus ojos de aguilucho distingue en la oscuridad al nuevo director de la banda tocando para los espantapájaros.

Hay que joderse.

Agita la cabeza para sacudirse la música igual que el mulo se sacude las moscas. Jerónimo le dice al macho que la cosa está muy mal, que

no hay una perra, y ese gacho tocando la flauta. Mejor si se tocara los cojones. Empieza a cagarse en Dios entre susurros.

Tampoco él, pendiente de los baches del camino a la luz de la luna, se percata de que alguien más se esconde detrás de un cañaveral y lo mira todo con los ojos extremadamente abiertos.

Hoy iba a ser otro día, pero vuelve a ser el mismo día. Joaquina lo mira dibujar una corchea con alfileres en esa sastrería que en realidad es una habitación con una mesa, una silla, unas resmas de tela y un maniquí sin pies ni cabeza.

—No ha venido nadie, Mariano.

Se encoge de hombros. Joaquina se impacienta, la saca de quicio esa pasividad de su marido.

—Algo hay que hacer, maño.

—No podemos hacer otra cosa que esperar.

Resopla. Si por Mariano fuese, se sentaría a la puerta de la sastrería a tocar el clarinete hasta el día del juicio final.

—¿Y a qué vamos a esperar, maño? ¿A que lo crucifiquen?

Se va y regresa con la Tía María. Ve a las otras plantarse delante de ellas.

—La Tía María me ha hablado de una mujer que igual nos podía hacer bien.

—Por probar no perdéis nada, parejica, que esa moza solo cobra la voluntad. Es verdad que es rarica y que el cura no la puede ni ver, pero tampoco tiene por qué enterarse. A veces tiene la moza un poco de mala sombra y cuando bebe, y no bebe poco, mejor ni acercársele, que se pone girada y lleva siempre un cuchillo en la faltriquera.

—¿Pero de qué me estáis hablando?

—De la Hilaria.

—¿Qué Hilaria?

—La bruja.

—¿Qué bruja?

—No sé si es medio bruja o medio puta. Pero buenas manos sí tiene, la jodida. A una sobrinica mía le quitó unas verrugas gordismas como cabezas de toro que tenía en las manos, con unos caracoles.

—¿Frotándoselos?
—¡Quiá! Nos llevó al pozo más profundo que hay en Casetas, el de la familia de los toneleros. Mi sobrina tuvo que tirar tantos caracoles como verrugas tenía y echar a correr antes de poder oír el ruidico de llegar abajo. ¡Todicas se le fueron!
A Mariano se le agria el gesto, pero por respeto a la casera no dice nada. Se queda callado, como los niños cuando se enfurruñan. Solo explota cuando la Tía María se vuelve al horno.
—¡Qué país de palurdos! En Europa se invierte en investigación y ciencia, y aquí seguimos creyendo en brujas y en milagros. ¡Son cosas de ignorantes!
—La Tía María no es una persona ignorante, que conoce hasta Barcelona.
—¡No quiero saber nada de charlatanes!
Joaquina arruga el trapo con el que estaba secando la loza.
—¡Meter la cabeza debajo del ala no es solución ninguna! Aquí no entran ni moscas, Mariano. A ver si es que hay algún mal de ojo en esta casa.
—¡Qué mal de ojo va a haber! Igual es que en este pueblo o barrio o lo que sea, la gente no tiene ni una perra para hacerse trajes.
—Lo dijo el Jerónimo, el Castro, y lo he oído a más gente en la panadería: esa mujer tiene el don. Es verdad que algunos le ponen mala fama porque nunca va a la iglesia, pero tampoco tú vas nunca. Y no puede ser tan mala cristiana porque una señora dijo que tenía una cruz grabada en el paladar.
—Joaquina...
—Solo se le paga la voluntad. Por ir a ver qué nos dice no perdemos nada.
—¡Perdemos el tiempo!
—El tiempo Dios lo da.
Mariano cabecea.
Se pierde algo más que tiempo: la dignidad de la gente racional y estudiada a la que en ese país nadie hace ningún caso y, en cambio, se cree a pie juntillas a cualquier embaucador. Por eso la democracia no ha llegado a España y siguen teniendo una dictadura con un

presidente de gobierno que es un militar a las órdenes de un rey que ha recibido la jefatura del Estado en herencia como el que recibe un reloj de pared.

—¡Mariano! Si tú no quieres venir, no vengas. Puedo ir yo solica la mar de bien, que no me van a comer.

Ya sabe que cuando a Joaquina se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quien la baje del burro.

—Voy para que te desengañes de una vez de milagreras.

Las indicaciones de la Tía María los llevan por el camino de los huertos de la Serrería hasta una bifurcación estrecha que deja a un lado el camino hacia la sima y transcurre entre un cañaveral que en algunos huecos entre las cañas y la ginesta deja ver a lo lejos la silueta blanca de la sierra de El Castellar. Pasan un par de parideras de pastores medio abandonadas con las ventanas desencajadas y llegan a la que ha de ser la casa de la Hilaria, la bruja, con más aspecto de establo que de vivienda.

En el marco una herradura de la suerte cuelga de un clavo. También un atadijo de ajos con una cinta roja. Al apoyar la mano para llamar, la puerta cede, está solo entornada. Dan las buenas tardes a voces desde el umbral. El interior de la vivienda es oscuro y al principio cuesta respirar por la atmósfera densa de humo del fuego que arde muy bajo. Hay un olor a salvia, tomillo, lavanda, romero..., como si el verano se hubiera compactado allí adentro. El olor de las hojas de malva secándose, que las usa para curar el estreñimiento y los males estomacales, se mezcla con el de la leña medio ahogada y otros olores más fuertes, como el de las hojas de eucaliptus hervidas o la grasa de tocino que usa para hacer la pomada de espliego que ha de aplicarse en la novena puerta del cuerpo para curar las almorranas.

La Hilaria, vestida con la saya lila y el pelo recogido en una gandaya larga del color de la mostaza, está sentada en una banca de madera frente a una mesa de tablón con la superficie salpicada de cercos, pegotes de cera y manchas secas indefinibles. Les indica con un gesto serio que se sienten en unos taburetes que son anillas de roble cortadas con sierra y rabia, con tres patas clavadas, que ha confeccionado ella misma. Mariano levanta la vista al techo y observa

las enormes telarañas que cuelgan. Ella se da cuenta de su gesto de desagrado pero no se inmuta, no saben que la tela de araña es lo mejor que hay para fabricar apósitos.
Joaquina se decide a hablar.
—Mire usted, nosotros somos de Mallén y mi marido es sastre, que nos hemos instalado en la casa del horno de los Cunchillos. Y resulta que no entra nadie a la sastrería, ni ricos ni pobres. Malos espíritus no pueden ser, que la casica es casi nueva y ahí no se ha muerto nadie todavía. —Joaquina se santigua—. A ver si es que nos han echado algún mal de ojo...
Mariano siente que la curandera le clava los ojos, apenas se distingue en ellos el círculo de un azul muy tenue de la pupila y en la penumbra parecen ser todo esclerótica blanca como la de los ciegos, como la de los muertos. Le habla con un tono grave.
—Cuando miras, cuatro ojos miran.
—¿Y qué me quiere decir con eso?
No le contesta, mantiene la expresión neutra que tiene siempre cuando está sobria. Se hace un silencio espeso de humo. Se levanta sin decir nada y se sienta en el suelo frente a la leña encendida. Toma el atizador y golpea uno de los troncos hasta que se le abren las tripas al rojo vivo y las ascuas brillan. Aguza esos ojos suyos albinos que parecen blancos. La Tía María le ha contado a Joaquina que esa mujer mira de fito las brasas y ve el futuro.
Cierra los ojos y el bailoteo de la lumbre se refleja en su cara. Tiene el pelo del mismo color que las brasas. Joaquina está fascinada con ese trance en que ha entrado la curandera pero Mariano está incómodo, va poniéndose cada vez más nervioso con esa parafernalia y, sobre todo, con ese silencio que le taladra el tímpano con el pitido del acúfeno.
Finalmente, la Hilaria se pone en pie y regresa frente a ellos, pero no los mira, tiene los ojos extraviados en el fondo oscuro de la cabaña. Mira las sombras. Las sombras miran a Hilaria. El chillido de cuervo de la bruja los sobresalta.
—Forasteros indeseables... ¡Iros de aquí y no volváis!
—¿Cómo dice?

El tono de la curandera se ha vuelto tan agresivo y su gesto tan duro, que los dos se echan atrás en la banca intimidados.
—¡Que os vayáis de este pueblo y nos dejéis en paz! ¡Ahora! No os queremos aquí. ¡Marchaos!
La primera en recomponerse es Joaquina.
—¿Y por qué nos hemos de ir, si se puede saber? No hacemos mal a nadie, somos gente honrada y muy trabajadora.
La bruja los mira inexpresiva, tiene los ojos de hielo y la voz autoritaria.
—¡Iros de esta casa! ¡Iros de Casetas y no volváis! Aquí sobráis.
Mariano ya está harto de todo ese teatrillo.
—¡Aquí lo único que sobra eres tú y la gente como tú! Hacéis de España un país de ignorantes.
La bruja lo mira sin alterar un solo músculo de la cara.
—Aquí no os queremos. Iros de una puta vez.
—¿Has sido tú la que nos ha echado el mal de ojo? —le pregunta Joaquina.
Ve en los ojos casi blancos de la curandera algo muy turbio que la estremece y, de repente, le cuesta respirar. Agarra del brazo a Mariano y salen precipitadamente, sin despedirse, dando un manotazo a la puerta, aliviados de ver la luz, de poder respirar por fin un aire limpio y dejar atrás la penumbra tóxica de esa casa. Se agarran aún más fuerte del brazo y aprietan el paso de vuelta.
—¡Ni caso a las pamplinas de esa loca! —le dice Mariano.
—Pero si nos ha echado mal de ojo, a ver qué vamos a hacer.
Se detiene y se la queda mirando.
—¡Joaquina, no me fastidies! ¿Cómo vas a creerte nada de lo que diga esa mujer? ¿No te has dado cuenta del olor que había en la casa?
—Tiene la cabaña hecha un asco. Pareja sí es.
—Era el tufo del estramonio.
—Esa es una mala hierba.
—Es una hierba alucinógena. La Inquisición se hinchó de quemar brujas porque decían que tenían el diablo dentro. Tonterías, era una manera de tener a todo el mundo asustado y agarrado en un puño, pero esas mujeres no veían visiones porque estuvieran malditas sino

porque estaban drogadas.
Se queda callada, pero no convencida.
Aunque trate de quitarle importancia, a Mariano ese encuentro con la curandera también lo ha trastornado. Ha dicho muy seria que cuando él mira, hay cuatro ojos que miran. Los suyos y dos más agazapados. El otro día al salir de casa tuvo la sensación de que lo seguían. ¿Y ella cómo lo sabe? Está claro: es la misma curandera la que anda detrás para amedrentarlo y que se marchen. Se ha dado cuenta de que odia la superstición. Respira hondo. Si dejan que el miedo se les meta en el cuerpo, están perdidos. El miedo es una enfermedad.
Hay algo que le raspa por dentro: esa mujer no puede tener poder ninguno, todo es sugestión, demasiado aspirar hierbas y vino de más. Pero... ¿y si tuviera razón en que en ese pueblo no lo quieren? No se quita de la cabeza la imagen de los músicos mirándolo con rencor, observando con un reproche silencioso sus manos delicadas que nunca han arado hasta sangrar. Cuando las ideas se le pretan en la cabeza, lo que hace es tomar el clarinete para irse a tocar cerca de la acequia.
Joaquina le cuenta a la Tía María la visita y la panadera, que siempre es tan alegre y gobernanta, se queda mustia. Aprieta la manga pastelera en silencio mientras llena en silencio los gorretes de papel de las magdalenas. Le parece mala cosa tener a esa mujer en contra porque le ha visto hacer cosas que a un cristiano le ponen los pelos de punta.

Jerónimo, después de estar toda la mañana arrancando malas hierbas en el campo una a una, se ha puesto encima del blusón sudado el impermeable nuevo. Julia le ha dado las perras para pagar el plazo mensual en la tienda de la Experta, experta en vender al fiado y apuntar lo que se debe en un libro enorme que está sobre ese mostrador de madera gastada desde que tiene memoria. Es una mujer a la que nadie recuerda joven, que solo sale de detrás del mostrador con un bamboleo de barcaza para ir a misa y enseguida regresa, sin detenerse en ninguna parte ni hablar con nadie, a su reino de botes de conserva, bacalao en salazón, cintas de colores para el pelo y telas de todos los grosores.

Mira con respeto el libro de contabilidad, que debe pesar muchas arrobas: sus líneas rojas verticales trazan columnas muy largas llenas de nombres, cantidades y fechas con las anotaciones hechas en una letra microscópica donde se consignan los pagos al fiado de tocino en salazón, ristras de morcillas, botas de regar o medias con liguero. Esas páginas escritas en un alfabeto secreto que solo ella conoce cuentan por lo menudo la historia completa de esa comunidad rural embarrancada en una penuria económica eterna.

En ese libro de lo que se paga de a poco y cuando se puede, están apuntadas las semillas del Rajas, que le dio un síncope agarrado a la yunta; los bueyes lo arrastraron durante horas y estuvo arando el campo hasta después de muerto. La gabardina del Castro que le paga Julia sudando cada céntimo. La tela de raso del vestido de comunión de la hija de los Picotos. Los sacos de patatas y de harina de panizo de muchas familias de Casetas para poder poner algo en la mesa que no sean rezos. El capricho de la madre de la tía de los Candores de tener una mantelería de hilo para los días de guardar que nunca ha estrenado para no estropearla. El traje de novia de la hija de los

Castellotes, que por un descuido de la moza —de él, no, por supuesto— tuvo que celebrarse a las prisas la boda en Zaragoza porque el cura de Casetas no la quiso casar ante semejante vergüenza, pero ella insistió en casarse de blanco porque a los diecisiete años no se ha aprendido todavía a pecar. Ahí están anotadas con su letra enigmática todas las penurias y todas las tragedias de ese barrio rural, pero también todos los sueños.

La Hilaria, en el rincón más oscuro de la taberna del Eligio, bebe cazalla y habla en murmullos. Dice que el libro de cuentas de la Experta tiene hojas infinitas. Los hombres la observan de reojo, porque si miras a la bruja de frente te puede echar mal de ojo. Ella no mira a nadie. Le cuenta al vaso vacío que en ese libro donde se anotan todos los deseos, cuando la Experta rellena con su letra menuda la última línea de la última página, al momento crece otra hoja nueva detrás porque las tapas del libro están hechas de pasta de álamo blanco, que es como los forasteros llaman a los chopos. Todos asienten porque todos han visto con sus propios ojos que por más hachazos que le des a un chopo, de la más pequeña rama que quede hundida en el suelo, siempre renace un árbol.

Parece que hable en trance, puede que esté borracha. Murmura que con agua del rocío recogida en las noches de plenilunio la Experta riega las tapas del libro para que la carne de chopo siga viva. Algunos, por lo bajo, chasquean la lengua, chemecan con disgusto; otros asienten con respeto porque la bruja, cuando es menester, endereza un hombro salido de sitio con una fuerza que dobla a la de cualquier hombre, cura un mal de tripas con unos hervidos de salvia o cicatriza un corte malo de la dalla con un emplasto de telarañas y unos conjuros que susurra al oído del herido para que las palabras sanadoras se le metan dentro. También acuden a ella, de noche, ocultas en mantones negros de luto, con una mezcla de lágrimas, vergüenza y terror, las muchachas que quieren arrancarse de las tripas lo que les crece adentro.

Hay beatas de misa diaria que cuando se cruzan con la Hilaria se santiguan porque dicen que es el demonio, que en las noches más oscuras cuando no se atreve a salir ni la luna la han visto desnuda

cerca del río conjurando al diablo, que el perro que tiene está endemoniado, que le brillan los ojos como si no fuera de este mundo. Dicen que no conoce la piedad. De ella se sabe poco: que vino del norte, que tiene el pelo rojo, que mira raro, que posee el don. Unos la respetan, otros la desprecian, muchos la temen, algunos la desean.

Un día murmuró en la taberna que Dios se había muerto y todos se asustaron, solo ella se rio a carcajadas secas como ríen los grajos.

Jerónimo recorre con el paso vivo los dos kilómetros hasta la estación, como si tuviera que tomar uno de esos trenes que anuncian lugares remotos: Bilbao, Irún, Madrid. Pero no tiene ningún interés en esos rápidos y expresos que tienen en Casetas estación de enlace donde se cambian las vías y el destino de las hileras de vagones. Jerónimo prefiere la rutina de lo conocido: las mismas alpargatas para ir al campo, el mismo camino para ir a la acequia, el mismo rincón de la taberna una vez al día para tomar un vasico de vino y, por el mismo precio, leer la prensa, al menos los titulares, «la substancia», que dice él, que para algo es de los pocos de Casetas que sabe leer y escribir, aunque sea lo justo.

Detrás de la barra de la cantina de la estación trajina Julia, joven pero ya con esa mirada gastada de las mujeres a las que no se les ha permitido ser niñas. Está lavando cucharillas, poniendo tazas debajo de los tres brazos de la cafetera italiana, secando vasos, sirviendo vino, pinchos de morcilla de arroz y gaseosas con ese nervio suyo que parece que tenga un remolino en las manos.

Cuando ve a Jerónimo parado en el quicio de la puerta, con velocidad de liebre, toma dos tazas pequeñas y las vuelca en una grande para ponerle delante un café doble sin que nadie se percate, que ya le tiene dicho que el dueño es más agarrado que un chotis y su mujer una raspa, y que siempre hay algún alparcero que les va con los chismes, así que cuanto menos sepa nadie que ese joven delgado con un rastro oscuro de barba en las mejillas es su novio, mejor. Enseguida ella está ya en la otra punta de la barra llevando una copa de anís a un viajante que apoya el maletón de las muestras sobre el taburete mientras él permanece de pie porque la mercancía es más valiosa que sus piernas.

Trabaja todo el día: desayunos, comidas, meriendas y cenas, incluso

duerme en la fonda. Solo libra un rato por la tarde. Jerónimo sale de la cantina como si no se conocieran y después, frente a las casas de los ferroviarios detrás de la estación, se encuentra con Julia. Su colonia es el olor a lejía de sus manos, sus ilusiones caben en el bolsillo del delantal. Caminan pegados a la tapia de la azucarera en esa avenida de jóvenes plátanos. Él le dice que vayan a tomar una gaseosa a la cafetería del Centro Católico donde van las señoras decentes de Casetas y ella se enoja: «¡Para qué gastar! Hay que ahorrar para la boda». Y acaban sentándose en un banco de piedra que hay entre dos árboles a ver pasar el aire.

Cuando él trata de agarrarla por la cintura con picardía, ella se levanta como un resorte, alza el cuello muy tiesa y muy decente, y acelera el paso, como un avestruz delgada.

Jerónimo camina detrás cagándose en Dios por lo bajo, con más resignación que rebeldía. Mira al cielo, que oscurece con uno de esos atardeceres rojizos que la gente de campo sabe que traen frío. Piensa en que mañana podará los manzanos, en que empezará por el pequeño, que está raquítico.

—El manzano pequeñico se me está quedando arguellado.

—Hay que echarle un poquico de nitrato de Noruega, que dicen que es como el ungüento blanco.

—¡Nitrato de hostias! ¡Si no tengo perras!

—¿Que no tienes perricas? Pues para ir a los toros bien que te llega, ladrón.

Jerónimo no le replica, que ya sabe que lleva las de perder, porque es verdad que le gusta ir a Zaragoza a la plaza. ¿Pero es que no se desloma todos los días trabajando para un día poderse dar un capricho? Mejor no decir nada, porque sabe que para Julia vivir y trabajar son la misma cosa. Ella lo ve quedarse en silencio.

¡Calladico como un muerto!

Joaquina navega por la cocina y ve a Mariano leer una revista que ha encontrado entre los trastos del zaguán.
—Joaquina, en Londres ya existen en las casas aparatos de radio hechos de cristal donde no solo se escucha la voz, sino que también se ve la imagen de las personas que hablan. ¡Como el cine, pero con sonido!
—Parece cosa de magia.
—¡No es magia! ¡Es progreso!
Sigue a lo suyo, cortando unas barras de pan duro que le ha dado la Tía María para hacer sopas de ajo. Le gustaría que Mariano estuviera más pendiente de su propio progreso en Casetas, que es ninguno. Más aún porque pronto no serán dos, sino tres. Pero ha ido dando largas al siguiente ensayo de la banda. ¡Con irse a tocar a la acequia, lo arregla todo!
Él mira de reojo a Joaquina y hace como que lee muy atento. Sabe que está demorando escribir al señor Sapetti y reconocer su fracaso, que solo está posponiendo enfrentarse a lo inevitable: que le han vendido un puñado de palurdos como músicos. Pasa la mañana y no ha entrado un solo cliente en la sastrería. Piensa un momento en la rabia de la bruja, se pregunta si deberían irse de ahí.
Llega el zagal que hace recados para la alcaldía, rapado al cero para que los piojos resbalen por la piel pulida del cráneo. Lleva pantalón corto a pesar del día gélido, luce las piernas huesudas sucias y unas abarcas rotas tan grandes que camina sin levantar los pies del suelo.
—Don Mariano, me envía el señor alcalde pa dicirle que lo espera esta tarde a usté en el casino después de la música.
—¿Y tú no tendrías que estar en la escuela?
—¡Quiá! En la escuela no me dan una perrica.
El chaval se marcha subido a las abarcas, y cuando sale Joaquina de la

cocina secándose las manos en el delantal, encuentra a Mariano contrariado.
—Si no mandamos a los críos a la escuela a que aprendan cosas de provecho, ¿qué futuro tenemos en este país?
Ella asiente con poco énfasis. No puede arreglar el mundo, pero puede poner en la mesa una comida caliente.
—Vente a comer que no se enfríen las sopas. Hay chullas de tocino de segundo.
Mariano cae en la cuenta de que no van a comer cardos, que ya los tenía aborrecidos aunque no dijera nada.
—¿Y de dónde ha salido el tocino?
—De la tienda de la Experta.
—¿Y el dinero?
—Al fiado.
—Pero, Joaquina, ¡qué va a pensar la gente!
—Pues la verdad: que no tenemos un real.
El tocino está algo salado pero le sabe a faisán.
—Joaquina, el alcalde me ha convocado y me barrunto que va a ser para despedirme, que ya le habrán ido con el cuento de que no me entiendo con la gente de aquí.
—Ya se verá.
—Si es que sería la solución. Aquí no hay banda ni hay nada y si me voy yo, no me darán ni la semanada.
—Que sea lo que Dios quiera.
—Esta tarde espérate en casa a ver si viene algún cliente.
Joaquina no dice nada mientras recoge los platos, pero ha decidido que ya no va a esperar más. El que espera, desespera.
La Tía María le ha contado a Joaquina que el anterior director de la banda se fue porque le pagaban mu poquico. La banda dependía de una sociedad: de las cuotas de los socios y de lo que recaudaban en el baile los días de fiesta, que se cobraba una pequeña entrada. Pero hubo un año de cosecha malísima y la gente estaba sin un céntimo. Había que pagar el alquiler del local del baile y al director, y las cuentas no salían. El ayuntamiento dijo que se haría cargo de la banda hasta que la cosa se arreglara pero la Tía María, al contarlo, hace

aspavientos. Al alcalde la única música que le interesa es el clin de los dinericos en el cajetín.
Joaquina sabe lo que ha sabido desde el principio, que eso de la banda que a Mariano le pareció un premio era una embolicada de las gordas. Así que más vale que ella empiece a solucionar las cuestiones prácticas porque su marido tiene un flautín en la cabeza, pero hay que comer todos los días, a ser posible tres veces, o al menos dos, que sin cenar se puede pasar. Sale cubierta con un abrigo largo que le hizo Mariano con un paño negro de abrigar y se ajusta bien el pañuelo en la cabeza.
A dos puertas hay unos vecinos reunidos quitando las hojas a las panochas. Las más blancas se apilan aparte porque servirán para hacer el relleno de los colchones. Da las buenas tardes desde la puerta y todos la miran con desconfianza. Las miradas tienen la misma aspereza de sus dedos.
—Buenas tardes tengan. Vengo a decirles que hay nuevo sastre en el pueblo.
—¡Ni pueblo ni hostias consagradas! —le responde un hombre muy mayor sin despegar la colilla apagada de los labios—. Barriada y mala.
Al paso de un par de mujeres cargadas con coles y tinajas llenas de harina de panizo por delante de la casa, les anuncia con entusiasmo la nueva sastrería y se detienen un momento e incluso entran, pero no tienen interés en saber qué paños hay disponibles sino únicamente husmear, enterarse de dónde vienen, si tienen hijos, si son de misa diaria. Después, por la puerta ya solo entra el frío empujado por ese aire que en Casetas nunca se para del todo, que si acaso se detiene un momento es para coger más fuerza.
Se abriga con la mantilla de lana y se acerca a la iglesia. La atiende el párroco en el despacho de la sacristía bajo un crucifijo oscuro, vestido de sotana, con unos ojos penetrantes que todo lo ven. La escudriña por encima de los lentes. Joaquina siempre viste muy recatada, abotonada hasta el cuello y arrebujada en la mantilla, pero aun así se siente incómoda.
—¿Ya habéis renovado los votos?
—Llevamos poquico de casados, páter. Que para los diez años aún nos queda mucho.

—Para honrar a Dios no hacen falta aniversarios.
Joaquina le pregunta si podría acercarse a bendecir la sastrería que han abierto para que todo vaya con bien. El mosén tuerce el gesto.
—Muchas son las responsabilidades y los trabajos que demanda servir a Dios. —Joaquina baja la cabeza y él resopla con fastidio—. Ser cristiano consiste en darse a los demás. Iré en un rato a vuestra casa y llevaré el agua bendita.
Joaquina sonríe agradecida.
—Y la hucha de los pobres del asilo de Santa Brígida, que están muy necesitados.
Al llegar al horno, la Tía María le dice que para la visita prepare café con leche.
—Y alguna cosica dulce pa mojar, que el mosén es laminero.
Como ve el rostro de desolación de Joaquina, ella misma le pone en la mano un par de bollos con anises.
—¿Pero el páter viene a bendecir o a merendar?
—A las dos cosas, hija mía. Y dale alguna perrica para la hucha de los pobres que, si no, el agua bendita no hace efecto.
Uno de los bollos lo guardará para la cena de Mariano, que a ella con un coscurro de pan y una miaja de tocino le llega.
El mosén hace una visita rápida, agita el hisopo del agua bendita y también la hucha. Le da tiempo, eso sí, de beberse el tazón de leche —café no hay—, comerse el bollo en tres bocados y acechar las migas por el plato con esa vista suya que todo lo ve.
Para ayudar al efecto del agua bendita, Joaquina ha puesto una moneda en el suelo debajo de la cama del dormitorio y otra bajo la alacena de la cocina para que atraigan el dinero.

Mariano va camino del almacén a buen paso para entrar en calor. La tierra de la calle cruje del frío. Cumplirá con el ensayo para que no se diga que no ha hecho el trabajo y después irá a ver al alcalde.

Igual es que está nervioso, porque nota que alguien viene detrás de él escondiéndose. Decide pararse y hacer como que lleva un zapato descordado. Pone el pie en un poyete y con el rabillo del ojo observa a su espalda. Le parece que alguien que venía detrás retrocede un par de pasos de manera apresurada y gira la esquina como si se ocultara, pero la sombra del local de la compañía eléctrica no le ha dejado ver claramente. Da unas zancadas hasta la esquina, pero cuando llega solo ve venir por el fondo a dos mujeres vestidas de negro que traen en cestos la colada desde el lavadero. Le ha parecido que había alguien, también podría ser su angustia con todo lo que tienen encima: una sastrería sin clientes, una banda sin músicos y una bruja que los quiere echar.

Hoy viene al ensayo el que faltó el primer día. Mariano tiene ramalazos de optimismo. Quién sabe. ¡Podría ser un virtuoso! Se dice a sí mismo que eso no es ser fantasioso, es estadística, matemática pura, la excepción confirma la regla: podría pasar que en Casetas hubiera un músico con un talento excepcional y aún puedan tocar algo en condiciones.

Mariano entra y nota que los de la banda lo observan de reojo sin dejar sus conversaciones. Se asoma al cuarto de herramientas para asegurarse de que no hay nadie, solo mesas atestadas de cacharros en diferentes estados de ruina. La ventana tiene el pestillo roto pero se asegura de encajarla bien en el marco. Haría falta un vendaval para abrirla.

Cierra la puerta y se va hasta el centro de la nave para ponerse enfrente de la cuadrilla. No se han quitado las boinas como harían en

señal de respeto. Lo observan con descaro, mirando muy fito. Tienen cara de perro que desconfía.

El nuevo, en apariencia, no se diferencia mucho del resto, salvo porque tiene la cabeza llena de clapas y mechones de pelo irregulares aquí y allá que le dan un aire desaseado: chaqueta de pana muy gastada, barba de varios días, pantalones demasiado anchos con demasiados parches, pero piensa que lo importante es lo que uno lleva dentro. Le cuelga una trompeta de la mano de manera indolente.

—¿Cómo te llamas?

—Mi madre me bautizó como Rogelio Custodio, pero en cuanto que el cura me echó el agua por la cabecica se ve que se me borró el nombre, porque aquí me llaman el Tiñoso. De pequeño tuve la tiña y se me caía el pelo como si fueran brazadas de trigo.

—Vamos a ver cómo tienes los dedos.

—¡Mas torcidos que el destino de Caín! —se exclama el Casa Grande.

—Anda, toca una escala en do mayor.

El Tiñoso se rasca la cabeza con la mano libre.

—¿Y esa qué canción es?

—¡El do-re-mi-fa-sol, tonto del haba! —le chilla el Pintado de manera cortante y no se le ocurre replicarle, que sabe que tiene muy malas pulgas.

El Tiñoso no ve muy claro cuál es cada nota, así que toca el himno nacional, que siempre queda muy señor. Las notas del himno de España en su trompeta suenan estridentes, fuera de ritmo, con pasajes saltados, un reflejo del país. Algunos se empiezan a reír.

—¡Jodo, Tiñoso! Como toques así el himno delante de una autoridad, te meten en la cárcel.

—Pa toda tu vida.

—¡A pan y agua!

Mariano suspira. El Tiñoso es igual o peor que el resto, incluso diría que la cabeza le gira un poco más lenta de revoluciones que a los demás. Ve cómo le toman el mal pelo que tiene.

—Tiñoso, eres más malo que el sebo.

—Más corto que el día de Navidad.

El Tiñoso hace como que le da igual, ya está acostumbrado, pero

Mariano se irrita al verlos reír de manera zafia con esas bocazas donde faltan la mitad de los dientes. El grupo emana un tufo de ajo y vinagre, a orina enfriada de mearse en las manos cuando están en el campo para sanar las grietas de la piel.
—Yo hi traído la tuba, maestro. Que la tenía despistada.
Mira con tristeza los arañazos del metal, las abolladuras y las manchas opacas de cogerla con los dedos grasientos.
—Podría ser un instrumento hermoso, Regañao, pero es un tubo sucio.
El Regañao lo mira rencoroso con su ojo nublado y se queda callado. Ha tenido que ir de propio a Zaragoza a la casa de empeños del Coso y devolver el dinero que le dieron. Esa gente fina nunca está contenta con nada. Pues que se vayan a tomar por el culo.
Escupe en el suelo de mala leche y Mariano hace como que no se ha dado cuenta.
—¿Vamos a tocar un pasodoble? —le pregunta el señor Lezcano.
—¿Cuál sabéis?
—El de *El gato montés*.
Mariano eleva la batuta y todos se preparan. Aún no ha bajado la mano y el Trapala ya se ha lanzado con la trompeta. Los otros tratan de entrar a toda prisa en el compás y todo es un guirigay.
—¡Parad! ¡Parad! Trapala, ¿adónde vas?
—Ese gacho siempre parece que vaya a apagar fuego —se ríe el Badana.
—Pues peor vosotros, que lo seguís. ¿Pero no sabéis lo que es un pasodoble?
—Sí, maestro. Una música para tocar en las corridas de toros.
—Y en los bailecicos, señor Lezcano —le dice con guasa el Casa Grande—, que como se va a dormir a la hora de las gallinas, no se entera.
Se alza un murmullo de comentarios y risotadas y Mariano chista para pedir silencio.
—Entonces, no sabéis que un pasodoble es un ritmo binario. Para un paso que sea doble.
Alguno resopla. El Regañao protesta:
—¿Y eso de qué nos sirve saberlo, maestro?

—Si no entendemos por qué hacemos las cosas, solo repetiremos todo como los loros, siempre haremos lo mismo, y si lo hacemos mal, lo haremos mal mil veces. El pasodoble era una marcha ligera que se inventó para que la tropa de infantería desfilara a ciento veinte pasos por minuto. Como estabais tocando vosotros, una tropa no podría desfilar, echaría a correr a lo loco. En una pista de baile no se podría bailar.

—¡Ni agarrar! —salta el Casa Grande, que todo lo toma a chufla.

—Yo hi traído la trompetica. Y hasta le he pasado un trapo —se ufana el Pericas.

—¡Pues brilla como el ojo de mi culo! —le suelta el Pintado.

Mariano se percata de que en vez de coger la trompeta sosteniéndola por debajo, agarra el tubo con la manaza.

Esta gente coge los instrumentos como si cogieran una azada o un serrucho.

—Así no se puede tocar nada —les dice con amargura.

Lo miran con cara de extrañados o de cabreados. Se miran unos a otros y hacen muecas. Será porque es de Mallén, el gacho, pero a ese director pa entenderlo hay que discurrir mucho.

—¡Vamos a ver, Pericas! ¿Tú por qué no sostienes la trompeta metiendo un dedo por la anilla de abajo en vez de apretarla con toda la manaza?

—Es que aguantarla ahí me hace muchismo mal en el dedo.

—La agarras muy fuerte...

—Pos sí, señor, como si agarrase a uno por los cojones.

—Pero es que la música no es por cojones, Pericas. A los instrumentos no hay que cogerlos, hay que sostenerlos.

—Pues si se cae la trompetica en mitad de la actuación, menudo chandrío.

—Si los apretáis muy fuerte, los instrumentos no vibran. ¡El metal tiene que vibrar!

Lo miran con los ojos muy abiertos.

Se hace un silencio tenso.

—¿Qué pasa, pues?

—Usté disculpe, maestro —le dice el Regañao—. ¿Vigrar qué es?

—¿Alguna música extranjera como el foxtrot, u qué? —tantea el Tiñoso.
Mariano los mira con incredulidad.
—Nos tiene que excusar, don Mariano. Es que himos ido mu poquico a la escuela —le dice el Badana.
—Yo fui tres años a la escuela y se me daban bien las cuentas, pero me necesitaban en casica para ayudar en el campo —se explica el Trapala pegando las palabras unas con otras.
—A mí me sacaron al año y medio.
—A mí al año.
El Pintado, que tiene el gesto rabioso, le arrea un golpetazo al bombo y todos se quedan callados.
—Yo ni llegué a ir. —Y lo dice muy serio, mirando al fondo del trastero, a las cosas rotas.
Mariano asiente apesadumbrado.
—No es culpa vuestra. La culpa es de quien es. —No dice más porque viven en una dictadura desde que el general Primo de Rivera ocupó el gobierno con el beneplácito del rey Alfonso XIII, y es mejor ser prudente, pero todos lo entienden—. Un día en este país todos los niños irán a la escuela, los ricos y los pobres.
—Dios le oiga, maestro.
—Mejor que no, Tiñoso —le dice el Regañao—, que Dios es de derechas.
Mariano piensa que más vale que no sigan por ahí, que no son tiempos para hablar más de la cuenta, y mira hacia el cuarto de las herramientas para asegurarse de que la puerta está cerrada y no hay miradas indiscretas.
—Vibrar es lo mismo que temblar, pero cuando te quieres referir a una cosa en vez de una persona. Para hacer música, los instrumentos de metal han de vibrar igual que las cuerdas de una guitarra. Igual que la guitarra entera.
Lo miran con unos ojos como huevos duros.
No han entendido nada.
Ni una miaja.
—A ver si me explico. Las personas y los animales tiemblan. Los

objetos, vibran. ¿Estamos?
Murmuran vagamente. Se escucha al Pintado cagarse en Dios por lo bajo.
—Pues los instrumentos vibran. Tiemblan, para que nos entendamos. ¿Me comprendéis?
Se miran unos a otros. El Casa Grande se decide a hablar, que desparpajado y pícaro lo es un rato largo porque ser tímido es un lujo que, cuando tienes tres hijos y otro en camino, y los que vendrán, no te puedes permitir.
—¿Pero quiere usté decir que una trompeta va a tener el tembleque como una ovejica en invierno cuando aprieta el cierzo?
—Eso es.
—Pero, con todos los respetos..., ¡eso no pue ser!
—Pues es así, lo han demostrado los científicos más sabios del mundo. ¿Sabéis quién es Einstein?
—Yo es que conozco poquica gente en Zaragoza.
—Yo tampoco, maestro —salta el Trapala, que siempre quiere explicarse más de la cuenta—. Un primo de mi mujer solamente, que trabaja en la estación de Las Delicias, pero es medio retorcido, el gacho, y si lo veo venir por una calle, escapo por otra.
Mariano los mira.
—¡Einstein no es de Zaragoza! ¡Es del extranjero!
—Entonces no lo conozco, maestro. Que yo nunca he pasado de Monzalbarba —le dice muy serio el señor Lezcano.
—Yo tampoco.
—Yo estuve de viaje de bodas en Logroño.
—¡Escuchad! Los instrumentos tiemblan y cuando la orquesta toca junta, esas ondas se las pasan de unos a otros y ese momento..., ¡eso es la música! La música es ciencia pura.
—Usted disculpe, maestro —le dice el Pintado, que es de pocos cumplidos—, pero no lo hi entendío.
—Ni yo.
—Yo menos.
—Na de na.
Se va al fondo de la nave y trae unos cascos de botellas vacías

polvorientos, todos iguales, y aparta unos botes de pintura para hacer sitio en una mesa de tablón. Pone las botellas una cerca de la otra.
—Acercaos.
Mariano saca la llave grande de la puerta del horno y golpea el cuerpo de cristal de las botellas una por una.
—¿Cómo suena?
—Finico —contesta el Badana, tan miope que oye mejor de lo que ve.
—¡Eso es! Suena agudo. ¿Diríais que las botellas suenan igual o diferente?
—Yo las oigo igualicas.
—Efectivamente, suenan igual. Tú, Trapala, que siempre vas con prisa, coge la última botella.
Se abalanza tan rápido que al ir a cogerla la tira y casi la rompe.
—¡Mira que eres brozas, maño! —le chilla el Regañao.
—A ver, Trapala, con cuidado, sin correr. Pon la botella de pie y agárrala como agarras el trombón.
—Pues bien fuerte, para que no se mi caiga.
Mariano golpea las tres primeras botellas y suenan con el «clink» tintineante del cristal. Al golpear la botella que tiene agarrada el Trapala, en vez de «clink», suena «clonk», un sonido mucho más grave y apagado, como de madera.
—Ha sonado más feo, maestro —le dice el Casa Grande—. Será que le ha pegado mal.
—Prueba tú.
El Casa Grande mira a los demás con ese permanente gesto suyo de guasa y toma la llave. Golpea las botellas sueltas y suenan de manera aguda, pero al golpear con la misma intensidad la botella del Trapala, suena más apagada. Por un momento deja la risa y se queda intrigado.
—¿Qué pasa, pues?
—Que el Trapala agarra con tanta fuerza la botella que no la deja temblar. Eso hacéis con los instrumentos. Por eso el sonido es más pobre. Por eso las cañas de la boquilla en los clarinetes y los saxofones tampoco hay que morderlas, porque entonces no vibran. Prueba tú, Pintado.
Pero el Pintado tiene el gesto girado.

—Mire usté, don Mariano. Yo tengo en casica bocas que alimentar y tengo muchismas paredes que pintar pa estar aquí perdiendo el tiempo en melonadas.

Se va para la salida cagándose en la Virgen del Pilar.

Los otros se han quedado callados y esperan la reacción del maestro. Podría darle un grito al Pintado para que no se mueva de donde está, que el alcalde le ha dado la autoridad para mandarles, pero no lo hace. Mariano trata de mantener una apariencia de indiferencia, de hacer como si no hubiera pasado nada, pero por dentro se siente perdido, no se entiende con esa gente.

Les dice que se ha terminado, que regresen a sus casas y todos arrancan hacia la puerta a las prisas, hablando en voz muy alta, aliviados como los niños cuando suena la campanilla del fin de las clases.

Al quedarse solo, se fija en el cuarto de herramientas y le da un vuelco el corazón al ver que la puerta está entreabierta. Hoy sí que no tiene dudas de que la ha dejado cerrada y no hay corriente de aire que la mueva. Corre a ver si pilla de una vez a quien lo esté vigilando y se fija en que la mesa de debajo de la ventana tiene un espacio en que han apartado los cachivaches como para apoyarse al subir y bajar. Lo controlan, está claro que el alcalde no se fía de él. Nadie se fía, es un forastero, no lo quieren ahí. Se van a ir cuanto antes para perder de vista ese puñado de casetas adonde nunca deberían haber venido.

Ya es noche cerrada cuando entra en el casino. Humo de puros y calor de calefacción fuerte. Conversaciones donde se habla de ministros, del precio del grano, de juntas de regantes. El mosén está leyendo el *Heraldo de Aragón* frente a una copa de jerez, en las mesas se juega a las cartas y en una de ellas está el alcalde echando una partida de guiñote. No le pasan desapercibidos los gemelos de oro que lleva en los puños de la camisa.

—Don Lorenzo, no sabía que estaba usted ocupado. Ya hablaremos mañana en la alcaldía, si le parece.

—¡Mariano, no sea usted tan protocolario! Estos amigos son de confianza.

Los de la mesa asienten: el farmacéutico, un constructor al que cuando

no lo oye le llaman el Azacán, y el médico, don Cipriano.
—Lo he mandado llamar para hablar de la banda.
—Yo también le quería hablar.
—¡Tengo buenas noticias! Tenemos un contrato para tocar para las fiestas de San Marcos en Sobradiel.
—Eso no va a ser posible, don Lorenzo.
—¡No se me arrugue, Mariano! ¡La historia la escriben los valientes! Es en abril, ya verá cómo sobra tiempo.
—De eso quería yo hablarle. Esta gente no sirve para la banda.
—Pues tendrá que servir, que ya les he cobrado a los de Sobradiel la mitad por adelantado.
—No son músicos, don Lorenzo. No tienen fundamento ninguno.
—No me sea apocado. Mire, igual hasta les saco a los de la Comisión de Fiestas algo más por el desplazamiento para que cobren esos zoquetes una propina. —Sonríe satisfecho de su eficacia para los negocios y los demás compañeros de partida asienten. El alcalde le indica al farmacéutico que reparta y se reanuda el juego.
Mariano se ha quedado parado de pie como un pasmarote mientras cae sobre la mesa el tres de bastos, que manda mucho en el guiñote y genera alborozo en los jugadores, así que cuando se despide ni siquiera lo oyen.
Camina por la calle arrastrando los pies hasta la calle de la Parra. Le da rabia no tener más coraje, haber parado la partida con un palmetazo en la mesa y un me cago en Dios, decirles que esa banda es una farsa, que, pese a su sonrisa deportiva y su manera campechana de tratarlo, se da cuenta de que el señor alcalde desconfía de él. Es verdad que tiene motivos, porque él no ha sido nunca director de banda ni de nada. Ha girado el cuello un par de veces por si venía alguien siguiéndolo. Viento, solo viento. Ese maldito viento que nunca para en ese barrio destartalado de casetas.

Al llegar a casa se calienta las manos delante de la cocina económica de hierro, que deja entrever un fulgor de fuego.

—He ido a decirle al don Lorenzo que esto no tiene ni pies ni cabeza y que lo dejo.

—¿Y qué cara ha puesto?

—Pues ninguna, porque no he podido decírselo ahí en el casino con tanta gente. No me iba a poner a contar miserias delante de todos esos señores. Encima me viene con que ha contratado la banda para tocar en las fiestas de Sobradiel y que ya ha cobrado la mitad. Pues tendrá que devolver el dinero.

—No le va a gustar.

—Me imagino.

—¿Y cuándo se lo vas a decir?

—Mañana.

—Yo nunca he visto ningún mañana.

Para mostrarle a Joaquina que va a ser firme, que cuando dice blanco es blanco y cuando dice negro es negro, se va hasta el cuarto que tenía que ser sastrería, empieza a empacar con energía y mucha resolución las bobinas de tela en el baúl de viaje y lo cierra.

—A ver si mañana mismo el Jerónimo, aunque sea a regañadientes, nos puede llevar con los trastos de vuelta a Zaragoza. Y se acabó.

Llaman a la puerta. Son el Casa Grande, con esa sonrisa suya sarcástica, y el Badana, que está muy gordo y llega sin resuello, se recoloca las gafotas rotas sobre el hueso de la nariz que ya tiene una duricia como una judía pinta.

—¡Maestro, tie que venirse pa la taberna del Eligio!

—Se agradece, pero no soy de vino. Ya se ha hecho tarde y tengo que recoger las cosas. Nos volvemos a Zaragoza, que aquí no pintamos nada.

—Aquí el único que pinta algo es el Pintado, que cuando no está con el bombo ni peleándose con alguien a hostia limpia, le da a la brocha gorda —le dice el Casa Grande.
—No se tome el vino si no quiere, pero ha de venir usté a ver la que está liando el Regañao.
—Haga el favor, que será un momentico. Pa que dé usté su opinión y se quede tranquilo.
Mariano se gira hacia Joaquina. Esos dos le parecen un par de desgarramantas, pero cree que le hará bien a Mariano distraerse un poco.
—Anda, vete, que aún falta un ratico para la cena.
El Casa Grande y el Badana caminan deprisa y enseguida llegan a la taberna del Eligio. A un lado de la entrada está estirado en el suelo un perro negro que dormita pero está despierto. En la barra, varios rodean al Regañao.
El Badana, con su cuerpo rechoncho, trata de abrirse paso a empujones.
—¡Pero maño! ¿Vas a apagar fuego u qué?
—¡Traemos a don Mariano, que es el que sabe de estas cosicas!
Se echan a un lado y se abre un camino como cuando en la Biblia se abren las aguas del mar Rojo, pero aquí el agua es vino. El Regañao tiene puestos sobre la barra varios botellines de cerveza El Águila y anda a golpes con ellos con una cucharilla de café. Uno de los parroquianos se dirige al Badana.
—Este mozo se está volviendo tarumba y nos está volviendo tarumbas a los demás. Que dice que si la botellica suena más o suena menos si la agarra o no la agarra.
—Loquico perdido está —le dice otro con un palillo en la boca.
Mariano se acerca y el Regañao lo mira con el ojo bueno.
—Maestro, les quería explicar eso de la vigración a estos cazurros, pero las botellicas no me suenan distinto. No sé qué pasa: agarro fuerte la última como usté dicía y no se nota la diferencia.
—¡Nos quieres encular, Regañao! —chilla uno.
Mariano habla y todos se callan para escuchar a ese forastero al que miran con recelo: va vestido de traje como un señorito pudiente, pero

en Casetas las noticias corren más que la rueda del molino y todo el mundo sabe ya que su mujer va a comprar al fiado. Como todos.
—No te cambia el sonido porque las botellas han de estar vacías.
—Eso tie fácil arreglo —agarra un botellín y se lo bebe a gollete de un trago.
—Yo soy más de vino —explica el Casa Grande como si se hiciera de rogar, pero mientras lo está diciendo ya se ha bebido el otro. Y El Badana tarda en beberse otro botellín menos que en decir «amén».
—¿Y aquí quien paga el gasto? —pregunta el Eligio desde la barra.
—No se preocupe, que yo se lo abono en cuanto cobre —le dice Mariano.
—No se apure en pagar, maestro, que el Eligio tiene los huevos de dos yemas.
—¡Los cojones!
Mariano le indica al Regañao que pruebe ahora.
Al golpear con la cucharilla las botellas vacías, tintinean. Y al agarrar fuerte la última, el sonido cambia. Se hace más seco.
—Pues vaya cosica —dice uno con la boina calada hasta los ojos—. Eso está más visto que el mear.
—¿Pero usted sabe por qué pasa? —le pregunta Mariano.
—¡Pues porque tie que pasar!
—Antes no había casi vibración porque al estar llenas el líquido las presionaba. Es lo que pasa ahora con la última botella cuando el Regañao la aprieta fuerte.
—¡Eso es lo que sus decía, ignorantes! ¡La vigración!
—Eso no tie importancia.
—Cuanto más vas llenando los vasos, más se presiona el cristal y vibra más lento. Cuando vibra lento, la onda es lenta y suena más grave —explica Mariano—. Cuando el vaso está más vacío, queda más suelto y vibra más. Entonces la onda es más corta y más rápida, y eso en el oído suena agudo. ¡La música es pura lógica matemática!
—¡Y una mierda!
La gente gira los cuellos hacia donde está Hilaria, la bruja, despachurrada en una silla frente a un vaso vacío. A Mariano le sorprende que de un cuerpo tan delgado salga una voz tan ronca.

—¿Está borracha? —pregunta escandalizado al Eligio.
—Borracha no, un poco mojadica.
Los ojos de la Hilaria están clavados en él. Con las pupilas casi blancas. Transparentes y turbios.
—No la mire, maestro —le dice el Badana—. Esa mujer tiene los ojos de los difuntos.
—Eso son paparruchas.
—Trae mala suerte mirarla.
La bruja deja unas monedas en la mesa, se levanta, se recoge el pelo del color del óxido en la media de lana y cuando echa a andar para la salida, los hombres del bar la miran de reojo y se hace un silencio insano. El perro lobo asoma el hocico a la puerta y muestra dos hileras de dientes puntiagudos. Cuando salen ella y el perro, el bar recupera su trajín.
—Yo lo vi con estos ojicos. Aunque sea miope, no pierdo ripio, maestro. —El Badana se mete en el cuerpo medio vaso de vino para aclararse la garganta—. Una tarde que estaba la Hilaria en ese mismo rinconcico, había en la barra unos de Zuera que habían venido a poner unos cerramientos en la fábrica de cerámica, y el más bravucón, un farute destos que se las dan de paquete, se fue hasta ella haciendo cucamonas. Se apoyó en su mesa con una mano y con la otra la cogió para achucharla. Abrió la boca pero en vez de dicir alguna gansada, el gacho empezó a chillar como un tocino el día de la matanza. La bruja había sacado el cuchillo que lleva siempre encima para cortar hierbas a velocidad del rayo, le atravesó la mano y se la dejó clavadica a la mesa.
—Ese día entraba yo por la puerta justo en ese momento —explica el Casa Grande, que se ha afincado otro vaso de vino—. Salía corriendo el gacho y la sangre le saltaba pa arriba igualico que cuando pinchas una tubería con el pico. Nunca más apareció por aquí el tonto del haba.
—Tampoco volvió a verse a un viajante de relojes que era un mozo royo mu bien plantado que le cayó en gracia a la Hilaria —explica el Badana—. Salieron junticos de la taberna y los vieron ir hacia la cabaña donde vive ella, pasada la sima. El viajante nunca más

apareció por Casetas.
Aparece el Tiñoso y se suma a la conversación.
—Decía el hijo de la Franca, que es algo retrasado pero mu adelantado para guipar por las ventanas lo que no debe, que se encamaron y estuvieron jodiendo dos días sin parar ni pa comer ni pa dormir, que el viajante quedó exprimido como la cáscara de un limón, y la diñó. Contaba que estaba el pobrecico tan sunsido que solo tenía ya piel y huesos, que ella lo enrolló como a una estera y lo echó al Ebro, la tía puta.
El Regañao hace que no con la cabeza.
—Del hijo de la Franca te puedes fiar nada y menos. Que miente más que habla.
—Pues yo os digo que una noche que volvía tarde de Pinseque, vi a la bruja pasearse en cueros por el campo, como la trajo al mundo Dios. O el Diablo.
—¿Y qué le dijistes a la moza, pues?
—¿Dicir? ¡Quiá! Apreté el paso y no paré hasta casa.
—¿Y cómo tenía las carnes, Tiñoso?
—Está mu escurridica. Nada por delante y nada por detrás. Pero dicen que entre las piernas tiene un ojo que te hipnotiza.
—¡Pues como todas, pánfilo!
Todos se ríen de la cara de tonto que pone el Tiñoso menos Mariano, que permanece serio.
En la taberna hay mucho barullo de voces, sobre todo de dos que tienen los campos colindantes y andan a gritos porque uno dice que le está robando el agua de riego y están cerca de pasar de los gritos a los golpes. El Eligio los deja estar, que si se acaloran beben más y hacen más gasto.
Mariano ha de levantar la voz para que lo oigan en medio del jaleo.
—Os quiero contar que mañana le voy a decir al señor alcalde que me vuelvo a Zaragoza.
—Yo le entiendo, maestro —le dice el Badana—. Esto está dejadico de la mano de Dios.
—Hace bien en irse, don Mariano —le dice el Casa Grande.
—Si es que aquí no habemos más que ignorantes. Fíjese, quería yo

enseñarles a estos cazurros alguna cosica con eso de la vigración pero tienen la cabeza de adoquín. Ni puto caso me han hecho. Aquí todo es un fracaso —y al decirlo, al Regañao se le nubla también el ojo bueno. Todos se quedan callados y Mariano lo mira con ternura.

—Te voy a enseñar otra cosa, Regañao.

—¿Otra martingala?

—Necesitamos ocho vasos y una jarra de agua.

El Eligio lo mira esquinado mientras restriega una taza con un trapo mugriento.

—Mire usté. Aquí agüica no servimos, que trae mala suerte. Vino, el que quiera.

—Pues que sea una botella de vino. Y me lo apunta.

—Y los vasicos, palmeros —reclama el Casa Grande—. Que así se verá mejor el ixpirimento.

Cuando pone los vasos grandes, Mariano empieza a llenar el primero y el Tiñoso alarga la mano con avaricia, pero el Regañao le pega un manotazo.

—¡Animal! Que este vino no es pa chupar.

—Estás tarumba, maño.

Mariano va echando en los vasos. Al primero, un par de dedos; los siguientes cada vez más llenos hasta que el último está de vino hasta arriba. Toma la cucharilla y empieza a golpear uno después de otro. Cada uno es una nota distinta y ajusta las cantidades hasta que suena una escala de do, como si fuera un xilofón de cristal.

Mariano empieza a puntear sobre los vasos:

do - do - do - fa - la

Los tres se miran. En sus oídos suena:

*la - cu - ca - ra - cha*

Mariano repite la secuencia:

do - do - do - fa - la

Y ellos en su cabeza vuelven a escuchar:

*la - cu - ca - ra - cha*

Mariano sigue percutiendo:

fa - fa - mi - mi - re - re - do

Y en sus oídos suena claramente:

*ya - no - pue - de - ca - mi - nar...*
El Badana, el Casa Grande y el Regañao empiezan a cantar *La cucaracha*. El Trapala, que estaba en la otra punta tomando un vino con su suegro, también se les junta. Mariano vuelve al estribillo y cantan todos a coro acompañados del xilófono tintineante de los vasos:

*La cu-ca-ra-cha*
*ya no pue-de ca-mi-nar...*
*Por-que le fal-ta*
*Por-que no tie-ne*
*Las-dos pa-ti-tas*
*de a-trás*

—¡Que va a llover! —se exclama uno.
—¡A ver si te llueve a ti un poco de conocimiento! —le chilla el Regañao.
Los de la banda están exultantes.
—¿Podría usté tocar el rulé con los vasicos?
—¡Ya lo creo!
—¡Eligio, echa una bota!
En el rulé uno levanta la bota en alto y deja caer el chorro de vino en la boca. No puede parar de beber y pasársela al siguiente hasta que los otros no han acabado la estrofa, aunque le salga el tinto por las orejas. Eligio les pasa una bota bien panzuda y Mariano se arranca en su xilofón de vasos acompañando con el tintineo ese canto de bebedores que inventaron en el pueblo de Paniza, rodeado de todas las vides de Cariñena.
El Regañao estira para arriba y empieza a caer el vino en su boca desdentada. Los demás cantan al ritmo que marca Mariano con la cucharilla.

*Bue-nas tar-des don Ma-nuel*
*Bue-nas tar-des don Fae-mi-no*
*No hay co-mo be-ber*
*Si te in-vi-ta un a-mi-go*

El Regañao se la pasa al Badana, que como no ve bien se echa el primer chorro en las gafas. Los demás le piden con un gesto a Mariano que afloje el ritmo para cantar más despacio, a ver si se atraganta.

*Si tú quie-res com-pa-ñe-ro*
*que yo me pon-ga a be-ber*
*Cán-ta-me e-so de Pa-ni-za*
*Lo que lla-man el Ru-lé*

Arman tanto escándalo con el canturreo que apagan todas las voces y todas las discusiones. Algunos más se arrancan a cantar con ellos y piden que rule la bota. El Badana, cuando acaba la estrofa, tira la bota hacia atrás, como si fuera el ramo de una novia. A la media docena de estrofas todo el bar canta y la bota está escurrida. Mariano da el último toque con la nota sol tintineante para cerrar el rulé y se oye al fondo un «¡Bravo, maestro!».
El Badana, algo achispado, se va hacia Mariano y lo abraza como si fuera su padre.
—¡Maestro! ¡Jesucristo convertía la sangre en vino y usté convierte el vino en música!
—¡Que exageradico eres, maño! —le dice riendo el Casa Grande.
De entre el rebullo de gente alguien de gran tamaño se abre paso un poco a empujones, pero nadie le rechista. Es el Pintado, con esa cara suya rabiosa, mal afeitada y mal encarada. Mariano se tensa al verlo venir hacia él muy decidido, pero al plantarse delante se quita la boina y agacha la cabeza como un niño arrepentido.
—Don Mariano, quería dicirle que en el ensayo me porté como un burro. Que si no me tiene aborrecido, yo volvía de buena gana al ensayico el viernes.
Mariano asiente, claro que es bienvenido a la banda.
Cuando el Pintado se va, el Badana, como si no se lo creyera, se quita las gafas para dejar de mirar el mundo por un momento desde detrás de un cristal rayado y pone cara de pasmo. Con lo orgulloso y follón que es el Pintado, jamás habría pensado que podría llegar a verlo pedir perdón una sola vez en su vida.
Le pone a Mariano en la mano uno de los vasos de vino que no han

arramblado los otros, el del mi. Él se queda el del la, que está más lleno.

—¡Lo ve usté maestro como yo tenía razón! ¡La música es un milagro!

No sabe cómo, Mariano, después del mi, se bebe el fa. Empieza a notarse achispado, a sentir el calor del vino y de la cercanía de esos tarambanas.

En cuanto llegue a la casa del horno ya sabe que va a deshacer la maleta, que desembalará otra vez las bobinas de tela del baúl, que sacará del envoltorio de tela la batuta.

Esa mañana ha venido otra vez el zagal de la cabeza rapada y las abarcas enormes que hace recados para la alcaldía a decirle que el alcalde lo esperaba antes del ensayo. Por eso cruza de nuevo esa puerta de madera pesada con el rótulo: RESERVADO EL DERECHO DE ADMISIÓN.

Le llama la atención que en el casino hay siempre un rumor de conversaciones sobre política, pero no hay discusiones. No cree que sea porque son gente con estudios, o al menos con posibles, sino porque están todos bastante de acuerdo en el tipo de país que quieren: uno donde cambien poco las cosas, donde no les falten los puros ni el coñac del bueno.

Mientras cae sobre el tapete verde de borra un as de Espadas, don Lorenzo le está explicando al doctor Cipriano sobre ese directorcillo de la banda, que le han mandado de Zaragoza. A Casetas siempre mandan las sobras, el repui que ya nadie quiere.

Mariano llega cuando el farmacéutico está cantando las veinte en copas y ha de esperar a que acaben la mano, que está muy disputada. Hoy también está en la partida el mosén, que lo mira con mucha atención.

—Mariano, le he hecho venir para decirle que en Sobradiel tenemos que dar la campanada. Pero para bien.

—No va a ser fácil.

—Solo los ineptos se conforman con lo fácil. Si tienen que ensayar más, que ensayen. Si les tiene que meter candela, se la mete. Que la letra con sangre entra.

—Esta tarde tenemos ensayo y les voy a comunicar a los ocho que a partir de la semana próxima ensayaremos día sí, día no. Y si hace falta, todos los días.

El alcalde abre mucho los brazos en un gesto jocoso de perplejidad y

mira a los demás teatralmente.
—¡Pero, amigo Mariano...! ¿Cómo que ocho? Somos la banda municipal de Casetas, somos Zaragoza, somos la capital, aunque ellos no se acuerden. No podemos llevar una charanga. Iremos a Sobradiel con una banda que se van a quedar de pasmo. Veinte, lo menos.
—¿Veinte músicos? ¡Qué más quisiera! ¿Pero dónde vamos a encontrarlos?
El alcalde mira a sus compañeros de juego con un divertido guiño de complicidad y luego se vuelve hacia Mariano.
—¿Cuándo es el próximo ensayo?
—Pues el martes por la tarde.
—Los tendrá ahí.
—¡Pero si hoy es viernes! ¿Va a poner un bando por toda la provincia?
—Usted déjeme a mí.
El alcalde toma el mazo de cartas y empieza a repartir, pero Mariano carraspea ligeramente.
—Una cosa más, don Lorenzo.
—¡Rediós! ¿Qué más hay?
—Necesitaremos instrumentos.
—Están en el almacén, junto a los picos y las palas de los de obras.
—La mayoría están inservibles.
—¡No sea cenizo! Que les pongan aceite y ya verá cómo sirven.
Sigue repartiendo cartas que sus compañeros de partida se ponen delante de los ojos en forma de abanico. Mariano murmura con la cabeza gacha un «buenas tardes».
Le queda un rato, así que da un rodeo antes de ir al almacén donde ensayan. Mariano no puede sacarse de la cabeza la visita a la cabaña de la Hilaria. Bruja no es, él no cree en esas cosas. No sabe por qué esa curandera les ha cogido tanta rabia y le inquieta eso que le dijo de que «cuatro ojos lo miran». Él no cree que sea adivina, así que si sabe que alguien lo vigila, ¡ha de ser ella misma! Aunque, si lo andaba siguiendo hace días de incógnito con mucho cuidado de que no la descubriera, ¿por qué iba ahora a descubrirse?
Llega con antelación al almacén y, antes de empezar el ensayo, entra en el cuarto del material para asegurarse de que no hay nadie

escondido y ata la ventana con un alambre para que no pueda abrirse desde fuera. Que no entre ni gato ni gata.

Los ocho llegan juntos y le parece que al menos la mitad van algo achispados, como si hubieran quedado en el bar antes de venir. Les explica que van a ir a tocar a Sobradiel para las fiestas.

Pensaba que se echarían las manos a la cabeza, que les entraría el tembleque, pero no se inmutan, lo ven lo más normal del mundo.

Los mira uno por uno. Apestan a vino, a pies, a mondas de naranja, a sudor frío, a tierra seca. Tan encorvados y desgarbados que tienen más pinta de mendigos que de músicos. No se dan cuenta del lío en que están metidos todos. No son conscientes del ridículo espantoso que pueden hacer en Sobradiel ni qué consecuencias puede tener ese fracaso, de cómo esa sonrisa deportiva del alcalde se puede torcer hasta convertirse en unos dientes que trituren todo.

Son unos destalentados.

Con la cabeza dentro de las boinas negras, lo miran atentamente, esperan algo de él. Esperan lo que Mariano no puede darles. Esperan ser músicos. Esperan el milagro.

—A ver, vamos a ir con *El sitio de Zaragoza*.

—Nos la sabemos enterica, maestro —dice el señor Lezcano.

—Saber las notas no basta. Tenéis que estar atentos a cuándo entráis y al compás. Fijaos en mi mano.

Las boinas asienten. El Badana aguza los ojos detrás de los cristales rayados. El Casa Grande mira con ironía, pero dispuesto. El Tiñoso se rasca las costras de la cabeza. El Pintado está serio pero atento detrás del bombo.

Algo que recuerda vagamente a la composición ideada por el maestro Cristóbal Oudrid, con su aire de marcha militar fantasiosa, empieza a sonar de manera descacharrada. Mariano hace un gesto de parar. Han entrado mal. Vuelven a empezar, y ha de parar enseguida. Deja la batuta, dirige con la mano porque más que de director de orquesta hace de guardia de tráfico. Frenazos, choques, bocinazos.

—Vale, vale. Parad. Desde el principio.

Vuelven a empezar siete veces y a la octava llegan al final en un caos ferroviario.

—Que equivoquéis las notas me preocupa menos, ya las aprenderéis, pero es peor que vayáis todo el rato fuera de tiempo y que a veces os quedéis a mitad por falta de aire.
—Es que tengo una galipandria encima, maestro. M'hi enfriao en el campo —le dice el Pericas.
—¡Pero campo no tienes, maño! —le dice el Casa Grande—. Como no fueras al campo a mear.
—O a echar una barda para robar alcachofas.
El Pericas, que es pícaro y receloso, chistoso cuando quiere y retorcido cuando conviene, lanza una mirada hostil al Regañao, pero mejor no replica, que tiene razón el cabrón del tuerto, que de noche se va a llenar el saco como puede, que algo ha de echar al puchero de sus hijos en ese invierno en que no sale chapuza ninguna.
—Escuchad, no hay que sacarse el instrumento de la boca para respirar.
—Estos son unos ignorantes, maestro —se ríe el Trapala—. No se han enterau todavía que hay que agarrar el aire por la nariz.
—¡No, Trapala! Tampoco hay que tomar el aire por la nariz, sino por las comisuras de los labios.
—¿Y eso ande es, maestro?
Todos ponen cara como si les hablara en chino.
—Por las rayicas de los extremos de la boca —y se estira los labios con los dedos para mostrárselo.
Al Casa Grande con la trompa y al señor Lezcano con el bombardino, ha tenido que acabar echándoles las manos a los hombros con fuerza para que no los levanten al respirar.
—Si levantáis los hombros, encogéis los pulmones y os entra menos aire.
Todos lo hacen mal. Les ha indicado la posición correcta un montón de veces, pero no hay manera. Están todos encorvados como si agarraran la azada.
—Dejad los instrumentos.
El Pintado suelta el bombo, que rebota en el suelo.
—¡Joder, Pintado! ¡Con delicadeza!
Como nunca han visto a don Mariano decir un taco, se quedan

mirándolo atentamente. También miran de reojo al Pintado a ver si se revuelve, que no le gusta que le levanten la voz y a más de uno le ha saltado los dientes por menos. Pero no replica.
—¡Venga! ¡Atentos! Voy a dirigiros con la batuta.
—¿Y, si se pue saber, qué vamos a tocar sin instrumentos?
—¡Tócate los cojones, Pericas! —le chilla el Casa Grande—. ¡A ver si suenan!
—¡Formalidad! —les pide Mariano—. ¡Que somos la banda de Casetas! Os voy a dirigir, pero solo la respiración.
Hacen muecas sin disimular. El señor Lezcano tuerce su bigote de morsa. El Casa Grande no se puede callar.
—¿Vamos a hacer gimnasia sueca u qué, don Mariano?
—¿No sería mejor ponernos con los pasodobles? —le sugiere el señor Lezcano.
—Venga, a mi mano. Hacéis como que tenéis el instrumento y respiráis como si tocarais el arranque de *El sitio de Zaragoza*. Exagerad un poco la respiración para que veáis como los pulmones se ensanchan y se encogen al cambiar la posición de los hombros.
El Trapala, delgado, nervioso, la cara picada de viruela, unos pantalones que le quedan cortos y le dejan los tobillos al aire, se pone a hacer con las manos unos gestos exagerados.
—¡Trapala, espera, que aún no he dicho que empecéis! ¡Y más despacio, que en vez de tocar la trompeta parece que estés matando moscas!
Da la indicación y se ponen a tocar en el aire con una música de fuelles. Lo hacen de mala gana, no les convence nada, pero lo hacen todos sin excepción. Mariano ve que tienen muy poco garbo, que coordinan fatal.
Pero hay algo que abre una grieta a la esperanza.
Están dispuestos a hacer todo lo que les diga. Empiezan a confiar en él. Se estrellarán en Sobradiel, pero se estrellarán juntos.
De regreso a casa está atardeciendo y da un rodeo por los campos donde la luz hace que todo sea del color del oro viejo. Empieza a silbar el Concierto en mi bemol mayor compuesto por Bernhard Crusell. Su director de la banda en el ejército le explicó que el maestro

Crusell era de Finlandia, que es un lugar de nieve, y por eso las marchas militares que componía eran muy enérgicas, para mover mucho los brazos y que los soldados a la vez que desfilaban pudieran espantar el frío. Le viene bien silbar y bracear para entrar en calor.

En medio de un campo baldío donde las ráfagas del cierzo remueven los penachos amarillos de la hierba seca, se queda absorto mirando la pequeña mancha roja de una amapola que aletea en la última luz. Allí les llaman ababoles y se usa la palabra con desprecio; cuando uno es muy simple le chillan «¡Mira que eres ababol!». Al Tiñoso se lo dicen todo el tiempo. Pero a él le gustan esos ababoles rojos que en su sencillez resisten sin la ayuda de nadie la crudeza de la intemperie, que regalan a todos los que pasan por los caminos su belleza sencilla sin pedir nada a cambio. Se pregunta por qué las flores son bonitas si la belleza no es útil ni da ninguna ventaja especial de supervivencia, al contrario, despierta el afán de poseerlas, de segarlas para dejarlas morir en el ataúd de cristal de los jarrones. Se pregunta el porqué de su belleza sin propósito, tan efímera como la música, como la propia vida.

Se pregunta lo que se ha preguntado desde pequeño cuando miraba a su padre tocar el saxofón en medio de una montaña de bobinas de paño y cambiaba la atmósfera de la habitación con el parpadeo de las notas: si todo lo que existe, desde una piedra hasta una planta o un ser humano está hecho de materia, de un tejido de átomos, ¿de qué tela está hecha la música?

Ya sabe que es sonido, que las ondas agitan unas membranas igual que el viento chilla en las malas noches a través de las rendijas de las puertas. ¿Pero si solo es sonido que chirría de manera mecánica, por qué nos transforma? ¿Por qué nos enciende la alegría o nos hunde en la melancolía? ¿Por qué nos desasosiega? Solo es aire que pasa a través de unos tubos o que se mueve al pellizcar unas cuerdas. Y, sin embargo, nos remueve las emociones en esos lugares interiores, tan profundos e inaccesibles, que solo podemos acceder a ellos cuando se cierran los párpados, se abren los cerrojos de la consciencia y se levantan las persianas del sueño.

Ya sabe que la música es un fenómeno de la física, que son puras

matemáticas, pero no puede evitar pensar que hay algo en esa explicación que se le escapa, como cuando quieres agarrar con fuerza un pez de colores y se te escurre entre los dedos.

La amapola es una flor que pertenece a la luna y al sueño. Ha estirado una manta fuera de la casa y se ha tumbado en el suelo para mirar cómo oscurece. Las noches despejadas con el cielo cuajado de estrellas la inquietan, pero ejercen sobre ella una atracción enfermiza. Parece que el cielo le cae encima, escucha su crepitar de carcoma, la perturba su brillo de difuntos en medio de la oscuridad. En el lugar de donde ella viene, las noches encapotadas son más silenciosas, tapan con nubes la maquinaria perversa del cosmos, esconden el mal augurio de las estrellas, permiten conciliar mejor el sueño a los despiertos.

Se va adentro, calienta agua y la vierte en un barreño. Echa unas flores secas de caléndula. Se acuclilla y se sumerge lentamente. Introduce la cabeza bajo el agua y deja de respirar, escucha su latido con la misma nitidez que los no nacidos dentro de la cisterna del vientre de sus madres. La caléndula suaviza la piel y la calma. Se estira en la cama en esa cabaña saturada de humo. Debajo de la almohada de hojas de eucaliptus tiene una bolsita de tela morada cuadrada que contiene unas semillas de amapola para que los pétalos de la flor amortigüen las desgarradas visiones del futuro, tan enloquecidamente circulares. Ella no ha pedido conocer el porvenir, no eligió ser bruja. Sucedió como sucede todo.

El Mudo nunca ha dicho una blasfemia, pero en su cabeza retumban todas. Cuando se ahogaba de rabia, bramaba como la vaca cuando le quitan el ternero. A su padre lo sacaban de quicio sus berridos de loco y tenía una excusa más para no volver de la tasca, cada vez regresaba más tarde hasta que una noche ya no regresó. Al Casa Grande le gustaba explicar que la tabernera, una mujerona muy grande que se había quedado viuda con una criatura pequeña, con una teta daba de mamar al crío y con la otra al padre del Loco. El padre se quedó a vivir en la taberna y nunca regresó a casa. Un día la taberna amaneció

cerrada y nadie supo nada más de la viuda, del hijo ni del padre del Mudo; decían que él tenía deudas de juego y se habían ido lejos, hacia Huesca, que era como irse al fin del mundo. Cuando se enteró su madre, no lloró, tomó la ropa, las barajas de cartas y todas las cosas de su padre, hizo una pila en el patio y lo quemó todo. Él al ver arder las cosas de su padre sí lloró a su manera con hipidos y gruñidos de cochinillo. Cuando chillaba, su madre le reprochaba que su padre se hubiera tenido que ir de casa por su culpa, lo perseguía con el palo de la escoba para darle en las costillas y él echaba a correr a trompicones y aullaba como un animal que pide ayuda desde el fondo de una trampa de la que es imposible salir.

Nunca aprendió a leer ni a escribir y, cuando cumplió los doce años, su madre lo puso a trabajar en la fábrica de jabón que había cerca de la estación. Duró cuatro días justos. La gente desconfiaba de ese zagal con la boca torcida y la cicatriz que le cortaba la mejilla. Uno que era muy guasón le llamaba «Raja», porque decía levantando la voz por encima del ruido de las laminadoras que tenía la boca como la raja del culo. Se lo dijo nada más verlo el primer día. Lo repitió, el segundo día. El tercero, también. Raja esto, Raja lo otro. El cuarto día, el Mudo le largó un guantazo tan brutal que al gracioso le cayeron las muelas como si fueran confeti.

Ahora, camino de los veinticinco, trabaja por las mañanas de pocero para el ayuntamiento rebañando a paladas la mierda negra de cualquier fosa séptica. Por las tardes se ha enganchado en una obra a hacer de peón de carga o lo que le manden porque el sueldo municipal es una caridad que no le llega para casi nada, que su madre no cobra pensión ninguna. Hace años que no usa la muleta, camina a bandazos, pero se mueve deprisa.

Se va con el saco vacío de arpillera hasta donde el encargado está tirando una hilada para levantar una pared de mahones y empieza a lanzar sus graznidos de cuervo para indicar que se ha acabado la cal y que tiene que ir al almacén a buscar más. El encargado no tiene hoy un buen día, nunca lo tiene. El Mudo agita con fuerza la tela de saco para explicarse por gestos y expande un polvillo blanco.

—¡Anormal! ¡Deja de tirarme la cal encima!

Cuando quiere explicarse y no puede, le salen unos hipidos desagradables, y aún cabrea más al encargado.
—¡Me cago en Dios! ¡Deja de berrear como un tocino! Si se ha acabado la cal, pues ves a buscar más, retrasado.
Se da la vuelta entre las risas de sus compañeros. Odia la risa. La risa le pone la cabeza del revés igual que cuando se ponen patas para abajo los pantalones al colgarlos de una silla y se cae toda la calderilla de los bolsillos con un ruido que ensorda. La risa lo ensorda, lo nubla, enciende la violencia que lleva dentro.
Se va hasta uno de ellos, lo agarra por la pechera con las dos manos y lo levanta medio palmo del suelo. Tiene las venas del cuello abultadas y su ojo paralizado está inyectado en sangre. El encargado, agachado para empezar a enlucir una pared, tira al suelo la llana y se va incorporando poco a poco para poder expulsar un largo «¡Me cago en Dios!» que retumba hasta en el campanario de la iglesia.
—¡Mudo, deja al Brazales de una puta vez! ¡Y vosotros, a lo vuestro! ¡Que este es mudo, pero vosotros parecéis mancos! ¡A trabajar, joder!
El encargado ve irse al Mudo hacia el almacén a buscar el material con su caminar desgobernado pero ligero. Ya sabe que el mozo no es malo, pero está loco, y con la fuerza que tiene, si a esos dos les mete una hostia, los desgracia.
El Mudo llega hasta el almacén y en lugar de usar la carretilla de madera, se echa un saco de veinte kilos a un hombro, se agacha y se echa otro igual al otro hombro. Le duelen las clavículas, pero el dolor le apacigua la rabia. No soporta que se rían de él, no entiende la risa. Tal vez porque la boca torcida no le deja reír como los demás. Un par de veces los compañeros lo han emborrachado en el bar La Rosa o en el del Eligio para burlarse de él porque cuando se quiere reír hace el ruido de los trenes al frenar sobre los raíles, hierro contra hierro.
Aunque la mañana es fresca, suda a chorros y la camisola se le pega al pecho vigoroso. Desde la academia de corte y confección un par de alumnas levantan la vista de la tarea y se les alegra la vista.
—Buen mozo, el Mudo —susurra una.
—Lástima que no valga para marido —le contesta la otra.
—¡Para algo valdrá!

La profesora les dice que cosan y callen.
Mira de reojo hacia la ventana de la academia. Nunca ha tenido novia. ¿Cómo va a tener novia si no es capaz de decirle a una chica ni su propio nombre? Él no tiene nombre, tan solo es el Mudo. Si al menos supiera escribir, podría apuntárselo a la gente en un papel, pero de la escuela lo echaron. Sigue el camino con los sacos y berrea o muge o lo que sea que sale de su guitarra rota. A veces, un reflujo de rabia le sube muy deprisa desde las tripas y no lo puede parar. Aprieta los sacos tan fuerte que uno de ellos se ha agujereado y va dejando sobre el suelo de tierra un rastro de cal tembloroso.
Hilaria, la bruja, uno de esos días en que bebía y murmuraba, lo dijo en el rincón de la taberna del Eligio como si hablara consigo misma, pero los que la oyeron supieron que estaban escuchando el futuro: «Será por la mañana, a la luz del día. Un día el Mudo matará a alguien con sus propias manos».

Joaquina ralla la piel de limón sobre la harina, los huevos, el aceite y el azúcar antes de echarle un sobre doble de gaseosa El Tigre. Le gustan esas cajitas con un tigre de rayas verdes que salta como si quisiera escaparse de la jaula de cartón. También le gusta rellenar las papelinas estriadas con la manga pastelera, posar sobre ellas un pomo de pasta dulce en cada una. A veces caen unas gotas fuera, encima de la lata ennegrecida. Cuando el hermano fortachón de la Tía María saca del horno con la pala las latas cargadas de madalenas humeantes llenándolo todo de un olor a felicidad, ella rasca con un cuchillo las gotas de masa que se han chamuscado ligeramente sobre la lata y se han convertido en pequeñas monedas de bizcocho que saben a gloria. Porque la gloria debería tener esa dulzura. La fe no debería ser amarga.

Al regresar a casa, Mariano ve algo en el suelo delante de la puerta. Al principio le parece un pájaro muerto, pero al acercarse se le da la vuelta el estómago. Es un amasijo de carne amarilla sanguinolenta, una cabeza cortada de pollo y al lado el pequeño corazón de un rojo negruzco que deja un hilo oscuro en el suelo. Enseguida le vienen a la cabeza los ojos blancos de esa sanadora, el rostro inexpresivo como si no conociese la piedad, su exigencia en un tono amenazador de que se marchen del pueblo.

Toma un papel de estraza y recoge la cabeza con aprensión. Todavía gotea una sangre negra cuando entra en el cuartelillo de la Guardia Civil. El cabo está detrás de un escritorio comiéndose un bocadillo de morcilla. No le hace ninguna gracia que le interrumpan la cena. Menos aún cuando le extiende al lado del bocadillo el colgajo de pollo.

—¡Lo han dejado en la puerta de mi casa!

El cabo tarda en contestar, que aún tiene que acabar de masticar el

último trozo, y al hacerlo deprisa, se le escapa un eructo con olor a cebolla y canela.
—¿Y?
—¿No se da cuenta? ¡Es una amenaza y yo sé quién ha sido! Esa Hilaria que vive al otro lado de la sima. La llaman la bruja, pero es una desequilibrada.
El cabo lo mira con hartazgo.
—¿Pero qué amenaza hay en un trozo de pollo?
—Yo no creo en esas cosas, pero he leído que es una amenaza de santeros. Estuve en su casa con mi esposa y nos quería echar del pueblo. Aquí está nuestra casa, no tiene derecho a echarnos.
—Pero ese trozo de pollo se le puede haber caído a alguien que pasaba por ahí.
—¿Una cabeza cortada sangrando y el corazón al lado? ¡Esto es a mala fe!
—¿Y qué quiere hacer?
—Ponerle una denuncia.
—¿Poner una denuncia por encontrar una cabeza de pollo en la puerta de casa?
—Es una amenaza de muerte.
—¿Pero ella le ha amenazado de muerte por escrito o de palabra?
—No, señor.
—Oiga, no me toque los cojones. Mire la hora que es y aún no he cenado. Váyase a su casa y aproveche la cabeza para hacerse un caldo, que le asentará el cuerpo.
Mariano sale furioso del cuartelillo. Después de dejar atrás el camino principal que va a los campos que rodean la Harinera, se adentra en el sendero. La media luna está entreverada de nubes y la luz es floja. Se roza con los ramajes de ginesta, mete el pie en todos los socavones, lo inquieta la agitación de los cañaverales. En la silueta negra de la paridera que hay más allá le parece ver que algo se balancea dentro y aprieta el paso, no vaya a ser que otro tío Liendres haya vuelto a colgarse. Lo calma canturrear una zarzuela del maestro Guerrero que se llama *La montería*. Las letras de las zarzuelas son tontorronas pero distraen y apartan las sombras:

*No hay que fiar ni confiar*
*en lo que pueda dar de sí*
*un niño que aprendió a volar*
*y ciego vuela por ahí.*

Enseguida ve el resplandor tenue que sale de la cabaña de la curandera. Llama a la puerta con un dramatismo de zarzuela. Oye un leve crujido cerca y al girar la cabeza ve al perro lobo que lo observa. A ese animal los ojos le brillan de una forma maligna.

Se abre la puerta. La Hilaria descalza, envuelta en una manta que huele a humo y deja ver sus pantorrillas flacas de piel muy blanca salpicadas de una lluvia de pecas. No parece sorprendida.

Mariano trata de mostrarse firme.

—¡Has sido tú! ¿Verdad?

Le muestra la cabeza de pollo. El perro estira el cuello y parece más interesado en esos despojos que Hilaria, que no los mira, que ni afirma ni desmiente.

—¿No te da vergüenza amenazar así a una gente que no hace mal a nadie? ¿No te das cuenta del daño que nos haces?

La Hilaria permanece impasible. Sus ojos azulados virados a blanco hacen resaltar el negro de la pupila como el de un animal en la noche.

—A mí no me asustas. Yo no creo en magias ni martingalas.

Ella lo mira muy fijamente, o quizá mira a través de él algo que está más allá.

—Esto no va a quedar así. No te saldrás con la tuya, no podrás echarnos de aquí. Deja de seguirme y de tratar de asustarnos. Hablaré con el alcalde, te mandarán a la Guardia Civil...

Ojos blancos. Noche negra. Pelo rojo. Silencio largo en el que chilla el acúfeno de su nervio auditivo.

—¿No vas a decir nada?

Por fin, habla.

—Marchaos de aquí.

—¿Pero por qué nos hemos de ir?

—¡Estás maldito!

—¿Qué tontada es esa?

—¡Marchaos!
—¡Tú estás mal de la sesera!
En un gesto rabioso, tira la cabeza de pollo, pero no llega a tocar el suelo; de un salto velocísimo, el perro lobo la agarra entre los dientes y la tritura de una dentellada. Le ha abierto el apetito y le muestra los colmillos afilados. Se da cuenta de que con un mínimo gesto de ella, le saltará encima y le triturará la garganta. Tiembla. De frío, de miedo, de vergüenza por tener miedo, de impotencia.
—No te hemos hecho nada, déjanos en paz.
La bruja se da media vuelta arrebujada en su manta sin nada más debajo. Se mete en la cabaña y el perro se va dentro con ella. Y solo queda la noche y los rescoldos del miedo, y algo más, que enseguida aleja de su mente porque es sucio y oscuro.
Al llegar a casa, Joaquina lo está esperando sentada a la mesa de la cocina frente a su cena helada sin tocar. Lo ve llegar blanco como la tiza.
—¿Estás bien?
—Estoy bien, no me ha pasado nada.
—Siéntate a cenar.
—No tengo hambre.
—¿Pero qué ha pasado, pues?
—Hazme caso, es mejor que no lo sepas.
—La cabeza de pollo, ¿es eso?
—¿Cómo? ¿La has visto?
—La de hoy, no. Hace días que hay una delante de casa, pero la quitaba antes de que llegaras.
—¿Y por qué no me lo dijiste?
—¿Por qué no me lo querías decir tú a mí?
—He estado en la casa de esa mujer. Ese perro negro que parece un lobo ha estado a punto de saltarme encima. Me ha dicho que estoy maldito. ¡Hay que joderse!
—No vuelvas nunca más. No quiero que te acerques a ella, ¿me oyes?
—Ahora ya no sé si fue buena idea venir aquí.
—Te pasas la vida dudando de todo.
—Dudar es de gente racional. Son los extremistas, los defensores de la

fe y de las patrias los que no dudan nunca y arrasan con todo.
—¿Y te hace dudar una majara borracha?
—La sastrería no va.
—He arreglado con la Tía María para echar unas horas en el horno y ganar unas perras.
—Igual yo me he empecinado en lo que no puede ser y me voy a estrellar. La banda no vale ni para charanga y el alcalde quiere lo imposible: una banda con veinte músicos que a ver de dónde van a salir. Lo de Sobradiel va a ser un fracaso, todos lo sabemos.
Joaquina le pasa una mano por el pelo.
—Te voy a calentar las sopas de leche, que frías no valen nada.
Por la mañana muy temprano, con el sol blando, Mariano camina en dirección a las aguas vivas del Ebro para sentarse frente a la curva, el galacho que le llaman, y tocar un rato con un acompañamiento de agua y hojas de chopos.
Al acercarse a la sirga que tira del pontón que cruza a la otra orilla a la gente y al ganado, se encuentra a una mujer de mediana edad que pasea junto a un muchacho joven que lleva un macuto. No miran el paisaje sino un periódico que absorbe toda su atención. Ella le toca en el brazo para que se detenga.
—Usted debe ser don Mariano, el nuevo director de la banda. Soy doña Concha, la directora de la escuela de las niñas. Le presento a Ladislao. Todos le llamamos Ladis.
Mariano saluda con mucha cortesía, pero el muchacho apenas hace un ademán indiferente. Su tono es receloso, incluso altivo cuando le pregunta.
—¿Va usted a aplicar métodos de la Institución Libre de Enseñanza en la banda?
—¿Y qué métodos son esos?
—¿Pero cómo? ¿No ha leído a Krause?
Mariano se gira hacia doña Concha en busca de ayuda.
—Ladis ha leído mucho y sabe mucho de teorías, pero poco de la vida. Seguro que usted sabe cómo ha de enseñar música.
—¡Pero no se trata de enseñar música sino de formar a la clase trabajadora! —Ladis tiene la indignación de la juventud—. ¡No se

trata de que sepan tocar cuatro notas! La enseñanza no puede ser un temario que repitan como las cotorras, sino una manera de que sean librepensadores.

Doña Concha siente ganas de darle un coscorrón.

—Ladis, no estamos en un mitin. ¿Y si dejas hablar a don Mariano?

Él no tiene nada que decir, no es un pedagogo; ni siquiera sabe muy bien lo que es la pedagogía.

—Es la primera vez que dirijo una banda. Haré lo que pueda.

Mariano observa que la publicación que iban leyendo tan absortos es una revista gráfica.

—¿Le interesa la revista *Estampa*?

—La leo siempre que puedo, no lo de la moda ni lo de los deportes, sino las crónicas y los reportajes.

—Son muy monárquicos en *Estampa*, demasiado conservadores, pero las fotografías son buenas. Al leerla se da uno cuenta de que estamos en una época de avances extraordinarios, aunque en España no nos enteremos por culpa de la dichosa dictadura.

Doña Concha tuerce el gesto con nerviosismo y hace ademán de irse.

—Que tenga una buena tarde. Y no haga caso a Ladis, que dice por decir.

—¿Pero por qué no puedo decir lo que pienso?

Doña Concha lo agarra del brazo y lo arrastra para que se vayan, pero todavía Ladis se vuelve hacia Mariano agitando la revista.

—Si le interesa *Estampa* o la revista *Crónica*, que es más de izquierdas, en el café del Sindicato Ferroviario están suscritos. Puede ir a leerlas cuando quiera.

Se queda solo en ese recodo del río con los chopos, el Ebro manso y el clarinete.

Le fascinan los cambios vertiginosos que se anuncian en el mundo. El descubrimiento de la penicilina va a salvar millones de vidas. Unos científicos canadienses han sacado del páncreas de animales una substancia que llaman insulina que va a curar la diabetes. En Estados Unidos ya no tuestan el pan al fuego sino en unos ingenios eléctricos dotados de una resistencia. No harán falta más contables porque se han inventado las máquinas sumadoras... ¡Han inventado hasta una

máquina portátil para secarse el pelo después del baño!

Los primeros acordes del *Claro de luna* de Debussy no son del futuro, tampoco del pasado, inventan su propio tiempo. La melodía aguda, suave, repetitiva, una luz que se balancea. Mira irse la mañana sobre el Ebro marronoso, endulzado de fango y sedimentos.

Pero hay más ojos que miran donde él mira, cuatro ojos en la misma curva del río. Un crujido hace que detenga la melodía y al girarse oiga pasos que huyen apresurados entre los árboles, una forma de correr que suena atropellada. Arranca detrás pero es poco ágil y cuando consigue abrirse paso por entre una maraña de ginesta ya no alcanza a ver nada. En el barro hay huellas profundas. No son de un animal, son de alguien que va calzado con botas. Parecen demasiado grandes para ser del pie de una bruja.

—Ya son dos faltas, Mariano.
—¿Faltas de qué?
—¿De qué va a ser? —A Joaquina no deja de pasmarla lo cegatos que son los hombres para ver las cosas más evidentes. Se palpa la barriga y abre mucho los ojos, y él por fin reacciona.
—¿Estás segura?
—Segurísima.
Mariano se levanta de golpe de la silla y sale corriendo hacia el cobertizo de los cachivaches y regresa con unas viejas maracas. A Mariano le encanta encontrar cosas inservibles que a él, durante un rato, le parecen tesoros.
—¡No vayas a traer zarrios a casa!
Empieza a agitarlas y bailotear alrededor suyo mientras tararea un *Himno a la Alegría* a ritmo latino. Ella pone los brazos en jarras y finge un gesto severo.
—¡Venga, déjate de sosadas, que tengo que hacer la comida!
Pero se lo dice medio riendo y él se le acerca agitando las maracas susurrándole al oído uno de esos estribillos dulzones de las canciones de indianos que tratan sobre amores entre aguerridos marinos y muchachas recatadas de ojos soñadores, y ella se hace la escandalizada.
Joaquina se siente feliz. Feliz de que él esté feliz. Mariano se dispone a buscar la botella de vino de la alacena para celebrarlo, pero una cabeza se asoma al quicio de la puerta e interrumpe la luz que entraba.
—¿Se puede?
Es una pregunta protocolaria, el mosén ya está dentro con la presencia imponente de su planta recia de buen puchero, el sombrero negro y la sotana negra.

—¡Páter! ¡Qué sorpresa! Disculpe, que está todo por medio.
—No te apures, hija. Pasaba por aquí y he entrado un momentico a saludar.
—Pero siéntese —le dice Mariano, que no sabe qué hacer con la botella de vino que lleva en la mano—. ¿Un vino?
—No, gracias, hijo mío.
¡Menuda ocurrencia ofrecerle vino al páter! Joaquina le lanza a Mariano una mirada como una banderilla.
—Puedo ofrecerle un vasico de leche y unas madalenas muy ricas.
—Solo me quedo un momento. Pero si me pones las madalenas en un papel me las llevo para la merienda.
—Claro que sí, páter.
—Que Dios te lo pague.
Mariano piensa que a ver si es verdad, que falta les hace. Se da cuenta de que el cura lo mira con una mezcla de curiosidad y recelo.
—Hija mía, a ti te veo en misa. A ti, Mariano, no se te ve el pelo.
A Mariano le sube un ligero rubor.
—He venido a contaros que hace poco que inauguramos la reparación y la ampliación de la iglesia, que tanta falta hacía, para gloria del Señor. Aunque hemos tenido ayuda del Ministerio de Gracia y Justicia, hay que pagar todavía mucho trabajo de bien, que hasta los vitrales que se han puesto son de los Talleres Quintana, y estoy pasando por las casas para que puedan colaborar las gentes de buena voluntad.
Joaquina mira en un relámpago a Mariano, que tuerce el morro.
—Pues nada más faltaría —le dice ella muy solícita y sale hacia el dormitorio de arriba, donde tiene escondido al fondo del cajón de la mesita de noche el pañuelo con los últimos ahorros que guardaba para pagarle a la comadrona cuando diera a luz.
Enseguida baja Joaquina y le entrega un billete mustio que el párroco recibe con palabras de agradecimiento y mirada de decepción.
—Espero verte en la iglesia, Mariano, que es la casa de todos.
Al irse, ha quedado en el salón un aire revuelto.

Mariano camina con aire decidido hacia el ensayo. Está contento. ¡Va a ser padre! Se ha girado un par de veces y nadie lo sigue; buena cosa. Si el alcalde no ha fallado, y don Lorenzo es persona seria, hoy debutan los nuevos músicos y por fin van a ser una banda de verdad. La suerte está cambiando. Como el viento.

Cuando entra en el almacén hay mucha gente. El alcalde no ha fallado. Se va a saludar a los nuevos músicos, todos de pie, porque no hay bastantes sillas en medio de los mil cachivaches que se apilan por todas partes. La sonrisa le dura lo que duran las cosas buenas. Lo que ve son boinas negras de pueblerinos manchadas de cal, manchadas de pintura, manchadas de pegotes negros de brea. Alpargatas viejas, pantalones apedazados, uñas amarillas rotas, trozos de palillo en la boca, bocas sin dientes, miradas recelosas que estiran la piel alrededor de los ojos en mil arrugas, pieles estriadas por la intemperie.

Les pide a los nuevos que se vayan presentando uno por uno y como todos acachan la cabeza y nadie empieza, pregunta al primero de la izquierda del pelo medio rubio cuál es su nombre y qué instrumento toca. Se quita la boina, la estruja entre los dedos y, con la mirada pegada al suelo, murmura su nombre.

—Royo me dicen.

—¿Y qué sabes tocar, Royo?

—Nada.

Lo dice avergonzado y Mariano lo toma por el codo para invitarle a levantar la cabeza.

—Has venido a aprender, eso está bien. ¿Y qué instrumento quieres aprender a tocar?

—El que usté mande.

Mariano se fija en la chaquetilla gris muy gastada de empleado municipal.

—¿Trabajas para el ayuntamiento?
—Sí, señor. Soy barrendero, pero estoy pa lo que sea menester. Igualico pa un roto que pa un descosido.
—¿Pero tú quieres aprender música?
—Yo lo que ustés manden.
Mariano lee en sus ojos esa obediencia ancestral frente a la autoridad heredada de generaciones de trabajadores sin estudios y jornaleros sin tierra. Esa España pobre de solemnidad que jamás levanta cabeza.
—Me da que tú no tenías mucho interés en venir a aprender música.
—Yo hi hecho lo que me ha mandao el señor alcalde —le responde a la defensiva, sacando los pinchos del erizo frente al depredador, con esa mezcla de miedo y malicia.
Mariano levanta la vista y ve entre los nuevos más chaquetillas desgastadas de empleados municipales. Uno es chófer, otros los de obras y jardinería, poceros. En cuanto hace unas preguntas, las respuestas se repiten. Todos han ido porque se lo ha ordenado el señor alcalde.
Es el Pintado, que cuando quiere tiene mala sombra, el que los señala con la maza del bombo y dice en voz alta lo que todos saben.
—Estos están aquí por cojones.
Mariano agita la cabeza contrariado, les dice que lo esperen ahí, que va a hablar con don Lorenzo. Todos se agitan inquietos. A ver si ese maestrillo de Mallén va a hablar mal de ellos al alcalde, que en el ayuntamiento pagan poco, mal y tarde, pero hay meses que no entran otras perras en casa.
En el casino don Lorenzo duda entre echar el cinco de copas o la sota de bastos. No sabe si tirar un triunfo o sacar la calderilla y mientras se lo piensa ve venir a Mariano con gesto nervioso. Hace una mueca resignada a sus compañeros de partida. Ese novato es de los que se ahogan en un vaso de agua.
—Buenas tardes, don Lorenzo...
—¡Ya tiene los nuevos músicos como quería!
—Estar, están.
—Ya se lo dije.
—Los ha mandado usted ir.

Se atusa el bigote engominado con orgullo.
—Yo no soy de esos que prometen el oro y el moro, y después nada. Yo cumplo lo que digo.
—Pero es que no valen para la banda.
—¡Hombre, no son virtuosos! ¿Qué esperaba? ¿Músicos del conservatorio de Viena? —y se ríe de su ocurrencia, y los demás de la mesa también—. Para eso está usted ahí, para enseñarles. ¿O no?
—Sí, señor, yo estoy para enseñar. El problema es que no quieren aprender.
—¿Cómo dice? —El alcalde se tensa como esos podencos en la cacería cuando huelen la presa—. ¿Que no quieren aprender? ¡Tiene usted que tener mano dura con esos mierdas! Si ha de soltarle a uno una hostia, se la suelta, y dos y las que hagan falta. No tienen mal fondo pero son muy inútiles y muy vagos. No atienden otro lenguaje que los palos.
—Pero, don Lorenzo...
—No se apure, que ahora mismo voy yo para allá a meterlos en cintura. ¡Ya verá si quieren o no quieren aprender!
—Ellos no me han dicho que no quieran aprender, don Lorenzo. Son bien mandados. Soy yo, que me doy cuenta de que han venido a la fuerza porque usted se lo ha ordenado.
—Para eso estoy yo, para mandarles.
—Pero es que así no me sirven.
—¿Cómo que no?
—La música no se puede aprender por obligación.
—¡No me joda, Mariano! Todo se puede aprender. ¿No se le enseña a un burro a ir a la derecha o a la izquierda? ¿No se enseña a una oveja a meterse en el redil? Pues a estos igual.
—Tienen que sentir la música, don Lorenzo.
—¡Eso son mandangas! Usted enséñeles eso del do-re-mi-fa-sol y el chunta-chunta-chunta del himno nacional, y listo. Que seguro que eso para usted es pan comido.
—Pero...
—¡Ni peros ni peras! Tengo un contrato firmado con el Ayuntamiento de Sobradiel y usted no me va a hacer quedar en evidencia. Me

comprometí a que les pondría una banda para las fiestas y se la pondré aunque me reviente. Porque si hablo con su jefe de Zaragoza se va a ir a la puta calle y no vuelve a tocar en todo Aragón ni en las comuniones, que yo a las buenas soy muy bueno, pero a las malas...

El alcalde respira hondo y por arte de birlibirloque se transforma de nuevo en el hombre deportivo de modales templados y carácter campechano.

—Venga, Mariano, vuelva ahí y haga su trabajo. Deme una alegría, hombre. No sea apocado, que a esos para San Marcos los tenemos tocando en Sobradiel como que dos y dos son cuatro. ¡Ya lo verá!

—Dios proveerá —zanja el mosén, cansado de tanta cháchara.

El alcalde echa la sota, que un triunfo es un triunfo.

Los oye discutir a voces desde la calle, especialmente al Pintado, como si fueran a pegarse unos con otros, pero cuando entra en el almacén se hace un silencio tenso. Se dirige a los nuevos.

—Os voy a hacer una pregunta, pero quiero la verdad. Si no me decís la verdad, nunca podremos ser amigos.

Se miran unos a otros. ¿Amigos del director de la banda? ¡Quiá! Eso es una martingala de los que mandan para que se confíen: primero la zanahoria y luego el palo, pero en las costillas. El director de la banda es el director, nunca va a ser su amigo. Sin embargo, los desorienta ese forastero de Mallén que viste un buen traje y lleva unos zapatos lustrados, pero el betún no puede disimular que tienen las mismas grietas que ellos en las palmas de las manos.

Manolo el Tijeras, el jardinero municipal al que nadie ha visto nunca podar una hoja porque en Casetas no hay jardines, que como máximo le riega las macetas a la señora del alcalde y le hace los arreglos en la casa, levanta la cabeza.

—Pregunte usté lo que sea menester. No tenga miedo que no le vayamos a responder la verdá, que hemos ido poquico a la escuela y semos pobres, pero honraus.

—Ya sé que os ha mandado venir el alcalde y habéis obedecido correctamente.

Todos asienten.

—¿Pero alguno de vosotros tiene interés en aprender a tocar un

instrumento? Decidme la verdad.
Se miran entre ellos.
—Mire usté, maestro, nosotros trabajamos por la mañanica en las chapuzas del municipio, pero nos pagan tan pocas perras que por la tarde unos hemos de ir a atender a los animales, otros al campo, mi cuñado va a trabajar a la serrería y el Manchas a la harinera, y acabamos todos con una cosa o con otra reventadicos perdidos como para venir aquí a echar más horas y sin cobrar.
—Como si los demás no trabajáramos —suelta desde el otro grupo el Regañao.
Se enzarzan unos y otros en una discusión a berridos sobre quién trabaja más y quién menos, y Mariano tiene que gritar por primera vez.
—¡Vale!
Todos se quedan callados.
—Pero nosotros haremos lo que usté diga, faltaría más, que semos bien mandados —se apresura a decir el Tijeras al ver enfadado al director.
—Bueno, pues vais a hacer lo que yo os mande y me vais a obedecer. ¿Estamos?
Las cabezas asienten.
—El señor alcalde quiere que forméis parte de la banda. Vais a venir a cada ensayo. Y puntuales como un reloj.
Las cabezas asienten.
—Cuando lleguéis, os vais a meter en el cuarto de las herramientas del fondo y dentro echáis una partida de cartas o una siesta antes de la cena, lo que queráis, pero sin meter bulla.
Las cabezas se levantan y lo miran con incredulidad.
—Venir tenéis que venir, porque si os ve por la calle el alcalde se va a armar una gorda.
Se miran entre ellos, murmuran con preocupación.
—¿Y al señor alcalde le parecerá bien que estemos aquí escurriendo el bulto?
—Yo soy el director de la banda. Él me ha dicho que os mande. Vosotros cumplís lo que yo os digo.

—Pues lo que usté diga —le responde el Tijeras, y los otros asienten.
—Luego os llamaré para hacer un ensayo de lo que hay que hacer si se presenta de improviso el señor alcalde.
Cuando se queda a solas con los ocho, lo miran atónitos.
—Disculpe, maestro —le dice el Casa Grande—. Pero esos ahí echando la partidica no van a aprender una mierda a tocar.
—Por más que los tuviéramos encima, no aprenderían nada y os distraerían.
—¿Pero usté no puede enseñarles?
—Nadie puede, Badana. Solo aprende el que quiere aprender. Así que vamos a ponernos manos a la obra, que el alcalde quiere que la banda esté tocando en las fiestas de Sobradiel. No podemos perder un minuto.
—¿Pero cómo vamos a tocar una banda de ocho?
—Si toco yo, somos nueve.
Les dice que van a empezar por templar los instrumentos y la afinación lleva un buen rato. Los instrumentos están agarrotados. Y los intérpretes, más. Les explica los arreglos que ha hecho para tocar *El sitio de Zaragoza* con tan pocos músicos, a ver si suena como la banda de la Guardia Real: primero el repiqueteo de la trompa del Casa Grande, después entrará con calma el clarinete del Badana al paso, luego el bombardino del señor Lezcano en el punteo y luego los demás entrarán ya con el compás de la marcha.
—Con garbo pero sin prisa. —Y mira especialmente al Trapala, que se acelera siempre más de la cuenta—. Pintado, tendrás que arreglártelas con el bombo y los platillos, que más manos no hay.
—Estoy acostumbrado a andar a hostias con todo.
Mariano se pone en posición y su batuta da la orden al Casa Grande, pero se arranca a tocar el Trapala antes de tiempo y todos arrancan en escalera, con un estrépito de chatarrería. Los hace parar y vuelta a empezar.
—Los metales no podéis arrollar con la fuerza bruta a los clarinetes: los tenéis que dejar hablar y, después, les contestáis. Esto es un diálogo, no una bronca de bar. Aquí unos instrumentos se escuchan a los otros.

Murmuran por lo bajo, pero se ponen de nuevo en posición.
—Volvemos.
Arrancan siete veces y las siete a destiempo. Cuando los hace parar por séptima vez con un manotazo desesperado, unos lo miran de reojo, avergonzados, y otros se encogen de hombros con resignación.
La octava vez llegan al final de la pieza y se ha terminado pareciendo lejanamente a *El sitio de Zaragoza*. Algunos buscan el aire que les falta, al señor Lezcano le suda hasta el bigote, el Regañao mira con su ojo turbio. El Badana, que es muy sentido, agacha la cabeza avergonzado, esperando que llegue la regañina. Se hace un silencio en el que flotan las últimas notas descacharradas de la zarzuela con su alegría impostada, como de circo.
Cuando miran al maestro de reojo, ven que se sonríe. Eso los descoloca. Pero los alivia.
Mariano los mira uno a uno.
Tienen más aspecto de agricultores o pastores que de músicos. Desastrados, mal afeitados, cogiendo los instrumentos sin delicadeza. Tocan de oído porque algunos no saben leer, ni partitura ni nada. A esa hora normalmente estarían en la taberna arreglando el mundo a voces, pero están ahí, esforzándose por entrar en la música, sosteniendo sus instrumentos como sostienen el arado que abre la tierra para que saque lo que lleva dentro. Mariano sonríe porque tienen ese brillo en la mirada que es lo único que de verdad importa para ser músico.

Va por la mañana al almacén para saber exactamente cuántos instrumentos tienen, aunque no estén en uso. A esa hora se filtra una luz estrecha por las claraboyas y el polvo flota en los rayos de sol. Al entrar en el cuarto de las herramientas, el corazón se le da la vuelta en el pecho. En el suelo hay una trompeta destripada, golpeada con saña y partida por la mitad. Enseguida le viene la palabra a la boca: la bruja. Hasta ahora no había empleado la violencia, pero esto es otra cosa. Hay rabia en ese destrozo. Una advertencia. Una amenaza. Nota cómo le sube un escalofrío por la columna.

Va a tener que hablar con el alcalde, aunque no tiene muy claro que vaya a hacerle mucho caso. Ya sabe que lo mirará con condescendencia, que le dirá que no se acobarde, como si el ser prudente fuera síntoma de cobardía. Tuerce el gesto. Tal vez sí lo sea. Ya sabe que no es valiente, pero esas cosas turbias lo incomodan. Por un momento piensa en ir a la cabaña de la bruja y plantarle cara, pero duda. ¿De qué duda? En el fondo, lo sabe, pero es mejor no remover los fondos. De momento va a pedir que se guarden los instrumentos en un armario y le pongan un candado.

A esa hora Jerónimo ha ido a venderle una carretada de nabos a la Guarnicionera y, como si fuera lo más natural del mundo, ella le ha dicho que ya se los pagaría cuando pudiera.

—Que pa eso semos amigos, maño.

—¿Amigos? ¡Ni tú ni el cierzo!

Se vuelve masticando unos juramentos. Cuando Julia le pregunta qué amigos querrá invitar a la boda, le dice que él no tiene amigos, que conocidos y gracias. Que el buey solo bien se lame. Para un ratico, ya le vale con los compañeros de la partida de cartas. Y cada uno en su casa, y Dios en la de todos.

Se para de vuelta en el bar La Rosa a ver si hay partida de guiñote.

Anda por ahí el Casa Grande y le quiere invitar a un chato de vino, pero Jerónimo le dice que no, que está malo de lo suyo. El Casa Grande, achispado, le insiste.
—Venga, Castro, que el vino cura todos los males.
—Pues tú tienes que tener una salud de hierro, ladrón.
No permite nunca que inviten, porque acaban invitándolo a vino tres o cuatro de esos que se pasan la vida pegados a la barra de la tasca y luego tiene él que invitarlos a ellos, y acabar pagando cinco vinos cuando él solo quería tomarse dos. Mejor se va hasta la estación a ver a Julia y se toma un cafecico con leche de balde.
Joaquina ve de lejos al Jerónimo, que camina deprisa para que nadie lo pare, no le vayan a pedir algo. Se detiene en el andén el expreso en dirección a Bilbao con un bufido de vapor y mil crujidos de chapas. En una cesta de mimbre, tapados con un paño de cuadros, lleva unos bocadillos que desprenden aroma a pan caliente.
Una mañana estaba Julia en el despacho de pan para llevarse unas roscas de pan a la fonda de la estación. Se quejaba de que a su edad seguía festejando con el Jerónimo, el Castro, y que cada vez que le hablaba de matrimonio le daba largas, que decía que era mucho trastorno.
—Los hombres son comodones —le decía la Tía María.
—Lo que está es muy enmadrado.
Julia, aunque era de palabras secas, lo decía con esa falsa irritación de las mujeres enamoradas o, al menos, ilusionadas con tener su propia casa y su propia vida, salir de la esclavitud de ese hostal de la estación donde trabajaba por el alojamiento, la comida y dos chavos.
Joaquina le contó que Mariano no tenía noción alguna del ahorro, que hombre de taberna no era, pero que se habían tenido que empeñar para comprar el clarinete, que fue a comprárselo de propio a Pamplona, a Casa Luna, una tienda muy importante de música, como si fueran ricos. Se acarició la barriga que pronto se empezaría a redondear.
—Ya verás como cuando nazca la criatura tiene más conocimiento.
—¿Los hombres? —se exclamaba la Tía María—. ¡Conocimiento, ninguno! Ya podéis vosotras remangaros si no queréis vivir con el

agua al cuello.
Y fue pensando en cómo remangarse que se les ocurrió allí mismo montar un negocio las tres: un servicio de venta de bocadillos y mantecados para surtir a los pasajeros que quedaban detenidos en la estación mientras la máquina reponía carbón o hacían transbordo a los expresos que iban al norte. La Tía María ponía el pan y las madalenas, Julia se las ingeniaría para escamotear fiambre de la fonda y Joaquina sería la encargada de venderlos. Los beneficios a escote.
Y ahí va con su cesta de bocadillos de chorizo y bocadillos de queso, y el bocadillo especial de la casa: chorizo y queso. La primera vez que subió al vagón le daba un poco de apuro, como si entrara en la intimidad de una casa. Los trenes afuera echan un tufo a carbonilla pero por dentro huelen a sábanas revueltas. Ya le va cogiendo el tranquillo y vocea la mercancía como si estuviera en el mercado de abastos.
—¡Bocadillos a tres perras gordas! ¡Recién hechos! ¡Que se acaban!
Y si no se acaban, el embutido de los bocadillos sobrantes lo recolocan en los del día siguiente y el pan lo aprovecha ella. Mariano no se queja de que comen migas para comer, sin chorizo ni uva, pan con vino y azúcar para la merienda cuando hay azúcar y sopas de pan para la cena; y al otro día huevos tontos, que se les dice tontos porque llevan casi todo pan y, si hay suerte, un huevo repartido; torrijas por las tardes bien espolvoreadas de canela y, a la noche, sopas de pan otra vez.
Un hombre con sombrero panamá y bigotito fino le pregunta a Joaquina de qué son los bocadillos. Ya el factor silba y un farol se agita al final del andén. Ha de bajarse a toda prisa si no quiere aparecer en Irún.
De camino al banco del andén para esperar al Rápido de Madrid, va pensando en que no le ha hecho mucha gracia que Mariano se traiga a esos de la banda a ensayar a casa para repasar, pero qué le va a hacer. Él está con la cabeza en la música, así que más le vale pensar ella en la criatura que está por venir. Ya ha empezado a tejer baberos. Le gustaría que fuera niña, pero lo que Dios disponga, bien estará.
Entra por la puerta de la fonda Jerónimo. Va muy pincho, siempre

bien rasurado, con su chaqueta de cuadros y sus zapatos con cordones, viejos pero relucientes. Los forasteros de paso que no sepan que trabaja en el campo, hace viajes con el carro y echa horas extra en la azucarera, pueden pensar que es otro más de los representantes que van y vienen a la fonda.

Afuera, debajo del reloj, hay un corrillo de hombres, todos factores, maquinistas y carretilleros. Joaquina se fija mejor y ve que en medio hay un joven enérgico y le llegan palabras sueltas que le parecen imprudentes, lanzadas al aire con ese ímpetu de los que creen que se puede cambiar el mundo: estudiantes, huelga, gobierno, democracia, monarquía, dictadura, privilegios, elecciones, obreros, república... El joven reparte algunos pasquines mal tintados impresos en una imprentilla de mano, aunque un par de viajantes a los que les alarga uno lo rechazan y agitan la cabeza con disgusto.

El joven se le acerca al verla parada en el andén y le pregunta si es de Casetas. Ella responde que es de Mallén, pero que vive ahí.

—Usted es trabajadora, ¿verdad?

—De trabajar, mucho. De ganar, poquico.

—¿Sabe que los estudiantes de la FUE estamos protestando también por los derechos de los trabajadores y de las mujeres?

—¿Qué *fue* es ese, pues?

—La Federación Universitaria de Estudiantes. ¿No se ha enterado? Las universidades están cerradas desde hace semanas. Vamos a parar el país con una huelga. Estamos en lucha contra la dictadura de Primo de Rivera. Mire, lea. Esto es importante. España ha de pararse en una gran huelga general. Vamos a echar al rey y vamos a instaurar la República.

Joaquina arruga la nariz, no quiere saber nada de política.

—Mucha parva echas tú. Después habrá que recogerla.

—Eso haremos, señora, separar el grano de la paja.

Le entrega el panfleto.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Me llamo Ladislao, pero todos me llaman Ladis.

Al llegar a casa agotada, con los tobillos como buñuelos, encuentra a Mariano cortando unos pantalones.

—Son para un cliente de Zaragoza, un amigo del señor Sapetti. Me ha encargado unos pantalones de franela, que dice que aún tiene que llegar más frío.
—Enseguida estará lista la comida.
Le alarga el pasquín que le han dado y Mariano alza las cejas.
—Aquí dice que la Guardia Civil ha entrado para sofocar los tumultos en siete universidades y que los estudiantes han apedreado el coche en el que viajaba el primer ministro.
—¿Para qué tanto revolver?
—Los estudiantes piden libertad y trabajo, quieren elecciones. Que se vaya el rey y venga la República.
Joaquina hace un gesto de preocupación y se acaricia la barriga.
—Mucha huelga, pero si no se trabaja, ¿cómo habrá para comer?
—Bueno, mujer, algo habrá que hacer para sacar a este país del atraso y del caciquismo.
Se va a la cocina para calentar el cocido de garbanzos. Su lucha es otra.
—¿Joaquina, quién dices que te ha dado el panfleto?
—Un estudiante. Ladislao ha dicho que se llamaba. Se lo he contado a la Tía María y me ha dicho que es el hijo de los maestros. Que es buen estudiante, pero que tiene la cabeza llena de pajaricos. Que se pasa las tardes en el centro social del sindicato de ferroviarios.
Mariano asiente. Se guarda el pasquín en el bolsillo interior de la chaqueta.

Detrás de la casa, el perro que no tiene nombre porque ella no cree en el sacramento del bautismo, alza las orejas puntiagudas. La bruja deja de agitar un caldero donde hierven hojas de salvia. Siente la presencia ahí afuera. Hay alguien detrás de la puerta que respira con desasosiego. Es alguien que tiene dos corazones en el mismo cuerpo. Los dos laten deprisa. Siente en su tímpano ese tambor doble como un estruendo. Sabe a qué viene ese cuerpo de dos corazones. Siente su angustia filtrarse por debajo de la puerta y formar en el suelo un charco de desesperación.

La muchacha tiembla cuando la mira la bruja con esos ojos de muerta. Trata de hablar, pero no le salen las palabras. No son necesarias, no quiere oírlas, no le importan. Le hace un gesto para que pase y la chica mira hacia atrás con aprensión por si alguien la ve entrar a cometer un crimen que ofende a Dios.

Dentro hay penumbra, humo, una saturación de olor a hierbas. La olla se agita en el fuego y la bruja calla, el miedo la marea. Hilaria calcula que tendrá catorce años. No es la más joven de las que han venido para que les quite lo que les palpita adentro.

—Señora Hilaria, mi madre me ha dicho que ella vendrá un día de estos a pagarle, en cuanto pueda. Le juro por mis hermanicos que le pagaremos.

No contesta, ya sabe que vendrán a pagarle, aunque sea con medio saco de carbón o un conejo guisado. Necesitan sus servicios pero también su silencio. La muchacha trata de hablar entre sollozos: el primo de su padre, ella no quería, el pajar. Hilaria no quiere saber.

—¿Cuántas faltas?

La muchacha baja la cabeza.

—Dos.

—¿Sabes que puedes morir?

Algo había escuchado en los corrillos donde se explican historias macabras de abortos que acaban en tragedia pero que sonaban a cuentos de viejas. Ahora lee en los ojos de la bruja que son verdad, que muchas se desangran y se les va la vida entre las piernas. No puede evitar ponerse a temblar.

Hilaria se va a buscar el bote de cerámica donde guarda la ruda. También va en busca de ajenjo y caléndula. De un armario cerrado con una llave que lleva colgada al cuello toma un frasco de vidrio negro que vino con ella del norte. Huele a musgo, a bosque, a noche, a lobo.

—¿Puedes quedarte aquí hasta mañana?

—Sí, señora. Mi padre hoy ha llegado borracho de la taberna. Se levantará tarde.

—Después de tomarte las hierbas tendrás retortijones fuertes.

—No me importa.

—Sangrarás.

—Eso quiero.

En Casetas nunca se detiene el viento. Anochece y la brisa seca que baja del Moncayo araña los ojos, agrieta la piel, se lleva el pelo de los hombres y trae canas prematuras a las mujeres. Mariano se ha dejado convencer por Ladis para sumarse a esa disparatada excursión nocturna a El Castellar, esas montañas blancas de tiza y frío. La idea ha surgido del café del sindicato de ferroviarios, donde a veces pasa un rato leyendo las revistas que hablan de los inventos más novedosos o las expediciones geográficas que tratan de cartografiar zonas remotas del planeta. A Ladis le gustan los reportajes más asombrosos, los que explican con ilustraciones llamativas que en cuatro días habrá un tren para ir a la luna como si fueras a Teruel y ciudades en el fondo del mar donde sacarás una mano por la ventana y agarrarás un besugo para la cena.

La cosa se enredó cuando el Yunque, el enlace sindical de la UGT en la fábrica de juntas de raíles, que hace honor a su apodo con la dureza de su cabeza, contó que algún pastor había oído en noches de luna voces que venían de los montes de El Castellar.

—Voces que no eran humanas.

—Serían de difuntos... —sugirió Ramirico.

También gente de Monzalbarba y de la Alfocea lo habían oído. La discusión se caldeó entre los que se fiaban de lo que habían contado los pastores y la guasa de los escépticos, que todo lo atribuían a la cazalla que se tomaban para calentar el cuerpo. Uno dijo que la superstición era burguesa y de derechas porque alentaba el analfabetismo y aún se incendió más la cosa. Pero se hizo un silencio repentino cuando habló el mayor de los presentes, al que todos respetaban mucho, el señor Fanjul, uno de los sindicalistas más viejos.

—Estando a visitar a mi primo Indalecio en Sobradiel, se me hizo de noche al regresar con el mulo y al mirar para El Castellar vi la torre.

—¿La Torre de Candespina, esa que levantaron los egipcios?
—¡Rediós, qué ignorante eres, Ramirico! Esa torre es de los romanos.
—¡Qué romanos ni hostias, si es de los moros!
El señor Fanjul hizo un gesto con las manos para apaciguar los murmullos.
—Da igual pa lo que viene al caso, la cosa es que la torre es viejisma y lleva en ruinas desde que Jesucristo tomaba la teta. Pues la cosa es que miré hacia allá y vi que había una luz.
—Sería algún pastor que se le hizo tarde y encendería un fueguico pa asarse unos choricicos.
—Eso le comenté a mi primo, pero me dijo que allá arriba no subían pastores de Sobradiel, que no se podía pastar, que estaba todo más pelado que el culo de un mono, que no había más que pedruscos. Y uno dijo que otros también habían visto alguna luz con la luna llena. Y al decirlo hasta se santiguó, y eso que es del Partido Comunista.
—¿No será cosa de la bruja esa del pelo colorado?
—Esa no es bruja ni hostias, lo que pasa que entiende muchismo de hierbas —dijo el Ramirico—. Y sabe ponerte un hueso en el sitio si se te sale.
—Pues yo he oído decir que sale de noche a bailarle en cueros al diablo.
—Déjate de patochadas. De donde vive ella a El Castellar hay un chirote para andar tan lejos.
—Igual sube montadica en la escoba.
—¿En cueros?
—¡Dejaos de melonadas! —saltó el Yunque—. Aquí somos del método científico.
Se reanudó la discusión y, finalmente, el Yunque, que para eso era el secretario, se impuso.
—Haremos una excursión pa esclarecerlo.
Uno que le llaman el Mediavía hace que no con la cabeza metida en la boina.
—Vamos a hacer un ridículo grandismo. Ya lo estoy viendo en el diario: «Los de la UGT de Casetas, marxistas y socialistas, se van a buscar almas en pena en mitad de la noche».

—¿Pero qué vas a ver tú en el diario si no sabes leer, maño?
La discusión volvió a armarse hasta que Ladis, que había permanecido expectante, con un pie en el racionalismo escéptico del socialismo y otra pata en las fantasías de esas revistas que le vuelven la cabeza del revés, alzó la voz:
—Señores...
—Me cago en el copón bendito, Ladis, que esto es un sindicato marxista. ¿Qué es eso de señores? ¡Que no semos burgueses, que semos camaradas!
—Bueno, pues camaradas, tenéis razón los unos y los otros. A todos nos ha picado la curiosidad por ver qué hay o qué no hay en El Castellar. Pero si vamos de tapadillo es peor porque aquí al final se sabe todo. Hay que hacer una nota pública explicando que el ateneo obrero del sindicato socialista, entre sus actividades culturales y formativas para los trabajadores, organiza una caminata nocturna con carácter científico a las montañas de El Castellar.
Todos se giraron hacia el señor Fanjul y asintió enseguida con la cabeza.
Al día siguiente Ladis trató de convencer sin éxito a Concha de que se sumara.
—¿Tú con lo leído y lo redicho que eres, crees en aparecidos y tontadas?
—Yo no creo en esas cosas, doña Concha. Pero precisamente por eso hay que echar luz y desmontar esas paparruchas que nos tienen sumidos en el atraso.
La convocatoria generó tanto revuelo en el pueblo que se acabaron sumando muchos vecinos que no eran del sindicato.
Mariano va de los primeros, detrás el Badana, que al enterarse del asunto dijo en la taberna del Eligio que quería ver a esas almas en pena antes de que le suba la miopía y vea menos que un muñeco de trapo. Al lado va el Casa Grande, que ha vislumbrado posibilidades de guasa y, con tal de no quedarse en su casa, le da igual adónde ir. Aunque sea al infierno, maño.
Al echar la vista atrás, una hilera de faroles temblones agitan su llama en la noche, una procesión lúgubre de cerca de treinta expedicionarios

abrigados con pellizas y gorros.
Al doblar por la calle Límite, apoyada contra la puerta falsa de la casa de los Mancos, está la Hilaria viendo pasar la comitiva. El perro a los pies, aparentemente tranquilo. El Casa Grande la llama a voces.
—¡Vente, maña! ¡Que verás caminar a los muertos más tiesos que si les hubieran metido una pajica por el culo!
—Yo ya sé lo que vais a ver.
Lo dice muy seria, muy segura, sin un solo atisbo de duda, como si para ella el futuro fuera más claro que el pasado. Ni el Casa Grande le replica. El Mediavía, que está a su lado, se santigua.
—¿Pero tú no eras comunista y ateo, ladrón? —le pregunta el Casa Grande.
—Una cosa no tie que ver con la otra.
Y el Casa Grande, que no se calla ni debajo del agua, por un momento se queda pensativo.
Al pasar Mariano, la Hilaria lo mira fijamente y él le sostiene su mirada inquietante con el mismo descaro, para que sepa esa mujer maliciosa que no le tiene miedo. Por un momento hay entre los dos una cuerda tensa en el aire.
El Casa Grande tira de la manga de Mariano.
—Vámonos maestro, que de ahí no va a sacar nada bueno.
La luna llena en el cielo es una hostia bendita que los ilumina. El suelo está sembrado de piedras, de socavones, de sombras. La comitiva deja en la noche un reguero de roces de botas de regar, de alpargatas, de abarcas que se arrastran en el pedregal.
—Mal camino llevamos —dice el Badana.
—Peor lo llevaba Jesucristo —le contesta el Pericas desde atrás.
—Amén.
—¡Todos te jodan y yo también!
El Pericas no tiene abrigo y se ha traído una manta para taparse. Su mujer le ha dicho que no tarde en volver, que no hay otra manta en la casa y hace un frío que pela, que si tardaba en volver se buscaría un querido para que la calentase mientras él estaba por ahí haciendo el ganso.
Poco a poco el viento impone bufandas subidas y bocas cerradas.

Mariano está tiritando pero trata de que no se le note. Arranca en su cabeza el aria de la Suite número 3 de Bach; ese terciopelo de violines que se van deslizando sobre el trasfondo de violonchelo. Las corcheas andan como ellos, deslizándose en la noche, tratando de buscar respuestas en la oscuridad.

Llegan a la cima de El Castellar, una meseta a cuatrocientos metros de altura que pertenece al cierzo. Se oye cagarse en Dios, en la Virgen, en san Judas, en la consagración divina. Se suben las solapas de los abrigos, se calan los gorros y las boinas, pero el frío sabe encontrarlos aunque se escondan.

El Yunque, que encabeza la marcha, levanta su farol y pide que hagan un círculo.

—¡Yunque, es tarde y hace frío para mítines! —se queja uno.

—Pues joderse, que nadie te mandó venir.

El señor Fanjul resopla.

—¡Pero no habléis tan alto, que parece que estéis huecos!

Otros susurran pidiendo silencio, que van a ahuyentar a los difuntos, y alguno agarra la medalla de la Virgen del Pilar que lleva al cuello y la besa. Se decide ir a medio kilómetro hasta unas peñas donde pueden quedarse abrigados y esperar a ver si pasa algo por ahí que no sea el aire. A sotavento de los peñascos se acurrucan. Aparecen botas de vino y alguno empieza a regoldar como si tronara.

—¿Podéis parar? ¡Esto es una expedición científica, me cago en el copón! —susurra el Yunque.

El Casa Grande se va a encender un cigarro y el secretario le da un manotazo al encendedor de mecha.

—¿Pero no vamos a poder fumar un cigarrico?

—¿Adónde crees que venías? ¿Al Plata? ¡Esto no es un cabaré, venimos a investigar, joder!

—Tú sí que nos estás jodiendo, maño.

Alguien les pide que se callen todos de una puta vez.

Ladis se acomoda al lado de Mariano y todos se apretujan con todos porque con ese frío, en esas soledades donde dicen que se escuchan voces que no son humanas y se encienden luces en la madrugada, a nadie le apetece quedarse aislado. Algunos se adormecen. Otros se

ponen en cuclillas para sacudirse el frío. Algunos susurran que es muy tarde, que ya volverán otro día, que se tienen que levantar temprano para regar antes de ir a la fábrica y aún tienen un buen chirote de vuelta.

Es entonces cuando empiezan a oír algo.

—¿Oís? —pregunta uno con la cabeza erguida.

—Es el viento.

—¡Los cojones! —chilla el Casa Grande.

—Callad...

Se oye un lamento a lo lejos que les pone los pelos de punta. Unos se agarran al brazo de los otros.

—Parecís monjicas —les dice el Yunque—. ¡No existen los fantasmas, joder! Eso son inventos de los curas.

El Yunque y otros del sindicato que no creen en nada que no se pueda ver y tocar, se levantan armados con las garrotas. Escuchan la trepidación, como pasos corriendo. Sea lo que sea, viene hacia ellos como una estampida y el quejido del más allá se va haciendo más intenso hasta resultar ensordecedor. Los del sindicato son socialistas y ateos, pero deciden que mejor se esconden detrás de una roca, no vaya a ser una vaca brava. Entre la oscuridad empieza a tomar forma un bulto y se asoman por detrás de las piedras lo justo para ver al reflejo de la luna un rostro recosido como el de esa criatura que creó un doctor que se creyó que podía hacer de Dios zurciendo retales de cadáveres.

Escuchan el chillido desgarrador que se acerca.

Cuando llega delante de ellos se quedan tan estupefactos al verlo bambolearse a la luz de la luna que apenas reaccionan. Tiene una cicatriz enorme en la jeta y la boca torcida. Pero no es del más allá, ni siquiera de más allá de Utebo. Cuando uno se levanta a gritarle algo, ya se ha alejado campo a través en su carrera frenética.

—¿Pero qué era eso? —pregunta el Yunque.

—El hijoputa del Mudo.

—¿Y por qué corre de noche y grita ese desgraciao?

—¡Joder de Dios! —salta el Casa Grande—. ¿Pues por qué va a ser? ¡Porque está loco!

Durante el día trabaja de pocero o en cualquier obra donde le den trabajo. Su madre ya no puede levantarse a preparar la comida, así que él mismo ha de ir siempre corriendo a casa a mediodía a calentar las judías que dejó cocidas por la noche o a saltear la verdura con una pizca de ajo. Por la noche, cuando ella se acuesta, cenada o sin cenar, el Mudo siente esa rabia dentro que no lo deja dormir. A veces se levanta a partir leña para agotarse y que se le amodorre el escorpión que tiene en el pecho. Cuando no hay leña, toma piedras grandes que ha ido llevando al patio y las amontona con mucho esfuerzo una encima de otra y después derriba la pila. Las noches de luna, se sube a El Castellar y grita para que lo oigan allá arriba. Grita a Dios, le dice que lo ha dejado solo.

De adolescente iba a la iglesia. Quería decir como todos «amén» pero le salían por la boca ruidos raros, como de cabra, que hacían que la gente lo mirase mal, alguna vieja beata murmuraba que estaba endemoniado y se hacía la señal de la cruz tres veces. Él se ponía en la cola de la comunión y giraba la cara para que el cura acertara en su boca torcida, pero el mosén no quería comulgarlo, le decía enfadado que antes tenía que confesarse. Hasta seis veces fue después de misa al confesionario, pero cuando el cura le susurraba a través de la rejilla de madera «Ave María», él respondía con un maullido y el cura lo echaba por gamberro.

Un día que pensaba que ya se sabía de memoria el padrenuestro y quiso rezar en voz alta con el resto de la iglesia, empezó a bramar. El mosén paró el rezo, lo cogió de la oreja, lo sacó de la iglesia a rastras y le dijo que no volviera hasta que supiera comportarse en la casa del Señor como un cristiano.

Si el cura, que hablaba con el cielo todos los días, no escuchaba sus oraciones, ¿quién las escucharía? ¿Cómo le pediría a Dios que hiciera un milagro y le permitiera hablar como a todos los demás? Venía a El Castellar a rezar a chillidos. No sabía cuál de aquellas luces punteadas allá arriba era Dios, pero si gritaba lo bastante fuerte, quizá lo escuchase.

Gritar, rezar..., ¿cuál es la diferencia?

A veces se tropieza y se rasguña o se golpea un pie, pero se levanta y

sigue. Se cae y se levanta. Se cae y se levanta. Tantas veces como se tropieza, se levanta y sigue. Magullado. Desgarrado. Loco. Él sabe quién es. Da igual que le duela el cuerpo, vuelve a correr y a chillar hasta que no puede más.

Esa noche le ha parecido oír gente en El Castellar y aún ha corrido más deprisa. La gente es dañina, desconfía de las personas. Puede que hayan venido a cazarlo como se caza a la liebre. Echa a correr y a berrear todo lo más que puede.

Corre cojo. Chilla afónico.

Se aleja de los hombres que no lo entienden. Esa noche tampoco lo escucha Dios. Llega extenuado a la torre morisca en ruinas donde el maestro explicó un día en la escuela que estuvo encerrada una señora que se llamaba doña Urraca, que se imagina que debía tener cara de pajarraco, pero que fue reina. Oculto por el murete, quema unos palos para hacer una fogata y, al sentarse delante del fuego, por fin se le derrite dentro esa mantequilla del sueño. Y empieza a sentir un poco de paz, esa somnolencia que es un pequeño regalo de la Virgen, que se habrá apiadado de él. Porque la Virgen fue madre.

Cuando el Yunque se ha reunido con los que esperaban agazapados más atrás deseando saber la resolución de ese misterio tan grandismo de los lamentos en la madrugada, les dice que, en realidad, es el Mudo haciendo el tontolaba. Hay juramentos, murmullos y resoplidos. Insiste en que la expedición científica ha sido un éxito, que no hay ni fantasmas, ni difuntos ni la madre que los parió, pero muchos se han quedado chascados.

Les aterraba que hubiese almas penando o cualquier cosa demoniaca en esa montaña solitaria, pero también tenían la esperanza de que algo rompiera la monotonía de sus vidas, de que lo sagrado no fuese solamente un sermón rutinario de domingo por la mañana que les da un cura de carne y hueso, sobre todo carne, que luego se toma el vermú en el casino. Regresan en silencio, cansados, pensando ya en el día siguiente, en que la realidad volverá a ser plana. Pobre. Seca. Pan duro remojado con un poco de vino.

A Mariano algo se le agita en la cabeza. Cuando ha visto correr al Mudo con ese trote inestable, como un cojo que hubiera recuperado la

capacidad de andar, le ha venido a su afinada memoria auditiva el punteo de blancas y negras de los pasos que oyó alejarse cuando estaba en el galacho del río. Y una certeza inquietante se abre paso en su interior: quien lo ha estado siguiendo todo ese tiempo es el Mudo. El Loco.

Antes de que se levante el sol, Mariano ya está caminando con el clarinete debajo del brazo por las calles polvorientas, sumido en esa promesa de luz borrosa del día que ha roto aguas y pronto nacerá. No ha podido dormir dando vueltas a la cabeza. El Mudo le impone, tan fuerte y con el cierzo tan girado. Se pregunta si lo mandará la bruja para amedrentarlos y que se vayan de Casetas.

No entiende por qué esa mujer les ha cogido esa ojeriza.

Ha pensado irse a tocar un rato a los campos para quitarse esa angustia de dentro, pero está chispeando un aguanieve que se clava en la carne. Decide irse a tocar al almacén.

En cuanto entra, oye dentro del cuarto de las herramientas los golpes violentos de alguien que está golpeando con rabia. Con ganas de romper. Martillo contra metal. Siente el escalofrío en la espalda porque antes de verlo ya sabe quién es: el mudo loco destrozando todos los instrumentos. Si sale sin hacer ruido y corre hasta el cuartelillo de la Guardia Civil, lo pescarán in fraganti.

Eso es lo que hay que hacer.

Pero por algún motivo que su sentido común desconoce, en vez de volver a la puerta de la calle, camina hacia el cuarto de herramientas.

La puerta está abierta, el candado del armario, roto. Es final de enero y en los campos se escucha el crujido de la helada, pero el Mudo lleva el torso desnudo; un martillo en una mano y un punzón cortafríos en la otra. Golpea con fuerza el tubo de un viejo trombón. Mariano piensa que si le golpease en la cabeza con esa fuerza se la reventaría como una sandía.

—¡Qué pasa aquí!

El Mudo se vuelve, jadea, la cicatriz que raja su cara está de color azul, el ojo que nunca se cierra, inyectado en sangre. Suelta de golpe las herramientas y rebotan en el suelo con estrépito. Levanta las

manos hacia arriba y empieza a gramar de un modo que no es de este mundo. Mariano da un paso atrás y gira la cabeza para ver si entra alguien al almacén para ayudarlo, pero no hay nadie. El Mudo, el Loco, avanza hacia él ensordándolo con su berrido y Mariano retrocede despacio, tratando de no alterarlo, hasta que topa con una mesa y ya no puede recular más. Querría gritar, pero el pánico le ha hecho un nudo en las cuerdas vocales.

El Mudo lo mira como miran los toros al torero en mitad de la plaza, con más extrañeza que furia. Suelta un bramido menos crispado y señala hacia el costado de Mariano. Se acerca más y señala con más precisión a su estuche.

—No sé por qué me quieres hacer mal, pero antes de reventarme el clarinete, tendrás que reventarme a mí.

El Mudo, ante su reproche y su tono enfadado, lo mira con un gesto de tristeza que le traza dos surcos profundos a los lados de la boca. Empieza a agacharse torpemente, se arrodilla en el suelo delante de él, extiende los brazos desnudos en cruz con las palmas extendidas y cierra el único ojo que puede cerrar. Mariano se siente desconcertado; no quiere saber nada de Cristos, pero se le aparecen por todas partes.

Ahora que el Mudo está con los ojos cerrados en esa postura ridícula podría aprovechar para echar a correr hacia la calle, pero también sabe, porque lo ha leído en las revistas, que si corres, las fieras se te abalanzan. Prefiere quedarse quieto y tantear al loco.

—¿Pero qué haces ahí de rodillas con los brazos en cruz?

El Mudo no responde, tan solo abre un poco el ojo bueno para ver si llegan ya los golpes. No los teme, simplemente los espera, incluso los desea. Si ha asustado a ese maestro que enseña música, entonces es que se ha portado mal y ha de ser castigado. Es lo que aprendió en la escuela. El Mudo se da cuenta de que el maestro lo mira con aprensión; también él cree que es un loco. Tal vez lo sea. Querría explicarles a todos lo que le pasa por la cabeza pero no puede. Comprenden mejor a un mulo o a un perro. La garganta es un pozo seco del que nunca sale agua. Siente una soledad tan grande como todo El Castellar.

La rabia que le sube por dentro es salada.

Son pequeños chillidos raros.
Empieza a sollozar.
Ese individuo ha reventado el candado del cuarto de herramientas, lo ha estado siguiendo como una mala sombra, lo ha pillado destrozando un trombón aunque fuera inservible; debería llamar enseguida a la Guardia Civil. Pero lo mira arrodillado, llorando torpemente, y ya no le parece tan fuerte ni tan peligroso. Tan solo un muchacho perdido.
Mariano se agacha y lo toma por el hombro.
—Anda, levántate.
El Mudo se levanta poco a poco y ahora es él el que da un par de pasos atrás alejándose de Mariano con una mezcla de temor y timidez.
—¿Por qué me espiabas, pues?
El Mudo mira al suelo, se retuerce las manos. Empieza con sus gruñidos animales.
Guu Giiii Jo, Ji Guo Guo. Guu Giiii Jo, Ji Guo Guo. Guu Giiii Jo, Ji Guo Guo.
Son sonidos grotescos.
¿O no lo son?
Mariano le pide que repita y no solo oye, también escucha.
Guu Giiii Jo... Ji Guo Guo
Guu Giiii Jo... Ji Guo Guo
Guu Giiii Jo... Ji Guo Guo
Y al escuchar, le quiere parecer que en esos balbuceos hay un patrón.
Y de repente se le enciende una luz en medio de la oscuridad.
A Mariano le cuesta creer que sea posible, seguramente solo es una casualidad. Toma el estuche y suelta las presillas. Arma el clarinete y empieza a tocar:
El Mudo lo acompaña con su garganta descacharrada.
Guu Giiii Jo... Ji Guo Guo
Mariano se quita el clarinete de la boca con asombro.
—DO-DO-DO/RE-MI-RE... ¡Lo que tarareas es *Claro de luna* de Debussy!
El Mudo lo mira expectante, un poco atemorizado por si ha hecho algo malo.
—¿Pero a ti te gusta la música?
Tuerce aún más la boca torcida. Querría contarle una historia, pero él,

sin poder hablar ni saber escribir, solo puede contarse las cosas a sí mismo dentro de su cabeza. Querría explicarle al maestro que escuchar a la banda le recuerda a cuando, de pequeño, vinieron una vez a Casetas los gitanos y él al anochecer se metía a escondidas debajo de los carros a escuchar cómo tocaban las guitarras y veía sus pies descalzos fundir la escarcha. Cuando terminaban los bailes, las botellas de vino rodaban vacías por el suelo y solo quedaba el rescoldo anaranjado de la fogata. Un viejo arrugado con la cara del color del café de achicoria sacaba un pequeño trozo de hierro y al llevárselo a la boca empezaba a sonar una música delgada. Solo mucho tiempo después supo que era una armónica y que con ese sonido flojo, que se parecía al de las roldanas de los pozos que mueve el viento, los gitanos conciliaban el sueño.

Una noche lo descubrieron. Alguien se asomó a su escondrijo debajo del carro, apareció delante de su vista el rostro curioso de una niña de piel del color del aceite que lo miraba con unos ojos enormes. Sintió miedo, había oído que los gitanos secuestraban a los niños payos, los vendían a los circos grandes para que se los comieran los tigres. La niña gitana lo miró durante unos segundos con sus ojos muy vivos y se marchó sin decir nada. Volvió otros días a esconderse y la vio bailar alrededor de la hoguera, y alguna vez se giraba hacia el carromato donde se ocultaba y le parecía que bailaba para él, impulsada por el chorro de alegrías y de penas que salía del agujero redondo de las guitarras.

Una vez, al meterse debajo del carro encontró en el suelo sujeto con una piedra un papel con las letras de color rojo, una invitación para asistir gratis a la función del domingo. No tuvo ninguna duda de que fue ella quien le dejó allí la entrada.

Fue la tarde más feliz de su vida. El mago que sacaba un conejo blanco de una chistera, aquella charanga alegre de trombones y platillos, las cabras equilibristas, los payasos que daban tanta risa aunque él, como no podía reír, tosía. Pasó cerca de él la niña de la carne verde y el pelo verde. Llevaba en una bandeja pipas, altramuces y gaseosas, y también vendía números para la rifa de un caballo de cartón. Ojalá hubiera tenido una moneda, pero en sus bolsillos solo

había agujeros.
Ella se acercó hasta él, estiró su mano y le acarició lentamente la mejilla pasándole los dedos por encima de la cicatriz áspera de la cara sin aprensión ninguna. Tenía las uñas rotas y los dedos sucios, su mano olía a humo y al romero que crece en la margen de los caminos. Él hubiera querido darle las gracias, decirle algo agradable, pero su boca torcida era una cremallera atascada. Esa fue la primera vez que odió ser mudo. Ella tenía esa viveza de las niñas que crecen deprisa. Se miraron. Tenía los ojos del azul del verano.
Como él seguía callado, la muchacha se dio la vuelta para seguir vendiendo, pero antes giró la cabeza un momento y se tocó el pecho liso con la palma abierta, riendo, como si fuera un juego. «Me llamo Fabiola», le dijo, y enseguida se alejó anunciando su mercancía con desparpajo. Él se quedó sumido en una angustia que nunca había sentido antes, en la impotencia de no haber sido capaz ni siquiera de darle las gracias por la invitación, con esa rara mezcla de alegría y tristeza del primer amor, de descubrir lo extraordinario y, al momento, ver cómo se te escapa entre los dedos.
Al día siguiente regresó al campamento con un regalo de amapolas en la mano para que los ababoles hablaran por él, pero solo encontró un silencio que olía a madera quemada y un inmenso vacío con marcas de ruedas de carro hundidas en la tierra, hincadas en su carne con ese dolor de lo irreparable. Al golpear con el pie un leño requemado ya frío, vio debajo un objeto metálico rojo y al agacharse encontró la armónica del viejo gitano que convocaba al sueño. Se la llevó a la boca y sabía a hierro. Sopló como pudo, pero en lugar de música salió un pitido desagradable. Su boca estaba maldita. Hizo un agujero y enterró la armónica igual que la luz blanca de la mañana entierra los sueños. El cierzo empezó a arrancar algunos pétalos de las amapolas y él levantó los brazos bien alto para que se los llevara todos; solo el viento sabe dónde bailan los gitanos.
El circo nunca regresó. Nunca desde entonces había vuelto a escuchar esa voz de las guitarras que contaban las cosas sin decirlas, hasta que escuchó a ese hombre que trajo la música. Ese hombre que lo mira.
El Mudo querría contarle todas esas cosas, pero tan solo consigue

aullar como un lobo desorientado.
—¿Pero si te gusta la música, por qué rompes los instrumentos?
El Mudo quiere decirle cosas, pero no tiene manera de hacerlo y se pone nervioso. Se agita, se tira del pelo, gruñe, da grititos de hiena, muge. Pone su dedo en el clarinete y brama una y otra vez. Mariano lo mira pero por más que se esfuerza en entender, no lo entiende. El Mudo toca otra vez el clarinete con la punta del dedo como señalándolo y brama, mira al suelo y hace un gesto con las manos hacia arriba, después pone muy cerca el dedo pulgar y el índice para indicar algo minúsculo, pero todo eso no le dice nada a Mariano.
Se va hasta el trombón destripado y lo señala, después señala al suelo y vuelve a hacer un gesto hacia arriba con las manos, y luego hace la pinza con los dedos para indicar algo pequeño que va hacia arriba.
Mariano hace un gesto de no entender nada.
El Mudo agarra la bocina del trombón, que ha quedado separada del cuerpo, se la lleva al ojo y mira dentro. Mete la mano y le enseña cómo salen libremente los dedos por el otro lado. Se va al trombón y se lo lleva a los ojos como un catalejo.
Y entonces Mariano cree entender.
—Por eso has abierto la trompeta y el trombón a golpes. Quieres ver qué tienen dentro.
El Mudo hace que sí con la cabeza de manera vehemente.
—¿Querías saber de dónde sale la música?
Y entonces el Mudo cierra los puños en un gesto que, aunque no pueda sonreír con esa boca rígida, parece de alegría. Vuelve a hacer el gesto desde el suelo hacia arriba con las manos. Y luego la pinza con los dedos como si quisiera atrapar algo pequeño.
La tierra, la pequeña semilla que crece...
—La tierra es solo tierra, pero pones un grano minúsculo que no es nada, y allí se levanta una tomatera, una planta de pimientos, un árbol. Tú creías que había dentro de los instrumentos una semilla que hace crecer la música...
El Mudo dice que sí con la cabeza.
—Dentro de los instrumentos no hay semilla ninguna, no hay nada. Es solo un tubo por donde pasa el aire.

El Mudo pone gesto de decepción y abre mucho los brazos. Si no hay semilla y el tubo está vacío, ¿de dónde demonios sale la música esa que se te agarra en el pecho?

—La música es solo aire que se mueve. No es nada más que ondas de sonido. Como la voz, lo mismo.

El Mudo grazna como un cuervo. No lo entiende. Él es capaz de producir sonidos, pero no hay en ellos música ninguna.

—Es una cosa científica difícil de entender. Solo lo entienden los ingenieros.

Pone cara de desolación. Mariano mira su cara cortada, su ojo seco y su ojo vivaracho.

—¿Te gustaría formar parte de la banda?

El Mudo levanta la cabeza y mira con desconfianza. No es la primera vez que le prometen algo que después es mentira.

—Necesitamos alguien que toque los platillos. Son muy importantes en una orquesta.

Le da unos platillos y le da indicaciones sobre cómo golpearlos. El Mudo los golpea tan fuerte con sus brazos de atleta que casi los rompe.

—Para, para. Más suave. Lo voy a hacer yo para que lo veas. Es al separar los brazos que dejas que tiemblen los platos y salga el sonido.

Cuando llegan los primeros empleados de obras con monos manchados, fiambreras y sueño, los recibe un ruidoso concierto de clarinete y platillos.

Jerónimo va camino de la taberna del Eligio con un dolor en los riñones que lo martiriza. Se ha pasado todo el día esquejando las tomateras, porque si no quitas los brotes pequeños en lo bajo del tallo, no tendrás plantas buenas para la campaña. Igual tendría que hacer caso, que lleva días oyendo en la taberna que plantar alberges es lo que da dineros y dejarse de huerto, que no da más que trabajo. ¡Los alberges se pagaban en Madrid a casi dos pesetas el kilo y estaban subiendo! Y cada árbol te da lo menos 50 kilos de fruta. El Botas estaba contando historias de unos de Sobradiel que habían ganado duros a capazos y todo el mundo escuchaba desde la barra y desde las mesas y se estaba engolosinando con eso. Cuando se lo explicó a Julia, ella puso el grito en el cielo y le dijo que no se dejara embolicar.

El que mucho abarca poco aprieta. Y más vale pájaro en mano que ciento volando.

En la esquina de la calle se encuentra al Brígido, que le llaman el Picaraza, porque tiene el pelo negro de los cuervos. Jerónimo lo saluda levantando la barbilla a ver si así se lo quita de encima, no vaya a ser que le pida algo, pero se le viene encima antes de que pueda colarse en la tasca.

—¡Co, Castro!

—¿Qué pasa, pues?

—Jodidos estamos.

—Jodidos antes que paridos.

—Este año no se han dado nada las lechugas y estoy esperando cobrar unos trabajicos de carpintero que hice en Alagón, pero se me están retrasando.

Ya Jerónimo alarga la mano para la puerta del Eligio.

—Que es que me aprieta la contribución este mes. A ver si me podías dejar algo, con cincuenta peseticas me arreglaba...

—¿Cincuenta pesetas? ¡Jodo! ¡Quién las pillara!
Y antes de que el otro reaccione, abre la puerta del bar y se mete dentro. Con el Picaraza siempre se ha llevado bien, así que para seguir llevándose, mejor no le deja nada, que perdería la amistad y las perras.
En la taberna del Eligio, larga y estrecha, prefiere la punta de la barra, que pasa más desapercibido. Allí están el Badana y el Casa Grande, y se giran hacia él.
—Oye, Castro, ¿por qué no te vienes a tocar con nosotros a la banda?
—Miau.
—Es algo sacrificado, no te digo que no. Pero imagínate lo que será llegar por la mañanica para tocar diana con la música para las fiestas de un pueblo...
—¡Con toda la gente alegre, Castro!
—Los críos lo pasan en grande y las mocicas se han de derretir de ver a unos músicos de uniforme. Y siempre te invitan a comer, y como están de fiestas seguro que te van a poner de lo bueno, lo mejor.
—¡Hasta ternasco!
El Pintado y el Casa Grande se van, que tienen ensayo. Algunos los saludan, los quieren invitar a un chato de vino o liarlos en una discusión sobre el debut de un torero manco en la plaza de Huesca, pero ellos se van deshaciendo de todos los tentáculos que quieren engancharlos a la barra del bar.
No deja de parecerle curioso que con lo que les gusta a esos dos gachos el charrar y el chupar, y con lo roceros que son, rechacen todas las invitaciones.
Sale de las sombras la Hilaria, que deja tras ella un rastro de hierbas secas, madera quemada y aguardiente. Al salir a la calle hay alguien que la espera al acecho, es la Sancha, la mujer del ferroviario. Lleva la blusa abotonada hasta arriba y un crucifijo a la vista, para que se note que es una mujer decente temerosa de Dios. Se dirige a la Hilaria con furia. Le han dicho en el lavadero que vieron a su marido tomar el camino de la sima y torcer hacia la cabaña de la bruja, aunque él lo niega, el jodido.
—¡Además de bruja, puta! Eres el diablo, tentando a los hombres.

—Igual el diablo son ellos, que tienen rabo.
—Eres de la piel de Satanás. Les haces un amarre de brujería y los vuelves loquicos.
—Locos sí están… por metérnosla entre las piernas.
La Sancha es una mujer alta conocida por su mala hostia. Su marido la teme. No sería la primera vez que lo encorre por la casa con el amasador y sale huyendo a esconderse en el bar La Rosa o en el Eligio. Por eso la descoloca que esa muerta de hambre le plante cara de manera tan descarada.
—¡Además de bruja y de puta, borracha! Engañas a los hombres para llevártelos a la cama.
—Los hombres se engañan solos.
La Sancha se va hacia ella con intención de cogerla de los pelos, pero el perro lobo se acerca despacio y la mira.
—No te tengo miedo —aunque lo dice mientras va dando pasos hacia atrás sin perder de vista ni a ella ni al perro—. ¡Zorrón! ¡Arderás en el infierno!
—Arderemos todos.
Se lo dice sin soberbia, como si únicamente constatara lo inevitable.

Han vuelto a aparecer corazones de pollo sanguinolentos en la puerta de la casa. Joaquina ha echado un puñado de sal a cada lado de la puerta y también ha atado al llamador un manojo de cebada verde, ruda y siempreviva, remedios infalibles para ahuyentar a las brujas. Por si acaso, también ha colgado del dintel de la puerta una cruz de madera. Mariano ha protestado, le incomoda un poco lo que puedan pensar los del Sindicato de Ferroviarios, que son todos ateos y echan pestes de esa España de crucifijo y supersticiones, pero ella no le ha hecho caso ninguno.

Se está acercando la fecha de las fiestas de Sobradiel y el alcalde está cada vez más intranquilo. Lo ha llamado dos veces al despacho y otras dos a la partida de guiñote del casino, y cada vez se estira el bigote con más nerviosismo, pronto lo va a alargar hasta Pinseque. Se les puede presentar en cualquier momento en el almacén de obras, así que tiene aleccionados a los empleados municipales que están en el cuarto de herramientas echando la partida en su casino de cachivaches. Los instrumentos más aparentes, aunque inservibles, con teclas rotas y boquillas quebradas, están puestos en un soporte junto a los picos y las palas, y cada uno sabe cuál ha de tomar en caso de alarma.

El alcalde le ha hecho hincapié en que han de tocar marchas militares, que eso fortalece el espíritu nacional, así que esa tarde, después de los pasodobles, están repasando otra vez *El sitio de Zaragoza*, que celebra con mucha épica de metales y una buena dosis de fanfarria la resistencia en Zaragoza a la invasión de los franceses el siglo anterior. Sabe que Cristóbal Oudrid la compuso tomando mimbres de marchas militares para que todo sonara marcial, pero también hay en la composición base algo que a un oído entrenado como el suyo le trae a la mente la *Obertura 1812* de Chaikovski, que también contaba, con

más alma, la resistencia nacional rusa frente al imperio napoleónico. Mariano adora a Chaikovski, que también se pasó la vida resistiendo, como homosexual oculto en una sociedad implacable y como compositor permanentemente insatisfecho, inseguro de su talento, con episodios tan agudos de desánimo y depresión que al sentarse en el piano se le paralizaban los dedos.

Ve cómo el Mudo lo mira desde la fila de atrás con una mano en cada platillo, sin berrear ni mugir, con un brillo de orgullo en el ojo que nunca se cierra. Mariano agita las manos con energía y los dirige con la batuta, con el golpe de hombros, con la cabeza, con el movimiento de las cejas. Ha encontrado en esa gimnasia corporal de director de banda una manera distinta de hacer música sin otro instrumento que el propio impulso en el aire de sus brazos y sus gestos.

El Badana acerca mucho la cara al atril para compensar su miopía. Entra muy tarde con el clarinete, la melodía se descalabra. El Mudo da un golpetazo tan excesivo a los platillos que los dobla. Mariano les hace un gesto imperativo.

—¡Parad! ¡Parad un minuto! Tiñoso, a mi ritmo. Señor Lezcano, ese bombardino al par que el Trapala.

—¡Es que se adelanta!

—Pues si se adelanta, no lo siga, que desmontamos todo. Y tú, Trapala, atento a mi mano, que corres mucho. ¡Desde el principio!

Se oye la maneta de la puerta de la entrada, moviéndose de manera nerviosa. Mariano le hace un gesto al Trapala y este sale flechado a avisar a los del cuarto.

Llega de afuera una voz enfadada.

—¡Soy el alcalde!

—¡Ya va, don Lorenzo! ¡Un momento! ¡Que no sé dónde he puesto la llave!

En cuanto llegan en tropel los empleados de obras y se colocan, abre la puerta.

—¿Pero por qué rediós cierran?

—Disculpe, don Lorenzo. Es para que los zagales no interrumpan.

El alcalde mira a su alrededor, saca un cigarrillo de su pitillera y lo golpea tres veces sobre la base, para que les dé tiempo a percatarse de

que es de oro. Lo enciende con un mechero de gasolina que suelta una llamarada altísima. La banda lo mira expulsar la primera voluta de humo con ese temor antiguo de la España encorvada.

—Toquen —les dice sin alzar la voz.

Mariano se pone delante de sus músicos. El alcalde, que lo ve de espaldas, no puede percatarse de que dedica una sonrisa a los de obras y les guiña un ojo, como si fuera un juego. Estuvieron un par de tardes practicando y saben lo que han de hacer. Sus instrumentos tienen las boquillas discretamente selladas con cola y tan solo han de soplar y mover los dedos como si tocaran.

—Vamos con *El sitio de Zaragoza*.

Los músicos asienten aterrados ante la mirada de felino al acecho del alcalde. Mariano saca de la funda su clarinete, coloca cuidadosamente la boquilla y, con la cabeza, da la entrada. Toca con la máxima fuerza del instrumento y su tono tapa las imperfecciones del resto imponiendo el ritmo y haciendo que suene a algo parecido a lo que el compositor escribió. Los músicos, con la cabeza pegada a la partitura, siguiendo los numericos que les ha escrito, no se atreven a levantar la cabeza para que ese milagro no se desvanezca.

La música de marcha militar festiva brota enérgica. Acompasados por el clarinete, hasta el Trapala y el señor Lezcano entran a tiempo, o más o menos, y el bombo redobla con alegría al fondo mientras la tuba lanza su punteo grave, un poco acelerado. Mariano ve que el Pericas se queda clavado y con la barbilla le dice que se arranque. Entra el solo de trompeta y es algo chapucero, pero enseguida vienen el bombo y todo el metal con su ritmo de desfile y el alcalde agita la cabeza llevando el paso, recordando con nostalgia su servicio militar como oficial de artillería y el efecto que su uniforme tenía entre las jóvenes de buena familia. Al llegar al final, Mariano toca con una mano, levanta la otra, marca el *crescendo* y corta el aire para que todos acaben al unísono con el golpe de platillo del Mudo.

Mariano, sudando, se gira hacia el alcalde sin saber muy bien si se habrá percatado de que la mitad de la banda no suena, que es una versión paupérrima de *El sitio* con nueve instrumentos y platillos, casi una versión para clarinete con unos cuantos golpes de metal y

tamborrada. Pero el alcalde sonríe satisfecho, incluso aliviado, porque se temía que esos zoquetes no fueran capaces de dar dos notas seguidas y quedar en ridículo con el alcalde de Sobradiel, que está emparentado con el duque de Costrino.

—Tenemos que mejorar mucho, don Lorenzo. Pero estamos trabajando duro.

Se da la vuelta y, justo antes de salir, se gira un momento.

—Y no atranquen la puerta con llave como si se escondieran.

Mariano no sabe si se barrunta algo. Cuando se cierra la puerta tras él, corre por todo el almacén un suspiro de alivio que agita hasta las viejas hojas apiladas de los bandos caducados.

—¡Si toca usted con nosotros, estamos salvados, don Mariano!

—No os equivoquéis: os habéis salvado vosotros solos. Habéis tocado mejor que ningún día, hasta el Trapala ha entrado y salido en tiempo. ¿Y sabéis por qué habéis tocado mejor? —Todos lo miran muy atentos—. Porque os habéis dejado llevar por la música. Porque cuando uno toca bien el otro le sigue. Y cuando dos tocan bien, los otros dos de al lado se suman. Eso es ser una banda, sonar como un solo músico, como un solo instrumento, formar parte de algo que es más grande que nosotros mismos.

—¡En Sobradiel tiene que tocar con nosotros, maestro!

—Ahora, el pasodoble de *El gato montés*. ¡Vosotros! —les dice dirigiéndose a los empleados de obras y los barrenderos—. Ya podéis volver a la partida, pero al tanto por si vuelve don Lorenzo.

Retornan a su cubículo con sus instrumentos de pega y Mariano da un par de golpes con la batuta contra el atril para que se apaguen las conversaciones.

—Ha de sonar como si tocara yo.

—Pero no es igual, don Mariano.

—Yo no voy a soplar tu instrumento por ti. Ponte en la cabeza el sonido de mi clarinete como si te pusieras un disco de gramófono dándote vueltas sobre los sesos.

Al terminar, los reúne a todos. Deja la batuta y saca una cinta métrica, que para él es casi lo mismo. Uno por uno les toma medida de los brazos, la cintura, el pecho y la sisa para hacerles unas chaquetillas

nuevas. El Mudo abre mucho los ojos cuando llega don Mariano hasta él con la cinta métrica. Nunca ha tenido una chaqueta.

Mariano regresa a casa preocupado. No podrá decirle el alcalde que no ha hecho lo que le ha mandado: llevar a Sobradiel una banda con una veintena de miembros. Pero también sabe que no podrán engañar a un pueblo entero tocando con la mitad de pega. Es ir a estrellarse, pero no ve otra salida. Igual de esa sí se tiene que ir del pueblo corriendo como quiere la bruja.

Tan absorto está en sus pensamientos que no oye las cuatro patas que caminan silenciosamente, no ve dos ojos pequeños agrisados que se ocultan en las sombras de la noche, no se percata de su jadeo ni ve el rastro de saliva que deja en el suelo.

El Mudo, después de ponerle a su madre las farinetas de harina de panizo para la cena, que como la mujer no tiene dientes para morder es lo que mejor se come, eso y las sopas de ajo, se mete en la cama con ella, que así no pasan frío. Su madre empieza a roncar enseguida, pero él no se puede dormir.

Muchas veces se ha de levantar en mitad de la noche porque tiene algo que le carcome y no soporta el punzón del insomnio. Tantos años después, sigue sonando en su cabeza aquella música de los gitanos que brotaba de la noche igual que brota el relumbre de las hogueras. Después se le viene a la mente la música de la banda, más ruidosa y alegre.

No se lo puede quitar de la cabeza y no le deja dormir: ¿De dónde sale la música?

Dice el maestro que del aire y es verdad que él ha mirado dentro de los tubos y no hay nada. Aprieta muy fuerte los ojos para pensar más. Pero el aire es aire, portea las ventanas y mueve la noria de agua de la estación. Pero, si sale de los soplidos de los músicos, el Trapala, el señor Lezcano y los otros..., ¿llevan ellos la música dentro de la tripa junto a las lentejas con chorizo, los remojones de pan, las ensaladas de pepino y el vino que se han enjaretado? Le vienen a la cabeza las guitarras de los gitanos que eran solo cajas de madera agujereadas con unas cuerdas de pescar barbos. Y recuerda al viejo gitano que al final de la noche sacaba la armónica y dormía a todos. Siente angustia ante

tantas preguntas que no sabe responder. Y de repente se acuerda de la vieja armónica que un día enterró como se entierra la sardina al final del carnaval. Se levanta de la cama con esa ansiedad suya que no le deja parar. Necesita encontrar aquella vieja armónica que enterró muchos años atrás a ver si le muestra la verdad.

Toma una pala y camina acompañado por la lumbre de la luna casi llena a través de los senderos de los campos pelados hasta llegar a la explanada donde acampaban los gitanos. Es uno de esos terrenos yermos que solo son buenos para las ortigas y los fardachos. La maleza lo ha desfigurado y en la noche es buscar a ciegas. Pero el Mudo no sabe de lógica y se pone a escarbar levantando paladas de tierra y piedras con esas manos como tenazas que dice la bruja que un día matarán a alguien. Cuando llega el amanecer, aúlla por el dolor de los huesos, pero sigue levantando la tierra. El propietario de un pequeño huerto cercano que va a empezar la jornada lo ve con las primeras luces aventar la tierra como si fuera paja y agita la cabeza ante la locura del Loco.

En una de esas paladas una de las piedras que lanza al aire brilla ligeramente en rojo con el primer rayo de sol y el Mudo corre hacia ella. La limpia apresuradamente con los dedos: es la armónica. Le escupe para limpiarla mejor con la punta de la camisola, aunque su ropa tenga tanta tierra como la propia tierra. Apretada en el puño, vuelve corriendo a casa con la armónica y se mete en el cobertizo. Sopla y no sale sonido ninguno; tiene los agujeros taponados de tierra, pero él lo único que ve es que vuelve a fracasar. La golpea furioso con la pala hasta hacerla añicos.

La tela la encargó en la tienda de la Experta. Se presentó frente a su mostrador de madera oscura, le contó quién era y le dijo ruborizado que se la tendría que pagar a plazos. Ella lo miró con extrañeza, no porque le pidiera suministros al fiado, que era lo habitual, sino por el candor de ese sastre que era músico. Por eso la Experta hizo una excepción: movilizando su cuerpo atrofiado tras años de permanecer incrustada tras el mostrador, salió muy despacio y se acercó hasta él solo para rozarlo con la punta de los dedos, como si quisiera saber de qué materia estaba hecho. Ella era bajita y tenía unas ojeras que parecían almohadones. Le dijo que no se apurara, que lo pagase cuando pudiera.

Su nombre se ha añadido debajo de la azada nueva del Trapala en ese libro infinito donde se inscriben silenciosamente todas las necesidades y todos los deseos de la gente de Casetas.

Unos días después, un zagal que hace recados para la Experta le trae a casa un paquete voluminoso. Es un paño de algodón sencillo pero digno, granate, algo caluroso para el verano, pero es lo que estaba mejor de precio. Deshace con alegría el envoltorio que contiene los botones de latón que van a dar al uniforme ese toque de fantasía que los hace artistas.

Joaquina escucha el silbato del factor dentro del vagón y durante un instante se queda quieta con su cesta de bocadillos casi llena, que hoy apenas ha vendido nada. Se pregunta qué sucedería si en lugar de bajar del tren se quedase y unas horas después apareciera en Bilbao o mejor en Valencia, que dicen que hay campos de naranjos hasta donde se pierde la vista. Ella siempre está demasiado atareada con el trabajo y las cosas de la casa, o en la criatura que va a venir, para pensar en esas cosas, pero a veces se pregunta si su vida no habría podido ser otra. Ni mejor ni peor, tan solo otra. Aparta esos pensamientos, las

fantasías son para la gente pudiente, ella ha de pensar en el trabajo.
Mientras está en sus cábalas resuena en la tarde una agitada respiración animal y las pisadas de las patas poderosas que corren por detrás de las casas de los ferroviarios camino de los depósitos de la estación levantando salpicaduras de barro.
Ya es tarde y no se va a quedar a esperar al expreso de Irún, que ha de preparar la cena. Aunque en realidad, ya está hecha: bocadillos que han sobrado. Al pasar delante de la fonda, levanta la mano para decirle adiós a Julia, que anda atareada sirviendo. Esa moza no para.
Toma el camino de la estación de vuelta a casa, pero antes de llegar a la puerta de la azucarera escucha detrás unos pasos apresurados y un gruñido amenazador. Al girarse, ve detrás de ella ese perro oscuro que ha visto alguna vez merodear cerca de la casa y del que la Tía María le ha dicho que se mantenga alejada, que es muy furo.
El perro lobo de la bruja, con una mandíbula que chorrea saliva y brutalidad, viene hacia ella. Empieza a caminar más deprisa pero el perro también alarga el paso tras ella. Joaquina siente la inquietud secándole la boca y aprieta todavía más el paso, zarandeando la cesta de los bocadillos y al girarse ve al perro que viene cada vez más rápido, que lo tiene cada vez más cerca, que le brillan los colmillos a la luz de un farol.
Joaquina grita pidiendo socorro y echa a correr. El perro parece dejarle ventaja, como hacen los adultos cuando quieren echarle una carrera a un niño y, después, se lanza al galope tras ella con sus patas poderosas y la boca abierta. Joaquina, sin dejar de correr, tira el cesto de los bocadillos para distraerlo con el olor del chorizo. El animal, al encontrarse con el cesto en mitad del camino, da un poderoso salto por encima y sigue la persecución. Ella siente su respiración acercándose, siente su olor a barro, a leche agria.
Grita, pero no hay nadie cerca. Nunca hay nadie cerca. En su desesperación por querer correr aún más deprisa, se trastabilla en el piso de adoquines y cae al suelo. El perro lobo viene hacia ella y se cubre la cara con las manos para que no la desfigure. Al llegar a unos pocos centímetros el animal encoge los cuartos traseros y salta por encima de ella rozándola, dejándole caer en el pelo y en el vestido las

salpicaduras de barro de las patas. Al caer al suelo sigue corriendo y dobla por delante de la acequia para perderse entre las sombras.

Mariano está en el taller cortando mangas al ritmo de Manuel de Falla cuando oye voces crispadas afuera y el ruido de un caballo que piafa. Traen a Joaquina manchada de barro y medio desvanecida en un carro de la azucarera. Le dicen que la han encontrado en el camino de la estación. Hace gestos de dolor y se lleva la mano a la tripa.

—¡El niño! —Lo dice con la voz entrecortada—. Tengo contracciones.

La Tía María arruga el gesto; con un embarazo de cuatro meses, si no paran las contracciones, se le escurrirá entre las piernecicas como unas natillas. Se arrebuja en la mantilla y va lo más deprisa que puede a buscar al doctor Cipriano. Mariano, con ayuda de los carreteros, la sube al dormitorio.

—¿Pero qué ha pasado, Joaquina?

—El perro...

—¿Pero qué perro?

—El perro lobo de la bruja me ha atacado. —No sigue hablando porque está medio aturdida y una nueva contracción le viene como un latigazo.

Van viniendo vecinas a ayudar o a chafardear, a todo un poco. Le dicen que ellas se ocupan, que es cosa de mujeres, y Mariano sale al pasillo a caminar arriba y abajo. Una de ellas le trae a Joaquina una tisana de tila para templar la ansiedad y que bajen las convulsiones.

Llega Tomás con las manos manchadas de harina a ver qué ha pasado y le dice a Mariano que no será nada y otra vecina que llega con una peineta sujetándole un moño y acariciando un rosario le dice muy seria «Será lo que Dios quiera», y también se mete en la habitación. A Mariano le parece que empieza a haber ahí demasiada gente, pero no tiene ánimo de echarlas. Ya lo hará el médico en cuanto llegue. ¿Pero por qué tarda tanto?

Aparece el Regañao.

—M'han dicho que a su señora le ha dao un infarto.

Asoma la cabeza de la habitación una de las vecinas.

—¡Largo de aquí, pájaro de mal agüero!

Mariano sigue arriba y abajo para matar los nervios a pisotones. No

entiende por qué esa mujer les hace eso. No entiende que la gente te haga cosas que tú nunca les harías. Llega hasta la puerta verde cerrada que nunca se acuerdan de llamar al cerrajero para abrir, y da la vuelta. Esa puerta ha de abrirse, lo pone nervioso, pero ahora no es momento de pensar en eso. Ya no aguanta más el ir y venir y se mete en la habitación, aunque las mujeres, que están entretenidas contando historias negras sobre embarazos fallidos que han vivido o les han explicado, le pongan mala cara. Joaquina está con los ojos entrecerrados, sudando, apretando los dientes encogida, haciendo fuerza en cerrar todas las puertas para que no se le escape la vida que lleva dentro.

Se oyen unos pasos y ve venir por fin a la Tía María, pero no trae buena cara ni viene el médico con ella.

—Que el doctor se ha ido a atender una urgencia a Utebo, a casa del zapatero, que no se sabe cuándo regresará.

Una contracción remueve a Joaquina en la cama y aprieta más aún la mandíbula. Se escucha el rezo del rosario de una de las mujeres y Mariano le pide a Tomás que le deje el mulo, que se va a ir a Utebo a buscar al doctor.

—Yo le llevo.

La voz grave que ha hablado es la de Jerónimo, el Castro, que ha visto bulla en la puerta de la casica del horno y ha entrado a ver qué pasaba. La Tía María les dice que vayan los dos con cuidadico, que con un descalabro ya tienen bastante y las desgracias nunca vienen solas. La Tía María prefiere no decirle a Mariano que es inútil, que no van a llegar a tiempo, que las contracciones de Joaquina son ya muy seguidas y que se le va a ir de adentro, porque es preferible que cuando suceda, él no esté presente. Ella sabe lo que es un aborto. No es agradable.

Se van los dos hombres tan apresuradamente que casi arrollan a una vecina que llega con un cazo humeando. Es la Chispas, la mujer del electricista. Le dice a la Tía María que le dé medio vasico de esas hierbas a la moza y se le pararán las contracciones. La Tía María pone cara de que poco o nada se puede hacer; ella ya sabe cómo acaba esto, pero como mal no le van a hacer unas hierbecicas calientes, ayuda a

incorporarse a Joaquina y le da de beber el hervido, que huele a regaliz y algo más fuerte que no sabe reconocer.
Mariano se desespera porque Jerónimo va con el carro a velocidad de caracol.
—¿No podemos ir más rápido, Castro?
—Si a este lo reventamos, se nos estira en mitad del camino y no lo levanta ni la Guardia Civil.
Los nervios se lo comen, no puede dejar de pensar en la bruja, en la manera en que se va a vengar de ella y hacerle pagar todo el mal que les ha hecho. No aguanta más en ese carromato, Utebo está al lado pero no llegan nunca, se baja y echa a correr, pero a los cien metros está ahogado y se tiene que parar porque se marea. Enseguida oye por detrás el carro de Jerónimo y ese mulo suyo que asiente a todo con resignación.
—Venga, súbase, don Mariano, que más hace lluvia fina que tormenta filipina.
Como si el cielo lo oyera todo, empieza a caer un aguanieve que los empapa y Jerónimo le dice a Mariano que agarre la manta que está detrás, que es de Palencia y abriga una barbaridad. Cuando están llegando a la entrada del pueblo, se les echan encima los faros de un coche a toda velocidad y Jerónimo tira de la rienda para apartarse a duras penas. El auto pasa tan cerca del carro que pisa un charco enorme y la salpicadura de agua y barro los empapa. Jerónimo se caga en Dios y Mariano, chorreando, le dice que era el coche del médico, que den media vuelta lo más aprisa que puedan.
Regresan mojados, con el frío metido hasta el tuétano. Mariano, angustiado, pidiéndole que vaya más deprisa y Jerónimo murmurando blasfemias, arrepintiéndose de meterse donde no le llaman, que encima de no cobrar se le va a poner el macho malo.
Cuando por fin llegan a Casetas a casa del médico, el coche no está en la puerta y la criada, de mal humor porque la incordien a esas horas, les dice de malas maneras que se ha ido a una cena a Zaragoza.
—¿Y si alguien se muere, qué? —le pregunta Jerónimo enfadado.
—Pues se avisa al mosén y que le dé la extremaunción.
La mujer cierra de un portazo. Se vuelven cabizbajos al horno y

Mariano ni se da cuenta de que tirita de frío. Se baja en la esquina y corre hacia la casa asustado con lo que se vaya a encontrar. La Tía María está en la puerta esperándolo desde hace rato.
—No corras.
—¿Cómo está Joaquina?
—Mucho mejor.
—¿Y el niño?
—Bien. Se le pararon las contracciones. Ahora ella está descansando tranquila.
Sube los peldaños de tres en tres goteando agua y barro y nervios, y en la puerta del dormitorio se encuentra con la mujer del electricista, que le hace una señal con el dedo para que no haga ruido.
—Está dormidica.
Se asoma y la ve dormir con una respiración pausada. La Tía María se le acerca sigilosa.
—Mariano, quítate la ropa chipiada que vas a coger una galipandria. Te estoy preparando una tila calentica, que ahora te hace más falta a ti que a ella, maño.
—No hay derecho. No nos merecemos esto.
Ahora que se disipa la angustia por Joaquina y la criatura, le está subiendo desde el estómago la rabia, esa calentura de la venganza. Se va hacia el cobertizo y sale de allí apretando muy fuerte una hoz de las que solo pones la yema del dedo en el filo y ya empieza a correr la sangre.
Ha llegado la hora de segar las malas hierbas.
La llovizna ha cesado y se han formado sobre los charcos pequeñas películas de hielo que crujen a su paso. Mariano no siente el frío denso de la noche, solo un ardor como de fiebre. Se adentra a oscuras por el sendero de cañas, de fango, de culebras, de vaho en la boca. Al poco, el resplandor de la casa de la bruja. Primero ha de ocuparse del perro. Le cortará el cuello y le dejará la cabeza en la puerta como les hizo ella con el pollo. Después, a la bruja le arrancará el corazón, si es que tiene. Aprieta tanto el mango de la hoz que los nudillos se le ponen de hielo.
Se acerca con sigilo, o eso se cree, porque el perro ya ha levantado

una oreja en cuanto ha cerrado de un portazo la puerta de la casa pequeña del horno. Hace rato que lo espera, que lo observa expectante desde la oscuridad, que pasa la lengua sobre los colmillos. Mariano piensa en rodear la casa, pero mientras duda hacia qué lado girar, se abre la puerta y aparece la Hilaria frente a una franja de luz de un naranja sucio de ceniza que sale del interior. Se envuelve con la manta agujereada que huele a humo y hierbas.

Ella no le pregunta a qué ha venido. Lo sabe.

Con el rabillo del ojo Mariano ve al perro lobo agazaparse junto a la leñera, a tres zancadas de donde está él. La curandera le dice algo al animal en voz muy baja y el perro se da la vuelta y camina dócil hacia la trasera de la casa.

—¿Qué pretendes, desgraciada? ¿Matarnos? ¡Voy a hacer que te metan en la cárcel!

—Marchaos de una vez.

—Mi mujer ha estado a punto de perder a nuestro hijo.

—Será una niña.

—Será lo que tenga que ser, pero no voy a permitir que le hagas daño a mi mujer.

—Ella es más fuerte que tú.

—¿Tú qué sabes?

No le contesta. Ella sabe incluso lo que preferiría no saber.

—He venido a cortarte el cuello.

—Ojalá lo hicieras.

Mariano levanta el filo de la hoz y ella lo mira. Él espera que se arrepienta, que pida perdón, o que trate de meterse a toda prisa en la casa..., pero no se inmuta. Tiene la hoz en alto a la altura del cuello de la bruja, pero se da cuenta de que ella no lo cree capaz de hacerlo y lo peor es que es verdad. Le sube de nuevo la rabia desde las tripas y con la otra mano y le da un empujón. El palmetazo la desequilibra y, para apoyarse en el marco de la puerta y no caerse, la Hilaria ha de soltar la manta, que cae a sus pies.

Su cuerpo desnudo, muy delgado, blanco, salpicado de pecas, los pechos pequeños, casi infantiles. Tiene el pubis depilado por el fuego y, justo al ras de la raja rosada del sexo, aletea el pequeño tatuaje de

una mariposa.
Hilaria lo mira con esos ojos suyos casi transparentes y levanta su cuello largo hacia arriba para que le siegue la carne blanca con la hoz. Mariano aprieta los dientes.
—¡Tú quieres que te mate para que vaya a la cárcel de Torrero!
—Ojalá no tuvieras que ir.
Ella lo mira y hay otra cosa en su mirada que él no sabe ver.
—Encima te burlas de mí porque ya sabes que no te voy a matar.
Mariano querría no mirarle el cuerpo, no buscar la mariposa, pero sus ojos toman sus propias decisiones. Los dos se quedan unos segundos en silencio que son como una noche entera.
—Las brujas lo sabéis todo, ¿verdad?
No le responde. Se da media vuelta y entra sin mirar atrás, sin cerrar del todo la puerta. La manta ha quedado en el suelo.
Las malditas puertas entreabiertas. Tiene que abrirla del todo o cerrarla. Entrar o salir. Se da media vuelta bruscamente, necesita alejarse de ahí lo antes posible, no mirar atrás, aprieta el paso, corre entre los cañaverales, se rasga el abrigo contra los arbustos, corre como cuando era niño y lo seguían con la vista los ojos de las estatuas. La noche cubierta no permite estrellas, los campos son de tierras negras. Nota dentro del pantalón el tirón doloroso de su erección.
Encuentra en el salón a la Tía María y la mujer del electricista conversando plácidamente frente al calor que han avivado con un saco de carbón que ha traído la panadera. Regresa a la luz.
—Hace un momento hemos subido y Joaquina duerme como un angelico.
Mariano se deja caer sobre una de las sillas y empieza a sorber la tila que se ha mantenido tibia sobre el hierro de la cocina.
—Todo ha quedado en un susto.
Él asiente como un autómata.
—Dios aprieta pero no ahoga —añade la Chispas.
—Ha sido horroroso. Es que parecía que se hubiera puesto de parto —les dice Mariano exhausto.
—Eso mismico ha sido, pero se ha parado el parto.
—Menos mal que se ha parado solo.

—Solo no, con el hervidico de hierbas medicinales buenismo que trajo la Chispas, que ha sido mano de santo —le explica la Tía María—. Se le cortaron las contracciones de golpe, como si a una herida le pones un emplasto y deja de sangrar.

—Pues mucho le tenemos que agradecer, señora Chispas. No sabía que usted entendía de hierbas.

—No, si yo no entiendo ni sabía que estaba su mujer malica. Yo venía de coger leña y me encontré en el camino de Garrapinillos a la Hilaria, la bruja. Me ha dado un cazuelo de hierbas que ardía y me ha dicho que me viniera para aquí y le diera enseguida a su señora a beber media tacica. Y cuando esa mujer dice algo, yo le hago caso, que será rara o como sea, pero tiene el don.

Al abrir los ojos ya hay claridad a través de la rendija de la ventana. Enseguida se ha girado en la cama a ver si Joaquina duerme, pero su lado está vacío y se incorpora de golpe, aunque lo tranquiliza oír abajo el ruido a cacharros en la cocina y notar que sube el olor a café de los días festivos.

Joaquina lo recibe sonriente y él se apresura a decirle que deje eso, que se siente. Y le pone suavemente una mano en la barriga.

—La criatura está bien, Mariano.

—Tienes que descansar.

—Tú ya sabes que yo descanso trabajando.

Le pone delante el tazón de café con leche, los remojones de pan y unos mantecados que dejó anoche la Tía María.

—Antes de irnos al cuartel de la Guardia Civil cuéntame bien por lo menudo cómo pasó todo.

—Lo que pasó es que iba por el camino de los plátanos de la estación, el perro me empezó a seguir y me asusté. Lo vi en sus ojos de lobo, venía a por mí. Eché a correr y el perro echó a correr detrás. Y fue entonces que me esbaricé con los adoquines y me di un tarugazo.

—¿Y te mordió el perro?

—No, morderme no. Saltó por encima de un brinco y se fue.

—¿Y a la Hilaria la viste?

—¿A la bruja? No, no la vi. Que si la veo la agarro del pelo a esa mala puta.

Se queda pensativo. Si va con esta historia al cuartelillo, lo van a mandar a freír espárragos. Hay perros sueltos que van y vienen por todas partes. Y si el perro ni la tocó, mal van a poder poner pleitos a la dueña. Joaquina sabe leerle el pensamiento, aunque no sea bruja.

—No estoy loca, no fue *majadura* mía. El perro malo ese iba a por mí, yo lo sé.

—Yo también lo sé. Es ella la loca, que no sé por qué nos quiere mal.
—Después debió darse cuenta de que se había pasado de la raya, porque me ha dicho la Tía María que fue ella la que preparó las hierbas para que me repusiera.
—Quién sabe lo que pasa por la cabeza de esa mujer.
—Ni se te ocurra acercarte a ella, ¿me oyes?
Mariano la coge de la mano y asiente. Le dice que descanse, que se olvide de los bocadillos, que no vuelva nunca más a la estación, que con lo que él gana tienen suficiente, y ella, que se ha puesto a rader con el estropajo el fondo quemado del cueceleches, no dice ni que sí ni que no.
Claro que volverá a los bocadillos. A su hijo no le va a faltar de nada.
Asoma la cabeza por la puerta Julia.
—¿Pero qué haces fregando los cacharros, ladrona? ¡Tendrías que estar estirada!
—¡Ya estaré estiradica cuando me muera!
Julia deja una cazuela de barro y un paquete envuelto en papel de periódico sobre la mesa, se va hasta el fregadero, la aparta de la pica y se pone ella con el estropajo de esparto.
—¡Esta moza no tiene conocimiento ninguno! Ti hi traído caldico de pollo, que tiene muchas vitaminas y asienta el cuerpo.
—Mujer, no tenías que haberte molestado.
—¡Qué molestia! A mí lo único que me molestan son los pelos de culo.
Con esa velocidad suya de anguila, desenvuelve los papeles de periódico.
—También hace falta algo que se agarre al diente. Uno pa cada uno.
Ven un par de filetes de ternera lustrosos como hacía mucho que no veían.
—¡Pero, Julia...! ¿De dónde los has sacado?
—Se coge de donde hay.
—¡Si te pilla la dueña de la fonda se iba a armar una gorda!
—Ojos que no ven, corazón que no siente. Si es que esa tiene corazón, que parece que tenga en el pecho una piedra de afilar cuchillos.
Mariano agita la cabeza como si la regañara cariñosamente.
—Pero, mujer, con que le hubieras traído un filete a ella, ya valía.

—Ya lo sé. Pero si traigo uno, esta, que es una pánfila, a la hora de la comida te diría que no tiene hambre y te lo pondría a ti, la jodida; que la conozco como si la hubiera parido.
Julia dice que no tiene prisa, que la dueña la ha mandado a recados, que se queda a hacerle compañía, y como ve a Joaquina repuesta, Mariano se va a la habitación a ordenar las telas. Joaquina le hace una mueca de burla a Julia en cuanto él se aleja. Se cree que no se da cuenta de que está echando un montón de horas en esas chaquetillas de la banda que nadie le va a pagar, que ni siquiera le van a agradecer. Pero Mariano es así. Es de esas personas serviciales que son felices haciendo algo que sea útil a los demás. Que recibe dando.
Él las oye bisbisear en la cocina y al poco viene a decirle Joaquina que se va con Julia a acompañarla y así le da el aire.
Lo que Joaquina no le ha dicho es que van a aprovechar que el mozo de Correos las lleva a recoger unas mantelerías para la fonda en Torres de Berrellén para hacer otra visita. Mientras esperan al cartero, se para una vecina a preguntarle cómo está de lo suyo, porque en Casetas todo se sabe al momento.
—¡Dichosos perros! Me alegro mucho de que no fuera nada. ¿Y tu marido qué tal está?
Lo pregunta en un tono que la pone en guardia.
—Pues se asustó al verme así, que casi pierdo la criatura. Pero ya está recompuesto.
—Algunos se recomponen enseguida.
—¿Y a qué viene eso, pues?
—A nada, que es que lo vio uno que hace el turno de noche en la harinera andando por el cañaveral de la sima de madrugada.
Cuando se despiden, Julia y ella se miran.
—Iría a ver si encontraba al perro ese para encorrerlo —le dice Julia.
Ella no dice nada.
Por el camino le pregunta a Julia lo que se dice de la curandera. Apareció hace unos años por Casetas y no está muy claro de dónde vino, pero con ese pelo colorado y esa piel tan blanca, del norte seguro, dicen que de Galicia, que es tierra de brujas.
En Torres de Berrellén se han parado en la casa de una mujer muy

bajita, casi enana, con el recibidor y el comedor repleto de estampitas de santas, santos y vírgenes de todos los tamaños y colores. Julia ha pensado que esa mujer, que sabe de hierbas y emplastos, pero que es muy pía y ayuda a curar a los enfermos con rezos, las podía orientar sobre cómo protegerse de la Hilaria.

En cuanto Joaquina se la ha nombrado, la enana se ha santiguado.

—Esa mujer hace magia negra.

Al contarle Joaquina cómo le había cambiado la cara al consultar en el fuego y cómo se había enfurecido con ellos y quería echarlos de su casa a toda costa, la Enana de Torres ha empezado a asentir.

—Tiene malas artes, hace cosas prohibidas por la Santa Madre Iglesia. Ve cosas en las brasas que solo Dios debe ver.

—¿Pero qué ha visto esa mala puta?

—Pues algo que la perjudica. Ha visto que usted o su marido la pueden dañar y se quiere proteger.

—¡Qué vamos a dañarla nosotros! ¡Como si no tuviéramos otra cosa que hacer! Que nos diga lo que tiene contra nosotros y se lo aclararemos.

La santera hace que no con la cabeza.

—No le diría nada ni que la despellejase viva. Una verdadera bruja no puede desvelar el futuro. Si lo hiciera, ella pasaría a formar parte de ese destino y provocaría que sucediese. Si las brujas intervienen, acaban siendo ellas las portadoras del mal.

—No te entiendo, mañica.

—Mi madre me contaba una historia que es de los tiempos en que los moros estuvieron en Aragón. Decía que el criado de un mercader muy rico de Zaragoza fue a comprar al mercado y vio a la Muerte. Y la Muerte lo señaló. Dejó todo muy asustado y regresó a la casa. Le pidió a su amo que le prestase un caballo para irse a esconder a casa de un hermano en Tarazona. Y salió galopando para esquivar a la Muerte. El amo tuvo que ir él mismo a hacer la compra y en el mercado vio a la Muerte. Se acercó y le preguntó por qué había señalado a su criado. La Muerte le dijo que era por la extrañeza de verlo ahí en Zaragoza porque lo que estaba escrito es que esa noche se llevaría a su criado en Tarazona.

—Entonces, si lo cuentan, se cumple el destino. ¿Y si no lo cuentan?
—Sucederá igual, que el futuro no se puede cambiar porque está escrito en la piel de los mártires por la Providencia.
Julia y Joaquina se miran.
—Andaos con cuidado con esa mujer. Lleva a la serpiente dentro. Es el pecado.
—¿Es verdad que hechiza a los hombres? —le pregunta Joaquina.
—Dicen que le nace de entre las piernas una mariposa. Las mariposas son un símbolo muy poderoso de transformación: de la repugnancia de la oruga a la belleza de la mariposa. ¡Pero ojo con la belleza! ¡Lleva al gusano dentro!
De vuelta, entre las sacas del correo del carro del cartero, hablan poco y a Joaquina le da muchas vueltas a la cabeza lo que les ha contado esa mujer bajita rodeada de velas votivas y altares de santos. Aprieta sobre su cuello el colgante con la medalla de san Benito y acaricia la otra idéntica que le ha dado para Mariano. Les ha contado cómo el diablo quiso envenenar a san Benito, pero el santo hizo el signo de la cruz sobre la jarra de barro donde estaba el veneno y se partió en pedazos. Cómo quiso tentarlo el demonio y le mandó a revolotear alrededor suyo el pájaro negro de la tentación carnal, pero cuando ya iba a sucumbir, el Espíritu Santo lo ayudó: el santo se arrancó la ropa, se tiró a las zarzas, se rasgó todo hasta sangrar y venció la tentación.
Después de guardarse un par de peseticas para obras de caridad que Julia se ha sacado del fondo del bolsillo del delantal, ya en la puerta, les ha advertido que se alejen de esa mujer, que se aparten de ella como de Satanás.

Mariano y Joaquina se miran y no necesitan decirse nada. A mediodía estaban comiendo bocadillos que habían sobrado y ahora están vestidos con su mejor ropa esperando que les abran la puerta para tomar un vino con otros matrimonios en casa del alcalde.

Mientras esperan, él se ajusta el nudo de la corbata, aunque lo que le incomoda es ese dichoso colgante de san Benito que le ha hecho ponerse Joaquina. Trató de decirle que son supersticiones de beatas, pero se puso como una fiera. Le dijo muy seria que eso no era magia, que estaban bendecidas por el párroco de El Pilar y la Enana de Torres le había dicho que era un sacramental reconocido por la santa madre Iglesia con poderes de exorcismo. Para que hubiera paz, lo lleva desde entonces. Pero cuando va al ateneo del sindicato se lo quita y se lo guarda en el bolsillo, que si se lo ven Ladis y los de la UGT se van a reír hasta que se les parta la mandíbula.

Lleva su traje cruzado azul marino de paño inglés con el que ella le dice orgullosa que parece un aristócrata, y Joaquina se ha puesto un vestido que también hizo él siguiendo las indicaciones que ella le dio: no quiso de ninguna manera la falda plisada ni esas faldas de tubo de moda, tan poco adecuadas para una mujer decente, y ahora se alegra más que nunca, porque ya la barriga se le va redondeando. Mariano le confeccionó un sencillo traje de chaqueta de dos piezas en tela de paño de color chocolate que la hace verse muy elegante. Joaquina está seria, le fastidia que los zapatos que llevó para la boda no peguen con el traje y que el sombrerito heredado de una tía suya se vea pobretón.

Cuando la asistenta los conduce hasta el salón después de atravesar un pasillo adornado con cabezas disecadas de corzos y jabalíes, Joaquina piensa que debería haber aceptado el broche de oro que le prestaba la Tía María, pero ella es demasiado orgullosa para llevar joyas ajenas. Aunque al ver esa casa tan elegante con muebles de caoba y criada

vestida con cofia, le parece que debía haberse arreglado más.
Cuando Mariano le dijo muy ufano que el alcalde los invitaba a su casa, que era señal de que ya le había cogido confianza, ella torció el morro. «Te ponen a prueba», le dijo, y él le decía que no, que no fuera desconfiada. Ella le contestó: «Piensa mal y acertarás». Cosas de Joaquina.
De pie, tomando un vino de Jerez en vasos de cristal muy gruesos, está el alcalde con su esposa y los otros invitados. El médico, al que esa noche angustiosa no hubo manera de encontrar, ahora está ahí tan tranquilamente con su mujer y hay otro matrimonio mayor; él con el pelo muy blanco y unas medallas prendidas de la chaqueta del traje oscuro.
—¡Bienvenidos! —el alcalde le estrecha la mano efusivamente como si no hiciera unas pocas horas que se han visto en la alcaldía y apenas lo ha despedido con un gesto de cabeza. Enseguida llega la esposa, doña Pilar, para tomar del brazo a Joaquina con soltura y llevarla al rincón de las mujeres.
La mayor de todas, la mujer del militar, explica que es muy amante de la botánica y está experimentando en su jardín con unos chitos que le trajeron expresamente de Japón para hacer un jardín japonés. La esposa del alcalde dice que ella no tiene tiempo para las plantas, que va muy atareada con la intendencia de la casa: ¡dirigir a tres empleadas es agotador! ¡Hay que explicárselo todo! ¡Nunca hacen nada a derechas, ni doblar una sábana! La esposa del médico explica que le encantan las antigüedades y pertenece a una sociedad anticuaria de Zaragoza para señoras, donde asisten a conferencias y a subastas de piezas catalogadas. Se vuelve hacia Joaquina esperando que ella cuente a qué se dedica, y ella responde con mucho aplomo:
—Estoy iniciando mi propio negocio de suministros para la red ferroviaria española.
Las mujeres asienten, entre admiradas y recelosas.
—Mi marido no permitiría de ninguna manera que yo trabajase. —Doña Pilar lo explica orgullosa, como un signo de distinción.
—¡En América hay hasta mujeres que son pilotos de avión! —se exclama la mujer del militar—. ¿Adónde vamos a parar? Si las

mujeres dejan de ocuparse de la casa, ¿qué va a ser de las familias?
—Yo dedico al trabajo media mañana y voy corriendo a casica a hacer la comida y por la tarde me ocupo de las tareas —les explica Joaquina para tranquilizarlas, y además es la verdad.
—¡Eso está muy bien!
—De todas formas, pronto tendrá que dejar el trabajo. —Y la mujer del médico le señala la barriga que empieza a curvarse.
—Sí, los hijos son lo primero.
La esposa del militar niega con la cabeza.
—Mira, hija, déjame que te dé un consejo de mujer con más de cuarenta años de matrimonio: a los hijos hay que cuidarlos, faltaría más. Pero por ocuparte de los hijos no cometas el error de descuidar al marido, que es el que sustenta la casa. Muchas mujeres se ciegan con los hijos y no atienden como es debido a su hombre, y después se quejan de que se busca queridas. ¡Y la culpa es de ellas!
En el corrillo de los hombres el doctor les habla de una visita que hizo unos meses atrás a la feria internacional de Róterdam y la gran impresión que le causaron algunos inventos.
—Vi una muestra de cine donde oyes la voz de los actores. En la zona de América se mostraba una plancha de la ropa que tenía unos agujeros en la base por donde salía vapor y hasta las prendas más arrugadas quedaban lisas en un momento. Pude probar una máquina afeitadora eléctrica con unas cuchillas invisibles que no corta jamás... ¡Y era de lo más agradable el cosquilleo sobre la piel!
—¿Y había alguna cosa española? —pregunta el coronel.
—Había una maqueta del prototipo de avión de despegue vertical inventado por el señor Juan de la Cierva. Le llama autogiro. Se mostraban unas fotografías en vuelo y la gente de todo el mundo las miraba con asombro.
—¡Menos mal que España tenía algo importante en su muestra!
El médico hace una mueca de contrariedad.
—Bueno... en realidad estaba en el recinto de los inventos de Inglaterra.
—¡Pero cómo es posible que se lo hayan apropiado esos miserables! ¿Y el gobierno de España no se ha enfrentado? ¡Seguro que no!

Berenguer, aunque sea general, es un blando. En este país hace falta más mano dura.
—En eso lleva usted razón, coronel. Lo que pasa con eso del autogiro es que ha sido un industrial escocés el que ha puesto el dinero para desarrollar los prototipos del señor De la Cierva.
—¡El dinero es lo de menos aquí! Lo importante es que De la Cierva es español.
—Es de Murcia —apunta el alcalde—. Pero, vaya usted a saber por qué, lleva años viviendo en Inglaterra.
—En este país la gente con talento se tiene que ir fuera para que le hagan caso. Esas muestras científicas como esta que explica en Holanda, aquí son imposibles —comenta Mariano por decir algo, un comentario que habría sido rutinario en el café del sindicato, pero en ese salón de maderas nobles suena fatalista y abre un boquete en la alfombra.
—¡Ya les gustaría a esos holandeses sin sangre tener el jamón y el vino que tenemos aquí! —apunta animoso el alcalde para subir el tono patriótico.
—¡Esos holandeses eran súbditos españoles! —sentencia el coronel—. Todo lo que saben se lo hemos enseñado nosotros.
El mosén llega con su parsimonia habitual.
—Siento el retraso. —Lo dice de manera rutinaria, sin dar impresión de sentirlo en absoluto, mientras echa mano a la bandeja de rosquillas de anís que le tiende la asistenta.
—Mosén, este es Mariano, el director de la banda.
—Lo conozco. Pero no de verlo en misa, precisamente.
Mariano se rasca la cabeza apurado y no sabe qué decir, pero el cura pierde interés en él y se interesa de nuevo en las rosquillas. Como la conversación se ha quedado atascada, el alcalde les explica que Mariano está trabajando en firme con la banda.
—He movido mis relaciones para cerrar un contrato en Sobradiel. Va a ser un éxito.
Mariano, cuando no sabe qué decir, se saca del bolsillo el reloj y mira la hora, aunque haga años que señale las ocho y cuarto. Le parece que al hacer ese gesto desaparece de la vista.

El doctor pregunta si en Sobradiel pagan algo por la actuación.
—¡Pues nada más faltaría! Les he sacado un buen pico.
La cara de Mariano se ilumina al oír eso.
—¡Qué bien, don Lorenzo! ¡Así podremos dar una gratificación a los miembros de la banda!
El alcalde se lo queda mirando con el mismo estupor con que el doctor miraba en Róterdam la plancha de vapor. Mariano repliega su sonrisa triunfal.
—Como usted ha dicho que la banda tendría unos ingresos...
—¡No me joda, Mariano! Esos ingresos son del ayuntamiento.
Desde el otro lado de la sala, Joaquina tiene una oreja en la conversación de las señoras sobre remedios para curar el catarro y otra en el corrillo de los hombres. No descifra las palabras pero por el tono le parece que la cosa no va del todo bien. En cuanto la anfitriona hace una pausa para tomar una hojaldrina de la bandeja, aprovecha el hueco en la conversación.
—Igual deberíamos reunirnos con los hombres, que quizá nos echen de menos.
Mariano suda, el alcalde parece haberse ofendido aunque sonríe. Sonríe sin risa.
—¿No irá usted a reclamar nada para esos vagos?
—Yo pensaba que como se iba a cobrar un dinero de la actuación, se les podría pagar algo por el trabajo.
—¡Qué trabajo! —Y se gira hacia los otros con los brazos extendidos teatralmente—. Se van a las fiestas a hincharse a comer de balde y después a perseguir a todas las mozas. ¡Si van a divertirse!
—Yo...
—Usted ocúpese de lo suyo. Nadie tiene que decirme cómo gestionar un ayuntamiento. Ya me encargaré yo de darles una propina si la cosa rula. ¡A mí a desprendido no me gana nadie! Si le preguntase al servicio, todos le dirían lo espléndido que soy.
—Si ya lo sé, don Lorenzo.
Joaquina siente una patada de la criatura que se agita dentro de ella que la impulsa a moverse. Sin esperar a que la mujer del médico termine de contar su toque especial para el pollo al chilindrón, agarra

de la mesa la bandeja de hojaldrinas.
—Se las voy a llevar a los hombres, que no las han gustado.
La señora Pilar no llega a tiempo de detenerla y piensa horrorizada en qué dirán las chicas del servicio: ¡Una invitada suya haciendo de camarera! Resopla y mira a las otras dos mujeres, que entienden su rictus irritado. ¡Cuánta paciencia hay que tener!
El mosén, que ha estado entretenido con las rosquillas durante el rifirrafe, se dirige a Mariano con un tono cortante.
—Por lo que se ve tiene usted ideas comunistas. Sepa que Casetas es un lugar pacífico y de bien, que cualquiera que venga aquí a sembrar cizaña y llenarle la cabeza a la gente de ideas equivocadas no es bien recibido.
Joaquina lo sabe: Mariano es la persona más amable y dócil del mundo, hasta el momento en que se siente ofendido. Entonces, le sube por dentro ese ardor que le hace perder toda compostura y le sale esa rebeldía que lleva dentro, porque no se puede ser músico sin ser rebelde.
—Mire usted, mosén, yo no he venido a sembrar cizaña ninguna ni soy comunista. Déjeme decirle con todo respeto que una cosa es ser comunista y otra repartir algo del beneficio del trabajo entre la gente. ¿No repartía Jesús el pan entre los suyos?
Al cura se le enciende la cara de un rojo tirando al negro de la sotana.
—¿Me va a dar un ateo lecciones de teología?
El cura levanta un dedo larguísimo que parece una estaca, pero no le da tiempo de añadir nada más porque aparece Joaquina con la bandeja.
—Mosén, pruebe usted las hojaldrinas, que verá qué ricas.
El cura la mira con el desprecio con que se mira a los que muerden la mano que les da de comer. En la sala se ha hecho un silencio glacial, así que Joaquina deposita la bandeja en una mesa.
—Nosotros también tenemos que irnos ya, ¿verdad, Mariano?
Él asiente y nadie hace el más mínimo gesto de retenerlos. La esposa del alcalde les dice, con escasa convicción, que vuelvan cuando quieran, y pide que les traigan los abrigos. Para distender el ambiente, el médico cambia de tema y empieza a contar una enfermedad

rarísima que se ha detectado en el sur de África.

Mariano y Joaquina salen de la casa y ya es de noche. Caminan un trecho en silencio sin hablar, un poco cabizbajos, con las manos en los bolsillos.

—Mariano.

—¿Qué?

—Que no te puedo dejar solo, maño.

Mariano está trabajando muy concentrado en los arreglos para un cuarteto de clarinete del preludio de Chopin que se conoce como *La gota del agua*, ese goteo de notas que percuten, que laten con esa tristeza acuática de todo lo que pudo ser y no fue.

Sin darse cuenta su cabeza y sus dedos han dejado la partitura atrás, ya no hay pentagrama, no hay jaula, no hay digitación, no hay cálculo, no hay ni quintas ni sostenidos ni bemoles, todas las corcheas se han fundido, los ojos cerrados para ver más, la improvisación, aceleración, ritmo, persecución del hilo que la nota anterior dejó en el aire, trapecista que da cabriolas entre trapecio y trapecio, gotas de lluvia que resbalan desde la hoja del árbol. Se cae dentro de la música, es gota y hoja, y tierra, y árbol, y lluvia.

Unos golpes en la puerta de la calle lo devuelven a eso que llamamos realidad. Joaquina está en el horno haciendo madalenas y no le queda más remedio que salir a abrir.

El que está al otro lado de la puerta es Jerónimo, el Castro.

—Disculpe, don Mariano. Julia me ha pedido que le traiga a su mujer este paquete con choricicos.

Si se fijase con más atención en ese paquete con cercos de grasa roja vería que el cordel está flojo y el papel un poco rasgado en un lateral, que Jerónimo no ha podido resistir hacer un alto en el camino para catar la mercancía.

—Pues gracias.

Jerónimo no se mueve.

—Disculpe usted. Me dijeron el otro día el Pintado y el Casa Grande que igual hacía falta gente en la cuadrilla.

—En la banda falta gente, sí.

—Yo sé leer y escribir, que muchos de aquí no pueden decirlo, pero de música no sé.

—Yo te puedo enseñar.
—Y, dígame, si no le parece mal que le pregunte. ¿Cómo se cobra en lo de la música?
—Poco, mal o nunca. —Como ve que Jerónimo hace un gesto de fastidio, trata de explicarle—. Por ahora no hay una paga para los músicos, pero si la banda chufla y se la contrata por ahí, algo habrá. El alcalde ha dicho que daría alguna gratificación, pero no ha especificado cuánto. De todas maneras, te voy a ser sincero: si te hace falta el dinero, más a cuenta te saldrá trabajar de cualquier otra cosa.
Le gusta tener su rinconcico para comprar sus puritos, tomarse su copica de coñac y poder ir de vez en cuando a los toros; no le gusta pedir favores ni que se los pidan, no le gusta molestar a nadie ni que lo molesten a él. Él a lo suyo y con lo suyo, por eso nunca quiere jugar a las cartas con dinero y cuando le insisten donde el Eligio les dice que la bolsa del jugador no tiene atadijo ni tiene atador. Ni tampoco le gusta perder el tiempo en cosas improductivas que no le van a dar una perra. Pero avaricioso no es. Y honrado hasta la exageración, aunque Julia le diga que es más tonto que un chupón porque trabajando en la azucarera ha de ir a comprar el azúcar a la tienda de la Experta. Otros se llevan saquetes de azúcar escondidos pero él tiene la satisfacción de que jamás lo paran los vigilantes a la salida del turno para revisarle la ropa. Porque orgullo sí tiene y no va a quedar como un roñoso delante del maestro.
—Si yo no lo preguntaba por las perras. ¡Quiá! Era solo por saberlo. Si se paga como si no se paga, a mí eso me da igual, que yo no soy interesado.
—Nos hace falta sobre todo viento-madera. Podrías aprender el saxofón. Tengo uno viejo para empezar que encontré tirado en el cobertizo del horno.
Jerónimo asiente pero por dentro se está cagando en todos los santos en orden alfabético, de santa Adela a san Zenón. Menuda falta que le hace complicarse la vida con eso de la música sin sacar un céntimo.
—Pues muy agradecido, don Mariano. Ya vendré otro día con más tiempo para hablarlo más tranquilamente. Igual para después de la siega.

—¡Para qué vamos a esperar tanto! Mira, pasa al taller, que tengo ahí el saxo y ya te lo llevas para irte familiarizando.
Antes de que pueda abrir la boca, ya ha desaparecido dentro y sale al momento con un cacharro de latón muy viejo como los que ha visto alguna vez en las orquestinas que vienen al danze.
—¿Pero no dijo que les faltaba madera en la orquesta? Este es de lata.
—El saxofón es viento y madera. Es que lo más importante del saxofón no está en el metal, eso no es más que un tubo con agujeros. El chiste está en la caña.
Le muestra, cogiéndola con cuidado, una fina tira de bambú. Coloca la tirilla al ras de la boquilla y la presiona con una abrazadera.
—Cuando tú soplas, el aire hace que vibre la tira de caña, y eso es lo que hace sonar el saxofón.
A Jerónimo le parecen pamplinas. Mariano coloca la boquilla sobre una pieza de corcho que protege el cuello, monta la pieza curvada del tudel sobre el cuerpo del instrumento y se lo lleva a la boca. Presiona la primera de las teclas nacaradas. De repente, un sonido poderoso lo hace dar un salto, como si un tren de mercancías fuera a entrar en la sala.
—Es la nota si. Este es un saxo tenor y tiene fuerza. Prueba tú.
Con mucho cuidado, seca la boquilla con un trapo limpio antes de pasarle el instrumento. Le explica que ha de apoyar los dientes de arriba en la boquilla, mojar un poco con saliva la caña y cerrar los labios alrededor para que no escape el aire, pero sin apretarla, que a la caña hay que tratarla con mimo.
Jerónimo se lleva la boquilla a la boca sin rechistar porque, si no, ese hombre va a estar dándole explicaciones hasta que se haga de noche. ¡Como si no supiera soplar! Ahora va a ver lo que es un tren entrando en una estación, que lo van a oír hasta en las Cinco Villas. Jerónimo sopla con todas sus fuerzas, pero no suena nada. Apura a apretar más fuerte la boca para que no se escape el aire fuera y echa todo lo que lleva en los pulmones, pero lo único que se oye es un sonido ridículo de rueda de bicicleta pinchada. Coge aire de nuevo y vuelve a soplar hinchando los carrillos, aún más fuerte. Se vacía del todo hasta que casi se marea, y no suena absolutamente nada.

—¿Qué pasa, pues? ¿Se ha estropeao el pijorro este u qué?
Mariano toma el saxofón, se lo acerca a los labios, sin ningún esfuerzo ni hacer aspavientos, el saxo empieza a sonar. Con un movimiento sencillo de dedos, toca una escala de do a do que suena como un café negro con una chorradica de anís.
—No se trata de soplar mucho de golpe, has de soplar como si fueras a apagar una vela. Más seguido. Y no presiones tanto la boca, que a la caña no la dejas temblar. Tiene que vibrar. La música es el temblor.
Jerónimo, picado en su orgullo, le dice que le pase de nuevo el dichoso cacharro. Vuelve a soplar como le ha dicho, pero sigue sin salir sonido alguno y empieza a cansarse.
—¿Estás tratando de apagar la vela?
—¿Qué vela?
—Cierra los ojos.
—Entonces no veré.
—Verás.
Jerónimo remuga por lo bajo.
—Hazme caso. Cierra los ojos.
Por fin, lo hace.
—Ahora piensa en la vela.
—Una vela gordisma como la que tenemos en la alacena.
—Enciéndela en tu cabeza.
—Voy.
—Ahora llévate el saxo a la boca. Los dientes de arriba apoyados y los labios de abajo que envuelvan la boquilla, ni fuerte ni flojo. Delante tienes una vela. ¿La ves?
—Sí, don Mariano. Bien gorda.
—Ahora, piensa que mientras apagas la llama de la vela has de pedir tres deseos. Si soplas muy deprisa, no te dará tiempo. El soplido ha de durar los tres deseos.
Jerónimo empieza a soplar más quedo y no suena nada. El primer deseo que pide es poder estar en su casa comiéndose en el pan una longaniza pasada por la sartén en vez de estar ahí haciendo el canelo con ese cacharro que lo tiene ya hasta los cojones. Sigue soplando y empieza a pedir salud, que de eso nunca sobra. Tan de repente que lo

asusta, estalla el sonido en toda la habitación, como si se hubiera desembozado una cañería y fluyera de golpe un chorro de agua. Abre los ojos y vuelve a soplar pero ya no suena.
—Se ha vuelto a ir, don Mariano.
—¡Pero ha sonado! Cuando el saxofón suena una vez ya has dado el paso, ya no hay vuelta atrás. He dado clase a personas con el saxofón y el clarinete que no lo han hecho sonar en tres días. ¡Tienes aptitudes para músico!
No tiene ninguna aptitud especial, pero se lo dice para animarlo y Jerónimo, que es presumido, se sonríe ufano. Se vuelve a poner el saxo en la boca y se pone a soplar, pero despacico. Durante varios segundos no sucede nada, pero a mitad de soplido da con el punto preciso de fuerza y presión del aire, y vuelve a retumbar el salón con un bocinazo sonoro.
—¡Muy bien! Ahora presiona con un dedo de la mano izquierda las tres teclas grandes de la parte de arriba.
Durante un instante, antes de que la desafinación lo convierta en chirrido, aparece un sonido agradable, ni grave ni agudo.
—¡Has tocado la nota sol!
Jerónimo vuelve a colocar los dedos y a soplar. Esta vez, con el pensamiento en los dedos en lugar de los labios, sopla mal y no sale nada.
—En cuanto me fijo en los dedos, descuido el bufidico y se jode el invento. Esto es más difícil que cazar una mosca al vuelo.
—La música requiere dedicación.
—¿En una semana tocaré pasodobles con el pijorrico este?
—Esto es más largo.
—¿Cómo de largo?
—Cada persona es distinta, depende de lo que se practique. Si pones una semilla en la tierra, has de regar, sulfatar y esperar, no un día ni una semana, ni un mes, ni cuatro. Pero si tienes paciencia y cuidas la planta todos los días, llega el día en que cosechas.
Jerónimo arruga la boca como si estrujara un papel para tirar. Se nota que don Mariano sabe mucho de música pero mu poquico del campo: no sabe que de mil veces que se cosecha, novecientas no sacas más

que tubérculos comidos por las ratas, nabos podridos por el cuco y fruta reventada por el pedrisco.

Jerónimo camina hacia casa con el maletón rectangular que le ha endosado don Mariano.

Camina y blasfema. Se caga en Dios, el maletón pesa más que la cruz de Jesucristo. ¿Tocar con esos gachos? Porque el Regañao con el ojo churripitoso, el cegato del Badana y el señor Lezcano, que es más viejo que la tos, dan pampurrias solo verlos. ¿Y pretenden que vaya a estar perdiendo el tiempo de gratis? ¡Quiá! ¡Eso no lo verán tus ojos, Bernabé! Eso de bandas y juntanzas no es lo suyo, que el buey solo bien se lame. Ya verá cómo darle esquinazo al asunto este del saxofón, que don Mariano es bienintencionado, pero con lo de la música es muy cansado...

Mariano lo ve alejarse desde la puerta. Piensa que ojalá hubiera más como él allí, con tantas ganas de aprender música y tan desprendidos.

... Y el maestro de ingenuo, muchismo.

Julia llega al horno con un gesto serio secándose las manos ásperas de lejía en el delantal. Tanto tiempo fregando suelos, limpiando cacharros, cuidando de sus hermanos, de los animales o sirviendo, que ya no se imagina vestida con otra cosa. Joaquina está ese rato despachando.

—En una mesa se han dejado una miaja de cecina y me la amachambré, que si se estira un poquico puede llegar para un par de bocadillos.

Llega en ese momento la Tía María de echar de comer a las gallinas.

—Hija mía, siempre con el delantal. A ver si para el día de la boda también te lo vas a poner encima.

—Pues no le digo que no. Que al final seguro que me tocará a mí fregar los cacharros del convite.

—¿Para cuándo será?

—De aquí a cuatro meses, si el Jerónimo no se echa atrás.

—¡Quiá!

—Más le vale, porque le corto el pescuezo con el cuchillo tocinero.

Se espera a que Joaquina prepare los bocadillos y regresan juntas a la estación. Julia observa su barriga prominente y los tobillos hinchados. Le echa mano al cesto para que no cargue peso, pero Joaquina tira de él.

—Que no me pesa.

—¡Que lo llevo yo, no seas cansada!

—¡Que no!

—¡Venga! Tira. Que a mí a tozuda no me gana nadie.

Caminan por la avenida de la estación con el suelo tapizado de hojas y los árboles en los huesos. Le pregunta a Julia si le hace ilusión la boda y esta aprieta esos labios suyos delgados que de tanto fruncirlos le han dejado unas pequeñas arrugas prematuras en las comisuras de la boca.

—Yo al Jerónimo lo quiero, aunque a veces sea un poquico pasmado y algo egoísta. Como todos los hombres, vamos. Y claro que me hace ilusión casarme, pero más me haría si no me tuviera que casar también con su madre, que se viene a vivir con nosotros.

Joaquina, para cambiar de tema, le pregunta por la posada.

—Tengo una en la cocina que es más mala que un dolor de tripas. Yo, si sobra alguna ensaladica de esas que dejan a veces casi sin tocar o un muslo de pollo, me lo aparto en un rincón de la cocina para comerlo luego y ella va y me lo tira a la basura, que dice que no se pueden tener restos por la cocina. ¡Con lo pareja que es la condenada! Pero yo el otro día me puse a gritar para que nos oyera la dueña, que estaba detrás del mostrador: «¡Que el que trabaja tiene que comer!», porque ahí no nos dan más que furrufalla.

Al llegar a la estación, Julia se despide y se aleja con su braceo enérgico que parte el aire en fragmentos de cuarzo. La cesta pesa, el asa de mimbre escuece la palma de la mano. La criatura se agita dentro.

Mariano está agitado. Se nota tenso, duerme mal, el vientre se le alborota. Solo se calma en el momento de tocar su clarinete. Son los nervios porque se va acercando la fecha de las fiestas de Sobradiel, y algo más. Volvió a encontrar un corazón de pollo arrancado en la puerta de la casa. Le gustaría extirparse los recuerdos de la memoria igual que se extirpa un grano de pus. Le viene a la cabeza una y otra vez la noche horrible, Joaquina sufriendo, la cabaña en la madrugada, el perro lobo criminal, la bruja, la manta en el suelo, la piel blanca, los pelos del pubis rasurados, la puerta entreabierta. A veces siente el impulso de ir hasta la cabaña, pero enseguida lo descarta porque esa mujer es dañina, quiere su mal. Lo que necesita es que los deje en paz para siempre. Que desaparezca de sus vidas. Que no lo mire con esos ojos blancos de muerta. Que no abra las alas de la mariposa.

Decide ir a la consulta de don Cipriano a ver si le receta algo que le aplaque los nervios y las aprensiones. Una asistenta de edad avanzada, tan encorvada que da las buenas tardes a las baldosas del suelo, lo hace pasar a la salita de espera. Hay pinturas de escenas de caza inglesa con galgos y jinetes vestidos con casacas rojas, títulos

enmarcados de la Facultad de Medicina de Madrid y de la de Navarra, estanterías hasta el techo atestadas de libros. Después de tanto remedio casero y tanta superchería le resulta un alivio pisar la consulta de un médico de verdad, que ha estudiado durante muchos años y trabaja con fármacos creados en un laboratorio en lugar de ungüentos o medallas de santos. Lo recibe en su despacho con jovialidad, sin asomo de recelo tras el encuentro tenso de días atrás con el cura en casa del alcalde.

Le explica al médico que la gente cree que es una persona calmada, pero toda la orquesta le va por dentro. Quizá es por esa angustia los pinchazos y el mal dormir. De brujas no dice nada.

El médico le golpea la rodilla con un martillito de juguete, lo ausculta, lo hace toser, lo pone a caminar en línea recta con los ojos cerrados, le toma la tensión hinchando con una pera la abrazadera alrededor de su brazo.

—El corazón está perfecto y todo suena bien ahí adentro. Eso sí, tiene la tensión un poco descompensada, nada grave. Pero le voy a dar una pastilla que se va a tomar cada día por la mañana antes del desayuno. ¿Usted hace algún deporte?

—Limpiar el clarinete.

—Caminar le haría bien.

—Muchos días voy hasta la acequia, incluso hasta el galacho.

—Pues sería bueno que alargara algo más el paseo. Y, sobre todo, para que la tensión esté en su sitio, evite conflictos y polémicas, no son buenos para nadie.

—De veras que yo no pretendía pleitear. Don Lorenzo no me entendió con lo de la paga.

—Igual sí que le entendió. Yo también le entendí y sus intenciones eran buenas.

Mariano abre mucho los ojos.

—¿Entonces cree que lo que pedía para los músicos era correcto?

El médico se retrepa en su sillón.

—Hay un dicho que atribuyen a la *Divina comedia* de Dante, pero yo que la he leído en español y en italiano le puedo asegurar que esa frase no está ahí, aunque no por ello deja de ser muy certera: el

camino del infierno está empedrado de buenas intenciones.
—Pero, doctor, usted que es una persona leída y sensata, sabe que pedir para la gente una remuneración por el trabajo que hace no es ser comunista. Creo yo que tiene más que ver con la democracia, que por lo que tengo entendido es cosa que defiende gente ilustrada.
—La gente ilustrada ha defendido cosas muy distintas en cada época. Los ilustrados franceses del siglo XVIII defendían el uso de la guillotina y cortaban cabezas a discreción, cosa que hoy día no nos parece muy civilizado ni muy ilustrado. Aunque seguramente no les faltaba razón, porque para que un árbol salga firme y recto hay que podar las ramas que salen torcidas.
Mariano va a replicar, pero se queda callado y el doctor sonríe.
—¡Músicos! ¡Son ustedes unos soñadores!
—¿Y no hay que serlo, don Cipriano? ¿No son los filósofos y los escritores grandes soñadores?
—Platón fue un gran filósofo, quizá el más soñador de todos. Nos mostraba en esa caverna a alguien que estaba encadenado a la pared del fondo y creía que las sombras de la gente en las paredes eran la verdad del mundo. Era el filósofo del amor platónico, de lo puramente espiritual. Un soñador de los que le gustan. Pues amigo Mariano, Platón creía que la democracia era el gobierno de los demagogos. Estaba en contra de la democracia. Decía que las decisiones importantes no pueden dejarse a la voluntad de la mayoría porque está compuesta de gente sin formación, burda, de instintos bajos, ignorante y fácilmente manipulable que puede llevar a la sociedad a la violencia, el caos y la pérdida de todos los valores que hacen grande a la Humanidad.
El doctor levanta la tapa de un elegante reloj al final de una cadena de oro, se incorpora y le pone una mano afectuosa en el hombro.
—Platón no era un tonto ni un retrógrado, créame.
Piensa en todo eso mientras camina hasta la puerta del almacén y empiezan a llegar los miembros de la banda hablando a voces, gesticulando exageradamente, regoldando, dando golpes a los estuches de los instrumentos contra la puerta con poco cuidado. Que den golpes a los instrumentos lo pone enfermo y se va a ir para adentro a

darles un berrido, pero ve llegar al Casa Grande silbando *La rosa de azafrán* y todo su enfado se convierte en ternura hacia esos hombres rudos poco refinados y nada ilustrados pero que, contra todo pronóstico, tienen fe en la música.

Ha tomado un café y le ha explicado a Ladis sus discrepancias la otra tarde con el alcalde e incluso con el cura, pero que con el doctor Cipriano se entiende mucho mejor.

«Ese médico es el peor de todos. Ten cuidado con él», le ha dicho. Mariano no veía el motivo, le ha insistido en que era un hombre culto y educado. «Por eso es más peligroso. Es de esos somardones que con la sonrisita hipócrita te enjabonan y a la que te descuidas ya te la han clavado.»

Todo eso le da vueltas por la cabeza después de la visita infructuosa que ha hecho a la señora Guerrero, la propietaria del cine. Ladis le comentó que tenía mucha formación musical, que amenizaba al piano las películas que se proyectaban el domingo por la tarde en la sala del cinematógrafo y tocaba varios instrumentos. Ella lo ha atendido en la puerta, sin invitarlo a pasar, con un vestido cerrado hasta el cuello y un escapulario de la Virgen colgándole sobre el pecho. Tampoco debería parecerle tan raro; él lleva debajo de la camiseta una medalla de san Benito, aunque sea para no tener que oír a su mujer. La señora Guerrero toca un fagot que le regaló su padre en paz descanse. ¡Con la falta que hacía un buen fagot en la banda! Pero cuando le ha propuesto formar parte de la banda, lo ha mirado como si se hubiera vuelto loco.

—¡Soy una señora!

Mariano ha tratado de decirle que los tiempos cambiaban, que nadie tenía por qué ver mal que una mujer tocara en la banda, pero ella, ofendida, le ha dado con la puerta en las narices. Una mujer tan recta y pulcra no se iba a juntar con unos brozas como el Pintado, el Casa Grande, el Mudo y los demás. Regresa a casa cabizbajo y se encuentra en la puerta al Jerónimo esperándolo con el estuche en la mano y eso le levanta el ánimo, le parece que en su entusiasmo por aprender, ha

venido aunque no sea día de ensayo.
En realidad, ha venido para devolver el dichoso saxofón. Esos días, al volver de la azucarera, cansadismo de andar trajinando en el campo y en la fábrica desde el punto de la mañana, se ha inflado de soplar para nada. Apenas salían, cuando salían, unos pitidos insoportables. Su madre, más desesperada aún, se levantó de la cama el primer día que se puso con el saxofón y lo echó fuera. Se tuvo que poner a ensayar en el gallinero y las gallinas tampoco estuvieron muy contentas: se pusieron a dar salticos aterrorizadas y armaron tal revuelo que cuando soplaba salían volando plumas de la campana del saxofón.
Después de varios días de perder el tiempo y la paciencia, lo único que ha sacado es que le duele el cuello de llevar colgado ese trasto y tiene irritado el pulgar de la mano derecha de sostenerlo por detrás. Su madre, que dice que está más harta del saxo que Tarragona de pescado. Y él está más harto todavía. En menuda empajuzada lo metió don Mariano. Todo tiene un límite, que uno no es el santo Job.
—Venía a verlo, don Mariano, si es buen momento.
—Pues si es buen momento, no sé qué decirte. Aparte de la loca esa de la Hilaria que nos quiere echar del pueblo y que la sastrería no arranca ni a empujones, en la banda estamos en cuadro: el alcalde no quiere comprar instrumentos; los de obras que me mandaron de refuerzo no quieren aprender, la señora Guerrero, que es la que más sabe de música en el pueblo, no quiere colaborar...
—Pues ya vendré en otro momento con el asunto este del saxofón.
—¡De eso nada! Eres muy bienvenido. Que te hayas interesado en la música y que vengas con el saxofón a ensayar hasta cuando no es el día, es la única alegría en medio de tantos desastres. ¡Menos mal que hay a quien le importa todo esto!
Jerónimo se queda tieso como si se hubiera tragado un pan. Asiente con la cabeza arriba y abajo un poco exageradamente. En su interior está cagándose en la consagración divina y otros misterios, pero sigue moviendo la cabeza arriba y abajo como haría su mulo. No le queda otra que volver a montar el dichoso saxofón y chupar la caña esa igual que si fuera la pipa de un indio.
Empieza a soplar y no suena nada.

—Presionas demasiado la boquilla, Jerónimo, es como una manguera de regar: si la pisas, no sale agua.
Eso sí lo ha entendido bien. Rebaja la presión de la boca, pero entonces se escapa todo el aire por fuera y tampoco suena. Le lleva un rato encontrar el punto y sentir que el aire pasa por el labio inferior, que es lo que hace que suene un re bastante cochambroso.
—Vamos con la escala, que es la base de todo.
Jerónimo mira a ver si pone bien los dedos en las teclas y Mariano le explica que cada vez que presiona una tecla abre un paso más de aire dentro del tubo.
—Cuantos más botones vas pulsando, más puertas se abren y más trozo recorre el aire, por eso el sonido se va haciendo más agudo hasta llegar al siguiente do, cuando tienes las siete llaves abiertas.
Lo hace tocar de agudo a grave: si la sol fa mi re do. No va a explicarle por ahora lo que es un do sostenido, con que fuera capaz de tocar la escala simple de arriba abajo y viceversa, ya sería un gran avance.
Pero a Jerónimo le cuesta. Suda. Chemeca. Murmura juramentos. No es capaz de concentrarse en soplar y a la vez ir digitando para que vaya cambiando la nota. Si mueve el dedo, se le va el soplido y pierde fuelle, o le sale un pitido desafinado al perder la concentración en la caña de la boquilla.
Levanta los ojos y mira con amargura.
—Menudo chandrío, don Mariano. Yo no valgo para esto, no doy una a derechas, soy un zaforas. Me da mucha tristeza, pero, con gran dolor de mi corazón, lo mejor es devolverle el saxofón y no hacerle perder el tiempo.
Jerónimo tiende hacia él el dichoso instrumento de lata.
—¡No me haces perder el tiempo! Cuando enseño, el que más aprendo soy yo. Enseñar música es lo que más me gusta en el mundo. Yo quiero que haya música por todas partes porque la música es conocimiento, igual que aprender a leer y a escribir, a sumar y restar, o saber las capitales de España. La gente trabajadora ha de poder acceder al conocimiento igual que los hijos de los ricos para que este país sea más justo.

—Pero yo no tengo talento para la música, don Mariano.
—La música es como hacer un reloj, se trata de encajar cada cosa en su sitio. Nada más. Si soplas cuando has de soplar y tocas las teclas cuando las has de tocar, ya eres músico.
Mariano no está del todo seguro de sus propias palabras dictadas por su voluntad de ser racional porque ha visto muchas veces que la suma de las notas ejecutadas sin emoción arma una melodía de pianola mecánica que no te pellizca, que es más ruido que música. Pero paso a paso. En ese momento no quiere embarullar a Jerónimo ni meterlo en sus propios laberintos.
Jerónimo lo observa ensimismarse en sus pensamientos.
Hay que joderse.
Bueno, hoy va a tener que volverse por donde ha venido. Ya le irá dando largas con los dichosos ensayos, que a él se le da bien quitarse las pajas de encima como quien no quiere la cosa. Ya le dice Julia que a veces es un poco somardón.
Ya solo quedan tres días para el debut de la banda en Sobradiel y Mariano no puede conciliar el sueño. Mientras cose ojales de las chaquetas, en su cabeza resuena el repertorio entero que van a tocar.
Sabe exactamente dónde va a atascarse el Badana, metiendo las gafas en el papel del atril, dónde va a entrar a destiempo el señor Lezcano que ya va justo de reflejos, en qué compás va a perderse el Trapala con su barullo. Ojalá al Mudo no se le desmanden las cabras de su cabeza y empiece a tocar el platillo a lo loco. No sabe si la gente se dará cuenta de la desafinación, de que llevan a un montón de músicos de pega que no tocan. Demasiado tentar la suerte.
Puede pasar cualquier cosa en la plaza pública de esta España donde cuando algo no gusta, en vez de dejarlo, se ataca. En vez de discrepar, se falta. Está asustado. La violencia lo aterra, lo paraliza como a esos ciervos que cruzan la carretera en mitad de la noche cuando los enfocan los faros de una camioneta.
En el piso de arriba resopla suavemente Joaquina en mitad de la noche. Duerme tan profundamente que no se da cuenta cuando él se pone el abrigo, toma el estuche del clarinete y sale cerrando despacio para no hacer ruido.

Del fondo del horno llega un rumor de puertas metálicas en la madrugada y un olor a incendio. Es el Tomás trajinando con la pala, metiendo y sacando hogazas de pan en la boca del horno. Atraviesa el patio con cuidado de no tropezar contra la bomba de agua, las cajas vacías, las bicicletas sin ruedas ni manillar. Atraviesa una sala grande con unas mesas largas moteadas de harina donde se amasa el pan y por las tardes Joaquina hace mantecados y madalenas. Ahí ya se siente el calor del horno. En la siguiente sala, el Tomás anda manejando una pala larguísima que, al hacer el movimiento de sacar unos panes, si no se agacha, la punta le golpearía en toda la cara.

—¡Ojo, Mariano! Que te afeito.

El Tomás trae más leña en sus brazos fornidos. Le parece un fogonero que alimenta la caldera de un barco en mitad de la noche, aunque él nunca ha visto un barco de verdad, tan solo los pontones y las barcazas que cruzan el Ebro de orilla a orilla cargadas de animales, arados y fardos. Las llamas bailotean al fondo de las paredes del horno y, reconfortado por esa tibieza, se sienta en una banqueta mientras el panadero trabaja. Le explica que no podía dormir, como si no resultara evidente, y al ir a gesticular para acompañar las palabras se da cuenta de que tiene en la mano el clarinete, que en cuanto va a salir por la puerta se le pega a las manos.

—Cuénteme algo, Mariano, y así me distraigo mientras se acaba de cocer la hornada.

—¡Y qué te voy a contar a ti, que haces lo más difícil del mundo!

El Tomás abre los brazos de forzudo.

—Pero si yo soy un zoquete que no hago nada más que pan.

—¿Y te parece poco? Con un chorro de agua y una pizca de sal conviertes el polvo ese de harina que no se traga en la delicia del pan crujiente. Lo que haces es asombroso.

—El mérito es de la levadura y del horno, que tira bien. Na más.

—Algo tendrán que ver las manos. El mejor piano del mundo es un mueble si no hay quien sepa dónde hay que remover las teclas.

—Pues eso puedo contar, que amaso y cuezo pan. Seguro que usté ha visto más mundo que yo, que duermo de día y de noche vivo metido entre estas cuatro paredes.

—Poco mundo tengo. Lo más lejos que he ido ha sido a Madrid, para el servicio militar. Allí tocaba en la banda de infantería. Y cuando no estaba con ensayos o con desfiles, les escribía cartas a las novias y a las madres de los que no sabían escribir, que eran casi todos.
—¿Y Madrid es tan grande como dicen?
—Grande sí es.
—¿Y qué le gustó más de Madrid?
Se para a pensar y enseguida le viene una imagen a la cabeza de un lugar en penumbra, mesitas bajas iluminadas apenas, un par de focos apuntando a un cuarteto: clarinete, saxofón, contrabajo y guitarra.
—Los fines de semana me sacaba algo tocando en una orquesta para bodas de gente de posibles en el Hotel Palace, que es un sitio de mucho lujo. Una vez, la boda se suspendió y me quedé por ahí a dar vueltas.
—A alparcear.
—Eso mismo. De unas escaleras subía una música que no había escuchado nunca. Había un rótulo que decía Rector's Club y le pregunté al empleado que estaba en la puerta qué era aquello, me contestó que un club de jazz y que tocaba una orquesta de negros. Estaba lleno de gente y, de primeras, tan oscuro y con tanto humo de cigarrillos, no veía nada. Pero la música era asombrosa. Yo había oído hablar del jazz que se tocaba en América, había encontrado alguna partitura en el Rastro, pero nunca lo había escuchado hasta ese día. Me acoplé en un rincón de la barra y no me despegué hasta que cerraron. Nunca había visto tocar a nadie con esa libertad: uno improvisaba y otro le seguía. Era como si jugaran al pillapilla con los instrumentos.
El Tomás se levanta y regresa con dos vasos, una botella con marcas de dedos enharinados en el cristal y un paquete de tabaco. Se enciende un cigarro y llena los vasos.
—Pues haga como si estuviéramos en el garito ese de los negros. Güisqui de ese que beben los americanos no tenemos, pero podemos meterle mano al anís que tiene mi hermana para salpicar la masa de las rosquillas.
Mariano se sirve un vaso corto y siente que se le pega a la garganta el

azúcar tibio, toma el clarinete y empieza a tocar en escalas pentatónicas una música que parece nacer de la propia noche, que se enrosca en las volutas de humo del tabaco. El Tomás agarra una lata vacía y lo acompaña tocando el compás con la mano. En un alto de su improvisación, brindan. Tan absortos están, que casi se le quema el pan. El amanecer los encuentra tocando un clarinete y una lata de manteca.

Cuando Julia sale a barrer delante de la puerta de la fonda observa en esa hora de la siesta al único cliente, que espera en la mesa de afuera el expreso a Madrid. Le ha puesto una cerveza grande, pero ya solo queda el vaso vacío manchado de espuma junto a una libreta abierta y una pluma estilográfica. Enseguida se ha dado cuenta de que era extranjero, incluso antes de que hablara de esa manera rara, por su traje bueno pero algo rozado en los codos como los de los maestros, por los ojos azules.

Pero sobre todo por esa manera de mirar las cosas como si fueran nuevas aunque aquí todo sea viejismo.

Ese hombre alto con el pelo y el bigote negros, joven, con la edad del siglo, tiene la vista clavada en el horizonte y encoge los ojos como si quisiera enfocar algo en la distancia. Ella mira en la misma dirección pero más allá de las vías donde dormitan unos vagones cuba oxidados no hay nada: el secano inmenso, árboles escuálidos siguiendo la línea de las acequias, unos grajos negros levantando el vuelo, las montañas calizas peladas al fondo. Nada que ver.

Y el forastero grandullón ese, que parece un camajuste pa subirse a coger olivas, sigue pasmado, el gacho.

—¿Qué mira usté tan de fito, pues?

Da un respingo como si le sobresaltara la repentina presencia a su lado de la camarera, muy delgada, con un delantal lleno de lamparones, armada con una escoba.

—Ver en las montañas.

—Pero si eso es El Castellar, un monte peladico de todo. No hay allí nada que ver.

—Fíjese, *lady* —y le señala con el dedo.

Su brazo estirado le parece larguísimo y su acento al hablar en castellano le suena a Julia como si le hubiera dado un *paralís* en la

boca. Mira hacia donde le apunta, pero no ve otra cosa que las peñas áridas de El Castellar donde solo hay arbustos espinosos, ajos silvestres y escorpiones.

—Yo no veo nada.

—¡Fíjese en dedo!

Julia vuelve a reseguir la trayectoria del dedo pero solo consigue impacientarse.

—El monte. Aborrecida estoy de verlo.

Y, como hace ademán de volver a ponerse a barrer, el hombre la agarra por la manga con tanto ímpetu que tira de ella hacia abajo y la hace trastabillar.

—¡Allí! Es la elefante blanco.

Julia pone mala cara, que ese destalentado casi la tira.

—¡Quiá! Ahí solo hay picarazas, buitres y unas arañas del tamaño de un burro.

—¿No ve la elefante?

—¡Ni elefante, ni elefanta, ni hostias! Usted se quiere reír a mi costa, pero que no pudiera ir a la escuela porque tuve que cuidar de mis hermanicos no quiere dicir que sea tonta.

Él la mira con simpatía. Prefiere a la gente directa que las cortesías blandengues de la gente refinada. Por eso le gusta España, aquí la gente no habla con la cabeza sino con las tripas. Le encanta la afición de esa gente por la fiesta de los toros, donde se hace arte de la sangre, del sol duro de la tarde, de la muerte.

—*Mirre* perfil de montañas. Hay la *siluette* de una elefante. En África todos los cazadores sueñan con encontrar la elefante blanco. Yo he conocido cazadores que han dedicado toda vida a buscarlo.

Julia encoge la vista y hace un gesto de desagrado.

—¿No lo ve?

Baja la cabeza y se pone a barrer, desentendiéndose. Le dice que tiene trabajo en la cantina, aunque los dos sepan que está vacía.

—*Señorra*...

—Señorita —lo corrige mientras aparta las tiras de canutillos de la cortina para entrar dentro.

—*Señorrita* —le cuesta pronunciar esa letra erre sin cortarla a serrucho

—, déjeme que le apunte yo dedo y lo verá.
Ella duda. A la dueña no le gusta que se tomen confianzas con los clientes. Mira a uno y otro lado, pero a esa hora de la siesta no hay nadie. Los que se han bajado del tren del Norte ya se han dispersado y todavía falta un rato para que llegue el de Barcelona con destino a Madrid. Él sentado es tan alto como ella de pie. Le pide que extienda el dedo, toma su muñeca de hueso en su manaza de oso y se estremece: el único hombre que la ha tomado de la mano ha sido el Jerónimo, y poco, que ella no es de melindres ni zalamerías. Le dirige el brazo y cuando tiene el lugar señalado, la observa expectante. Ella encoge sus ojos pequeños y solo ve una montaña blancuzca sin ningún interés.
—¿No lo ve? —le pregunta, un poco sorprendido.
Ella aparta su mano con un tirón brusco y vuelve a poner ese gesto arisco que la hace parecer mucho mayor. Él parece desconcertado y Julia termina bajando la cabeza y le confiesa que no sabe si lo ve o no lo ve.
—Mire usté, yo no sé cómo son los elefantes. Nunca he visto ninguno.
—Espere momento.
De un macuto de cuero saca un lápiz.
—¿Le traigo alguna cosica más?
Mira la cortinilla de canutillos en la que se dibuja la publicidad de un anís que tiene como emblema un mono con una botella.
—Un anís del *torro*.
—Será Anís del Mono.
Él se ríe de su propia broma pero Julia no varía su gesto severo porque la vida no la ha enseñado a ser alegre.
—¿Solo o con agua?
—¿Cómo es mejor?
Ella se encoge de hombros. No ha bebido una gota de alcohol en su vida. Bastante tuvo con tener un padre borracho que les pegaba con la correa cuando regresaba de la taberna.
—Pues con la agua.
Cuando Julia regresa con el vaso estrecho, el extranjero le muestra un dibujo que ha hecho: es una especie de vaca de patas gordas sin

cuernos y con una nariz que le llega al suelo.
—Este es uno elefante.
Ella observa el dibujo.
—Me paice que usté no se gana la vida pintando. —Y se lo dice muy seria, no como una broma sino como la verdad, porque a ella le gusta decir las verdades.
Él se ríe, le gusta su franqueza. Es cierto que dibuja como los niños.
—No, *lady*. Yo gano vida escribiendo. Yo soy un *jornalista*, trabajo para *perriódicos*. A veces, yo escribo cuentos.
—¿Como Calleja?
Él conoce a Scott Fitzgerald o a Gertrude Stein, con los que tiene largas conversaciones en París frente a tazas de té y vasos de whisky, pero desconoce a ese autor de Burgos muy popular en España por sus cuentos ilustrados económicos.
Estira su brazo telescópico y coloca su dibujo delante del perfil de las montañas. Y entonces Julia mira el papel y después El Castellar. Asiente satisfecha. La sierra hace la misma forma que el dibujo del elefante. Cuando Julia sonríe, su cara se dulcifica y se convierte en la mujer hermosa que lleva dentro. Él le va a decir algo, pero ella ya se ha vuelto al interior dejando en el aire la vibración de maracas de la cortina.
El anís deja en su boca un dulzor pastoso que esconde la amargura del alcohol y sobre la libreta donde ha dibujado el elefante empieza a tomar unas notas. Un tren llega a una pequeña estación de enlace en mitad de esa España áspera que al mirar por la ventanilla es como Wyoming: la tierra rojiza, las heridas en la llanura árida, los árboles frutales endurecidos por el sufrimiento del secano, la soledad más grande que la vista. Un matrimonio entretiene la espera del siguiente tren tomando algo en la pequeña cantina de la estación. La conversación quiere ser intrascendente, pero solo es la punta de un iceberg. Debajo hay una gran piedra de hielo que los hunde. Enfrente se alzan unas montañas en esa lejanía de la realidad en la que es posible, durante un instante, ver con la imaginación.
No sabe qué escribirá exactamente, pero en esa estación ferroviaria perdida en mitad de los campos yermos ya ha escrito el título del

cuento: «Colinas como elefantes blancos».

Cuando llega su expreso se sube sin volverse. Nunca mira atrás. Julia lo observa a través de la ventana mientras friega unos vasos. Ha visto ir y venir a muchos viajeros en esa cantina, ha aprendido a conocer sus vidas a través de media docena de palabras y sabe que ese grandullón es de los que siempre se están marchando de todas partes. Ella no puede saber que es norteamericano y que el tren de la vida lo llevará a París, a España, a Cuba, a la guerra, a Estocolmo a recoger el Premio Nobel de Literatura, ni que se llama Ernest Hemingway.

Después de dar las últimas puntadas que le faltaban, Mariano extiende las chaquetillas granates con sus botones dorados y se imagina a la banda con ese uniforme de militares fantasiosos. Contempla su obra. Siente el orgullo silencioso del campesino que ha terminado de segar, se sienta por fin a secarse el sudor de la frente con un pañuelo y mira los haces de espigas que se amontonan sobre la tierra.

Exhausto, entrecierra los ojos. En esa somnolencia amodorrada, toma el clarinete y empieza a tocar.

Su música se derrama por la noche de Casetas y en ese secano infinito, algo tiembla. Joaquina desde la cama escucha el murmullo. No sabe por qué, pero cuando Mariano toca el clarinete en mitad del silencio, a los que escuchan se les llenan los ojos de charcos. Ella misma se nota la piel erizada con el cosquilleo de remotas fantasías. Le habría gustado ser maestra, enseñar a los niños, hablar francés, que una vez escuchó en Mallén a una pareja de París y eran las personas más elegantes que vio nunca, pero enseguida guarda esos pensamientos en un baúl de la cabeza y lo cierra, porque no puedes llenar el puchero de cada día con sueños.

Hilaria no duerme. Camina cerca de la sima con un capazo en una mano y el cuchillo en la otra. Hay ciertas hierbas que solo se deben cortar de noche para que el misterio que llevan dentro no se les seque. Al llegar a unas ortigas se detiene y les habla en el lenguaje de las plantas. Les dice cosas como si fueran gente, incluso con más delicadeza. Mejor los arbustos y los árboles que las personas. Le va a segar a la mata de ortigas unas cuantas hojas de la parte de arriba, que amargan menos, pero debe obtener su beneplácito o sus propiedades mágicas se perderán. La ortiga pincha, es urticante, los hombres creen que es una planta maligna. Pero si le susurras con humildad cuando la luna está a la mitad y la hierves muy despacio, la

tisana mejora las retenciones de orina, alivia la fatiga, ayuda a los diabéticos que tienen las arterias cristalizadas de azúcar.
La Hilaria se ha ido ofuscando. A veces le sucede, le sube todo lo oscuro que lleva dentro, nota la saliva negra, se vuelve rabiosa como los perros. Corta con tanta furia unos brotes de achicoria que arranca la mata de cuajo y se queda con ella en la mano. Eso nunca debe hacerse. No debes exponer las raíces a la brutalidad del viento y dejarlas que se asfixien pataleando en el aire. Es cruel. Es mal augurio. Arroja la planta lo más lejos que puede. Es así como le gustaría arrojar de Casetas a ese músico que la está agriando. Levanta la cabeza hacia arriba y las estrellas palpitan, percuten sobre ella con su pulsión de fuego frío. A veces odia todo, clavaría el cuchillo en el cielo y empezaría a rajarlo para abrirlo en canal como a una ternera a la que le vacías las tripas y dejaría caer sobre los campos sus intestinos hinchados de heces y secretos putrefactos.
El don es una maldición.
Está condenada a ver.
El sol de la mañana ha encontrado a Joaquina dando vueltas al molinillo de café. El café de la tienda de la Experta, anotado concienzudamente en su libro interminable para que se pague cuando se pueda. Le ha preparado a Mariano una taza bien fuerte y le ha dado la pastilla de la tensión, pero por más que le ha insistido, su marido no es capaz de comerse un pedazo de pan con aceite, lo único que es capaz de masticar son los pasajes de la marcha militar con la que van a abrir la sesión.
Hoy es el día. Los esperan en Sobradiel.
La falta de sueño y el nerviosismo hacen que se sienta como una pelota de trapo. La realidad es de trapo. Trata de pensar en el arranque porque empezar bien un concierto es igual que en un traje: si haces mal el primer corte, luego ya no hay forma de enmendarlo.
—¡Mariano, ya está aquí Jerónimo, el Castro!
El único día de la semana que no tenía que madrugar, Julia lo ha mandado ir a llevar a los de la banda. Jerónimo blasfema sobre el pescante y el macho piafa. Tal vez también blasfema. Los dos agitan la cabeza.

El Mudo ha pasado la noche en vela sentado en el poyete con anillas para atar caballerías que hay en la esquina de la calle de la Parra por miedo a quedarse dormido. Tiene la boca torcida, la cara rajada, el ojo alerta. Dicen que no siente el frío ni el dolor. Mariano se encoge de hombros al observar los platillos, tan abollados que más que a platillos van a sonar a cazuelas, pero algo harán.

Llega el Casa Grande con su saxofón y las ganas de broma que no le abandonan ni de día ni de noche.

—¡Castro, me han dicho por ahí que cuando tocas el saxofón salen corriendo hasta los grillos!

—Mira, maño: a palabras necias, oídos sordos.

Le dice a la oreja del mulo que, a más del madrugón de balde, ha de aguantar la guasa. Encima de cornudo, apaleado. ¡Hay que joderse!

Mariano está en sus cábalas: duda si ha de tocar con su clarinete para tapar fallos o dirigir. Si toca, mejorará el sonido y cubrirá errores, pero si no los dirige, son capaces de entrar tan a destiempo y salir tan a la brava que su clarinete no sea capaz de disimular el desaguisado. Si el Pintado, que lo mira de reojo muy serio, como cabreado, le arrea al bombo a destiempo, se va todo al traste. Si entra la trompeta del Trapala a su aire, les desbarata todo. No sabe qué es peor, si el remedio o la enfermedad.

Los de obras van en la carreta municipal que utilizan para llevar la grava y las herramientas. La caja del carro del Jerónimo donde van ellos es más pequeña. El Tiñoso se quita la boina para rascarse las costras de la cabeza.

—¿Maestro, dónde pongo la trompeta?

El Pericas contesta por él:

—Métetela en el culo y después soplas.

Observa con una mezcla de inquietud y ternura que gastan bromas sin ser conscientes de que en la plaza del Ayuntamiento de Sobradiel van a tirarse por un precipicio.

—Antes de subir hay que ponerse el uniforme.

Los músicos miran con desconfianza el fardo que hay a sus pies y se quedan pasmados cuando aparecen las chaquetillas granates.

—¿Y eso?

—Para la siguiente, si hay dineros, haré los pantalones.
Esperaba que dieran saltos de alegría al ver las nuevas chaquetas con sus botones brillantes, pero lo miran con recelo, casi con aprensión. Su naturaleza de animales silvestres es desconfiada.
—¿A qué vienen esas caras? ¿No os gustan?
Alguno murmura algo, pero nadie dice nada. Están más confusos que contentos. El maestro les dijo que les haría uniformes, pero están acostumbrados a que les digan muchas cosas que nunca se cumplen: que el año que viene les subirán la paga, que les darán en la azucarera vales para el azúcar gratis, que el ayuntamiento va a pagar unas fumigaciones para el cuco de los frutales... Por eso, que el maestro haya cumplido lo que les prometió les parece raro.
—He puesto un papel con el nombre de cada uno. En el tuyo, Regañao, falta un botón, que es que venían mal contados.
—Da igual, maestro —salta el Casa Grande—, que se saque el ojo ese regañao que no le vale pa nada y lo ponga de botón.
—Mejor mi ojo que el ojo de tu culo, maño.
—¡Venga, que no se haga tarde! —Pero Mariano se da cuenta de que se miran de nuevo unos a otros con cara seria—. ¿Y ahora qué pasa?
—Es que hace frío pa llevar estas chaqueticas de paseo, don Mariano —le dice el Pintado.
—¡Hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo! —apunta el señor Lezcano, que es muy refranero.
—Si hace frío, os apretáis bien en el carro.
—¿Y si nos las ponemos luego? —insiste el señor Lezcano—. Que con la pelliza vamos más abrigadicos.
—Desde este momento ya no sois el Pintado, el Trapala, este o el otro, ¡sois la banda de música de Casetas! Así que nos tienen que ver con nuestro uniforme, con el instrumento siempre impecable y la cabeza bien alta.
El Mudo es el primero en echar mano de su chaquetilla de paño que bien le va a abrigar porque solo lleva una camisa de franela que el Casa Grande dice que está más roída que los calzones de san José. Con sus espaldas anchas, se le ve de lo más elegante si no te fijas en que lleva los pantalones rotos atados a la cintura con un trozo de cordel y

que le sale el dedo gordo del pie por la punta de las abarcas. Se miran unos a otros con su medio disfraz de músicos y se ríen y temblequean un poco por el relente de la mañana mientras Jerónimo los mira y agita la cabeza. A quién se le ocurre ir así con el frío que hace. No tienen conocimiento ninguno. Y el mulo le da la razón.

Enseguida llegan los de obras montados en su carro y les lleva el hatillo con las otras chaquetillas.

—Hay alguna más larga y otras más cortas, repartirlas a ver cuál os queda mejor.

El carro de Jerónimo es pequeño, huele a hierba seca y cagadas de gallina. Han de sentarse apretados unos junto a los otros y llevar los instrumentos en las rodillas. Al Pintado casi ni se le ve detrás del bombo. Mariano va en el pescante, bien agarrado al estuche del clarinete. En ese momento agradece que Jerónimo sea callado y no hable en todo el camino. Va pensando en sus cosas: en la próxima corrida de toros en la plaza de Zaragoza y sobre todo en ver cómo se las ingenia para escamotear algún dinero sin que Julia se dé cuenta, que no para de darle el tostón con eso de ahorrar para el casamiento, que le dice que lo que no llega a bodas no llega a todas horas. Hay que joderse.

A la entrada de Sobradiel atraviesan unos campos en barbecho con la tierra roja. Huelen a estiércol. Ya se adivina por encima de los álamos el campanario cuadrado de la iglesia.

—Para, Jerónimo.

El Castro mira de reojo a don Mariano y ve que tiene los ojos clavados en el campanario ese tan raro que se alza sobre el cielo algo enmarañado de nubes. Le dice un «¡soooo!» muy largo al mulo, que obedece con la misma mala gana que cuando le dice que arree. El carro de los de obras se detiene detrás.

—¿Por qué paramos, maestro?

—Porque vamos a entrar en Sobradiel. ¡Que se note que llega la banda!

Se los queda mirando uno por uno y se detiene en el ojo turbio del Regañao, que es como mirar a todo y a nada.

—Hay que despertar a todo el mundo. Vamos a entrar con el arranque

de *El sitio de Zaragoza*, que es la que mejor nos sale.
—¿Cómo? ¿Vamos a entrar tocando? —le pregunta el Pintado—. ¡Si estiro el brazo para darle al bombo igual le doy en la cabeza al señor Lezcano y a lo mejor se nos muere!
—Vamos a entrar silbando.
—Yo no sé silbar, maestro —se queja el Pericas, que es un poco flojo.
—Pues tarareas. Que así vamos calentando y cogiendo el tono.
Da un salto con más agilidad de la que le habrían supuesto al director y se va hasta el otro carro. Cuando les pregunta si se saben *El sitio de Zaragoza* ponen cara de estarles hablando de la China, pero cuando empieza a silbar los primeros compases, casi todos hacen que sí con la cabeza.
—Pues silbar.
Se miran unos a otros.
—Si queréis comer rancho, silbar.
Sobradiel es un pueblo de menos de ochenta casas, con una única calle principal, la calle del Conde, de tierra apisonada, como las de Casetas. Cuelgan de los balcones bajos unos farolillos de papel de colores y unas banderolas de España que avisan de la fiesta, y al oír los chavales los silbidos que se acercan van corriendo hacia los carros que traen a los músicos con sus uniformes nuevos. Se hacen la ilusión de que vienen forasteros de tierras remotas aunque sean del pueblo de al lado, y se ponen detrás a dar saltos y silbar ellos también hasta que la comitiva llega a la plaza del Ayuntamiento con el chiflo de la marcha militar fantasiosa del maestro Oudrid.
Ya hay gente remoloneando que los mira con la curiosidad y la desconfianza con que se mira a los forasteros, aunque sean del pueblo vecino. Los ven bajarse del carro con sus vistosas chaquetillas granates formando un pequeño ejército de soldaditos de plomo.
Mariano coloca a los que tocan delante y, detrás, a los de obras con los instrumentos capados. Así colocados, con las chaquetillas nuevas y los instrumentos brillando a la mañana, parecen una banda de música. La suerte está echada.
Tiene la batuta en una mano y el clarinete en la otra. Sigue dudando si lo que ha de hacer es tocar o dirigirlos. Empiezan a afinar los

instrumentos y les hace un gesto para que se tomen su tiempo. Así le da tiempo a él a decidir qué hace.
Le gusta ese murmullo que precede al concierto en que se mueven los atriles, se escucha el roce de los instrumentos con la ropa al coger la postura y esa carraspera nerviosa. Se ha ido arremolinando gente y alguno ya ha lanzado algún berrido de impaciencia porque están mucho rato templando.
—¡Que se va a hacer de noche, maños!
Mariano los mira y todos lo miran, deseosos de que agarre el clarinete y haga un milagro, aunque, si no les marca el tiempo, puede embarullarse todo. Contra toda lógica, no están especialmente preocupados, ni los músicos ni los de obras: confían en Mariano, le tienen fe. Mariano se guarda la batuta en el bolsillo interior de la americana y los músicos se miran.
Da la vuelta al clarinete y lo toma por la campana. Alza hasta la mitad del cuerpo los brazos y enarbola el clarinete como si fuera la batuta. Levanta los brazos. La música, un poco temblorosa, empieza a sonar. Cuando han arrancado los primeros compases y entra toda la orquesta, toda la que hay de verdad, Mariano da la vuelta al clarinete con un movimiento rápido, se lo pone en la boca y acompaña con la máxima fuerza de sonido.
Con las últimas notas, levanta ya la mano izquierda y marca la entrada a la tuba del Regañao. Vuelve a tomar el clarinete por la campana para indicar a los metales y las maderas que ataquen forte, mientras con la izquierda le dice al Pintado que vaya decreciendo su bombo hasta desaparecer. Cuando entra el clarinete de Mariano, todos los sonidos se amalgaman, los músicos tocan mejor porque se sienten protegidos y aunque hay fallos que a él le resultan clamorosos, al público da la impresión de que no se lo parece tanto porque no hay abucheos ni lluvia de tomates; incluso hay pasajes en que las piezas suenan bien, con poca fuerza porque hay poco instrumento en funcionamiento, pero con cierta gracia.
La gente está tan entretenida viendo el espectáculo del director tocando y dirigiendo a la vez, moviendo el clarinete arriba y abajo como un malabarista, que se fijan menos en la digitación fantasiosa de

los músicos de atrás, que a veces están tan absortos en los manejos del director que se olvidan de mover los dedos para el disimulo.

En la primera fila de sillas de tijera, reservadas a las autoridades, el alcalde de Sobradiel agita la cabeza llevando el ritmo de la *Marcha Radetzky*. A su lado hay un músico retirado que había tocado durante muchos años el fiscorno en la banda municipal de Teruel y su cara va deformándose en una mueca de perplejidad. Faltan muchos timbres. Algunos músicos llevan instrumentos abollados, uno estira y encoge la vara de un trombón sin soplar, otro hace como que toca una trompeta sin pistones. La mitad de los músicos no están tocando nada y los que tocan, mejor sería no oírlos.

Acerca el cuello al alcalde y le dice rabioso que la mitad de la orquesta no toca, pero con el estruendo de la música no le entiende nada, le dice que sí con la cabeza y continúa escuchando a la banda, que han empezado a atacar *La rosa de azafrán*, una de las zarzuelas favoritas de su mujer.

La trompeta del Trapala se ha perdido varias veces, pero por suerte el Tiñoso ha aguantado el compás con la suya. Desde el clarinete del Badana han salido unas cuantas notas desafinadas, pero Mariano ha ido echando encima una manta de sonido con su clarinete lo más fuerte posible. Hay que empezar bien y acabar bien, que acabando bien los fallos por en medio el público los olvida. Beethoven en su arrebato era capaz de crear la música más triste y la más jubilosa, y Mariano ha preparado para el final su *Himno a la Alegría*, que tiene el raro poder de enardecer a quienes lo escuchan.

Se pone el clarinete en los labios y encaran un *Himno a la Alegría* a todo trapo, algo estruendoso y demasiado rápido, pero alegre. Consiguen clavarlo al final y acabar todos en tiempo. Hasta el Mudo está bien con los platillos.

La gente aplaude, alguno con entusiasmo. Están de fiesta, todo es buen humor, cualquier cosa que rompa la monotonía gris de las tareas de casa y de la tierra es bienvenida. Sobradiel, como tantos otros pueblos de esa depresión del Ebro, es uno de esos lugares donde solo resuena en los campos el tañido triste de las campanas anunciando la despedida a los difuntos. Esa banda de Casetas, mejor o peor, les ha

traído esa mañana otra música.
El Casa Grande y el Badana se abrazan, felices ante la perspectiva del almuerzo de cuchara que les ha prometido el director de la comisión de fiestas de Sobradiel. Mariano permanece en una esquina del escenario pasando un paño al clarinete antes de guardarlo y se le acerca el músico retirado, con el pelo blanco y la cara roja de indignación.
—¿Usted se cree que en Sobradiel somos idiotas?
—No, señor. Eso nunca.
—¡La mitad de los músicos hacían ver que tocaban pero se tocaban los cojones!
—Los cojones no, que cada uno llevaba su instrumento.
—¡Usted se burla de nosotros!
—Algunos no han tocado, es verdad. Pero no hay burla ninguna. Para mí la música es lo más serio del mundo.
—Los voy a denunciar a las autoridades. ¡Esto es un engaño!
—Disculpe que lo contradiga, pero no hay engaño porque se han tocado todas las piezas del programa.
El hombre se da la vuelta desairado. Esto no va a quedar así.
En la esquina de la plaza, Jerónimo se apresura a coger sitio alrededor de la mesa de tablón que han preparado delante de la taberna para darles el almuerzo. El Mudo está solo en una esquina porque los otros recelan de sentarse a su lado, que nunca se sabe por dónde va a salir o porque no se puede conversar con él. Alguno también recela porque no olvida la profecía lúgubre de la bruja.
A Mariano viene a buscarlo el director de la comisión de fiestas y le dice que el señor alcalde lo espera para tomar el aperitivo y acepta de buen grado, pero al acercarse al casino y mirar por la ventana se le quitan las ganas. Junto al alcalde de Sobradiel y su señora está sentado don Lorenzo. Y de pie, hablando con una gesticulación aparatosa, el músico enfadado. Y con razón. Después de soltar sus quejas se va hacia la puerta y se cruza delante de él con la cabeza canosa muy alta, como si estuviera desfilando, sin mirarlo. Mariano suspira largamente. No podía salir bien. Duda si darse media vuelta y regresar a Casetas, aunque sea andando, pero lo han visto y le hacen

gestos imperiosos para que se acerque.
Cuando llega a la mesa de mármol donde están los vasos de vermut y las olivas, don Lorenzo hace como que le sonríe, pero tiene un brillo tenso en la mirada que a Mariano le da mala espina. El alcalde de Sobradiel le hace gestos enérgicos para que se siente. Va a ser mejor que lo cuente él.
—Miren, algunos de la banda...
—¿Pero es verdad que la mitad no tocaban nada? —le interrumpe el alcalde de Sobradiel, que habla tan rápido como el Trapala. Don Lorenzo tuerce tanto la boca que arrastra el bigote hacia abajo.
—Algunos músicos he decidido que no tocaran porque no daban el nivel de calidad que merece un pueblo importante como Sobradiel. Pero le juro que el resto ha tocado por tres y se ha dejado los pulmones.
Don Lorenzo, muy serio, está a punto de decir algo, pero se le adelanta la alcaldesa de Sobradiel.
—Mire usté, don Mariano, a mí me ha gustado muchismo, ya se lo he dicho a mi marido. Tienen que venir a tocar más veces. —Y se gira hacia el alcalde—. Para la fiesta de la cosecha tienen que volver, Zacarías.
—Yo de estas cosas no entiendo. Pero si a mi mujer le parece bien...
Don Lorenzo cambia el gesto avinagrado sobre la marcha.
—Ya les dije yo que don Mariano era un músico de raza.
A través del ventanal observa al otro lado de la plaza cómo sus músicos atacan unos platos de lentejas con el mismo brío con que han tocado las marchas, las zarzuelas y los pasodobles. Las chaquetillas granates de oficiales de un ejército imperial cosidas con tanto mimo pronto tendrán unas cuantas medallas con olor a cocido.

El alcalde lo ha convocado en su despacho a primera hora de la mañana, lo hace esperar diez minutos en el pasillo que huele a lejía. Le señala autoritariamente la silla.

—¿Qué es eso de que la mitad de los músicos vaya a tocar y no toque? ¡Menuda chapuza!

—La chapuza gorda habría sido que tocasen, don Lorenzo. Habría sido un desastre. No sirven.

—¡Pues haga que sirvan! ¡Para eso cobra!

—La música es muy sacrificada, hay que ponerle mucha dedicación.

—¡Pues que se sacrifiquen! ¿No me sacrifico yo llevando mi empresa y llevando este ayuntamiento de mierda?

—Es que la música es de sacrificio pero también es de mucho querer. Si no, no hay nada que hacer.

—¡Usted es un blando! ¡No quiero una charanga de media docena de fulanos vestidos de rojo! ¡A ver si en vez de una banda de música van a parecer una banda de maricones! Así no nos van a contratar en ninguna parte. Menos de quince, no me sirve. Si no quiere la gente que le doy, encuentre músicos, aunque sea debajo de las piedras.

—Yo le prometo que encontraré a gente que quiera aprender.

Don Lorenzo relaja el gesto, se acaricia el bigote engominado, toma un puro con mucha parsimonia y le ofrece otro a Mariano, que lo rechaza educadamente. Toma el cortapuros y secciona el final, lo enciende con varias chupadas girándolo en la boca. Ese maestro de la banda parece una mosquita muerta, pero hay que tener cuidado con él, que tiene esas ideas socialistas que envenenan a la gente. No se fía de él. No se fía de nadie. No fiarse uno ni de su sombra es el secreto del éxito.

—Mire, Mariano, las fiestas de la Rosa se acercan y la banda tiene que lucir, que aquí en Casetas la gente la va a mirar con lupa y no se les puede dar gato por liebre. Si se vuelve a repetir esto de los músicos

fantoches, tendremos algo más que palabras.
—Para las fiestas de la Rosa faltan días como quien dice, no hay tiempo de formar gente, pero los que tenemos han tocado muy bien en Sobradiel. Ya vio lo contenta que quedó la mujer del alcalde.
—¡Esa es una ignorante! Era la hija de la costurera que les iba a la casa. El Zacarías la dejó preñada y como es un buenazo, se casó con ella.
—Pues tenía razón en que nuestros músicos estuvieron bien, a ratos hasta inspirados. Han trabajado muy duro estas semanas, muchas horas... no sé si se les podría pagar algo, aunque sea poco.
—Se lo dije antes y se lo vuelvo a decir. Dedíquese a la música, que yendo de defensor de los pobres no va a sacar nada más que disgustos.
—Yo no quiero que se lo tome a mal, don Lorenzo. Es mi gente. Sin ellos no hay banda y tienen que estar motivados.
El alcalde se estira el cabello hacia atrás como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano por ser comprensivo.
—Mire, por no oírlo más, les daré dos pesetas a cada uno. Que pasen uno por uno a partir de mañana por la alcaldía, que se enteren de quién les paga y que al menos esos matracos sean agradecidos.
—Le estarán muy agradecidos, don Lorenzo.
Mariano no es capaz de dar una puntada a derechas en el taller. Ha dicho con mucha ligereza al alcalde que reclutaría músicos para la banda. Menudo farol. ¿De dónde va a sacar la gente?
Sale y echa a andar por la calle de la Parra. La boquilla en los labios, la lengüeta de bambú mojada, el bambú dulce, su lengua en la lengua del clarinete. No sabe qué tocar. Su cabeza no es capaz de pensar pero los dedos empiezan a moverse solos. Sin haberlo previsto, se empieza a formar en el aire, por la misma física que se forman las nubes, el Concierto para clarinete de Mozart K622 con su vivificante *allegro* de pájaro que anuncia la primavera que también está llegando al barrio de Casetas impregnado del perfume de los almendros y de las primeras floraciones de los cultivos que se sembraron en otoño: colzas, habas, guisantes, garbanzos. Cada brote, igual que cada nota que nace de su clarinete, celebran la alegría de vivir. No importa la brevedad de la vida, no importa lo que no se alcanza, cada parpadeo es un aleteo

de eternidad; cada gota de lluvia, un río.
Se corren los visillos de las ventanas a su paso y ojos silenciosos de autómatas siguen su paso. Mariano camina, expande el polen de la música, pompas de jabón que se balancean en el aire y enseguida se deshacen. Un joven con las sandalias rotas y los pantalones remangados, que está poniendo una bisagra en una ventana cuando Mariano pasa tocando por delante de su casa, deja la barrena y lo sigue. Unos niños que juegan al pillapilla se paran un momento a escuchar esa música de pan con chocolate, de rosquillas, de encanelados, y van tras él. Cuando atraviesa con su clarinete por delante de la lechería, las mujeres que están dentro salen a mirar qué pasa pues y, como en Casetas nunca pasa nada, deciden sumarse. Se cruzan con el Casa Grande y su cuñado, el Pecas, con las azadas al hombro salpicando tierra caliente, se dan media vuelta con naturalidad, sin dejar de hablar de cómo atacar la plaga del pulgón negro, y se ponen tras la estela de las notas. Mariano pasa por la plaza de San Miguel y a dos que están sentados en un banco esperando el coche de línea se les han puesto los pies andarines, se levantan y siguen a la comitiva danzando.
Se ha empezado a formar una pequeña procesión pero no hay Cristos atados, se han roto las ataduras porque solo las cuerdas sueltas vibran. Llega al *Adagio* y la música se hace más íntima, como si atardeciera y el sol se despidiera tragado por la tierra amarilla de los campos y la voz de pájaro del clarinete cantase hacia adentro. Esa alegre primavera revoltosa de la melodía de Mozart que anunciaba los hilos de oro blanco del verano se va recogiendo dentro de sí misma, como nos recogeremos todos, y cuenta con una suave melancolía que después del brillo del verano los días enseguida se acortarán, que el tiempo se irá, que esa flor de la juventud un día al levantarte por la mañana se habrá marchitado en el espejo. La música de Mozart es tan alegre que es triste. Levanta una fortaleza imponente con mil almenas que se deshace en el aire porque todos los castillos son de arena, y va el viento y se los lleva. Pero es la tristeza más alegre que se pueda imaginar porque las notas no se pierden del todo, se enganchan en el pelo, nos recuerdan que unas olas se van y otras llegan, que por

muchos castillos que caigan en cada playa hay un niño con una pala.
Con un clarinete.
Mariano sigue hacia las afueras del pueblo y la melodía envuelve a quienes lo escuchan en una placenta tibia que los lleva de regreso a casa. Camina hasta la acequia de la Almozara, que encauza mansamente el agua del río Jalón hasta Zaragoza y riega los campos a su paso. Las acequias son ríos callados, pájaros enjaulados.
Hay una melancolía perezosa en el murmullo de la melodía. Nadie habla. Unos miran al horizonte de la sierra blanca y otros sumergen los pensamientos en la acequia.
La pieza llega el final. Mozart se despide a lo lejos agitando un pañuelo de encaje blanco, va deshaciéndose con las últimas notas entre los campos.
Mariano alza la cabeza y mira a un lado y al otro desorientado. Ha llegado hasta ahí sonámbulo, en ese estado de trance de la música, y se sorprende de ver a toda esa gente plantada delante mirándolo con ojos de búho, como se mira lo que no se comprende. Roto el hechizo, algunos mueven la cabeza a los lados un poco desubicados y se dan la vuelta para regresar a su engranaje de rutinas cotidianas.
—Los que queráis aprender música, en la banda sois bienvenidos.
Algunos murmuran un «buenas tardes» seco y se despiden un poco ofendidos, como cuando el comediante pasa la gorra al final de la función. Otros se quedan, expectantes. Unos pocos se acercan, callados, esperando algo, sin saber el qué.
Uno le dice que toca un poquico la bandurria.
—¡Un poco de bandurria es mucho!
Otro, muy delgado, con la mandíbula cuadrada muy marcada, le dice que no sabe nada de música, que no sabe ni leer, pero daría lo que fuera por saber. Lo mira con la boina en la mano y una chispa de devoción en los ojos.
—Tú serás músico.
Un joven alto y muy delgado ha dado un par de pasos hacia él, pero luego se ha parado a mitad de camino y se ha quedado indeciso, echando el peso a una pierna y después a la otra.
—¿A ti también te gustaría aprender música?

El muchacho baja la cabeza hacia el suelo con timidez y se mete las manos en los bolsillos de manera brusca para esconderlas, pero a Mariano le ha dado tiempo de verlas.
—A mí me habría gustado ser trompetista —le dice tristón.
—Eso está bien. Ya estoy enseñando a un vecino vuestro, al Castro, a tocar el saxofón. Voy a formar un grupo de debutantes para aprender.
El muchacho pone un gesto de contrariedad.
—Disculpe usté, pero es que no pue ser.
Se da media vuelta y se va.
—¡Espera! ¿Cómo te llamas?
—Me llamo Dámaso.
Mira hacia los bolsillos abultados que esconden sus manos y Dámaso las hunde todavía más en la chaqueta de pana.
—Dámaso, la trompeta no se toca con las manos.
El muchacho pone cara de no entender.
—La trompeta se toca con los labios.
Dámaso hace un gesto de tristeza. Es una frase bonita, pero para él es imposible. Saca las manos de los bolsillos y en la izquierda le faltan dos dedos por culpa de estar de pequeño trasteando cerca de donde segaban al ras con esas dallas tan afiladas que cortan hasta el aliento.
—¿Cómo voy a tocar yo las teclas sin dedos?
—La trompeta solo tiene tres pistones. Tienes dedos de sobra.
Dámaso mira su mano mutilada y ya no le parece tan mala.
—¿Entonces, usté podría enseñarme?
—Yo puedo enseñarte, pero eres tú el que has de aprender. Tendrás que sacrificar muchas horas, sufrir mucho hasta que los dedos tengan memoria. No será fácil. Ni para ti ni para ninguno —les dice hablando para todos—. ¿Pero hay algo que valga la pena que sea fácil?
—¡Solo el mear! —salta el Casa Grande.
Los nuevos alumnos se arremolinan revoltosos alrededor de Mariano como una bandada de gorriones.

Los domingos Casetas se despierta un poco más tarde, un poco más somnolienta, con olor a café de puchero. Los árboles agitan las hojas con pereza, los gallos cantan retrasados. Solo madruga el viento. En los bares el serrín del suelo no está pisado, cruzan el pueblo señoras mayores camino de la misa, como todos los días pero hoy, en vez de zapatillas, con zapatos cuadrados negros.

Julia ya lo está esperando en la puerta de la fonda, que si quieren que el cura los case no pueden llegar tarde a misa el domingo. Él le ha dicho de ir al baile por la tarde, que así se puede agarrar y, de paso, repasar a las otras mozas, que alguna está de buen ver y mejor catar, pero ella le ha dicho que ni hablar, maño; que han de ahorrar, que paseen por la carretera y se sienten en un banco a ver si pasa algún coche, que es barato.

¡Hay que joderse!

Se ha puesto un pañuelo en la cabeza y una toquilla vieja que era de su madre. Muy presumida no es, su único maquillaje es lavarse la cara con el agua de la bomba del patio trasero de la fonda.

Mira el maletón negro que trae Jerónimo.

—¿Te has hecho representante, u qué?

Jerónimo no dice ni mu, pero cuando llegan a un banco que hay en la avenida de los plátanos, libera las presillas y al abrir la tapa le muestra el saxofón que le ha dejado don Mariano.

—¡Mira cómo brilla! ¡Parece de oro!

—Ya podía serlo.

Monta las piezas, ajusta la boquilla y se lo cuelga de la correa. Da un par de soplidos en falso hasta que logra la afinación, presiona las teclas de nácar y nota su tableteo sordo. Por fin, logra encadenar si-la-sol, si-la-sol, si-la-sol en su mejor actuación con el saxofón hasta la fecha y mira a Julia esperando su aprobación. Ella no es una

entendida, pero le parece que ha sonado como las tripas de un náufrago.
—Para ser una eminencia aún te queda un poquico, maño.
Jerónimo tuerce el morro.
—Ties razón. Esto no se me da. Voy a agarrar el pijorro este y lo voy a tirar a la sima. Lo voy a aventar.
Ella no ha ido a la escuela y está orgullosa de que su hombre, además de leer y escribir, sepa también de música.
—No tires tanto, que no están los tiempos para tirar nada. Eso de estar en la banda es buena cosa, es de respeto. Lo que has de hacer es perseverar un poquico más, que esto no es llegar y besar el santo.
Jerónimo remuga un poco por lo bajo pero no rechista. Julia se coge de su brazo y tira de él, no vayan a llegar tarde. Por el camino repasarán la lista de los invitados a la boda, que Jerónimo quiere acortarla y ella alargarla porque una solo se casa una vez, si Dios quiere.
Joaquina se pone el chal oscuro, más que por el frío, para disimular el embarazo.
—Igual ya en tu estado no tendrías que ir a misa —le dice Mariano mientras mastica un coscurro de pan.
—¡Cómo no voy a ir! Tengo que ir por los dos. O por los tres —y al decirlo se acaricia la circunferencia de la tripa.
Él toma el estuche del clarinete y salen juntos, pero al llegar a la esquina de la calle de la Parra toman direcciones distintas. Él ha quedado con Ladis y doña Concha en el camino del cementerio. La idea de los paseos filosóficos ha sido de Ladis, fascinado por un artículo que ha leído en una revista sobre el escultismo, un movimiento que han hecho famoso los Boy Scouts norteamericanos. Desde entonces cree tan firmemente en las virtudes del caminar para fortalecer el cuerpo y la mente como otros creen en ungüentos de rabo de lagartija.
Le asoma del macuto un ejemplar de la revista *Algo*, a la que está suscrito. Mariano arquea las cejas: la portada la ocupa el dibujo de una gran esfera flotante sobre el mar que muestra en su interior salas y camarotes en varias plantas.

—Es el proyecto de nave esférica de un ingeniero americano. Las cadenas de palas que rodean la esfera la harán avanzar al triple de velocidad de un barco convencional y será insumergible. ¡El futuro es ahora!

Mariano y doña Concha se miran con escepticismo y guasa.

—¿Y vosotros sois progresistas? —les pregunta con los brazos en jarras, fingiendo enojo—. ¡Para ser progresista hay que creer en el progreso!

Concha resopla.

—Si acabas creyendo todo lo que dicen esas revistas acabarás lelo.

—Es periodismo del bueno, viene de América, el país de la democracia. Allí el periodismo es independiente, no como aquí, que todo está censurado. En América todas las noticias son verdaderas.

Mariano se ríe.

—¿Todas? ¿También esa que traía la revista de la semana pasada, con el dibujo de uno en bañador luchando contra un pulpo gigante?

—¡Pues claro! Venía una entrevista con él. ¡Menuda suerte tuvo el gacho! Un poco más y no lo cuenta.

—Yo prefiero las revistas serias, como *Blanco y Negro*.

—¡Pero, Mariano, si esos de *Blanco y Negro* son de derechas! ¡Y meapilas! ¡Y monárquicos!

—Pero hay buenos reportajes...

—Ahí le voy a dar la razón a Ladis —interviene doña Concha—. Los de *Blanco y Negro* ni le tosen a la dictadura, ni una crítica al gobierno.

—Para saber de verdad lo que pasa en este país hay que leer *La Gaceta de la Revolución*.

Recorren la tapia del cementerio y, sin darse cuenta, empiezan a hablar en voz más baja, hasta se quedan callados un rato y solo escuchan el ruido de sus zapatos. Se cruzan con un matrimonio de edad que camina apresurado en dirección opuesta a la suya, hacia el centro del pueblo, y al pasar a su lado los miran de arriba abajo. Mariano les da los buenos días y la señora, con su pañoleta en la cabeza y su mantilla con la medalla de la Virgen del Pilar, sin aflojar su paso ligero, les dice:

—La iglesia es en la otra dirección.

No le replican, pero cuando ya se ha alejado el matrimonio, los tres se miran un segundo y estallan en unas risas. Es verdad que su dirección es otra.
—En realidad, también nosotros vamos a ver al cura —dice Ladis—. ¡Pero solo el ojo!
En su paseo dominical les gusta llegarse hasta esa balsa detrás del campo de fútbol que le llaman el Ojo del Cura. El hundimiento del terreno formado por yesos ha hecho que afloren por toda la zona ojos de agua que forman pequeños oasis en medio del paisaje árido. Las primeras lluvias de la primavera han hecho que la hierba esté alta en las orillas, el carrizal, frondoso, y las choperas, lozanas junto a los olmos y los arbustos de tamariz. Un pájaro les pasa volando al lado.
—Es un martín pescador —les dice Ladis—. Buscará peces.
—Pues aquí pocos va a encontrar —suspira doña Concha—. Esto es una charca que se alimenta de los acuíferos y las filtraciones del Canal Imperial de Aragón. Tiene un nivel de minerales y salinidad demasiado alto para los peces.
—Doña Concha, me encandila que sepa tanto.
—Ladis, deja de llamarme doña Concha como si fueras mi alumno.
—Es que me encantaría ser niña y tener diez años para asistir a sus clases. Creo que la de maestro es la profesión más bonita del mundo. Tal vez yo acabe siéndolo.
—¡Pero si estás a punto de terminar la carrera de Derecho! —se exclama Mariano.
—Piénsatelo bien, Ladis. Un abogado gana mucho más que un maestro.
—El mundo está lleno de abogados infelices.
Se sientan encima de un tronco caído y en la piedra plana de enfrente Concha extiende un mantelito granate que ha sacado del morral de ganchillo que ella misma ha confeccionado en la clase de costura. Extrae a continuación medio queso de oveja y una hogaza de pan. Pone sobre el mantel una bota de vino.
—¡Menudo banquete, doña Concha!
Ella corta rebanadas de pan y rodajas de queso y Ladis dice que hay que echar un trago de vino y brindar.

—Hay que brindar por la caída de Primo de Rivera.
—Bien está que haya caído del gobierno, pero muy tarde —dice doña Concha—. El rey Alfonso XIII prometió que iba a estar ese generalote en el poder unas semanas para organizar unas elecciones cuando todo estuviera apaciguado..., y han pasado siete años.
—¡Menudo crápula, el Borbón! —la sigue Ladis—. ¡Y menudo fascista nos hemos quitado de encima al sacudirnos al Primo de la mierda!
—Pero no olvides que quien nos ha librado de él es la crisis. Que no se ha visto nunca una subida de precios como la de este año, que no hay quien la aguante. Los precios no paran de subir y la peseta no para de bajar. Está el país en quiebra.
—Y los anarquistas poniendo bombas, que la gente ya no aguanta más y el gobierno no ve cómo reprimir las huelgas. Pronto cambiará todo. Modernizaremos este país y lo haremos libre. Ya no pueden contener el grito de la gente. Se dice que van a legalizar la CNT. El régimen monárquico se está cayendo a trozos.
Mariano los observa como en un partido de tenis y doña Concha resopla.
—Han quitado a Primo de Rivera y el rey ha puesto a dedo a otro militar como presidente del gobierno, ese general Berenguer. Un dictador por otro. No veo yo cambio ninguno.
—La gente está harta de pasar miseria. Si no convocan elecciones, el país se va a levantar. Los anarquistas y los socialistas están hablando para ponerse de acuerdo, incluso los radicales de Lerroux. España con su gobierno de militares, los curas en el consejo de Estado y ese rey con derecho de pernada que pide que le metan en la cama cada noche mocicas vírgenes, no cabe en la Europa de hoy. Es un país de la Edad Media.
—Ojalá lleguen esas elecciones.
—Y que las ganemos —apunta Mariano—. Que ya sabemos que hay mucho cacique paternalista y mucho cura que tiene a la gente convencida de que los pobres han de ser pobres y los ricos han de ser ricos para que el mundo avance.
—¡Ganaremos! ¡Y colgaremos al rey del bigote en el reloj de la Puerta del Sol!

Concha mira a uno y otro lado por si hay alguien cerca y le hace gestos a Ladis para que baje la voz. Mariano le tira la bota.

—Anda, bebe vino. Que así estás un ratico callado.

Ladis baja la voz pero sigue con su diatriba y la necesidad de recuperar la Constitución de 1812. Mariano no puede dejar de mirar una cigüeñuela que debe tener nido entre los carrizos y se adentra en la charca con sus patas de alambre. Concha le dice que esa Constitución de hace cien años no sirve, que hay que hacer otra.

—¡Ni siquiera contempla el voto de las mujeres!

Se giran a ver qué opina Mariano pero no los oye. No está ahí. Observa absorto la cigüeñuela. Su cabeza se mueve ligeramente llevando el ritmo de una música que solo suena en su cabeza.

—¿Qué miras con tanto interés, Mariano?

—¿No veis cómo camina sobre el agua?

Miran al pájaro, un ave zancuda como otras muchas que anidan estacionalmente en el ribazo de la charca. No ven nada de especial en eso, ponen cara de aburrimiento.

—No lo oís —les dice.

Ladis y Concha se miran.

—¿Qué hay que oír?

—*¡El cascanueces!*

Dentro del caparazón de Mariano percuten cuatro compases de cuerda de *pizzicato* y, después, los suaves martillos sobre placas finas de metal de esa pianola antigua, una celesta, que él vio una vez en Pamplona en la tienda de instrumentos Casa Luna. Le dejaron tocar unas notas y sonaba como si fuera un xilófono de cristal.

Como ve que sus amigos lo miran sin entender nada, escépticos como son, sordos a lo que para él es un sonido atronador en su cabeza, saca el clarinete de la funda. No es un clarinete bajo, pero aun así se las arregla para que fluya ese punteo agudo de la *Danza del hada de azúcar* como gotas de un chupón de hielo que tintinean al caer sobre un vidrio extremadamente delgado.

Mariano toca con los ojos cerrados para ver mejor las notas. Hay algo que va atrayendo a doña Concha y Ladis a ese territorio nuevo que genera la música más allá de la realidad. Otra realidad.

La cigüeñuela se mueve exactamente al compás 2/4 de la melodía del clarinete. Cada punteo de las notas es un pasito preciso y elegante de sus patas sobre la lámina de agua.

Ladis y doña Concha por fin sonríen al darse cuenta de lo que estaba mirando Mariano tan absorto: la cigüeñuela se mueve por el estanque como una bailarina.

El viento se ha parado, la tarde se ha detenido.
Cuando Joaquina mira por la ventana de la cocina la ve enfrente: la bruja, el perro malo, los corazones de pollo estrujados en la mano chorreando sangre, los ojos blancos. Le tiembla la mano pero abre la ventana. Los barrotes la protegen en caso de que el perro salte, pero no puede evitar que se meta en la casa un frío seco que huele a sangre y a higos. Joaquina se encomienda a san Benito.
—¿No has hecho ya bastante mal?
—Todavía no he empezado.
—¿Qué quieres de nosotros?
—No volver a veros nunca más.
—Tampoco nosotros queremos volverte a ver a ti.
—Marchaos de una vez.
—No nos iremos.
—Os arrepentiréis.
—No nos das miedo. Nos quedaremos.
—No os quedaréis.
—Mi hijo crecerá aquí.
—No crecerá aquí.
Lo dice como si lanzara una maldición y Joaquina da un chillido. Mariano corre hacia la cocina. Al ver a la bruja con el perro, va a salir, pero su mujer lo retiene por la manga.
A Joaquina le parece que le fallan las piernas, pero se acaricia la barriga y siente que le vuelven otra vez las fuerzas. Acerca la cabeza a la ventana y habla con voz bien alta para que todos los que están detrás de los visillos se enteren.
—¡Mi hijo nacerá aquí, me da igual a quién le parezca bien o a quién le parezca mal!
La Hilaria arroja al suelo los menudillos convertidos en una papilla

roja y queda sobre la tierra un brillo negro. Mientras la ve alejarse hacia los campos, Joaquina se echa a temblar.

Mariano toma el abrigo del perchero.

—¿Ande vas ahora?

—A hablar con esa mujer.

—¿Y eso?

—Esto no puede quedar así.

Joaquina entrecierra un poco los ojos con recelo.

—¿Esa bruja te ha enseñado la mariposica?

—¿Qué mariposa?

—La que tiene entre las piernas.

Mariano no puede disimular el apuro.

—No vuelvas a esa casa nunca más.

Mariano vuelve a colocar el abrigo en el perchero.

Joaquina aprieta bien el cordel del atadijo de hierbas de la puerta para combatir el mal de ojo y mantener alejadas a las brujas de ojos transparentes. No han vuelto a ver a la Hilaria, pero algunos días han oído de madrugada pasos afuera. Alguien que camina calle arriba y calle abajo. Cuando se lo han comentado a Tomás, que trabaja de noche en el horno, les ha dicho que él está encerrado en el obrador y con el ruido del horno no oye nada. La Tía María, mientras va hincando unos moldes metálicos en la masa de los mantecados para darles forma de estrella, de corazón o de media luna, dice que puede ser cualquiera que pase por ahí.

—¿A esas horas? —se pregunta incrédula Joaquina mientras coloca la masa moldeada en la bandeja.

—También podía ser un aparecido que ha salido del cementerio a estirar las piernecicas.

A Mariano esas aprensiones se le disipan con los preparativos de la banda y los pesos interiores se van a posar al fondo del pozo.

En esos días se siente como un equilibrista que gira media docena de platillos a la vez tratando de que no se pare ninguno. Algún encargo le ha llegado a la sastrería de los dos ingenieros de Madrid que se han instalado temporalmente en la fábrica de tejas. Ha de preparar el concierto de las fiestas de la Rosa con la banda y poner en marcha la nueva hornada de músicos, y están los ensayos en la orquesta de Zaragoza a los que han vuelto a convocarlo. Joaquina le dice que se mueve más que un zauril, como esos zahoríes que buscan agua subterránea de aquí para allá con un péndulo o una rama sabia para desvelar lo que la tierra oculta.

Los saxofones ocultan la música que llevan dentro. Jerónimo se fatiga de soplar ese instrumento caprichoso. A veces suena.

Otras, ni para el copón bendito.

«¡Soplas muy fuerte! ¡Aprietas mucho los labios en la boquilla!», le dice don Mariano. Aprendió el truco de meterse casi toda la boquilla dentro de la boca para hacerlo sonar más fácilmente.
El maestro guipó el truco enseguida.
«¡Más afuera para que el sonido sea limpio!»
Ya se ha hartado de esa murga. Esa tarde, después de pasarse el día sulfatando y luego trabajar en la azucarera, llega a la casa de la calle de la Parra jurando por lo bajo. Anda apurado de perras por la boda, ha de doblar turno todos los días y no se puede dedicar al saxofón. Esta vez sí que se ha acabado de verdad.
Una y no más, santo Tomás.
El salón de la casa del horno se ha convertido en aula musical para los nuevos. Han apartado a un lado la mesa de la cocina y han sacado al zaguán del patio las sillas y la butaca donde Joaquina hace costura o Mariano lee sus revistas.
Ve Jerónimo que entre los novatos que están en un rebullo en la sala está ese grandullón de la boca torcida y la cara rajada. De ese gacho no te puedes fiar ni un pelo. Tiene unas manos que paicen tenazas, que si te las echa al cuello te jode.
Mariano se alegra de ver al Jerónimo, con su aire serio de persona que solo habla cuando tiene algo que decir, vestido de manera modesta pero digna, con los pantalones pulcramente atados con un cinturón hecho con una tira de cuero y su camisa de algodón limpia, de ese blanco agrisado después de cien lavadas en el río.
—Le venía a decir sobre el saxofón. —Y con el rabillo del ojo ve cómo no solo lo escucha el maestro, sino todos los del salón, que se han quedado callados esperando a ver qué va a decir—. Pero no se quema la sartén en el fuego, don Mariano. Ya vengo otro día, que tiene usted mucho tajo aquí.
—¡Pero si llegas llovido del cielo! Hoy empiezo con este grupo, pero como son muchos, me vas a ayudar tú, que ya vas avanzado. Mientras yo estoy con unos, tú les vas diciendo a los otros cómo han de empezar a soplar la boquilla y les enseñas a hacer escalas.
Jerónimo levanta tanto las cejas de alambre negro que se le juntan con el pelo de la cabeza. Los aspirantes a músicos, todos vecinos y

conocidos, lo observan atentamente como si no lo hubieran visto nunca y le entran ganas de chillarles: «¡Zoquetes, si soy el Jerónimo, el Castro! ¿Qué rediós os voy a enseñar yo de música? Si acaso, yo puedo enseñar a arar empujando más que el mulo para abrir esta tierra más dura que el corazón de Judas, pero eso ya lo sabéis».

Se gira hacia Mariano.

—Yo soy un ignorante, don Mariano.

—Ya verás cómo sabes más de lo que te crees.

Mariano no ha conseguido dinero para instrumentos nuevos, pero le han dejado llevarse instrumentos del almacén de la banda de Zaragoza, viejos pero en buen estado. Ha conseguido hasta un segundo bombo enorme de concierto para que acompañe al bombo de marcha del Pintado.

—Jerónimo, muéstrales cómo hay que soplar.

Como ve que no tiene otra, agarra el saxo y toca un par de notas. Temblonas, pero suenan. El resto lo observa en un silencio respetuoso.

—Tenéis que mojar un poquico la boquilla con saliva. Y soplar, pero con conocimiento.

Se alza un saxo, un bombardino y también un viejo clarinete que Mariano ha adjudicado al Mudo. Pero no suena nada. El Mudo abre los ojos con espanto, como si se repitiera de nuevo la maldición de no poder hablar, aunque ve que los otros inflan los carrillos y soplan con desespero, pero sus instrumentos también están mudos.

—¡No sulfuraros! —les dice Jerónimo—. Aquí más vale maña que fuerza. El maestro dice que hay que soplar como si apagaras un candil —y junta los labios igual que si silbara.

Los tres repiten hasta desfondarse y solo consiguen un ligero mareo.

—¡Esto no chufla, Jerónimo!

—A mí me han dao el cacharrico estropeao.

—¡Me cago en san Dios! Vosotros sí que estáis estropeaus, ladrones. Hay que seguir dándole, que Zamora no se tomó en una hora.

Los tres se ponen y del clarinete del Mudo salta un do ruidoso.

—Mu bien, maño. Ahora pon los dedicos como yo. —Y le muestra cómo presiona las tres primeras teclas para que suene la nota sol.

El Mudo lo hace y suena un sol algo chillón.

—Aprieta menos la boca, y sin dejar de soplar ves dándoles a las tres teclas de arriba.
A la primera no suena y el Mudo vuelve a colocarse la boquilla entre los labios. Lo intenta varias veces hasta que emerge en la sala un si la sol apresurado, pero que a él le suena a maravilla y empieza a soltar graznidos de cuervo feliz, y los del metal que están en el otro grupo con Mariano alzan la cabeza.
—¿Qué pasa, pues, con tanta bulla? —pregunta uno.
—Es el Mudo —le dice Jerónimo—, que ha sacado tres notas. Debe ser la primera vez en su vida que hace algo con la boca que no sea berrear como un tocino.
Mariano está radiante.
—¡Jerónimo, estás hecho un profesor de primera!
—A ver si voy a hacer como el maestro Ciruela, que no sabía escribir y puso escuela.
Mariano tiene en su grupo de metales al joven Dámaso Campalans, que tiene dificultad para que la trompeta no se le ladee al aguantarla con dos dedos mientras presiona los pistones con la mano buena. Aunque es solo un chaval, es tenaz.
La mano derecha, que la tiene entera, presiona los pistones y la izquierda solo ha de cargar la trompeta, pero al faltarle el dedo corazón no puede agarrar la anilla por debajo. Es un instrumento difícil, hay que conseguir todas las notas con solo tres teclas y trabajar por arpegios, haciendo sonar los armónicos de manera sucesiva para conseguir las notas que faltan con el juego de abrir y cerrar los labios muy rápido.
Esa tarde Dámaso ha sufrido, le temblaba la mano que había de sostener con dos dedos una trompeta que se le resistía, que no sonaba. Soplaba y no sonaba, subía y bajaba los pistones y solo se oía un tableteo de teclas. Sudaba a chorros, le caían las gotas por el flequillo cortado a tazón, resbalaban sobre el metal de la trompeta. Pero Mariano está encantado con él porque no se ha quejado, no ha renegado, no ha perdido la sonrisa.
Se acerca hasta él y le acaricia el pelo.
—¿Usted cree que un día tocaré la trompeta, maestro?

—Ya lo estás haciendo.
—¿Pero como los buenos?
—Los buenos son los que nunca se rinden.
—¡Entonces yo seré de los buenos, que a tozudo no me gana nadie!
Otros novatos miran de reojo escépticos, cansados, sin ese convencimiento. El primer día es agotador, decepcionante. Lo que hay que aprender es pesado y repetitivo. Todo son posturas que hay que corregir todo el rato, ejercicios ridículos con los labios. El maestro les ha hecho aguantar un lápiz con la boca para que noten el centro exacto de la boca por donde han de soplar el aire, pero esas boquillas son una pesadilla. Todo son ruidos, pitidos desagradables y fracasos. Saliva y torpeza.
Mariano sabe que algunos no regresarán al día siguiente, que en la primera semana se perderán de vista más de la mitad. Pero los que se queden, aquellos a los que se les ilumine la cara como a Dámaso en cuanto estalla el estruendo de la trompeta, esos serán músicos.

Noche de insomnio.

Oye unos pasos que no sabe si son en la calle o son en su cabeza. Cuando se levanta después de mil vueltas en la cama, es primero de mayo y empiezan las fiestas de la Virgen de la Rosa, la fiesta grande de Casetas, más aún que la del patrón por San Miguel.

Se mira en el espejo con la cara blanca de espuma de afeitar y ve a un extraño.

La mañana del uno de mayo es larga y la orquesta, corta. Ha puesto a algunos de los nuevos con los tambores pequeños y los platillos para acompañar después de darles unas lecciones de percusión para salir del paso. Entrarán lo mínimo posible, más para hacer bulto que otra cosa. Jerónimo está con los platillos.

No le gustan mucho los platicos esos, con esa escandalera que ensorda a Dios, pero les han prometido banquete de primera para los músicos, con costillicas de ternasco, con lo que le gustan y lo poco que puede catarlas en todo el año, que entre el pedrisco de Semana Santa y la bajada del precio de la cebada, este va a ser un mal año. Otro más.

Al Mudo le ha dado el bombo más grande, que a él no le pesa. Le ha dicho al Pintado que cuando vaya a entrar, para que entre a la par que él, le pise el pie al Mudo. Pero con conocimiento. El Mudo y el Pintado se miran. Los dos son de brazos fuertes muy peludos y los dos tienen furia en la mirada, pero, tal vez por eso, se respetan.

El joven Dámaso está pendiente de un tambor pequeño. Con la mano de los dos dedos coge el palillo como si fuera un chino. El señor Lezcano se ha peinado el bigote que ya es más blanco que negro y hasta el Tiñoso, que lleva siempre los pantalones medio caídos y va lleno de manchas, parece más compuesto con la chaquetilla granate y unas alpargatas nuevas que ha comprado al fiado en la tienda de la Experta.

Han despertado al pueblo con jarana de charanga y la gente los ha seguido en su recorrido por las cuatro calles polvorientas, y hasta se ha asomado el duque de Costrino a la balconada de su palacete que da a la carretera y ha hecho un leve gesto de complacencia con la mano cuando Mariano lo ha saludado.

Después de la procesión con la imagen de la Virgen de la Rosa encabezada por el cura y, tras la misa solemne, a la que Joaquina acude embarazadísima con una mantilla que se ha hecho ella misma a ganchillo, los músicos se preparan en la plaza de las Escuelas a la sombra de las acacias. Mariano decide que va a dirigir en lugar de tocar porque todos esos nuevos con la percusión son un peligro. Si no entran en tiempo pueden embarullar todo.

Se suben a una tarima que han preparado los de obras del ayuntamiento. Han prendido de la madera un faldón con los colores de la bandera de España, el rojo y el amarillo anaranjado. Le explica al Casa Grande y al Tiñoso cuándo tienen que atacar fuerte el pasodoble con el que van a abrir la sesión vermú y alguien lo llama desde abajo. Al principio no reconoce a esa mujer menuda vestida de negro y muy seria, pero al ver en su mano un estuche muy historiado se da cuenta de que es la señora Guerrero.

—¿Eso que lleva ahí es un fagot?

—¿Le vale?

—¡Que si me vale! Suba enseguida, que la vamos a poner delante.

—No, delante no me ponga. Mejor detrás de todo, que cuanto menos me vean, mejor.

Mariano se encoge de hombros, no va a contradecirla.

—¿Usted se sabe *Suspiros de España*?

—¡No la voy a saber!

—¿Y se sabe *La leyenda del beso*?

—Esa zarzuela vulgar, algo me suena. ¿Pero no tiene partituras?

¡Partituras! ¡Un músico en la banda que no toca de oído o con apuntes de acordes por números! ¡Menudo lujo! En ese momento lo decide: en cuanto pasen las fiestas se va a poner con los veteranos con el solfeo. Hay cuatro o cinco que no saben leer ni escribir, tendrán que ir poco a poco, pero no importa. En un ejemplar de la revista *Estampa*

entrevistaban a un viajero que había dado la vuelta al mundo que decía que si uno quería llegar pronto, caminara deprisa; pero si quería llegar lejos, que caminara despacio.

La señora Guerrero coloca la partitura en su atril y los demás la miran de reojo, alguno con mala cara, pero sin atreverse a decir nada. La gente de la barriada se ha puesto su mejor ropa de día festivo para ir a la procesión y a la misa, y observa con curiosidad esa banda donde tocan sus propios vecinos. El alcalde observa todo desde una esquina de la plaza acompañado del boticario y el cabo de la Guardia Civil. Mariano respira hondo, levanta los brazos, los baja en una curva ligera y sucede lo imposible: la música empieza a brotar de esas uñas negras y de esos viejos instrumentos que parecían un puñado de chatarra.

El Regañao está algo fallón, que se ha presentado por la mañana apestando a ese aguardiente de trigo que fabrica con su suegro. El señor Lezcano entra tarde y ha de irle empujando no solo con la batuta sino también con la barbilla para que arranque. Pero la música suena y se abre paso en la tarde, aunque sea un poco a tropezones. Atrás de todo mira al Jerónimo, con la chaquetilla perfectamente planchada por Julia que le da un porte elegante, pincho, como le gusta decir a ella, con esa pose escéptica de galán de cine un poco bajito. Mira al Mudo y la chaquetilla se la tiene que arreglar porque le queda corta y estrecha en su corpachón y le salen los faldones de la camisa muy arrugados por debajo. Tiene la boca torcida estirada por esa cicatriz fea pero aun así parece que quisiera sonreír y está atento a su batuta como si siguiera el vuelo de una mosca.

La señora Guerrero es una mujer pequeña, escueta, con blusa negra, falda negra, con peineta negra clavada en el pelo. Tiene los brazos de alambre pero su fagot suena como si lo soplara un forzudo y tapa muchos fallos del resto de la banda. Mariano lo sabe, el oído es nuestro órgano más generoso; en un salón atestado de gente con montones de conversaciones cruzadas, da prioridad a las voces familiares en mitad del ruido, las resalta en medio de un barullo de mil voces para que las escuches. La gente de Casetas no sabe de música, pero la caracola de sus tímpanos que conecta con la conciencia sí sabe. Por eso selecciona el fagot de la señora Guerrero

por delante del resto de los instrumentos que trastabillan y a la gente le parece que suene más.

Mariano aletea, alza las manos como un banderillero que ha de suspenderse en el aire y clavar a tiempo. El barrio entero escucha, los que están y los que no están. Todas esas casetas pegadas unas a otras, apiñadas, con las tejas movidas por el viento y las fachadas de un blanco roto, están conectadas por el adobe de las paredes, por la tierra del suelo, por el cierzo que no duerme nunca, y la música se transmite a través de ellas, de tabique en tabique, de casa en casa.

La Hilaria, que ha salido a coger culebras, se ha sentado a descansar con la espalda apoyada en la pared del establo de una casa al final de Casetas, mirando hacia esos campos que ya verdean. Nota en la espina dorsal el leve temblor del tabique de adobe cuando el Mudo y el Pintado golpean los bombos y los metales atacan.

La música de la banda entra en la consulta de don Cipriano, que está leyendo *La guerra de las Galias* de Julio César. Se cuela en el despacho de pan de la Tía María mientras corta una hogaza por la mitad. Hace tintinear los tarros de conservas y bailotear las tiras bacalao salado de la tienda de la Experta.

Cierran bien, todos en tiempo menos un tambor, un platillo y alguna nota retrasada. El último golpe de platillo vibra un instante y luego se disuelve en el aire. Mariano saluda con la cabeza. Hay unos tímidos aplausos que enseguida se lleva el viento. Eso es la gloria. No hay más.

Se va hasta la señora Guerrero a felicitarla. Ella guarda con prisa su fagot. Mariano la invita a unirse a la banda y ella le dice que no mientras, de manera inconsciente, se acaricia el crucifijo que le cuelga del cuello. La señora Guerrero echa a andar en dirección al cine con un gesto brusco que él no entiende. No sabe nada de su lucha interna consigo misma entre la mujer que ama la música y la señora viuda que sabe que su sitio está en su casa, que eso de las bandas y de ir de pueblo en pueblo no es para una mujer decente.

El alcalde se acerca hasta Mariano con una sonrisa de circunstancias.

—Esa mujer del cine...

—La señora Guerrero.

—¿Qué hacía ahí?

—Ayudarnos.
—Es una mujer.
—Toca mejor que cualquiera de los nuestros. Sabe hasta solfeo.
—¿Me está diciendo que tiene que venir una mujer a enseñarles a tocar?
—El fagot bien tocado y en su compás les da mucho sentido a estas piezas. Ojalá se viniera a la banda.
El alcalde suspira harto de tener que explicar lo evidente, pero sonríe conciliador.
—¡Desengáñese! Las mujeres no valen para la banda, Mariano.
—¿Pero por qué no?
—Porque tocan por entretenimiento, no como un trabajo serio.
—Pero esa señora parece una mujer muy seria.
—En ningún lugar de la comarca iban a tomar en serio una banda de música con mujeres. Pensarían que es una chirigota.
—Pero las mujeres pueden hacer música igual que los hombres.
El alcalde le pone suavemente una mano en el hombro.
—No sea cabezudo. Esas ideas de los comunistas de poner a trabajar a las mujeres igual que los hombres arruinan la economía y deshacen las familias. Las mujeres son el palo del pajar en una casa. Si se les quita esa importancia, se las hace de menos. Los comunistas llevan a los hijos a una comuna y crecen sin respeto a los padres, sin temor de Dios, sin valores morales. Esa sociedad sin alma, que no respeta las cosas más sagradas, ni a su propia madre, no es la España que queremos, ¿verdad, Mariano?
Mariano no atina a responder, pero da igual porque el alcalde ya se ha dado media vuelta para regresar con el corrillo de hombres trajeados que lo esperan para el vermut.
Regresa a casa con Joaquina enfrascado en sus pensamientos. Ella le dice que el bebé en la barriga avisa a patadas que quiere ver el mundo.
—Será una niña —le dice Mariano.
—¿Cómo lo sabes?
—Lo sé.

Da una larga caminata como le aconsejó el doctor Cipriano.
Joaquina ha dado a luz una niña sana como la madre, de ojos vivarachos como ella. Un tesoro en miniatura. La biología humana le parece una maquinaria de precisión extraordinaria.
La noche del parto creyó oír en la lejanía unos ladridos que parecían aullidos, pero después del parto no hubo nada más, no más visitas desagradables, no más corazones ni cuellos de pollo, no más amenazas, no más pasos amenazantes en la madrugada. Su hija había derrotado todas las fuerzas oscuras.
Al segundo día Joaquina ya estaba trasteando por la cocina. Imposible dejarla tumbada en la cama, imposible sentarla en una silla. Le da de mamar a la niña de pie mientras revuelve una cazuela de sopa con un hueso de jamón que ha traído Julia para animar los nabos y la calabaza del caldo.
Alejarse un rato del centro de Casetas le hace bien. La gente no para de hablar de política y tanta agitación lo perturba. Pocos días atrás se sublevaron en Jaca dos capitanes del ejército para reclamar el final de una monarquía que no convoca elecciones ni saca a España del atraso de ser una nación con mucha tierra en muy pocas manos. Pero como a la izquierda siempre le cuesta muchísimo ponerse de acuerdo, los dos capitanes se quedaron solos en el intento de levantar al país, un par de oficiales ilusos que quisieron cambiar el mundo. Dos días tardaron en fusilarlos.
Camina en paralelo a la orilla del Ebro entre chopos y abedules en dirección a Torres de Berrellén. Ha encontrado un refugio en el recodo donde las aguas del Ebro y el Jalón se unen. Un recodo verde donde no manda la ley recta de los hombres ni la de ese Dios masculino y violento que convierte a las mujeres desobedientes en estatuas de sal, sino las leyes femeninas más curvas: la de la naturaleza, la de las

aguas, la de la música.
Su hija forma parte de esas fuerzas de la naturaleza. Sueña para ella con una España donde pueda ser lo que quiera ser. Que no dependa de ningún hombre. Que sea libre como una improvisación de clarinete. Toca unas notas que brotan sin ningún plan ni ninguna atadura.
Está tan concentrado que no oye el rasgueo de la hoja afilada que se abre paso a machete entre la maleza oscura y se acerca desde las sombras. De repente se apartan los arbustos y aflora el cuchillo. Lo empuña una mano blanca. Con los últimos rayos oblicuos del sol, el filo brilla, Mariano se estremece, la bruja mira. Percibe la fuerza con que empuña el cuchillo, el filo metálico que lo busca. Aprieta el clarinete contra el pecho.
No siente angustia, solo un estremecimiento tan leve como la brisa que alborota los árboles, no siente miedo sino una repentina intimidad, como si en ese momento comprendiera que puede morir pero no tuviese importancia, que todo es grandioso y todo es insignificante. Entonces se fija en la cesta que lleva la bruja en la otra mano con flores blancas de malvavisco. En Mallén había visto a su madre tomar infusiones de malvavisco para los catarros fuertes y la bronquitis. Eso lo tranquiliza. El cuchillo no es para cortarle el cuello sino para cortar hierbas. No sabe que para cortar hierbas ella no tendría los nudillos blancos de empuñar el cuchillo con tanta fuerza que le tiembla la mano.
A él no le tiembla la voz cuando le habla a la bruja.
—Dicen por ahí que lo sabes todo. Ya debes saber que hemos tenido una hija.
Hilaria lo mira. Que hayan tenido esa hija le revuelve las tripas. Los hijos son anclas que se clavan en la tierra con uñas de hierro. Ahora ya va a ser imposible echarlos. Permanece inexpresiva, con el rostro de estatua de mármol que tiene cuando está serena.
—Ha nacido en la calle de la Parra. Ya es de Casetas para siempre, nadie le podrá decir nunca que se vaya de aquí.
Hilaria lo mira y siente algo agrio subirle desde las tripas. No agita un solo músculo de su rostro pero por dentro blasfema. Maldice el nacimiento de esa niña. Y de la que vendrá, porque Hilaria sabe

incluso lo que Mariano ignora: que Joaquina está embarazada otra vez.

Las percepciones. Las malditas percepciones. Cuando estaba cortando malvavisco ha notado una presencia en el bosquecillo de sauces y chopos, y ha sabido que era él. Ha sentido que era una señal tener el cuchillo en la mano y encontrárselo en ese lugar apartado.

Poner a alguien frente a su propia sangre suele resultar muy convincente.

Lo mira y aprieta el mango del cuchillo hasta que cruje el nácar. Sus ojos se estrechan como los de una serpiente. Mariano, ajeno al peligro, tal vez seducido por él, se gira hacia el río y pone los ojos soñadores. La Hilaria también se vuelve hacia la corriente marronosa. Sin darse cuenta, los dos miran en la misma dirección. Ella no ve agua, ni ramas arrastradas, ni la carne de los lucios que sabe a fango; ve las venas del planeta, su flujo sanguíneo, su murmullo. Mariano la observa de reojo, la ve asentir al aire. Ella viene de un país de lluvia y conoce la lección de todos los ríos, de todos los arroyos y torrenteras: nada se puede retener.

Ahora que la bruja está distraída, la parte racional de su cerebro, que no ha dejado de lanzar avisos de peligro, le indica a Mariano que aproveche para alejarse a toda velocidad de esa mujer armada con intenciones poco claras, pero él no quiere irse. No se va. Hilaria alza lentamente el brazo con el cuchillo en la mano y lo lanza con fuerza hasta la caja del río. Se hunde con un leve chapoteo de carpa.

Mariano se lleva el clarinete a la boca. No sabe qué va a tocar, pero sus dedos deciden por él, se conectan con el mundo que está anocheciendo a su alrededor de una manera mucho más porosa que la pantalla acristalada de los ojos. La música no tiene forma ni color, está conectada con las cosas que no pueden verse, que no pueden olerse ni palparse. Sus dedos juegan a la rayuela sobre los agujeros del clarinete y brotan unos arreglos que él mismo hizo de una composición para piano y violonchelo del checo Antonín Dvořák llamada *Bosques silenciosos*. Una pieza que siempre le ha resultado rara pero también atrayente, como esa mujer maligna, muy pálida, con el pelo rojizo y los ojos blancos de los aparecidos. No debería atraerle el mal, no

quiere que le atraiga, pero no puede evitar sentir cierta succión de sumidero. Y sabe que ella lo sabe.

Esa música deshilachada que lleva el invierno a ese final del verano y convierte la pequeña floresta junto al río en un bosque enigmático se alía con la brisa para hacer temblar las hojas y ella atiende muy atenta su susurro porque ha crecido entre árboles. En lo profundo del bosque crecen los hongos alucinógenos y todas las setas venenosas que pueden matar, pero también todas las plantas y remedios que sanan. Donde crece lo que te condena también nace lo que te salva.

Cuando la última nota melancólica hace una cabriola en el aire y se la lleva la corriente río abajo, la bruja se encamina de vuelta hacia el laberinto de chopos, sauces y olmos. Mariano estira el cuello antes de que desaparezca entre el follaje.

—¿Entonces, ya no nos odias?

La voz de Hilaria llega ya desde el interior del bosque.

—No sabes nada del odio.

Mariano toma café junto a unos ferroviarios de la UGT en el local del sindicato. Ladis entra agitando un ejemplar de *La Gaceta de la Revolución* y todas las cabezas se juntan para ver ese número extraordinario de la publicación, muy crítico con el presidente del gobierno, el general Berenguer, puesto a dedo por el rey Alfonso XIII.
—¡Estamos igual o peor! Quitaron a Primo de Rivera y pusieron a este. Nos cambiaron un general por otro.
—¡Un dictador por otro!
—La culpa de todos los males de España la tienen los curas.
—¡Y el rey!
—¡Hay que colgarlos a todos!
—¡Colgarlos de un campanario!
—Los que se exiliaron a Francia del comité de la República están volviendo —explica el Yunque, que tiene más información que ninguno—. Dicen que Antonio Maura ya está escondido en Madrid, que la monarquía cae mañana o pasado mañana.
Ladis se pone en pie presa de una gran excitación.
—Haber fusilado a los capitanes ha sido un error garrafal del gobierno. En Zaragoza todo el mundo canta esto:

*Si ves a Berenguer,*
*Atízale con la estaca,*
*No te vaya a suceder*
*Como a los pobres de Jaca.*

Mariano anda abstraído y Ladis le da un codazo para que regrese a la tierra.
—No podemos distraernos, Mariano. Es el momento de la lucha.
Él tenía unas variaciones de clarinete en su cabeza pero regresa de golpe a esa España donde todo es una tamborrada.

—A veces hay tanto ruido que ya no recuerdo por qué luchamos.
—¡Luchamos por cambiar el mundo!
—El mundo es muy grande, Ladis.
—También nuestros ideales son grandes. ¡Escuela y pan! ¡La tierra para el que la trabaja! Es la hora de que hable el campo.
—No sabes cómo envidio tu entusiasmo, Ladis. Hablas como un verdadero campesino, aunque no hayas cogido una lechuga en tu vida. Todos se ríen.
—¡No distingue una calabacica de un melón!
—Vale, sí, yo soy un estudiante de leyes, no me mancho las manos de tierra, pero lucharé por ellos igualmente.
Mariano se queda pensativo. Hay muchos campesinos que trabajan en régimen de colonización las tierras del duque y aunque lo hacen en condiciones de explotación y pobreza perpetua heredada generación tras generación, dicen que les va bien así, que los mítines no dan de comer y las revueltas no traen nada más que problemas, que solo quieren que los dejen trabajar en paz para alimentar a su familia.
—¿Y si no quieren que luchemos por ellos?
—Querrán. ¡Ya lo verás! Están dormidos, pero cuando llegue el momento, despertarán.
Él lo mira. Alto, con esa arrogancia de la juventud, los bolsillos del abrigo deformados por el montón de ejemplares de *La Gaceta de la Revolución*. Demasiado idealista para ser abogado.

A veces Mariano camina sin rumbo por las calles, como si lo hiciera por un laberinto cubierto del polvo blanco que viene de El Castellar. Lo llaman a voces del bar La Rosa o de la taberna del Eligio para que se tome un vinico; lo agradece con una sonrisa y sigue. Alguno se pregunta por qué ese hombre dará tantas vueltas si en Casetas no hay nada que ver ni adónde ir. Quitando la harinera y la azucarera, que son edificios más historiados, lo demás son casas rectas, bajas, con el único adorno de azadas y aperos de labranza que a veces quedan apoyados junto a la puerta. Se encogen de hombros y regresan enseguida a sus trifulcas de barra de bar con mucha bulla porque en España si gritas mucho parece que tienes más razón.

Una tarde en que Joaquina entró en casa cargada con la colada blanca mojada oliendo a jabón y a limpio, bien escoscada, dejó la tina en el suelo y con un gesto de satisfacción le explicó a Mariano que la bruja se había ido para siempre. Se lo habían contado en el lavadero. Uno que se atrevió a entrar en la cabaña, después de muchos días sin echar humo la chimenea, dijo que las cenizas estaban heladas, que aquello era una leonera, con calderos abollados y manojos de hierbas secas por todas partes, que no estaba el arcón donde dicen que guardaba los secretos de la magia negra. No había rastro de ella ni del perro salvaje.

Joaquina estaba radiante.

—¡Se ha ido aborrecida! ¡La hemos derrotado!

Él asiente. Trata de mostrarse contento, pero no sabe por qué le cuesta.

En Casetas nadie sabe adónde ni por qué se ha ido la Hilaria. La Tía María, mientras hace pequeños paquetes de harina para vender que cierra con un trozo de liza muy fina a la que echa un nudo, dice que es una incógnita adónde van las criaturas que no son de Dios. Las beatas

a la hora de merienda explican que el arcángel san Gabriel se presentó en la cabaña de la bruja, que la emprendió a latigazos y ella se fue corriendo, dando chillidos hasta la sierra del Moncayo. En los bares, unos un día dicen que la ha llevado presa la Guardia Civil y otro que está en un aquelarre de brujas por los bosques de Navarra. El Casa Grande va contando que Dios la ha castigado y la ha convertido en sapo. Y anda la bruja dando blincos por la charca del Ojo del Cura.

Lo único que se sabe con certeza es que, tan silenciosa como vino, se fue.

A veces Mariano va hasta la desembocadura del Jalón y toca para los chopos, para los dos ríos que se juntan, para alguna barcaza que desciende mansamente hacia Zaragoza cargada de fardos. A veces se queda callado y escucha por si algo cruje en la espesura.

Llega hasta la estación y encuentra a Joaquina en el andén con su cesto de bocadillos, nerviosa porque se retrasa el expreso y no quiere demorarse porque ha dejado a la niña con la Tía María. Aunque comprar no sea tarea de hombres, sabe que a Mariano no le importa hacerlo y le encarga que pase por la tienda de la Experta y traiga unas ramas de canela y un cuartillo de anís para hacer torrijas.

Sale un momento Julia de la cantina a traerle a escondidas en una lata un café con leche bien caliente. Las dos miran alejarse a Mariano más allá del paso a nivel y ven que mueve la mano rítmicamente, como si estuviera dirigiendo la banda. Seguro que en su cabeza lo está haciendo.

Joaquina suspira.

—Llevo dos días diciéndole que tengo mareos y me dice que me tome un poco de bicarbonato, que algo me habrá sentado mal. Ni cuenta se da de que me he vuelto a quedar embarazada. Me pondré de parto y me preguntará si tengo un cólico. No tiene cabeza para nada más que para la música. ¡En la luna está siempre este hombre!

—Déjalo estar, al mozo. Todos tenemos en la cabecica nuestro gallinero.

El gallinero de España está revuelto. Algo se está descosiendo muy deprisa. Mariano está cosiendo un par de chaquetillas granates para nuevos miembros de la banda y va tarareando un aria del *Nabucco* de

Verdi. Los esclavos que claman por su libertad cantan, *sotto voce*, *«Va, pensiero, sull'ali dorate»*, y en su italiano de secano Mariano va cantando «Vuela, pensamiento, sobre alas de oro».

Le habría gustado tener el talento de Giuseppe Verdi, ese hombre un poco solitario que habría pasado a la historia con una sola de las obras maestras que compuso: *Nabucco*, *La traviata*, *Aida*, *Rigoletto*, *Falstaff*, *Otello*... Lamenta no tener esa capacidad, él es un sencillo clarinetista que a duras penas hace unos arreglos para poder tocar grandes piezas en una banda de agricultores. Se da cuenta de que no pasará a la historia, que no dejará nada detrás, que toda su música se perderá, y tiene por un momento esa sensación de vacío que acecha en las esquinas oscuras de nuestra conciencia. Enseguida se la sacude porque hay cosas más importantes en que pensar: marchas y pasodobles que preparar, instrumentos que afinar, novatos que enseñar. Él querría quedarse dentro de sus cábalas pero es difícil evadirse del ambiente en esa tarde de domingo con todos sus vecinos electrizados por las elecciones municipales que, sin proponérselo el propio rey, se han convertido en un cara o cruz para la monarquía que diez años atrás puso al frente del gobierno al general Primo de Rivera y defraudó todas las ansias de progreso y libertad. El rey ha ido cambiando un soldado por otro al frente de un gobierno que ha convertido el país en un cuartel. A Mariano le pesa España como si todas sus montañas, valles y costas fuesen de plomo, una nación inmóvil donde mandan los que mandaron siempre, esos terratenientes rurales que pagan sueldos de limosna a sus campesinos o exigen arriendos abusivos de una tierra que dicen que es suya y hay escrituras de propiedad que lo atestiguan, aunque la realidad científica demuestre que cualquier tormo de tierra es un conglomerado de átomos nacidos en el seno de una estrella y no hay notarías en la Vía Láctea.

Mariano quiere otra España. Ha ido por la mañana a las escuelas a votar por la Conjunción Republicano-Socialista.

Jerónimo no ha ido a votar, le parece que es una pérdida de tiempo. Aquí siempre mandan los mismos gachos. Después de trabajar en el campo por la mañana se ha fumado un purito y se ha echado la siesta como cada domingo. Joaquina y Julia tampoco han ido a votar. Doce

millones de mujeres adultas no han votado en España porque la ley se lo prohíbe.

El lunes Casetas se levanta sin ganas de trabajar, hirviendo de debates parlamentarios de barra de bar, tragos de vino, voces roncas y banderillas de guindilla. Y él cosiendo botones mientras silba el coro del *Nabucco*. Esclavos que se rebelan contra Nabucodonosor en su palacio de mil puertas.

Ladis entra en el cuarto de sastrería como un vendaval. Trae consigo la ventolera del presente.

—¡Mariano! ¿Pero qué haces ahí?

—Pues coser, qué va a ser.

—¿Pero es que no te has enterado? ¡El rey se va! ¡Ha ganado la República!

Las elecciones municipales convocadas por el gobierno autoritario del almirante Aznar, otro militar puesto a dedo por el rey, tenían que ser un trámite para acallar el malestar popular y las huelgas después del fusilamiento de los capitanes sublevados en Jaca, pero esta vez les salió el tiro por la culata. Los partidos republicanos ganaron en 41 de 50 capitales de provincia y la efervescencia hizo que mucha gente se echara a la calle en las grandes ciudades para celebrar el triunfo de la República de manera tan tumultuosa, envalentonados por los resultados, con gritos pidiendo la revuelta popular, que hizo temer al rey Alfonso XIII por la integridad de su aristocrático bigote.

Mariano había estado hasta muy tarde por la noche siguiendo por la radio las informaciones de los resultados electorales, pero no creyó que el rey fuera a abdicar ni el gobierno militar a dimitir.

—¡Mariano, está sucediendo! El propio almirante Aznar lo ha reconocido en Madrid a la prensa, está saliendo por todas partes: «¡España se acostó monárquica y se ha levantado republicana!». Acaba de llegar el cartero y dice que en Zaragoza el Coso está repleto de gente con banderas republicanas, que se oyen por todas partes gritos de «¡Muera el rey!» y se canta el *Himno de Riego*, y no hay ni rastro de la Guardia Civil.

Asiente complacido. Aun así, no sabe por qué, se siente más feliz por el entusiasmo de Ladis que por el hecho tantas veces anhelado de que

por fin España va a dejar de ser un país de dictadores, curas y terratenientes. ¿Será posible que eso haya pasado de la noche a la mañana? ¿Las lanzas se convierten por arte de magia en flautas? Pero en España las cosas son así, todo o nada.

Todo o nada, como la tronada, murmura Jerónimo mientras empuja el arado para ayudar al mulo a abrir brecha en la tierra para que se oree. A él no le interesa la política, que no come de eso. Lo que le interesa es que deje de helar por las noches y puedan crecer las calabazas.

Mariano deja que Ladis lo abrace con efusión.

—¡Hay que ir delante de la alcaldía a izar la bandera tricolor de la República!

—¿Y qué bandera vais a poner?

—Hay una en el sindicato.

—¿Ese trapo roto que parece el harapo de un pobre?

—¡Este es el triunfo de los obreros y los pobres! Lo importante es que sea la tricolor.

Mariano se va hasta un cajón y lo abre. Saca una tela y la despliega en el aire como si sacudiera una sábana, y en el sol de la mañana que se filtra por la ventana brillan el amarillo, el rojo y, sobre todo, el morado, que compró unas tiras con la excusa de que eran para hacer fajas y casullas de cuaresma para el obispado y no levantar sospechas. A Ladis le brillan los ojos, está hipnotizado por esa espléndida bandera de la República sin estrenar, tan nueva como esa España que está naciendo.

Ladis murmura con devoción, como si rezara al cielo de los republicanos: harán de la enseñanza la semilla de un nuevo país más justo y tolerante.

En los siguientes años de República se van a abrir miles de escuelas por toda España, se llevará al Parlamento la Ley de Bases de la reforma agraria para acabar con el sistema feudal de los latifundios, se prohibirán los desahucios sin juicio previo a los campesinos, se instaurará un salario mínimo para los braceros, se invertirá en investigación y en la creación de museos, habrá un auge del vegetarianismo y el nudismo, se subirá a los poetas en camionetas para llevar la cultura y el teatro hasta el último pueblo de España, se

creará la Escuela de Bibliotecarias, se aprobará por fin el voto de las mujeres. Todavía está todo por suceder, pero Ladis y Mariano miran hipnotizados esa bandera tricolor que contiene entre sus pliegues todos sus sueños.

Salen los dos de la sastrería y echan a correr con la bandera al viento como niños que hacen volar una cometa. A su paso, hay quienes aplauden y quienes miran en silencio con un rencor callado que se va espesando dentro, hay quienes ríen, quienes se santiguan con un gesto de terror ante ese comunismo que les va a vaciar el alma y arrasar toda decencia.

Al girar la esquina se cruzan con el Casa Grande. Es de los que se ríen, no se sabe si con fervor o con guasa.

—¿Pero ande van con la banderica, si se pue saber?

—¡Vamos a cambiar el mundo! —le chilla Ladis eufórico.

Corren embriagados por el ardor del instante.

Frente al ayuntamiento en la calle San Miguel, están los del sindicato ferroviario, los socialistas de la UGT y los anarquistas de la CNT con sus banderas sindicales. Uno del partido Radical lanza una proclama.

—¡Mañana mismo nos ponemos en huelga! ¡Vamos a pedir un diez por ciento de aumento de salario para los maquinistas de tren!

—¡El diez por ciento es una miseria! ¡Hemos de pedir el veinte por ciento, lo menos! —le replica un socialista de la UGT.

—¡Aquí no se pide nada, se exige! —les chilla otro del Partido Comunista—. ¡Lo que hace falta es un gobierno marxista compuesto por trabajadores y trabajadoras!

—¡Una mierda para todos los gobiernos! —contesta el que lleva la bandera roja y negra del sindicato anarquista CNT—. ¡Los gobiernos son títeres del capital! ¡Hay que abolirlos todos! ¡Muera el poder!

—¡Las proclamas no valen para nada! ¡Hay que convocar una huelga para reclamar el 20 por ciento de aumento! —insisten los socialistas.

—¡Nada de aumentos ni limosnas! —se enardecen los que se arraciman alrededor de la enseña anarquista—. ¡Hay que nacionalizar el transporte ferroviario! ¡Los trabajadores han de ser los dueños de la compañía! ¡Hay que darles cera a todos los patronos! ¡Esto tiene que ser la revolución!

—¡Menos revolución y más política es lo que hace falta!
—¡Los socialistas sois unos burgueses de mierda!
El delegado de los socialistas, el Yunque, agarra por la pechera a uno del sindicato anarquista y otros se echan encima. Alguien grita por encima de la trifulca.
—¡Que llega la bandera!
Por un momento dejan de discutir. Ven a Ladis y Mariano alzar la bandera tricolor que bailotea con gracilidad ondulada por el viento, que por una vez se ha puesto de su parte. El del partido Radical lanza un ¡Viva a la República! y después se suman los demás. Durante ese delgadísimo instante, se unen todos los ríos y se juntan todas las corrientes en una más poderosa. Se han quedado callados y miran intensamente esa bandera que no está hecha con tela sino con esperanza. Ese momento de silencio es eterno; pero como toda eternidad, solo dura un instante. Va a durar solo hasta el primer parpadeo que rompa el hechizo de esa unión silenciosa de los que quieren cambiar el mundo; después, cada uno querrá cambiarlo a su manera.
La puerta del ayuntamiento está cerrada y no hay señales de movimiento dentro. Unos dicen que el alcalde se ha ido de madrugada a una casa que tiene en Calatayud, otros, que está en su empresa de áridos, otros que simpatizan poco con los republicanos dicen que está en el cuartel de la Guardia Civil dando instrucciones y que los van a meter en la cárcel a todos por revolvedores. Aparece el Raulico, que es de los anarquistas de la CNT, con una radio de galena que es poco más que una bobina y un auricular que se lleva a la oreja mientras hace muecas con la boca como si masticase. Todos lo apremian para que cuente lo que pasa y hasta lo zarandean a ver si se le caen las palabras.
—¡Parar un momento, cansados! ¡Que están diciendo que en Barcelona están pidiendo la República Catalana!
El triunfo de la República es verdadero, pero todos saben que es una verdad frágil, un brote verde que si el ejército sale en tromba de los cuarteles será pisoteado en pocas horas. La incertidumbre va a alargarse. Muchos pasarán ahí la mañana, la tarde y hasta la noche,

tapados con mantas y un pequeño fuego de campaña en mitad de la calle que unos verán como una barricada violenta y otros como una pequeña luz en mitad de la oscuridad.

Al paso de las horas se mezclan los rumores, los deseos y la realidad. Pero se acaba confirmando, las pequeñas radios de galena agolpan a su alrededor caras tensas, desde el ateneo del sindicato ferroviario a la sacristía. La noticia toma cuerpo, rebota de sitio en sitio, son campanadas de voces que dicen que Madrid ha salido a la calle, que en Barcelona los catalanes abarrotan la que ha sido hasta ese momento la plaza de Alfonso XIII frente al balcón municipal y en todas partes se van alzando las banderas tricolores. Niceto Alcalá-Zamora, republicano moderado, advierte al asistente del rey, el conde de Romanones, que «si antes del anochecer no se ha proclamado la República, la violencia del pueblo puede provocar la catástrofe» y que no se podrá garantizar la seguridad personal del rey. Frente al Palacio de Oriente, residencia de los reyes, se arremolinaba cada vez más gente y se lanzaban gritos de «¡Muera el rey!». En Madrid ya se ha derribado la estatua de la reina Isabel II. Alfonso XIII se teme que cuando acaben con las estatuas de piedra vengan a por él, así que decide marcharse silenciosamente al extranjero para no afrontar su responsabilidad, de noche, por una puerta trasera de la historia.

El comité revolucionario compuesto por socialistas y republicanos con diferentes grados de radicalidad se autoproclama gobierno provisional. Sus líderes se van caminando juntos hasta el Ministerio de la Gobernación en la Puerta del Sol. Aparentan aplomo, pero por dentro tiemblan. No saben si al llegar les pondrán una alfombra al paso o una pistola en el pecho. Los dos vigilantes armados apostados en la puerta del ministerio ven llegar a Niceto Alcalá-Zamora, Miguel Maura y los demás miembros del autoproclamado gobierno. Durante unos segundos los relojes de la historia se paran. Los guardias los miran y, en vez de detenerlos, se cuadran delante de ellos y les franquean el paso. Esos dos guardias civiles proclaman la República en España.

Al paso de los primeros años, el sueño de la República se ha ido convirtiendo en rutina administrativa de un Parlamento de donde surgen algunas leyes y muchos gritos.

El gobierno de izquierdas presidido por Manuel Azaña ha anulado la obligatoriedad de la enseñanza de la religión en las escuelas, se han suprimido las capitanías generales para tratar de quitar peso político a los militares, se ha clausurado la Academia General Militar de Zaragoza que dirigía un joven general llamado Francisco Franco poco afín a la República y lo han mandado a los territorios del norte de África, bien lejos de Madrid. Se ha establecido un salario mínimo para tratar de ayudar a los trabajadores más precarios. La economía no va bien, la peseta está débil y las cosechas no están siendo buenas, pero la docencia florece con la apertura de 7.000 escuelas y se aprueba la construcción de 20.000 más.

En esos dos años de reformas, la oposición al gobierno es feroz. La derecha está rabiosa y la izquierda también. La derecha por tantos cambios y la izquierda por tan pocos. En el mundo nunca llueve a gusto de todos; en España nunca llueve a gusto de nadie. A la República todos la zarandean como si fuera una máquina de los deseos que se hubiera atascado. Los debates son todos a gritos porque, Francisco de Goya lo sabía, este es un país de sordos.

Mariano ha decidido afiliarse al partido Radical-Socialista, bastante a la izquierda, pero menos beligerante que comunistas y anarquistas, que lo quieren todo y lo quieren ya.

Jerónimo, como siempre, está a lo suyo. Solo habla de política con el mulo. Cuando en la cantina de la estación algún representante de esos que llevan y traen los trenes le viene a Julia con discursos y arengas, lo corta enseguida y le dice que se deje de retolicas, que la política es para los que viven de ella sin dar golpe, aunque si le preguntan no se

muerde la lengua a la hora de decir que a esos de derechas que quieren que los obreros sean criados, hay que quitarles hasta el aliento.

Por fin se casaron. La boda no fue tan bonita como ella había soñado, pero se resignó; la vida la tiene acostumbrada al regateo. Ha tenido que cargar con su suegra, que no tiene dentadura y ha de hacerle cada día puré para comer y sopas de leche para cenar, aunque la vieja es de armas tomar y les dice que le pongan carne. Ya me la enjaretaré con las encías, les dice. Una vuelta pa un lao, otra pal otro, y pa dentro. Julia le dice que así no saborea nada, pero Jerónimo le dice que del garganchón para abajo, todo mierda.

Al menos tiene casa propia y no ha de vivir esclavizada en la fonda de la estación. No para de trabajar en la casa, ha de ocuparse de Jerónimo, de la suegra y de la tocina, y los cuida a los tres sin distinción, que a la puerca la ha de engordar para poder criar y vender algún lechón para pasar el invierno, cuando el frío amarga y los campos vacíos no dan nada más que tristeza. Está embarazada, todavía no sabe que será un niño y que le pondrán de nombre Emilio.

Ladis apenas viene a Casetas, muy ocupado en Zaragoza con sus estudios en la universidad y la organización de Acción Republicana, donde enseguida le dan un pequeño cargo.

A Mariano le ha cambiado la vida la llegada de una nueva hija. La mayor ya lleva a trompicones a la pequeña Marina de la mano para jugar con las hijas de Tomás, que se llaman María y Obdulia. Está contento con la República, aunque lo inquieta que la situación sea tan crispada. Ahora hay en Casetas un nuevo alcalde socialista, don Felipe Bernal, que no lleva el bigote engominado y tutea a la gente.

Después de muchos ensayos, de mucho padecer y de mucho perseverar, que a tozudo no le gana nadie, el Mudo va a debutar como clarinetista con la banda en las fiestas de Jarque de Moncayo. Por eso ensaya sin parar desde que llega de trabajar hasta que se va a dormir de madrugada. A veces no se acuerda de cenar las patatas hervidas y al ir a hincarles el diente se han quedado frías y están cotazas. A veces se olvida de dormir.

Quiere hacerlo muy bien, que don Mariano esté orgulloso de él. Es la

única persona que en vez de llamarlo Mudo o Loco, lo llama Tono, que ya nadie lo llama así y hasta él mismo había empezado a olvidarse de su nombre. Para él este tiempo ha sido como un padre, o como se imagina que deben ser los padres porque él apenas conoció al suyo, que se fue y ya nunca volvió. Su madre casi nunca habla de él, pero a veces la oye llorar muy bajito en la cama. Sin darse cuenta, muchas veces mira de reojo hacia la entrada, como si en el fondo de su cabeza pensara que un día su padre iba a entrar por esa puerta y regresar a casa.

Nunca ha viajado tan lejos, lo más había sido Zaragoza, donde los médicos de pago, y Jarque de Moncayo le parece que está lejismos, más allá de La Almunia de Doña Godina. Se pregunta cómo será ir tan lejos, cómo será el mundo, que dicen que es tan grande que echas a caminar y nunca llegas al final. A veces imagina que un día echará a andar mundo adelante y que en un país muy remoto encontrará la caravana de los gitanos y estará bailando Fabiola, la única amiga que ha tenido. Se barrunta que igual andan con sus piruetas de circo por el África, donde dicen que todos son negros que andan desnudos y hierven a los exploradores blancos en calderos gigantes para comérselos.

Entonces le viene otro pensamiento: ¿y si desde la camioneta camino del Moncayo viera a su padre por la carretera? Una espina se le hinca en la carne. La última vez que lo vio era tan pequeño que si se cruzase con él ni siquiera sería capaz de reconocerlo. Lanza un doloroso berrido animal para expulsar la rabia que se le atraviesa en la garganta como un gargajo.

Joaquina no es de alzar la voz, prefiere chillar hacia adentro. El haz de cebada verde, ruda y siempreviva que ató al llamador de la puerta se ha encogido por la lluvia, se lo ha llevado poco a poco el viento de rama en rama, o quizá han sido los gorriones para hacer su nido en otra parte. Pero ya no importa, hace ya tiempo que no importa. A veces en el sindicato o en las conversaciones de la taberna del Eligio alguien se acuerda de aquella bruja del pelo colorado. Era rara, y algo borrachuza, pero la han echado de menos cuando alguien agarraba una pulmonía y no había perras para pagar al médico o cuando se le

retiraba la regla a una mujer antes de hora o no había forma de que cayera una verruga y no había a quién acudir.

Mariano lanza notas a la plenitud de la tarde, las ve deshacerse entre los pequeños remolinos que se forman al unirse el Jalón con el Ebro en ese rincón lejos de Casetas al que va dando un largo paseo cuando quiere quedarse solo. Su cabeza ya no se acuerda de la bruja. A veces, como esa tarde, se lleva el clarinete a los labios y empieza a sonar en el aire la pieza de Antonín Dvořák, *Bosques silenciosos*. La misma que tocó la última vez que se encontraron. La música se la lleva la corriente de las aguas que van hacia el mar para que todo llegue a su final, para que todo vuelva a su principio.

Bajan por el río unas almadías de troncos cargadas de leña cortada y los hombres dejan un momento de perchar y alzan una mano para saludar la melodía que viene de la floresta. Esas tardes en la desembocadura del Jalón en que las notas musicales se sostienen más tiempo sobre el aire frío y al anochecer el agua se vuelve negra, Mariano siente algo profundo que lo hinca a la tierra, que le funde los pies en ese limo fangoso de la orilla, que le transforma los brazos en ramas de árbol.

La banda ha vuelto a depender de una sociedad y a actuar de manera independiente del ayuntamiento como al principio de su formación. Se ha vuelto a alquilar un local al lado del teatro los días de fiesta para organizar bailes y ellos recaudan directamente lo que les pagan en los pueblos por las actuaciones, que no es mucho, pero ha permitido que la banda crezca. Mariano ha ido a ver al alcalde para solicitar una ayuda para comprar instrumentos, pero le ha respondido de la manera más amable posible que tendrán que esperar un poco, que el país está lleno de agujeros por tapar.

Le ha dicho algo más cuando ya se levantaba para irse.

—Que sepas que me han pedido en Zaragoza que nombre un suplente y he pensado en ti.

—¿En mí? ¡Pero eso no puede ser!

—Es una formalidad, no tienes que hacer nada.

En casa sigue trabajando con algunos de los nuevos que se han ido apuntando porque la buena marcha de la banda es su mejor reclamo y ha fundado una modesta escuela de música para impartir clases de solfeo según los niveles de cada grupo. Cuando Joaquina y las niñas duermen, a veces cose por las noches en el horno mientras Tomás amasa pan y cae sobre el tejido una fina capa de harina.

Recibe alguna carta de Ladis. Al finalizar la carrera de Derecho terminó por aflorar en él su verdadera vocación de maestro, como sus padres. Ya sabía Mariano que para abogado de levita y papeleo no iba. Por eso Ladis le escribe desde Farlete, en mitad de los Monegros, donde ha obtenido una plaza de maestro interino y le habla de manera apasionada de las elecciones de ese año 1933.

Mariano le cuenta que si viera la banda, y más aún si la oyera, no la conocería. En sus actuaciones por los alrededores han recibido muchos elogios y les llueven peticiones para ir a tocar a pueblos en fiestas. En

esos dos años han hecho muchos progresos. Jerónimo empieza a leer solfeo y el Mudo ya toca con cierta soltura algunas piezas de clarinetista con la banda. Hace mucho que nadie ha oído chillidos por las noches en El Castellar.

Esa tarde Joaquina le explica que el mosén está que trina y en cada sermón advierte que la República no ha traído la libertad sino el libertinaje. Pone gesto de repugnancia cuando les cuenta desde el púlpito que en las grandes ciudades la gente ha empezado a caminar desnuda por la calle y hay parejas que se meten en las iglesias a fornicar sobre los bancos con total desprecio a Dios y a la decencia, que se organizan orgías sobre el altar. Joaquina le pregunta si todo eso es verdad y él se ríe.

Pero no todos se ríen. En el casino hay un fumadero de rumores sobre un golpe de Estado que prepara el ejército para restablecer el orden y sacar al país del caos.

Algunos tratan de ganarse la vida sembrando risas, pero ser cómico ambulante en esa España seca es llorar.

Jerónimo oye unas voces que vienen de la plaza de las Escuelas y se acerca a ver, porque prisa no tiene, que no entra en la azucarera hasta el turno de tarde y ya ha comido. Con un palillo trata de quitarse de entre los dientes algún resto de piel del pimiento de la fritada.

Unos comediantes están actuando. El hombre canoso lleva un jubón, unas calzas, escudo, espada ceñida al cinto, corona dorada de rey y una barba blanca postiza. Eleva los brazos al cielo y se exclama mucho. Han tendido una tela para tapar, aunque se ven moverse por debajo los pies de los que esperan salir a escena. Aparece una mujer rolliza vestida con un disfraz de demonio que se pone a danzar a su alrededor y a tentarlo con riquezas sin fin. Sale de detrás otro hombre muy delgado, algo más joven, vestido también con un jubón que quiere ser del siglo XV o por ahí, y pone cara de liante, hace unas muecas al público, se va hacia el rey y le da muchas razones para que acepte el pacto con el demonio. El rey empieza a asentir con cara de pánfilo, pero cuando va a arrodillarse ante la diablesa, sale de detrás de la tela una muchacha joven con un vestido de novicia a la que él llama con voz de tenor: «¡Hija mía! ¡Hija de mis entrañas!». Ella se

abraza al padre y le conmina a que no escuche la voz del pecado sino la de la virtud y la piedad de Dios. El rey parece recuperar la razón, desenvaina la espada y la levanta contra el demonio primero y contra el mal consejero después. Les da unos tajos de mentirijillas y ellos se exclaman muy doloridos y caen al suelo muertos.

Hay algún tímido aplauso de la docena escasa de personas que miran. Los muertos se ponen en pie, los actores se alinean y encorvan la espalda para saludar ceremoniosamente. Cuando alzan de nuevo la cabeza, la mayoría del público se ha esmoscado. El rey se quita rápidamente una bolsa de tela vacía que lleva al cinto y se la da a la hija, que se acerca con ella a los que quedan para recaudar lo que tengan a bien echar. El viejo rey de los comediantes saca un flautín y toca una versión chillona del *Himno de Riego* y el que hacía de mal consejero agita una pequeña bandera tricolor de papel, a ver si el espíritu republicano les ablanda el bolsillo, pero solo una mujer muy chupada, la suegra del Cabezas, el enterrador, les echa una moneda. El Raspa, que tiene un campo de olivos, pone en la bolsa una papelina de olivas negras.

Jerónimo ha escurrido el bulto de los primeros, porque desprendido nunca ha sido. Que el que guarda cuando tiene, tiene cuando quiere. Lo bueno de los refranes es que, como los hay para decir blanco o para decir negro, nunca falta uno que te convenga. Se ha quedado en una esquina de la plaza observando discretamente, como los gatos. Le gusta cómo le queda a la actriz el vestido de diablo, que le viene algo estrecho y le marca unas caderas poderosas y un pecho rotundo. La observa encogerse de hombros con tristeza. El rey canoso la toma por el brazo, le dice algo al oído y ella asiente.

La mujer demonio hace gestos en dirección a Jerónimo.

—¡Señor! —lo llama.

La diablesa de busto generoso le hace señas con la mano para que se acerque. No hay nadie más en la plaza, es a él, no hay duda. Con un poco de recelo, se llega hasta los artistas.

La actriz le sonríe y el rey canoso, que visto de cerca parece centenario, le da las buenas tardes muy cortés y le pregunta si por casualidad tendría un carro, y él asiente con la cabeza.

—A ver si podría usted llevarnos a la estación, que vamos muy cargados.
Jerónimo hace un gesto indefinido.
—Pagarle no podríamos. Mire usted, buen hombre, que es que no hemos sacado ni para comer. Una asadura y cuatro olivas tenemos para todos.
Jerónimo pone un gesto de contrariedad y enseguida la diablesa le sonríe con una coquetería algo exagerada. De cerca a la mujer se le notan los años y las giras interminables hincándose cruelmente en las comisuras de los labios.
—Nos haría usted un gran favor —le dice zalamera.
Jerónimo rumia por lo bajo unos juramentos que quieren decir que no, pero con la cabeza, sin quitarle ojo a la pechuga, va asintiendo bobaliconamente como si tuviera un muelle en el cuello.
Al poco, los cómicos han montado en el carro un par de baúles donde guardan los trajes de las obras y arrancan hacia la estación. La actriz se ha cambiado la indumentaria de tentadora por un vestido de sarga económico que la convierte en la señora de mediana edad que es.
Les ha preguntado qué tren toman.
—El que haya —le responde el rey, que parece el jefe de esa pequeña compañía ambulante sin destino.
Jerónimo, con la mirada puesta en el camino flanqueado por los plátanos de sombra, le dice al mulo que van a parar un poco antes de la entrada principal, no sea que los guipe Julia, que todavía va a echar unas horas a la fonda, y si se entera que anda haciendo viajes a la gente sin cobrar ni la paja del macho le va a echar un sermón y no tiene el cuerpo de domingo. El mulo asiente con la cabeza.
En cuanto se detiene el carro, los comediantes saltan al suelo con rapidez, incluso el rey anciano lo hace con agilidad, toman los baúles por parejas y se van apresurados para tomar el tren que espera en el andén, dándole las gracias sin volver la mirada atrás, con prisa.
Jerónimo le dice al mulo que se van con tanta *trapala* enfadados con Casetas por el poco provecho.
—¡Si es que no hay una perra!
El mulo está de acuerdo.

Ya es de noche cuando llega a casa para desenganchar la caballería y al mirar al carro se queda blanco. Se sube por si hubiera quedado en un gurruño en el rincón, pero no está. ¡Ha volado la manta! Empieza a cagarse en Dios, en la Virgen y en la puta que parió a los cómicos. Le dice al mulo que es culpa suya. Cuando la ganancia es poca, la pérdida está cerca.

Mariano entra en el local del sindicato ferroviario y hay una atmósfera densa. Nadie ha ido a trabajar por la huelga general que han declarado los socialistas al nuevo gobierno del Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux, una formación de ideología difusa, anticlerical, liberal, más conservadora que progresista.

—¡Ese, con tal de mandar, ha aceptado tener en el gobierno a tres ministros de la CEDA, las derechas de toda la vida que solo se ocupan de pisar el cuello al obrero y favorecer a los ricos!

Con la República se iba a erradicar la pobreza, los trabajadores mandarían tanto como los patronos, este iba a ser un país de dulce. Pero el panorama es amargo, tenso, con huelgas y protestas constantes que paralizan el país, enfrentamientos de grupos fascistas que se encaran a los manifestantes o a veces trifulcas entre los propios convocantes de distintos sindicatos progresistas de diferentes siglas, que no es raro que acaben incluso a tiros. La prensa está dividida; la opinión pública, fragmentada. La República, que no tiene ni cuatro años, parece vieja.

Llevan dos semanas siguiendo con el corazón en un puño los sucesos en el norte del país. La insurrección contra el gobierno de coalición de centro y derecha se suponía que había de ser en toda España, pero —nada nuevo en las izquierdas— no acabaron de ponerse de acuerdo en la fecha, en la manera, en aliarse socialistas y anarquistas; en muchos sitios no se ponían de acuerdo ni en qué taberna reunirse. La revolución nació fracasada y solo cuajó en Asturias porque allí todas las banderas están teñidas del polvo negro del carbón de las minas. Las primeras noticias resultaron asombrosas: habían tomado 23 cuarteles de la Guardia Civil, en Oviedo los mineros tomaron el ayuntamiento, en localidades como Mieres o Sama de Langreo se declaró la República socialista y se dispusieron a organizarse como

una comuna libertaria.
—Siguen resistiendo con el apoyo de los anarquistas de la CNT.
—¡Por una vez se han sumado a algo! —chilla uno.
Los que traen noticias frescas de Zaragoza explican que una columna de militares traídos del norte de África enviada por el gobierno avanza hacia allá.
—¡Porque es un gobierno de la derecha y los terratenientes!
—¡Los mineros asturianos resistirán! ¡Tienen dinamita suficiente para hacer volar toda España!
Se niegan a aceptar la evidencia de lo que va a suceder. El ejército enviado por el gobierno de la República avanza desde Madrid con sus carros de combate y aplastará todo con sus pies de oruga.
Mariano recibe carta de Ladis. En Farlete tiene una escuela minúscula donde falta de todo, pero está entusiasmado igual. Ha leído un artículo en una revista sobre un método francés de educación ideado por un pedagogo llamado Freinet y les ha pedido dinero a sus padres para comprar una pequeña imprentilla. «Quiero hacer como un maestro catalán que he conocido que en un pueblito de Burgos llamado Bañuelos de Bureba. Su escuela también es muy modesta pero con la imprentilla imprimen una pequeña revista donde los chicos y las chicas dejan volar la imaginación y aprenden a pensar de manera libre.» Ladis le cuenta cómo ese maestro le explicaba que sus chicos nunca han visto el mar y que va a pedir una ayuda al ministerio para organizar un viaje de fin de curso a Tarragona para que puedan verlo. «¡Vamos a cambiar el mundo, Mariano! Ese maestro se llama Antoni Benaiges y, en cuanto lo vi, con sus cejas gruesas muy negras y su rostro redondo, siempre vestido de traje de manera impecable, con esa mirada soñadora..., me recordó a ti.»
Él, mientras está cosiendo el bajo de unos pantalones, piensa en que tampoco ha visto nunca el mar.
Justo aparece en la puerta el Jerónimo.
—Maestro, ha de venir a casa del Mudo.
—¿Qué pasa, pues?
—Se ha muerto su madre.
—Vaya.

—Era su hora. —Jerónimo lo dice sin inmutarse, que no le van los dramatismos ni es de llorar en los entierros ni en ninguna parte—. Véngase usté, que el Mudo se ha puesto como loco, ha agarrado una estral bien afilada y ha empezado a arrearles hachazos a los muebles y a chillar, y ha echado de la casa a todo el mundo que ha venido a velar a la pobrecica señora Candelaria, que si agarra a alguien en uno de esos samugazos, lo desgracia.

—¿No estás exagerando?

—Ni una miaja exagero. No deja entrar ni a los de la funeraria... ¡ni a Jesucristo bendito! Los tíos de la Alfocea, que llevaban diez años sin asomar el morro ahora están muy afectados, aunque no se sabe si su preocupación es por ver si hay alguna joya o algo que rebañar. La cosa es que han llamado a la Guardia Civil y se va a armar una gordisma, porque al Mudo se le han ido las cabras al monte y amenaza a todo quisqui sin conocimiento ninguno. Y como se ponga furo delante de los civilicos lo mismo le pegan dos tiros al gacho.

Mariano abre el estuche del clarinete, toma el tabardo y sale a toda la velocidad de sus piernas hacia la casa. Llegando a la casa ve un corrillo de hombres y mujeres, la camioneta de la funeraria con los dos operarios fumando y a la pareja de la Guardia Civil que se acerca por el sendero del lavadero con las carabinas al hombro. Acelera.

Con el resuello entrecortado les dice a los guardias que le dejen razonar con el Mudo, que el mozo estaba muy apegado a su madre. Al cabo le han fastidiado la partida de siete y medio que tenía entre manos y pone cara de mala leche. De repente, retumba uno de esos mugidos de vaca a la que han quitado el ternero que salen de la garganta del Mudo, y Mariano, sin esperar a que el cabo diga que sí o que no, se escurre entre el muro de gente que observa a prudente distancia frente a la casa.

El Mudo está en la puerta con el pelo ese suyo negro, los ojos grandes muy abiertos, la boca torcida apretada de rabia, la cicatriz palpitándole en la mejilla y el hacha de cortar leña agarrada por el mango.

Está ofuscado. De primeras, alza el hacha al ver acercarse a alguien y Mariano se detiene.

—Me he enterado de lo de tu madre. Era una buena mujer.
El Mudo aúlla.
—He venido a decirte que lo siento mucho.
El Mudo vuelve a lanzar otro berrido y el corrillo de gente retrocede un par de pasos. Los guardias civiles se adelantan. Mariano, que con el rabillo del ojo los ve venir echándose mano a la cartuchera, les hace una señal para que se queden quietos mientras le sigue hablando al Mudo lo más sereno posible.
—Tu madre habría querido que todo el mundo supiera que eres un buen chico.
El Mudo quiere hablar, pero de su garganta solo sale un graznido.
—Ya lo sé. Ya sé que esa gente que no se ha ocupado de tu madre en todos estos años vienen ahora como buitres.
Y el Mudo lanza otro berrido más quebrado, más roto.
—Ya sé que sufres.
El Mudo hace que sí con la cabeza sin soltar el hacha.
—Seguro que tu madre estaba orgullosa de que tocases en la banda.
Asiente de nuevo.
—Pues vamos a tocar algo en su memoria.
Mariano saca del bolsillo interior del tabardo el clarinete, se lo acomoda en los labios y le susurra algo a la boquilla, le dice que le ayude. Gritar, susurrar, rezar. No es tanta la diferencia.
Empieza a sonar con la suavidad de la piel de un recién nacido el *Canon* de Johann Pachelbel. Una miel tibia se funde en los oídos, ablanda los huesecillos del tímpano, apaga las luces de la fábrica del cerebro y enciende una lamparita de aceite en lo profundo. Ese canon tiene algo de danza esperanzada, el sonido es moroso, con el brillo de la luz de una vela.
Los murmullos del corrillo se aquietan, las escopetas se duermen, el tiempo se pliega como un origami blando. Mariano cierra los párpados, se desliza dentro de la música y abre los ojos en el subterráneo de la conciencia. Ve quebrarse el hueso duro de la semilla sepultada y asomar la yema frágil de la vida que rasga la tierra, ve rasgarse a la vez mil millones de semillas, ve abrirse todas las semillas, las de ahora, las de antes y las de todos los tiempos sucesivos. Los

dedos saben el camino y tocan solos las notas de esa melodía de un barroco de fantasía mientras Mariano recorre el interior de un bosque. En la música hay que irse para poder estar.

Cuando abre los ojos con la última nota, al Mudo le brotan unas lágrimas que arrastran todos los cristales rotos. El hacha se desprende de sus dedos y cae al suelo sin ruido.

La tía de la Alfocea tira de la manga al cabo de la Guardia Civil para que corra a detener a su sobrino loco ahora que ha dejado el hacha, pero, como los milagros suceden, el cabo no le hace caso, está muy quieto, le caen unos lagrimones como granos de uva.

Desde que su madre se murió el invierno pasado, el Mudo toca el clarinete con todas sus fuerzas y echa afuera la rabia que se le preta dentro. Da igual que las notas desafinadas revienten los tímpanos de las cigüeñas.

Con el solfeo no ha habido manera. El maestro le quiso enseñar, pero no veía nada más que manchas en el papel ese rayado, todas igualicas. En cambio, se le da bien memorizar los movimientos de los dedos. Ya sabe tres pasodobles, dos marchas y una música que le gusta mucho al maestro, que dice que la inventó un sabio muy famoso que llevaba una peluca que, para que fuera bien blanca, le echaba polvos de arroz triturado.

En Jarque de Moncayo el Mudo no encontró a su padre. Pero su clarinete de primerizo no desentonó mucho, apenas se perdió dos o tres veces y el maestro lo felicitó al terminar. Fue la primera vez que alguien lo felicitaba por hacer algo a derechas.

Hicieron el alegre toque de diana con pasacalles y gustó mucho. Amenizaron la sesión vermut después de la misa y de la colecta de las gentiles señoritas de Acción Católica para reunir fondos para reparar la iglesia parroquial. Había banderas republicanas y también, a las siete, un rosario muy sentido que siguió todo el pueblo. Una mezcla entre lo pagano y lo divino tan explosiva como los fuegos artificiales que se echaron en la noche antes de que empezara a tocar para el baile una orquestina de Zaragoza.

A los músicos los repartían por las casas para darles de comer, y unas veces se tenía mejor suerte que otras. Comió en casa de unos agricultores unas migas que tenían más pan que longaniza, y aun así, acostumbrado a guisarse él mismo cuatro patatas cocidas refritas con tocino, le supieron a gloria.

Jerónimo fue a comer a una casa con cuatro más de la banda. Les

pusieron de primero borrajas. Tenía la verdura aborrecida, pero sonrió con educación a la dueña de la casa aunque por dentro se estuviera cagando en Dios. No se llenó el plato. De lo que come el grillo, poquillo. Cuando trajeron la bandeja con las costillas de ternasco se le iluminó el corazón. Se lanzó a agarrar una y se la zampó en dos bocados. Ya había dejado la segunda en el hueso y la estaba radiendo con los dientes cuando vio que el Badana se ajustaba las gafas sobre el hueso de la nariz para mirar la bandeja y ver si es que de tan rayados que tenía los cristales no veía ninguna costilla en la fuente, pero solo quedaban manchas de aceite. Jerónimo no se había dado cuenta de que estaban contadas y solo había una para cada uno. Le supo mal, pero a lo hecho, pecho.

Se lo contaba al mulo al regresar a Casetas: ¡Tiempos de miseria, maño!

Una tarde Jerónimo cierra la puerta del establo que huele a fruta podrida y paja meada donde guarda al macho y se cría el cerdo. Se acomoda el saxofón con la cinta, ajusta la ligadura de la boquilla con el cuello del corcho, humedece la caña, sitúa el pulgar en el soporte metálico posterior y se coloca delante la partitura, con un numerico debajo de cada nota. Empieza a soplar sin apuro y, a la vez que sus ojos recorren las negras, las corcheas y las semicorcheas, sus dedos empiezan a moverse sin que él medie entre una cosa y otra. La música se va posando sobre los aperos de labranza, los trenzados de cebollas, las mazorcas y las balas de paja. Cuando llega al final del pasodoble alza la cabeza. Casi se espanta al darse cuenta de cómo de atentos lo observan la tocina y el mulo.

—Tenéis más conocimiento que las personas.

La banda de Casetas ya empieza a parecer una banda: hay requintos, trompa, saxofón, tuba, clarinetes, tambor y bombo, fiscorno, bombardino, trompetas y hasta un oboe que toca una muchacha, la Pilica, que se apareció un día diciendo que quería ser música y al Regañao casi se le cae el ojo bueno de tanto mirarle el escote donde se ocultaba el crucifijo. Hubo discusión en todas las barras de los bares sobre si debían aceptarse mujeres en la banda y en el lavadero de Casetas hubo más que palabras entre las que estaban a favor y las que

estaban en contra.
La banda tenía a veces que permanecer el fin de semana entero fuera cuando la contrataban para alguna fiesta de relumbrón y la Pili tuvo que oírse de todo. Sobre todo, de mujeres que se le acercaban por la calle y le decían que era una golfa y que si se acercaba a sus maridos en la banda le iban a cortar el cuello como a las gallinas. Alguna menos belicosa se acercaba y le susurraba, como si estuviera todavía en misa, que eso de las bandas de música era cosa de hombres, que las mujeres debían estar atendiendo la casa y los hijos, y no irse por ahí de picos pardos. Pero Pili no se achicaba y les respondía que, por si no se habían enterado, estaban en la República, que las mujeres podían hacer todo igual que los hombres, que estaban más atrasadas que el culo, y seguía andando muy tiesa.
Otro que avanza deprisa, muy tieso porque es un junco, es el joven Dámaso Campalans. Un día a la semana va a la casa del horno y de la hora que están ensayando aprovecha del primer al último minuto, muy atento a todo lo que le explica el maestro, con mucha intuición para el solfeo.
Mariano se da cuenta de que hay algo en su manera de tocar que resulta distinto. Al sostener la trompeta con dos dedos está más incierta pero también más libre, le flota en la mano, hormiguea, vibra más de lo que nunca ha oído vibrar un instrumento de metal. Hay en los solos de trompeta de Dámaso un timbre que cada vez es más suyo y se da cuenta de que puede llegar a ser un gran trompetista.
La última tarde Mariano venía de Zaragoza en el coche de línea y se retrasó. Al llegar a casa vio que Dámaso había tomado una de sus revistas ilustradas y estaba absorto en un reportaje gráfico sobre Italia. Le quiso explicar la importancia de Italia para la música.
—Italia es el país de Verdi, de Puccini, de Vivaldi...
Dámaso le señaló una foto del gran canal con sus casas apoyadas en el agua y surcado de góndolas de todos los tamaños.
—Este es el lugar más bonito que he visto nunca. Dice aquí que se llama Venecia y que las calles en vez de ser de tierra son de agua. ¡Imagínese cuantisma agua! ¡Allí todos deben de ser ricos, don Mariano! Si un día me hago rico, viajaré a Venecia.

Mariano rebuscó un rato entre sus papeles y al encontrar una partitura, la agitó con aire triunfal.
—El gran violinista Paganini hizo las variaciones más famosas para violín de *El carnaval de Venecia*, pero también hay esta con unos arreglos para trompeta y fiscorno. ¡Vamos a ver si la sacamos!
—Parece muy difícil...
—No pienses en la dificultad, piensa en divertirte.
Sacó de un arcón unas telas de color amarillo y le anudó una de ellas a Dámaso en el cuello como si fuera una capa y él mismo se ató otra.
—¡Estamos de carnaval!
Dámaso empezó a atacar los primeros compases con el mismo ardor que si estuvieran en la plaza de San Marcos y todas las palomas alzasen juntas el vuelo. Ríen y tocan, se miran con complicidad, conectados por ese hilo invisible que vibra, consiguiendo retener un momento el tren de la felicidad que siempre se está yendo.
Joaquina oye su jolgorio y agita la cabeza como la agita cuando las niñas hacen travesuras graciosas. Músicos, niños. Pone a las dos crías los vestiditos de estampado de limones que les ha hecho su padre con un retal sobrante del encargo de unas cortinas. Han nacido allí y nadie les podrá discutir nunca de dónde son y adónde pertenecen. A veces se pregunta adónde pertenece ella; Casetas, que los recibió con la frialdad de ese aire del Moncayo que mastica hielo y la rabia de la bruja, ha ido abriéndose para ellos como una flor acogedora. Se pregunta adónde pertenece ella, cuál es su pueblo, su ciudad, su patria... y la respuesta le viene sola: pertenece a su casa.
Una mañana llaman a la puerta y al abrir se encuentra con aquel muchacho que se paseaba por el andén de la estación con los bolsillos llenos de panfletos. Pero ahora Ladis ya no es un crío, viste un traje un poco arrugado, con esa dignidad modesta de los maestros de escuela. La mira con la alegría intacta del que regresa.
Ha obtenido plaza en la ampliación de las escuelas de Casetas. Ladis saca una pipa muy nueva de color negro y la enciende con mucha ceremonia, observando de reojo el efecto que causa en Mariano ese nuevo hábito suyo, propio de intelectuales. Le explica que va a dar la clase de geografía sentando a los alumnos a la vera del Ebro para

explicarles lo que es un meandro y una crecida. Cuando estudien las montañas los subirá a El Castellar y no tendrá que contarles lo que es un pico y un valle porque lo verán con sus propios ojos y allá arriba les explicará el mecanismo del viento mientras se les alborota el pelo.

Joaquina los mira a los dos, tan risueños, tan llenos de planes y de energía. Le agrada ver a Mariano contento pero enseguida sigue con lo suyo porque no se puede parar en esas pamplinas de los hombres, que se creen que todo se hace solo, que se sientan a la mesa y se ponen a comer sin preguntarse de dónde sale lo que hay en el plato. Se va a la cocina para preparar el puré de las niñas, que juegan con unas cintas de colores que les dio su padre.

Las mira y asiente.

Ellas son su obra.

Enseguida espanta el ensimismamiento. Antes de mediodía todavía ha de lavar discretamente los trapos que usa cuando le viene la regla, clavar con dos puntas un junquillo desprendido de la ventana, limpiar la verdura para la cena porque ella no soporta los hilos en la judía verde. Escucha a Mariano y a Ladis hablar como si fuesen a arreglar el mundo en cinco minutos. Agita la cabeza, corta unos dados de pan para freírlos y acompañar el puré con tostones. Si te paras a charrar, el mundo te acaba pasando por encima.

El coche de línea llega temblequeando y se detiene en la misma carretera de Logroño a la altura del cine Avenida con un bufido de agotamiento; expande un humo negro de petróleo que amarga. Una señora desciende con una jaula llena de gallinas y se aleja dejando un rastro de plumas que revolotean en el aire. Detrás se baja una mujer joven, delgada, morena, de piernas largas, agarrada a un enorme maletón.

Arrastra la maleta, la sombrerera y un paquete de libros atado con una cinta dorada. Un joven alto, un poco desgarbado, le hace gestos aparatosos con la mano mientras se acerca a grandes zancadas.

—Soy Ladis. Vamos a ser compañeros en la escuela.

—Yo soy María. Encantado de conocerlo, señor Ladis.

—¡Nada de señor Ladis! Tutéame, por favor! Somos colegas.

Echan a caminar hacia la plaza de las Escuelas. Él se ofrece a llevarle la maleta, pero ella le endosa la sombrerera.

—¿Y cómo has sabido que yo era la nueva maestra?

—No soy Sherlock Holmes, pero la otra señora que ha bajado del coche llevaba en la mano una jaula de gallinas y tú un atadijo con libros. —Se para un momento y adopta un gesto reconcentrado—. Aunque también sería hora de que los maestros enseñáramos no solo con mapas, libros y tablas de multiplicar sino también con gallinas y plantas. ¡La naturaleza es el mejor libro de texto!

Ella asiente de forma educada sin que quede claro si está a favor o en contra de esa docencia de la Escuela Moderna tan de moda.

—Hay una pequeña vivienda anexa al colegio, no es gran cosa, un cuchitril. Lo tendrás que compartir con la otra maestra nueva que llega mañana. Pero al menos será vuestro cuchitril y no tendréis que dar cuentas a nadie más que a Dios, nuestro Señor, así que no hay problema porque él es de los nuestros. —Y como ella hace un gesto de

no entender bien, Ladis, contento de haber causado cierto efecto, continúa con su ocurrencia—. Dios nuestro Señor trabajó seis días y el séptimo se puso en huelga por toda la eternidad. Digo yo que debe ser del sindicato anarquista, o como mínimo de UGT.

Como ella no se ríe y lo observa de reojo muy callada, vuelve al tono serio.

—No pretendía ser impertinente, María. ¿Tú eres religiosa?

—¿Tú eres ateo?

Ladis alza mucho las cejas y se para un momento abrazado a la caja de sombreros porque tiene que hacer una de sus grandes declaraciones.

—Yo no soy ateo, ¡ellos son teístas! Están obsesionados con Dios, todo dicen que es obra de Dios, que no hace falta investigación médica, ni fomentar la cultura ni estudiar porque Dios proveerá. Y así nos va.

Retoma el camino y ella lo sigue sin decir nada.

—Disculpa si te ofendo con mis palabras. Pero si alguien religioso tiene derecho a expresar cuál es su fe y salir en procesión con toda la parafernalia para que todo el mundo lo sepa, en una democracia cualquier ciudadano tiene derecho a expresar que no tiene fe.

—No me has ofendido.

—¿Pero eres religiosa?

—¿Siempre eres tan directo?

—Solo con la gente que me cae bien.

María se ríe. Le parece un hombre entusiasta, altísimo, incluso muchas chicas estarían de acuerdo en que es guapo.

Llegan a la fachada de la pequeña escuela nacional, rectangular, más funcional que bonita, con una bandera tricolor republicana algo descolorida. María se fija en las macetas de geranios que forman un camino hasta las escaleras.

—Son cosa de nuestra directora, doña Concha. Me ha pedido que la disculpes, que ha tenido que ir a visitar a una tía suya muy enferma, pero en cuanto regrese por la tarde pasará a saludarte. ¿Quieres ver la escuela?

María asiente. Ha estado de prácticas en la escuela de Milmarcos, pero se le acelera el corazón al pensar que va a ser maestra titular. Al entrar, se quedan los dos parados un momento en el vestíbulo de

donde parten dos pasillos hacia las dos alas del edificio, que alberga a chicos y chicas en cada uno de los bloques. La escuela tiene ese olor inconfundible a lejía y lápices.

—Se oye, ¿verdad?

María aguza el oído. Hay una leve reverberación que viene de todas partes, un rebote de ondas sonoras casi imperceptible donde culebrean las risas, las canciones, los llantos, los gritos, los juegos que siguen flotando en el aire.

Ladis le enseña con orgullo el laboratorio, aunque el único material sea media docena de probetas de vidrio no muy limpias, una pecera vacía y unos frascos con productos para hacer experimentos sencillos. Al fondo, le señala una puerta.

—Esta es tu aula.

María abre mucho los ojos, redondos, con pupilas brillantes del color de las castañas. Ladis se cae dentro de su sonrisa.

Llevaba semanas pidiendo a la junta de la asociación un pequeño premio extra para la banda, que a medida que se acercaba el verano les crecían los compromisos y se avecinaba una temporada de mucha tarea para su gente. Le han protestado algo, pero ha sacado unas pesetas y cuando al final del ensayo del viernes les anunció que ese domingo por la tarde se iban a Zaragoza a merendar, el Regañao pidió tres hurras por el maestro.

—¡Yo no he estado nunca en Zaragoza! —chilló Dámaso, entusiasmado con la idea de visitar la capital.

—Ya verás qué grandisma es la calle de la Independencia —le dijo el Pintado.

—¡Que ahora es un paseo, zoquete! —le corrigió el Casa Grande.

Se han apuntado casi todos y viajan en la camioneta municipal de dos pisos con la que se desplazan a las actuaciones. Conduce el Trapala y en el asiento de copiloto Mariano mandó que fuese siempre la Pili, porque cuando iba atrás, con las curvas alguno se le echaba encima como si se hubiera caído de un quinto piso. Aunque ella manca no era y si alguno tenía la mano larga, ella tampoco la tenía corta para soltarle un bofetón que resonaba como la campana de la torre de la Seo.

La Pili de primeras tuvo que aguantar mucho chiste zafio, porque cada vez que decía que quería tocar la trompa, alguno se echaba la mano a la entrepierna y le decía que tocara la suya, pero a base de no arrugarse y de cantar las cuarenta, y hasta las cincuenta, se ha ganado el respeto de la banda. También el recelo del cura y los santurrones y las santurronas de Casetas, que cuchichean que es una fresca, que es una perdida, que se ha metido ahí para inziscar a los hombres.

El Trapala va dando volantazos tratando de esquivar los agujeros de la carretera y es peor que los baches, por eso el Regañao le chilla.

—¡Que es una camioneta, no un borrico!
En Zaragoza hay más tráfico de carromatos que de coches, sobre todo cuando se van acercando al mercado central. Le da indicaciones para que se acerque hasta la plaza del Pilar y aparque. Caminan por esa plaza inmensa que ha sido centro religioso de la ciudad desde la época de los romanos, donde se levantan dos catedrales: La Seo y El Pilar. Se quedan boquiabiertos con las dimensiones de las cosas.
Van a asomarse hasta el Puente de Piedra, aunque el trajín de vehículos, personas y carros que cruzan es tan grande que han de ir esquivando todo el tiempo. Dámaso está asombrado.
—Pero, maestro..., ¡cuánta gente hay en el mundo que no conocemos!
El Ebro baja crecido y rompe con fuerza contra los tajamares que se construyeron al pie de los pilares. Desde ahí tienen una vista completa del Pilar con sus poderosas torres y sus cúpulas de aire bizantino. El Mudo piensa que si se sube a una barca de esas que pasan por los ojos del puente, igual llegaría hasta África y podría ir a buscar a los gitanos.
De nuevo en la camioneta, enfilan el paseo de la Independencia. Les llaman la atención la anchura de la avenida, el gran edificio de Correos y Telégrafos que parece un palacio, pero sobre todo les causa impresión ver que se acerca de frente un tranvía.
—Chufla, Trapala —chillan desde detrás—, no nos vaya a pillar el trenecico.
—Aquí haremos la primera parada.
Cuando ven adónde van, abren mucho los ojos.
—¡Jodo! El Ambos Mundos.
—Pero eso es mu caro, maestro.
—¿Pero qué es esto, pues? —pregunta Dámaso.
—Es la cafetería más grande de España —dice el señor Lezcano desde detrás de su bigote de morsa.
—¡Del mundo! —asegura el Regañao, que le brilla hasta el ojo turbio.
Se van bajando de la camioneta, pero esperan a que llegue Mariano y pase delante, que temen que les vayan a poner pegas para entrar a unos matracos de Casetas con alpargatas de esparto. En cuanto ponen un pie dentro se quitan la boina ceremoniosamente. La vista se pierde

en la cantidad de mesas de mármol, más de doscientas.
—¡Esto es grandismo!
Mariano los conduce a través del gran salón de modernas columnas cuadradas y al fondo hay un escenario sobre el que una pequeña orquestina de cinco músicos se prepara.
—¡A ver qué día nos traen aquí a tocar, maestro!
—Todo llegará.
Un camarero con chaquetilla blanca se acerca a preguntarles qué desean y el Tiñoso pregunta enseguida si pueden pedir merienda. Mariano asiente risueño.
—A eso venimos.
—Pues un chato de vino y un huevico frito con una chulla de tocino.
El camarero se lo queda mirando con cara de fastidio y enseguida interviene Mariano.
—Aquí no hay de eso, Tiñoso.
—¿Cómo? Es lo que yo meriendo tos los días.
El Regañao se revuelca de la risa.
—¡Eres un brozas, maño!
Mariano pone paz.
—Aquí se puede tomar café con leche, o vermut soda, o si alguien se atreve, un Cointreau, que es un licor francés de naranja. Aquí la gente a partir de la tarde bebe también Coca-Cola, como los americanos.
—¿Y a qué sabe?
—Es como agua con gas que le han echado caramelo quemado, pero la fórmula viene de América y es secreta.
—Pues agua con caramelo se la va a beber mi tía de América —salta el Regañao.
—¿Y cazalla no hay? —pregunta el Pintado.
El camarero hace que sí con la cabeza de mala gana.
—¿Cuántos de cazalla?
—Mejor tráenos una botellica, maño —pide el Casa Grande—. Pero llena. Que pa vacío ya tengo yo el bolsillo.
El camarero mira a Mariano y este asiente.
—Y tráiganos bollos suizos para todos. ¡Que hoy es fiesta!
Algunos piden gaseosas o cafés con leche. Jerónimo se pide café y

cuando el camarero le pregunta si lo quiere solo le dice que no, que solo no, con una chorradica de coñac.
—Pa enfriarlo —le explica muy serio a Mariano.
La Pili se pide una Coca-Cola.
—Malísima te vas a poner con esas martingalas —le dice el Badana.
—¡Esto es lo que bebe la gente elegante, destalentado!
Dámaso, que se fía de la Pili, se pide otra Coca-Cola.
Al dar el primer sorbo le sube un burbujeo dulce, como si bebiera regaliz, y le entra la risa.
—Maestro, ¿al mozo no le habrán puesto vino con gaseosa? —pregunta preocupado el señor Lezcano—. Que parece que se hubiera emborrachau.
—¡Eso es por las burbujas, señor Lezcano!—le dice el Pericas—. ¡Es usté más corto que las mangas de un chaleco!
El Jerónimo está a lo suyo, acabando el segundo bollo. El Casa Grande lo señala a los otros con gesto de guasa para que miren lo concentrado que está en meterse el suizo en las tripas.
—Castro, ¿no dices nada u qué?
—Oveja que bala, pierde bocado.
Mariano se percata de que el Mudo todavía no ha pedido nada, seguramente porque no ha querido llamar la atención en un sitio tan lujoso con sus graznidos.
—Mira, Tono, el camarero te va a ir diciendo bebidas y cuando sea la que quieres, levantas la mano.
El camarero dice con desgana que la lista es muy larga para leerla, que se les va a hacer de noche, así que Mariano mismo se pone a recitar la carta. La mayoría de las bebidas el Mudo no sabe ni lo que son, nunca ha oído hablar de la Orangina ni de los estomacales, así que levanta la mano al tuntún y le cae en suerte un batido de coco. Lo ven sorber de la paja con un ruido de tubería y el ojo que nunca se cierra tan abierto como el otro.
Al salir, pasan por delante de la tarima vacía. Los músicos han dejado los instrumentos y se han ido a descansar antes de la sesión de la noche. El Badana, que es de pocas palabras y por eso se lleva tan bien con el Casa Grande, que habla por los dos, se para un momento y

toma un clarinete. Empieza a tocar unos compases de *El relicario*, una zarzuela que andan ensayando. Mariano lo mira: el Badana es rechoncho, miope, con las gafas rotas y sucias, siempre mal afeitado, con los dedos gordezuelos como salchichas..., pero cuando toca el clarinete es un músico. El camarero viene por el pasillo agitando los brazos muy sulfurado, así que el Badana deja el clarinete y se largan entre risas.

Caminan hasta la parada del tranvía número 5. Cuando se acerca por los raíles, Mariano le pide a Dámaso que lea el rótulo donde se indica el trayecto. No ha ido mucho a la escuela, como todos en Casetas, entrar y salir según las necesidades del trabajo en casa, y lee al ralentí.

—Pla-za de Es-pa-ña... a Ve-ne-cia.

—Eso es.

—¿A Venecia? ¿Este tren lleva hasta Italia, maestro?

—¡Mira que eres ababol, maño! —salta el Casa Grande.

—¡Quién fue a hablar! —le contesta el Regañao—. ¡El sabio Merlín!

—Que Merlín no era sabio, que era mago —lo corrige la Pili, que va para bibliotecaria y es la única que lee libros.

Mariano le explica a Dámaso que le llaman Venecia a un barrio en la zona del cementerio de Torrero donde hay yeserías.

—Entonces solo es un nombre —murmura decepcionado.

El tranvía zigzaguea por la ciudad con su contoneo eléctrico dando aviso de las paradas a toque de campanilla hasta que llegan a una zona de extrarradio con talleres, canteras, un polvorín militar y fábricas de yeso antes de que empiecen los campos. Allí se bajan.

Mariano señala una línea de chopos y se dirigen hacia el puente de América que cruza el Canal Imperial de Aragón, una obra de ingeniería hidráulica surgida de los sueños ilustrados del siglo XVIII para comunicar Aragón con el Atlántico a través de un canal navegable que se quedó en cien kilómetros de esclusas y buenas intenciones. Finalmente, se convirtió en algo menos imperial, más modesto pero más importante para la gente humilde: un canal de riego desplegado en acequias que alivió muchos campos secos.

Al recostarse en la historiada barandilla de forja, ven cómo maniobran sobre el agua del canal unas bonitas barcas de remos en las que

parejas y grupos de jóvenes llenan de risas la tarde de domingo. Dámaso observa todo hipnotizado.

—¡Es como las fotos que veíamos de Venecia, maestro!

En la auténtica, a los lados del gran canal en vez de chopos hay palacios suntuosos y en vez de la draga de aspecto achatarrado atracada en un costado, cruzan arriba y abajo elegantes vaporetos, pero a Dámaso ese canal surcado de botes amables que reman con una levedad amodorrada le parece el lugar más bonito que ha visto nunca, una Venecia en Zaragoza.

Ya se ha terminado el presupuesto, pero a Mariano le da igual pagar de su bolsillo el alquiler de un par de barcas de paseo en las que se apretujan todos. Alguno ha perchado por el Ebro, pero aun así esos lanchones resultan difíciles de maniobrar y, al empezar a dar vueltas en mitad del canal sin ton ni son, unos se burlan de los otros, se intentan adelantar, se empujan las barcas, se salpican agua, se llaman a gritos: «¡Tontolabas!», «¡Camándulas!», «¡Fulleros!», «¡Cagamandurrias!».

Mariano saca del bolsillo interior de su americana el clarinete. Cuando empieza con los primeros compases, Dámaso aplaude entusiasmado.

—¡Es la música de Paganini del Carnaval de Venecia!

—¿Y quién es ese Paganini, pues? —pregunta el Tiñoso.

—¿Quién va a ser, ignorante? —le contesta el Casa Grande—. Uno que tenía muchas perras.

Animados por esa melodía que tiene un arranque de sesión de circo, se ponen todos a bailotear con el culo en el asiento y a punto están de volcar. El encargado de las barcas hace aspavientos desde la orilla para que se estén quietecicos y el Regañao le manda besos desde el canal. Jerónimo, que es de poca risa, al ver la cara de enfurruñado del encargado, suelta unas carcajadas huecas que hacen reír todavía más a los demás. Mariano mira a sus músicos balanceándose entre risas, columpiándose en el instante. Se siente tan feliz que lo invade una inmensa tristeza.

Mariano ha estado tan atento a la riada de noticias preocupantes de la política que llegan desde Madrid en un estruendo de titulares, que no se ha enterado de la comidilla en Casetas. Joaquina, que sí que vive en lo pequeño del día a día, se ha enterado, pero ha preferido no decirle nada. Lo que sí ha hecho es ir a la tienda de la Experta a comprar sal y después pasarse por los campos de detrás del cementerio a coger unas matas de ruda.

Mariano va a llevar un abrigo que le ha encargado un ingeniero de la fábrica de postes y al pasar por delante de las últimas tres casas antes del camino de Garrapinillos oye una bandurria que rasguea muy deprisa y una pandereta, que acompañan una tarantela. Una mujer con pañoleta y toquilla negra, que pasa por ahí cargando unas coles, se gira un momento hacia la casa amarilla del Regañao y después se santigua.

Se acerca a ver qué clase de fiesta tiene montada su tubista, pero quien le abre es la madre, una señora muy mayor con un delantal roto y un ojo tan quebrado como el de su hijo.

—¿Qué pasa, pues, señora Ricarda?

—Mihijico, que estaba en el campo echando una mano a su tío con el alfalce y le ha picado una tarántula de esas gordismas.

Parece preocupada, pero de adentro lo que llega es una jarana festiva.

—¿Y esa música?

—Pase usté. Los vecinos han venido a echar una mano.

Enseguida se percata del olor a bosque, a humo, a noche. En cuanto traspasa el umbral lo sabe. Hilaria, la bruja, ha vuelto.

Han retirado la mesa de tablón donde comen y han puesto en medio del salón, que también es cocina, la cama. El Regañao está recostado sobre un par de almohadones amarillentos, tiene el ojo bueno cerrado y el ojo nublado clavado en la bruja. El Regañao se agita sobre la

cama, arquea la espalda y la contrae, sigue en espasmos el ritmo acelerado de la música. Hilaria se mueve a su alrededor. Salta, gira, pisa, baila. Se mueve desenfrenada, poseída por el ritmo de una bandurria que ella misma rasga de manera nerviosa. Se ha quitado la gandalla de la cabeza y agita el pelo rojo suelto con descaro. Canta afónica mientras una vecina bailotea medio sofocada con la pandereta, alzando los pechos maternales por encima del delantal en cada sacudida:

*Salta, baila, gira*
*¡La tarantela, la tarantela!*
*El placer de girar,*
*la esperada eternidad*
*Mamma mia, Mamma mia*
*brinca, brinca, brinca, brinca*
*Mamma mia, Mamma mia*

—Esta moza lleva dale que te pego desde la mañana —le cuenta la madre del Regañao—. Que dice que la tarántula tiene pintada una guitarrica en la espalda y cuanto más se baile y se cante, más se la agota.

Mariano observa con disgusto, incluso siente vergüenza ajena ante el espectáculo esperpéntico de la Hilaria y la vecina metiendo bulla y dando saltos alrededor del enfermo. A su cabeza socialista le parece un disparate de mal gusto. Sin embargo, querría que no sucediera pero sucede, hay una electricidad que le sube por la planta de los pies como si le hubiera dado una garrampa. Atónito, observa cómo los pies se rebelan contra la autoridad del cerebro, no siguen las órdenes de estarse quietos, se ponen en marcha con vida propia, zapatean al son de ese compás atropellado 6/8 de la tarantela, que es más bullicio que música. Las dos mujeres danzan por la sala como posesas alrededor de la cama y el Regañao no deja de agitarse, mover la cabeza a un lado y al otro, hacer crecer las ronchas de sudor en la camisa.

Llega un vecino que trabaja en la harinera al que llaman el Pairo, le alarga a Hilaria una bota de vino y ella se echa un trago a gañote sin dejar de bailar con gestos exagerados. Se limpia la boca con el dorso

de la mano y le pasa de nuevo la bota. El hombre se echa otro trago y enseguida se le ponen los pies danzarines, empieza a moverse detrás de las mujeres en una procesión de movimientos espasmódicos. Hilaria delante, acalorada, la túnica morada sin mangas, la frente brillante de sudor, los ojos cerrados como si estuviera en trance, los brazos que al alzarse muestran la carne blanca y el vello anaranjado de los sobacos que expande a su alrededor un olor a sudor, a caléndula, a estramonio, a brasas, a pecado.

*¡La tarantela, la tarantela!*
*Salta, baila, salta*
*¡La tarantela, la tarantela!*

Le pasa la bandurria al vecino.
—Sigue. ¡Con ritmo! Y tú dale a la pandereta que la música no puede parar.

*¡La tarantela, la tarantela!*
*Gira, brinca, salta...*

Hilaria sale a refrescarse un momento a la bomba del patio. Mariano, que por fin se ha hecho con el gobierno de sus pies, va detrás.
—Ya ves que no pudiste expulsarnos de aquí.
—No pude.
—Has vuelto.
—Irse, volver. No hay diferencia.
Mariano resopla indignado.
—¿Pero qué despropósito es este?
—A los atarantados, a lo que les ha picado la tarántula, no hay que dejar que se nublen.
—¿Pero tú estás bien de la cabeza? ¡Lo que el Regañao necesita es un médico!
Ella acciona con fuerza el manubrio de la bomba. Él insiste.
—Si se ha infectado con el veneno, lo que hay que hacer es darle un antídoto.
—Eso hago.

—¡Supersticiones estúpidas! ¿A quién se le ocurre agitar así a un enfermo? ¡Se va a poner peor! ¿Qué clase de idea ridícula es esa de que la tarántula tiene una guitarra a la espalda?

Se echa agua por el cuello y se le empapa el vestido. Mariano sigue hablando aunque ella no tenga interés en escucharlo.

—¡No necesitamos curanderos sino médicos! ¡No necesitamos caciques sino maestros! Por suerte la República ya está cambiando las cosas. Muchos estamos hartos de vivir en un país de curas y charlatanes.

Mariano se da cuenta de que mientras pronuncia su discurso de altura política, la vista desciende sin que pueda o quiera evitarlo; las palabras dicen una cosa y sus ojos miran otra: la túnica mojada que se le pega a Hilaria al cuerpo. Se echa agua en el pelo y al levantar el brazo le llega el efluvio acalorado de sus axilas empapadas de sudor.

—España ha cambiado. Ya no es un país de procesiones del Corpus, amuletos y milagreros. Se está poniendo en marcha un sistema de salud pública, universal y gratuito, se va a llevar una escuela y un teatro a cada pueblo, a cada aldea, se han abierto bibliotecas y ateneos para formar a la gente humilde. ¡En este país ya no hay ni milagros ni magias! ¡Ni blancas ni negras!

Ella lo mira sin mover un músculo de la cara blanca barrida de pecas. Al callarse se ha hecho un silencio en que crece el volumen de su acúfeno y Mariano se siente confuso, irritado con esa mujer, pero sobre todo consigo mismo. Le quiere dar lecciones de moral republicana pero no puede dejar de mirarle los pequeños pezones como fresas silvestres hincadas a la ropa mojada.

Hilaria podría decirle algunas cosas. Que tenía muchos libros en su casa del norte y durante los largos días de lluvia leía *Lezioni accademiche sulla tarantola*, escrito por un médico del rey Fernando IV de Nápoles sobre el mal de los atarantados. También leyó bajo la luz de un candelabro las explicaciones del doctor don Manuel Irañeta sobre las observaciones que hizo en los Reales Hospitales del Cuartel General de San Roque donde insistía en que después de las picaduras de la tarántula no hay que dejar al enfermo caer en el sopor porque si entra en coma podría no despertar. O el tratado de otro médico y botánico francés, François Boissier de Sauvages, que hablaba de la

forma de curar mediante la música. La música agitada mantiene despierto al atarantado, se mueve, suda, expulsa la toxina. Podría haber explicado muchas cosas a ese músico que se cree muy racional pero es, como todos los racionalistas, un fantasioso que cree que la realidad es algo que se puede ver, tocar, medir, pesar, explicar con palabras. La realidad está vacía. Ella podría contarle cosas que harían que se le resquebrajasen todas las certezas, pero calla. Las palabras desgastan todo lo que tocan.

Los silencios son más poderosos que las palabras. Ahora que Mariano se ha quedado callado, está diciendo cosas. La mira intensamente, se retuerce los dedos sin darse cuenta, está turbado.

Hilaria tan solo le susurra una cosa antes de darse media vuelta:

—Tú y yo no somos tan distintos.

Mariano arquea las cejas con incredulidad y dibuja un gesto de sarcasmo.

¡Lo que le faltaba por oír! ¡Parecido él a una aprendiza de bruja de taberna! Debería responderle de manera cortante, pero le han enseñado a ser educado incluso con quienes no merecen que lo seas.

Hilaria se pierde en el interior de la casa y al momento se reaviva la música. De nuevo la letra pide con urgencia que saltemos, corramos y agitemos la realidad para que sude su verdad.

*Mamma mia, Mamma mia*
*brinca, brinca, brinca, brinca*
*Mamma mia, Mamma mia*
*la tarantela, la tarantela*

Mariano, de camino a casa, está más perplejo que enfadado. No puede evitar que le suba por dentro la levadura agria de la duda. Se pregunta por un momento si esa mujer turbia, que representa el oscurantismo y la superstición que tanto detesta, es capaz de curar a alguien con una bandurria. Enseguida desecha esa idea ridícula como si espantara moscas. ¡Tonterías! Curan los medicamentos, no la música.

Por la noche, en la cama, en el filo entre la vigilia y el sueño, resuena en su cabeza una tarantela. Algo se le agita dentro. Nota los pinchazos de lanza de la incertidumbre, el calor. Y esa fiebre.

El mosén se abrocha la sotana con los botones de la verdad. Se dispone a salir de la sacristía y poner a esa gente en su sitio porque lo sucedido con los crucifijos excede todo lo admisible. Lo saca de quicio el vandalismo dañino de esa gente que son peor que los animales, que quieren llevar el país al caos para imponer su tiranía inmoral. Está furioso. Esa gente son algo mucho peor que ignorantes porque a los ignorantes se les puede enseñar el camino recto; son destructivos, retorcidos. Son el mal. No les tiene miedo porque Dios está de su lado. También algunas personas influyentes.

Entra en el edificio de las escuelas un tornado negro que agita los faldones de la sotana por los pasillos. Abre la puerta del despacho de la directora sin llamar, de un tirón.

—Puede pasar —le dice doña Concha con sorna.

Le tiembla la mandíbula. La ira no es pecado cuando es la ira de los justos.

—¡Cómo os habéis atrevido a quitar la imagen sagrada de nuestro Señor, desgraciados!

—Esta es una escuela pública y laica.

Señala la pared con un dedo acusador.

—Por mucho que habéis querido negar a Dios, él os mira.

Doña Concha ve sobre la pared amarillenta la marca de pintura más blanca en forma de cruz que ha dejado la ausencia del crucifijo colgado ahí durante años. Deja las cartillas que estaba repasando y se pone seria.

—Hemos retirado todo tipo de símbolos religiosos en los colegios como manda el Ministerio de Instrucción Pública. Le puedo enseñar la circular.

—¡Habéis quemado los crucifijos sagrados! ¡Es una aberración!

—Aquí nadie ha quemado nada.

—No mientas. Me lo han dicho personas de bien. Te han visto hacer una hoguera con los crucifijos.
—Eso no es verdad. Son ustedes los que solían quemar en tiempos de la Inquisición.
El mosén la mira rabioso. No soporta la insolencia.
—Cristo nuestro Señor dio la vida por todos nosotros. ¡Por todos! También por los miserables comunistas como vosotros, cegados por el odio.
—Mire, páter, nosotros cumplimos la ley...
—La única ley es la de Dios y la de la decencia.
Doña Concha se encoge de hombros. El mosén está que explota de indignación.
—Nuestro Señor es recto, no tolera el mal. ¡Hará justicia!
Se da media vuelta y deja suspendida en el aire una nube de fe que tiene la densidad de la cera derretida. Ladis se cruza con él en el pasillo, pero no se percata de su furia porque tiene la cabeza en otras nubes.
Mariano está en las suyas propias. Esos días Joaquina lo nota inquieto. En la cama por las noches se agita como se agitan los caballos en la cuadra cuando se acerca el lobo. Ella se acaricia de vez en cuando el colgante de la Virgen del Pilar y la medalla de san Benito, ha echado más sal en las esquinas de la entrada, ha vuelto a consultar a la Enana de Torres y le ha dicho cómo alejar malas influencias: esparcir en viernes por el suelo de la casa flores de agrimonia, dejarlas un buen rato y luego barrerlas hacia fuera para que se lleven todo lo malo. Hay una idea que se le atraviesa dentro y la martiriza. Nunca lo va a confesar a nadie, ni siquiera es capaz de confesárselo abiertamente a sí misma: tal vez no la tema como bruja, tal vez la tema como mujer.
Hilaria ha estado esa tarde recolectando los cucos de las sabinas cerca del Acequiazo para freírlos en aceite de oliva y obtener un remedio para limpiar ulceraciones. Al regresar a la cabaña pone a hervir el caldero más grande y la cabaña se llena de un vaho de hojas de mandrágora que flotan en el agua verde y oscura, muy caliente, que arroja dentro de la tina. Se desprende de la túnica y siente cómo el vapor de hierbas abre los poros de su cuerpo y de su conciencia. Mira

a las brasas del hogar y el fuego la mira a ella.

Todo se agranda dentro de su cabeza, todas las percepciones se agudizan. Percibe un roce en el camino de la entrada a la casa, también la caída de una hoja de hibisco, una gota densa de grasa de un chorizo colgado de un gancho que cae, la pulsación muy leve del badajo en la campana de la iglesia empujado por la mano del viento, ulular de búhos, ladridos extraviados, forcejeos, leños que crujen al arder. Todo lo percibe al mismo tiempo, en el mismo latido.

Nota el aire que desplaza la pequeña mano que llega hasta la puerta para golpear con los nudillos y, antes de que percuta, sale a abrir dejando un reguero de mojado en las losas. Un muchacho con la cara castigada de granos baja el rostro perturbado por el cuerpo desnudo de la bruja y su cara se torna del mismo color rojo que los hilos de vello de su pubis. Le dice tartamudeando, con la vista fija en el suelo, que su padre está malico.

El muchacho va varios pasos delante, temeroso de tener demasiado cerca a esa bruja, preocupado porque tendrá que confesarse con el mosén. Ojalá solo le mande una penitencia grandisma de muchos padrenuestros. Las zuecas de madera de Hilaria, inusuales allí, quiebran la lámina de hielo de la rosada y al llegar al pueblo, los visillos detrás de las ventanas se mueven a su paso. Hay manos que se santiguan al verla pasar.

El dintel de la puerta es tan bajo que le roza en el pelo. En la casa huele a flores marchitas, a sebo, a enfermedad. En el interior se agita un revuelo de mujeres y hay algunos ancianos sentados en sillas que se han traído de casa dispuestos a pasar todo el tiempo que haga falta, esperando que les pongan café, aunque sea de achicoria, y algo para mojar. En la única habitación de la casa donde duerme el matrimonio y los tres hijos, el Feliciano está tumbado en la cama tapado hasta la nariz.

—Tiene muchismos temblores, el pobrecico —le dice su mujer, Faustina, la Ovejera.

Hilaria no necesita tocarlo para saber que está ardiendo de fiebre. Acerca el oído al pecho y escucha el viento que pasa a través de muchas puertas abiertas. Se le ha metido el invierno en los pulmones.

Susurra unos conjuros y busca en el bolso de rafia un frasco de vinagre. Empapa bien unos trapos y se los coloca alrededor de las muñecas, en los pulsos, y otro grande en la frente. Le pide a la Ovejera que traiga más trapos y más vinagre, que se los van a tener que cambiar varias veces hasta chuparle el calor. Y que le traiga agua hirviendo y una taza. Le prepara al enfermo una infusión con corteza de sauce blanco.

—Le das dos o tres tazas al día hasta que no tenga fiebre. Voy a preparar otro remedio para el mal del pecho.

La Ovejera ve cómo Hilaria saca unas hierbas y las pone en un majador de piedra que ha traído.

—¿Y eso?

Una de las vecinas que se ha metido hasta el dormitorio a fisgar dice que es salvia. Es cierto, pero Hilaria no asiente ni niega. Pide una cabeza de ajos. Echa varios dientes y lo maja todo. Saca de su bolsa una pequeña caja metálica redonda, echa una pizca de color azafrán y lo remueve todo.

—¿Y esos polvicos qué son, maña?

Hilaria las mira con frialdad. Sus secretos son suyos.

Las mujeres la observan con desagrado. Esa bruja de piel tan blanca es de la raza del diablo, es el mal, pero han de rendirse a la evidencia; cura a los enfermos. En cambio, Dios es la bondad absoluta, la perfección, pero envía el sufrimiento, la enfermedad, la decrepitud de la vejez, la demencia. No entienden por qué Dios daña a sus criaturas y el diablo las cura. No quieren hacerse preguntas, no quieren pensar por qué el Dios todopoderoso hizo a sus criaturas tan imperfectas, tan frágiles, tan miserables, no van a tirar de ese hilo por donde se descosen todas las certezas. Se quedan calladas, rezan, mueven entre los dedos las cuentas del rosario.

—Una taza de agua caliente, una cucharada del preparado y una poca de miel. Tres o cuatro veces al día.

Hasta que no cobren la semanada de la fábrica no tienen una perra. La Ovejera le da en pago una ristra de morcilla envuelta en papel de estraza. Hilaria la coge sin decir nada. Nunca da las gracias. Nunca pide que se las den.

Ella no come sangre, si puede evitarlo, pero en cuanto sale de la casa su perro viene como una flecha salivando abundantemente. Le da una morcilla y se la zampa como si fuera un caramelo, da vueltas alrededor suyo esperando el resto. Pero no hay más por ese día. Si se acostumbra a que lo alimenten, perderá su instinto de cazador, se le quitará el afán de buscar, dejará de ser quien es. La Ovejera la observa desde la ventana de la cocina, suspira al ver darle al perro las morcillas que ha quitado del plato de sus hijos. Los pobrecicos tendrán que cenar sopas de pan. No se fía de esa mujer. A mucha gente de Casetas le gustaría saber quién es en realidad, de dónde viene, por qué ha ido a parar a esa población en medio del secano, pero la Hilaria habla poco, la jodida. Solo dice alguna cosa cuando se emborracha.

La Hilaria sabe que es mejor que no sepan mucho de ella. Lo ha visto en las brasas: un día algunos de ellos, incluso algunos a los que ha curado, la perseguirán. Hace rato que se han borrado las estrellas y empiezan a caer unos goterones muy fríos. Los saluda alzando los brazos. Si de verdad tuviera que explicar de dónde viene, tendría que contarles que viene del lugar donde se forma la lluvia.

Afuera ha empezado a llover y las gotas tabletean sobre las tejas. Mariano alza los brazos y, al bajarlos, dentro del almacén nace la música, primero lenta, poco a poco; después, más briosa. El señor Lezcano siempre ataca tarde, pero como ya lo da por imposible, le da la entrada un segundo antes de lo que toca y así va al punto.

Joaquina le cuenta que el mosén sigue lanzando puyas en el sermón de los domingos contra las mujeres que quieren ser como los hombres, que se ponen pantalones y les quitan el trabajo a los cabezas de familia.

Pili es bajita pero tenaz. Es tozuda en su sueño de ser bibliotecaria. No se pierde ni un ensayo ni una salida de la banda; su padre le da permiso porque es de la CNT y no traga al cura con sus prohibiciones santurronas. Aunque cuando se encuentra con alguno de la banda por ahí le advierte muy serio que si le pone una mano encima a su hija se la cortará con el hacha.

Ladis esos días ha estado ayudando a María y la otra maestra nueva, Filomena, todos la llaman Filo, a atornillar armarios, poner lámparas y

acomodarse en las habitaciones del bajo del edificio destinado para ellas. Algunas tardes se hace el encontradizo con María al terminar las clases o se acerca donde las dos toman una soda en la terraza de una cafetería elegante que ha abierto al lado del cine. Es un local que no apesta a vino derramado y las mujeres solas pueden ir a tomar algo antes de que anochezca sin que resulte escandaloso. Tan absorto está en pensar en María a todas horas que incluso ha dejado de ir tan a menudo al local de los socialistas a arreglar el mundo. No se pueden amar dos cosas al mismo tiempo.

Van en la camioneta, un poco apiñados, camino del barrio de Miralbueno, a las afueras de Zaragoza. El Casa Grande va contando una anécdota que le pasó en Pinseque para las fiestas en la casa donde lo llevaron a comer.

—Primero de todo, sacaron el pan recién hecho. Y buenos trocicos que me comí pa ir haciendo asiento en las tripas, que traía un hambre canina. La señora puso sobre la mesa un caldero de judías pintas más bien viudas, con tres trozos de zanahoria y una cabecica de ajos flotando. Y pensé: ¡Me cagüen! Me comí una cucharada y estaban más duras que los pies de Cristo. Pero cuando ya me había resignado a empujarlas pa dentro con medio pan, escuché del fondo de la casa al marido que preguntaba: «¿Saco ya el pollo?». Y la mujer: «¡No, espera un poquico, que no ha acabado este señor!».

—¿Y qué pasó, pues?

—Que al oír mentar el pollo se me abrieron los ojos como ruedas de carro. Aborrecido estaba de judías todos los días en casa, así que no iba a ser tan simple como para hincharme habiendo pollo. Llamé a la señora y le dije que ya podía retirar las judías y puso cara de extrañada pero se las llevó a la cocina sin rechistar y le gritó al marido que ya podía traer el pollo. Y aparece el marido con una caja de madera con un pollico vivo y lo suelta sobre la mesa. El animal picotea las migas que habían caído en el mantel, el gacho lo vuelve a meter en la caja y adiós muy buenas. No dije nada pero por dentro empecé a cagarme hasta en el Espíritu Santo. Llamé a la señora y le pregunté muy educado si esas que había servido antes eran judías o judíos. «¿Pues qué van a ser? ¡Judías del Pilar!», me dice. «¡Pues si es que no me di cuenta! ¡Entonces traiga pa aquí el caldero, señora, traiga!»

Unos se ríen y otros, no tanto.

—En cada sitio al que vamos nos prometen grandes banquetes y las más de las veces resultan cazuelas de nabos, pataticas y coles.
—¡Pues qué os creíais, maños! —eleva la voz uno de los trompetas nuevos a cuya familia llaman los Trillos—. Os pensabais que con la República esto iba a ser el país de Jauja. Pues nos la han metido dobladica los Radicales, los Socialistas, la CEDA y la Meca. ¡Todos a robar y a llenarse los bolsillos! Y huelgas por todas partes, que vamos a ir a la ruina: los camareros, los del metal, los ferroviarios, los de la cerámica, los de la construcción... aquí no trabaja ni San Pedro. En este país hace falta mano dura o se va todo a tomar por el culo.
—¡Déjate de mano dura ni hostias, que bastante nos han puteado a los obreros! —le salta el que toca el trombón—. Gracias a la República...
—¿Gracias de qué, desgraciao? Mucha República pero tu mujer, igual que la mía, van a comprar al fiado porque si no, ¿sabes qué ibais a comer con tanta República? Lo que se comió Clavijo: ¡la punta del pijo!
Mariano, en la cabina, junto al Trapala de chófer, está metido en sus pensamientos. La banda se ha ido consolidando a medida que se han ido incorporando los nuevos y ahora tiene tantas propuestas de gente que quiere ingresar que ha tenido que cerrar el cupo porque no da abasto de dar clases de solfeo, de instrumento, los ensayos... Ve pasar los campos con el maíz crecido y la cebada con el pelo largo. Crecen como están creciendo sus hijas.
Todo va bien. Pero algo no va bien. Es esa agitación que no le deja dormir.
Los músicos llegan a Miralbueno con el sol todavía perezoso y han de caldear la mañana. Cuando irrumpe el camión con los músicos por el Portazgo, el Trapala pulsa el claxon para despertar al barrio, pero mucha gente ya los está esperando en las calles adornadas con guirnaldas de papel, e incluso algún petardo explota para darles una bienvenida ruidosa a sus fiestas de San Lamberto.
Enseguida se sitúan en formación, con el tambor y los dos bombos delante, para pisar fuerte. Y enseguida empiezan el recorrido por donde les indica un empleado municipal que va delante, un alguacil tan encorvado y tan viejo que no saben si llegará vivo al final de la

ronda. Pero no solo no se muere sino que a media calle, en vez de caminar, baila.

—¡Ha resucitau, el hijoputa! —chilla el Regañao.

A Mariano, que va delante dirigiendo, le gusta que esas marchas militares para tiempos de paz suenen al paso ligero, que también llaman redoblado, un compás 2/4 de 120 pasos por minuto. Van dejando atrás una estela de notas risueñas y los niños que siguen la comitiva las atrapan al vuelo como si cogieran caramelos.

Sudan con la marcha aunque el calor no aprieta y al acabar no faltan botijos de agua fresca con sabor a barro, aunque tienen más éxito las botas de vino, que les llegan rollizas y al pasar de mano en mano se van quedando en cueros. Mariano no les deja empinar mucho, no quiere que se pongan piripis antes de la sesión vermut, el momento de lucimiento de la banda.

Dirige batuta en mano en la sesión matinal de la plaza de la Constitución. El Trapala no se adelanta, el Casa Grande que siempre está de choteo ataca con seriedad el pasodoble, el jovencísimo Dámaso sostiene la trompeta con delicadeza, hasta el Badana parece que ve mejor la partitura numerada con sus ojillos de topo y Jerónimo, muy concentrado en el nuevo saxofón tenor que se ha comprado con las pagas de la banda, no pierde hilo.

Ya tienen por la mano el repertorio, con mucho pasodoble, zarzuela y algún sainete lírico de Amadeo Vives e incluso alguna pieza de Wagner arreglada, como la *Marcha solemne*. Han incorporado también al repertorio *El carnaval de Venecia* de Paganini y cuando la tocan ve que Dámaso tiene los ojos cerrados y se sonríe como si fuera en góndola por el gran canal. El Regañao pone el ojo nublado mirando a la torre de Utebo y no falla una nota, hasta el Mudo entra bien con el acompañamiento de clarinete. Al final hay un aplauso estruendoso y vivas a la República.

Dámaso y algunos de los más jóvenes de la banda participan en la carrera de cintas de la tarde con bicicletas prestadas. Al rosario que sube hasta la ermita también se suman algunos. Para el baile de la noche hay una orquestina que toca *El manisero* de Antonio Machín e incluso alguna de esas composiciones movidas del americano Bing

Crosby, que a la gente mayor les ponen la cabeza loca y protestan agriamente porque la música de verdad son los chotis y los pasodobles. Pero los jóvenes se ríen y piden para bailar a las mozas, que se hacen de rogar lo justo.

Al día siguiente han de tocar nuevamente diana, que hay en el programa muy temprano la carrera pedestre de pollos. El alguacil viejísimo parece un fósil alegre y va informando con una bocina en forma de embudo que el ganador se llevará un premio de tres aves, sin especificar. El Casa Grande dice que a ver si van a ser tres cuervos. Después llega la carrera de entalegados, con las piernas metidas en sacos de arpillera y los mozos saltando y cayendo aparatosamente rodando por el polvo. Ese día les toca amenizar con abundantes pasodobles una novillada descafeinada y Miralbueno los despide con saludos risueños de los mozos y algún guiño de las mozas, incluso alguna ristra de longaniza que el Casa Grande se pone por el cuello como si fuera un collar tropical. Regresan a Casetas ya de noche, pensando en la madrugada del día siguiente para ir a las fábricas, al molino o al campo.

Pero Mariano todavía tiene algo pendiente, un hilo tenso que al final lleva un anzuelo que se le ha clavado y tira de él hacia lo oscuro. Por eso después de acostar a las niñas con una nana y contarle a Joaquina las anécdotas del viaje mientras ella pone y quita los platos de la cena, cuando ya ella duerme y se ha hecho el silencio, se adentra en la noche.

A esa hora del silencio Casetas se enrosca, se acurruca al calor de la lumbre, se cierra como una almeja que arropa un insignificante grano de arena. Mariano agarra el clarinete como si fuera la vara del zahorí y lo pudiera guiar hacia lo que no se ve.

Los remolinos de polvo que forman las ráfagas que vienen del Moncayo suben y bajan. Hace mucho frío para estar al final de la primavera. Es como si ese año el invierno no quisiera irse. Las espigas de la cebada que se plantó en otoño bisbisean. Algo se agita dentro de él como un pájaro con el ala rota.

Hace tiempo que no recorre ese camino y duda al tomar el sendero del cañaveral. Piensa que si se despista en esa oscuridad podría desviarse hasta la sima, que no queda lejos, y caer. Hay ráfagas que mueven la noche y las cañas susurran. Se mete en la oscuridad por el sendero que cruza entre las cañas y enseguida sabe que es ahí. Lo guía el olor a la caléndula que florece a final del invierno y que ahora flota en una marmita que hierve en la madrugada. Sin darse cuenta, como hacía de pequeño para espantar el miedo, ha empezado a canturrear. Le viene a la boca la zarzuela *Doña Francisquita*.

*Por el humo se sabe*
*dónde está el fuego.*

No ve al perro lobo pero el perro lo ve a él. Levanta las orejas un momento. Mariano llega hasta la puerta y duda. Suspira. Siempre duda. Es ateo pero le parece estar ante la entrada del infierno.

El infierno tiene muchas puertas y todas conducen hacia dentro de nosotros mismos. Finalmente, llama suavemente y la hoja de madera cede al empuje de su mano. La puerta está abierta. Se pregunta si ella lo está esperando.

Hilaria está sentada en la banca de madera que ha hecho con sus

propias manos. Viste su saya de color morado de la que sobresale su cuello largo, blanco, calado de pecas, con un amuleto redondo en forma de laberinto sobre el escote. Tiene un libro muy viejo abierto encima de la mesa, junto a un majador metálico y un puñado de hongos de color púrpura. De donde ella viene, al cornezuelo del centeno le llaman cornecho. Ha de ser tratado con cuidado, puede ser bueno para el temblor de las manos o la migraña, incluso para provocar el parto, pero es muy tóxico si la dosis no es precisa; puede llevar a alucinaciones bestiales, convulsiones, incluso la gangrena de los pies y las manos, eso que llaman el Fuego de San Antonio.

Hilaria no levanta la cabeza, sigue colocando hongos oscuros en un cierto orden en el fondo del almirez. Mariano se detiene delante de la mesa iluminada con velas que arrojan un poco de luz y muchas sombras. Las brasas emanan un humo espeso de leña quemada y tomillo que le produce una sensación de ahogo.

Después de depositar los granos de cornezuelo en el cuenco, se relame a conciencia los dedos y nota en la lengua el sabor agrio de los alcaloides. Él observa con demasiada atención el dibujo fino de sus labios, su lengua rosada, las constelaciones de pecas.

—¿Por qué has vuelto? —le pregunta Mariano carraspeando, incómodo, medio ahogado.

En el país húmedo de donde ella viene, el grano y la hierba seca se almacenan en templetes rectangulares levantados con pilotes sobre el suelo, las noches de luna aúllan los lobos, las preguntas se responden con preguntas.

—¿Por qué has vuelto tú?

Mariano se agita incómodo. Para no tener que responder, se abre el abrigo, saca su reloj estropeado del bolsillo y mira inútilmente la hora. El tiempo se ha detenido.

Ella lo mira fijamente.

—¿Quieres saber qué me ha traído de vuelta a Casetas?

Mariano asiente.

—Me ha traído el destino.

Él se agita incómodo.

—El destino no existe. Nosotros somos nuestro destino, nosotros

decidimos.
—¿Tú decidiste nacer?
Mariano se peina el pelo hacia atrás con impaciencia. Hilaria no se queda a escuchar la respuesta. Necesita un poco de agua pura y se levanta para ir a buscarla afuera. El relumbre que sale por la ventana ilumina tenuemente el patio enmarañado y Mariano la sigue hasta la bomba. No le gusta dejar las preguntas sin respuesta.
—¿Cómo va uno a decidir nacer o no nacer? ¿Qué clase de pregunta es esa? Nacer es un hecho biológico, estadístico, podríamos decir. Uno empieza a decidir cuando madura el cerebro y desarrolla la conciencia.
—Entonces, ahora tienes conciencia y puedes decidir.
—Eso es.
—¿Has decidido envejecer? ¿Has decidido enfermar? ¿Has decidido que vas a morir?
Mariano se incomoda.
—Mezclas unas cosas con otras. ¡Eso de la predestinación es un cuento chino!
—Te irritas...
—Porque predicas lo mismo que predican los curas: que los pobres están predestinados a ser pobres y los ricos a ser ricos, los fuertes han de ser explotadores y los débiles han de ser explotados, no se puede cambiar nada porque todo está escrito. ¡Que sufran los que siempre han sufrido porque eso es lo que quiere Dios o el destino! Engañáis a la gente para que sea dócil. Los condenáis a la miseria generación tras generación.
—El río.
—¿Qué río?
—El río te lleva. Eso es todo.
—No te entiendo.
—No puedes salirte del cauce, no puedes retroceder, siempre irás al mar.
—Esa es la excusa perfecta para todos los que abusan de sus privilegios y machacan al débil. Decirles que es su destino y no se puede cambiar. ¿No nadan los salmones contra la corriente?

—Y al hacerlo, mueren. El tiempo es un río que no podemos remontar hacia atrás. O eso decís los racionalistas, ¿no es así?
—Entonces, si todo está predestinado, es indiferente lo que hagas o por qué luches, da igual que te esfuerces o no. Todo da igual.
Hilaria siente que los restos de cornezuelo que se ha chupado con los dedos están abriendo agujeros alucinados en las murallas de su conciencia. No querría hablar tanto, pero las palabras se le escapan.
—Tú no puedes cambiar el camino que vas a recorrer, pero en ese camino tú sí puedes decidir si caminas recto o encorvado, si pisoteas una flor que crece en el suelo o la rodeas para no dañarla, si compartes lo que tienes con el que camina al lado, si por donde pasas lanzas una antorcha para que todo arda o una semilla para que algo crezca.
Hilaria acciona la mano de la bomba con su chirrido de artefacto y el agua empieza a brotar. Tiene unos brazos esbeltos pero fuertes.
—Nunca me has dicho por qué quisiste echarnos de aquí.
No le contesta. Se limita a seguir bombeando agua.
—Llegué a pensar que estabas mal de la cabeza, pero igual no estás tan loca. He leído que muchos medicamentos que usa la medicina moderna para curar se obtienen de hierbas. Pero eso de curar con la música..., eso sí que no puede ser.
—La música es mágica.
—¡Ya estamos con esa retórica! Cuando escuchas a Johann Sebastian Bach te das cuenta de que era un arquitecto: cada pieza encaja perfectamente, puedes saber cuándo vendrá con total exactitud el siguiente punto culminante de una de sus obras igual que sabes dónde estarán situadas en el plano las paredes maestras de una casa. La música se basa en las matemáticas. Un compás 2/4 se repite de principio a final de manera perfecta. Todas las composiciones se basan en la geometría del ritmo, en la repetición precisa. Hay una prueba impepinable de que la música y las matemáticas son la misma cosa: ¡los niños, para memorizar la tabla de multiplicar, la cantan!
—Las matemáticas son conjuros.
—¡No digas pamplinas!
—Los números no existen en la realidad material, tan solo en la

mente. No hay sumas y restas nadando en los ríos, no hay raíces de árboles que sean cuadradas, no hay números que crezcan en los campos. Crecen en la conciencia.

Hilaria nota expandirse los alcaloides en su cerebro, ve hileras de números que se dirigen a través de inmensas praderas hacia una ciudad de cúpulas y pináculos en forma de ceros y unos.

—A mí no tienes que hacerme el cuento de la bruja de que todo es mágico y esas mandangas. ¿Tú sabes de dónde surge la música?

—¿Y tú?

—¡Claro que lo sé! Sé que todo es una vibración del aire que genera una onda sonora. Ciencia pura.

—¿Y desde cuándo una volada de aire cambia el estado de ánimo de la gente?

Hilaria acciona la bomba y mira absorta el chorro que llena el cubo y rebosa sobre la pileta.

—Una noche de domingo se me apareció en una costa del norte un juglar que escribía con un lápiz menudo las historias que iba recitando de pueblo en pueblo. Tenía un pelo rizado de príncipe perdido. Me contó su secreto: para emocionar a los demás hay que escribir emocionado. Un músico, para emocionar ha de tocar emocionado.

A Mariano también le ha atrapado la mirada el agua que mana del pozo, el remolino que se forma hacia lo profundo. Trata de aferrarse a los argumentos racionales porque si abandonas el sendero de la lógica puedes extraviarte.

—Yo no te digo que no haya que sentir la música, pero una pieza musical requiere destreza, requiere repetición, requiere cálculo...

—No es nada sin la emoción.

Ella vuelve a accionar la bomba solo para ver cómo algo brota desde lo profundo.

No hablan, están en medio del silencio atronador de los campos en la noche, el acúfeno de sus oídos debería convertirse en un aullido interminable. Pero no hay pitido alguno en su cabeza. El murmullo del agua tiene el poder de anular el quejido de su nervio auditivo, de mostrarle el verdadero silencio.

—¿Entonces, de dónde crees tú que viene la música?

Ella lo mira.
—¿Tú en qué crees?
—Yo creo en lo que veo.
—Hace un momento aquí solo había un caño oxidado, una pileta seca y un cubo vacío. Ahora hay un cubo que rebosa agua fresca.
—No hay nada raro en eso. Hay un acuífero, una poceta bajo tierra.
—Solo ves tierra y una bomba metálica. Tú no puedes ver ese acuífero, pero crees en él. El agua del cubo ha nacido del esfuerzo de darle a la manivela y de la fe en que existen pozos subterráneos que no podemos ver. La música nace del esfuerzo del músico y de la fe en que brotará el agua.
Entran en la casa y Mariano la observa con atención mientras vierte un poco de agua en el almirez muy poco a poco. Se acerca a ella. En realidad, no tiene los ojos blancos, de cerca distingue el tenue contorno de una pupila de un azul tan lavado que de lejos parece blanca.
—Estamos de acuerdo en que la música es fabulosa, pero hay que ser realistas, solo es una melodía. No cura ni salva a nadie. No puede hacer que un brazo roto se suelde al hueso ni que un hígado con cirrosis se ponga bueno.
—Ninguna hierba cura todos los males.
—¡Desengáñate! Nadie cura con la música.
—Tú lo haces.
Mariano abre mucho los ojos y sus cejas gruesas se arquean.
—¡Yo qué voy a curar! Solo soy un triste clarinetista.
—Cuando tú tocas en mitad del silencio de la noche, la gente llora.
—¡Pues vaya cosa! Claro que la música te puede emocionar, pero de ahí a curar va un trecho.
—Llorar despacio cura. Yo lo sé. Todas las brujas lo sabemos: curan las cosas que llevan sal. El sudor, las lágrimas, el agua de mar.
Mariano siente que, en algún recodo del laberinto que todos llevamos dentro, tal vez la crea.
—¿Sabes? Yo nunca he visto el mar. —Y al decirlo siente una rara nostalgia, como si se pudiera echar de menos lo que nunca hemos conocido—. Para este verano hay muchas actuaciones apalabradas de

la banda, pero cuando pase la temporada, antes de que se eche el frío, me tomaré una semana de vacaciones y me iré con Joaquina y las niñas de viaje a la costa de Cataluña, a Tarragona, y veremos el mar.

Ella vuelve a trabajar en su preparado de cornezuelo y machaca los hongos en silencio. Mariano va a decir algo más, pero decide no hacerlo. Le incomoda sentir esa agradable intimidad al lado de esa mujer rara. Los dedos de Hilaria son largos como los de los pianistas, no puede dejarse atrapar por ellos. Ha de irse de esa cabaña enseguida, antes de que ese humo denso de la combustión lenta le asfixie la cordura.

Al irse hacia la puerta murmura un «buenas noches» que no tiene otra respuesta que el percutir de la mano metálica del mortero sobre el cuenco del almirez.

El mar…

Ella sabe que nunca hará ese viaje.

El Centro Instructivo de Casetas, que para abreviar lo llaman Casino Republicano, cuenta con biblioteca y se organizan charlas o se reúnen los del sindicato azucarero. La cafetera hace un ruido de locomotora y nunca falta alguien con quien echar la partida o armar una tertulia.

Algunos días, antes del ensayo, Mariano se para a tomar un café con leche y ojear la prensa. A veces se encuentra ahí con Jerónimo enfrascado en el periódico, no porque sea socialista, que a él la política dice que ni le va ni le viene, aunque a los de derechas no los traga, sino porque en el Casino Republicano dejan los diarios gratis.

Hoy Mariano tiene una cita. Ha quedado ahí con Alfonso Sarría, un casetero hijo de una familia de labradores que ha llegado a primer teniente de alcalde del Ayuntamiento de Zaragoza. Allí pelea por mejorar la situación de salubridad y servicios del barrio y ya ha conseguido que se haya abierto una escuela de párvulos. Saluda a Mariano muy efusivamente. Trae bajo el brazo su propio ejemplar del *Heraldo de Aragón* y lo abre delante de él con alegría.

—¡Mira qué reseña, Mariano! ¡Os estáis haciendo famosos!

El texto sobre las fiestas en la Alfocea de la Virgen Santísima del Rosario explica que «la banda de música de Casetas, que tan acertadamente dirige don Mariano Lozano, ha cumplido muy bien su misión, lo mismo actuando en la iglesia que interpretando su lucido repertorio en calles y plazas. Por tal motivo, los jóvenes músicos han logrado muchos y merecidos aplausos».

Mariano asiente un poco incomodado.

—¡Qué poco expresivo eres! —le dice risueño.

—Si es que lo que hacemos son solo pasacalles y cuatro cosas.

—Estáis en todos los festejos importantes y todas las reseñas en la prensa son de sobresaliente.

—Todavía hemos de mejorar mucho, Alfonso.

El primer teniente de alcalde de Zaragoza, que allí es un vecino más, lo mira con afecto.
—La humildad es la cualidad que más aprecio en una persona. Por eso he venido a pedirte que seas el nuevo alcalde de Casetas.
—Es una broma.
—¡Pero qué va a ser una broma! Tú eres el alcalde suplente. Y ahora que Felipe no va a seguir, es tu turno.
—Eso es imposible, Alfonso. Yo no sé dirigir un ayuntamiento.
—Uno que sabe dirigir una banda sabe dirigir cualquier cosa.
—Yo solo soy un músico. ¿Por qué no buscas un abogado que sepa de leyes?
—¡Estoy hasta los cojones de abogados! Quiero gente que no esté metida en un despacho fumando puros y bebiendo copas de coñac a cargo de la República. No quiero teóricos metidos en botes de conserva dando discursos de ateneo. Quiero alguien que esté con la gente, que vaya por los pueblos y conozca la realidad de Aragón como haces tú con la banda, que sepa dirigir pero que, sobre todo, sepa escuchar.
—¿Y por qué crees que yo iba a saber escuchar?
—Los músicos tenéis buen oído.
Sarría tiene una frente algo más que despejada y unos ojos sinceros. A Mariano le gusta, confía en él.
—Yo no sé mandar, Alfonso.
—Diriges una banda. Yo soy de aquí, conozco a cada uno de la banda como si lo hubiera parido. El Pericas, el Regañao, el Casa Grande... son buena gente, pero unos brozas con la cabeza más dura que un adoquín.
—Un ayuntamiento es otra cosa.
—En España está todo por hacer y nos faltan manos. No tenemos gente, Mariano. Te necesitamos.
—Es mucha responsabilidad.
—Son tiempos de coger el toro por los cuernos, no hay otra. Mañana voy a Madrid para elevar al Parlamento la petición de que no se cierre la azucarera de Casetas que da de comer a tantas familias.
—¿Crees que podrás convencerlos?

—Si hace falta, me bajaré de la tribuna y los cogeré por el pescuezo, pero te juro que la azucarera no nos la van a quitar.
Mariano no puede decirle que no a alguien que ha puesto en marcha un padrón sanitario para que toda la gente, sin distinción de clase social, tenga acceso a la atención médica gratuita, que ha conseguido en la Alfocea que los vecinos no tuvieran que pagar un arriendo por unos terrenos, que en Mezalocha ha logrado que pudieran coger esparto y leña del monte común e incluso se ha enfrentado al poderoso duque de Costrino para que las tierras comunales que había ido quedándose volvieran a manos municipales para ser repartidas.
Sarría extiende su mano huesuda.
—Quiero ser el primero en dar la mano al próximo alcalde de Casetas.
La conversación es más agitada a unos cientos de metros, en la taberna del Eligio. Hay en el suelo un barrillo de serrín y vino derramado. Las voces rebotan en las paredes con la acústica de un circo romano. En la puerta un perro que mira como un lobo espera tumbado con las orejas puntiagudas siempre alerta. Dentro hay un ruidoso grupo de electricistas de Garrapinillos que ha venido a montar la nueva central de teléfonos y celebran el final de la jornada con unos caracoles con guindilla y vino abundante. En la mesa del fondo está la Hilaria con una botella de cazalla.
Los electricistas de Garrapinillos se han girado hacia ella con poco disimulo, hasta la señalan con el dedo y uno explica esas historias retorcidas que se cuentan de ella. Al poco, uno se acerca a su mesa de manera teatral y se le planta delante.
—¿Es verdad que tú puedes ver al diablo, maña?
Ella ni lo mira.
—¿Es que a más de bruja eres sorda u qué?
El tono impertinente hace que se vuelva hacia él muy despacio, con más cansancio que interés. Es un hombre fornido, incluso atlético, de cerca de cuarenta años, con un buen cuerpo y una de esas narices anchas muy varoniles.
—¡A ver! Dicen aquí que eres bruja, pero yo no me lo creo.
Se ha hecho un silencio absoluto y las cabezas debajo de las boinas se han girado hacia su rincón. Todos están expectantes a ver cómo acaba

ese fanfarrón de Garrapinillos. Lo cierto es que a él no le gustan nada la mirada en blanco de esa mujer demasiado delgada, ni miaja; de buena gana regresaría a la barra, pero ya no puede recular porque los compañeros lo miran y hasta le hacen gestos con la barbilla para que no se arrugue, así que insiste con chulería.

—¡Que te pregunto si has visto al diablo, rediós!

A Hilaria la media borrachera le afloja la lengua.

—Todos podemos verlo.

—¿Y dónde está, pues?

—Más cerca de lo que piensas.

Un murmullo recorre la taberna y luego se hace otra vez un silencio que solo rayan las aspas del ventilador del techo. Alguno recuerda que el último impertinente que se metió con la Hilaria acabó con la mano clavada a la mesa.

—¡Patochadas, maña!

—Tú también puedes ver al diablo.

Él pone los brazos en jarras.

—¿Y cómo, si puede saberse?

Hilaria sin alterar el gesto saca de entre los pliegues de su túnica una pequeña cajita redonda de madera y la deposita en la mesa.

—En esta caja está el rostro del diablo. —Y como él extiende la mano, ella le advierte muy seria—: Piénsate antes de abrirla si quieres vivir para siempre habiendo conocido la cara de Satanás.

El electricista fortachón vacila un instante, mira a sus compañeros que aguardan expectantes en la barra y, finalmente, toma la caja de madera. Levanta el pequeño pestillo metálico, la abre y es tan pequeña que para ver lo que hay dentro ha de acercársela mucho. Nota el olor a podrido del azufre y lo que ve en el interior es un recuadro rectangular con un rostro en penumbra que lo mira con una mezcla de mezquindad y asombro. Es su propia cara reflejada en un pequeño espejo.

Cierra la caja de golpe y la deja sobre la mesa, visiblemente alterado. Se da media vuelta y les dice a sus colegas que paguen y se larguen de una vez, que en ese pueblo no hay más que locos.

A Mariano eso de ser alcalde le parece una locura, pero para cambiar

el país todos han de arrimar el hombro. Acepta la alcaldía pero le pide a Alfonso Sarría poder seguir como director de la banda.

Ladis está loco por María. En vez de repartir octavillas revolucionarias se planta en la escuela en la entrada del ala de las niñas y reparte flores. Cuando llega María le entrega su flor con devoción y ella mira a los lados para ver si sus alumnas se han dado cuenta de que tiene las mejillas encarnadas.

Esa tarde Ladis la invita a ir al cine. Es un paso importante; ir en pareja al cine es casi como ser novios. Ella vacila.

—¡Ponen *El expreso de Shanghai*!

María lo mira con los ojos muy abiertos, como asustada.

—No debes recelar, que yo soy un caballero. —Y aunque lo dice risueño, para que le siga la broma, ella permanece seria.

—Otro día, quizá.

Entonces es él el que se queda apesadumbrado.

—No te gusto. Tú eres muy guapa y yo... no paso del montón.

—¡Eres un chico guapo y encantador, Ladis!

—¡Entonces, te gusto! ¡Vámonos a ver *El expreso de Shanghai*!

—Mejor que no, Ladis.

—María, dime la verdad, ¿tienes novio?

—¿Novio? ¡No! ¡Para nada!

—¿Entonces?

—¡Es muy tarde! Me esperan para las clases de repaso.

Y se escurre como un pez.

En el despacho de la alcaldía, lo primero que hace Mariano es descolgar el crucifijo. Cuando baja al almacén a ver a los de obras todos se quitan las gorras de trabajo con respeto. En la cuadrilla han comentado mil veces aquel día ya lejano en que fueron a tocar instrumentos que no sonaban y la gente, pobrecicos ignorantes, hasta los aplaudieron.

—A ver si ahora que es usté alcalde nos va a cambiar el pico y la pala por trompeticas, don Mariano.

Mariano sonríe. Les pide que le pinten la pared del despacho, sobre todo para eliminar esa sombra de la cruz sobre la pared, para borrar sombras. También pide que se lleven al almacén municipal la mesa de caoba que usaba don Lorenzo y la silla de respaldo alto tapizada en rojo que parecía un trono. El secretario trató de disuadirlo diciéndole que le daba altura institucional y Mariano siguió replicando que eran demasiado lujosas; tampoco sirvió que le dijera que ya estaban pagadas, y si las quitaba del despacho tendrían que comprar otras nuevas y gastar dinero. Mariano zanjó la cuestión diciendo que no se iba a comprar nada, que le pusieran una silla cualquiera de las que había en la entrada de la alcaldía para que esperasen las visitas y una de las mesas viejas del almacén de obras donde ensayaban, que quitándole el polvo ya valía.

La tarde que los dos empleados de obras van a tomar la mesa del almacén para subírsela, los ven salir por la puerta el Casa Grande y el Regañao, que hacen la ruta del bar La Rosa al tugurio del Eligio.

—¿Ande vais tan cargados con ese pispajo?

—Es la mesica pa don Mariano.

Los dos músicos miran con aprensión la mesa: telarañas colgando, la madera reseca, rayada, mugrienta, con agujeros de carcoma.

—¡Me cago en Dios, maño! ¡Pero si es un zarrio!

—Es lu que nos ha pedido el señor alcalde.
—Dejad ese pingo dentro del almacén ahora mismo.
Los empleados municipales se miran entre sí, indecisos.
—Somos de la banda.
Ser de la banda se ha convertido en Casetas en un título de importancia. Es la gente de confianza de don Mariano. Hacen que sí con la cabeza y vuelven para adentro con la mesa.
—Perded cuidao, que se la subiremos nosotros al maestro.
Los de obras se encogen de hombros y se van, aliviados de no tener que cargar hasta arriba con el trasto.
El Casa Grande se va a buscar al Pintado por todo Casetas para pedirle lija, barniz y pinceles. De primeras, atareado como está en pintar una reja donde la central de teléfonos, lo manda a tomar por el culo. Pero en cuanto le dice que es para el maestro, el Pintado deja lo que está haciendo y le dice que él mismo se encarga de la mesa, que para algo es profesional de la brocha.
Se pasan la tarde entera en el almacén lijando y dándole manos de barniz. Uno de obras lo cuenta en la taberna del Eligio mientras se come un puñado de olivas negras escachadas con un vaso de vino y el tam tam se pone en marcha.
Aparece por el almacén el Badana a traer tabaco de picadura y papel de liar.
—En todos los tajos se fuma, maños.
Aparece el señor Lezcano a meter el bigote y poner pegas.
—Os han quedado unos churretes de barniz. ¡Mira que sois parejos!
Aparece el Dámaso.
—¿Y yo qué puedo hacer?
—Acercarte al bar a traer una frasquica de vino —le dice el Regañao—. Que de lijar se me ha metido el polvillo en la garganta.
—¿Y quién paga, pues?
—Dile que me lo apunte.
—¡Que lo apunte en una barra de hielo! —le dice el Pintado mientras da otro repaso.
Aparece la Pilica con un frasco y una bandeja de encanelados que huelen a gloria.

—¡Cuánto bueno por aquí! —se exclama el Casa Grande.
—Hala, comed algo, que así estáis un ratico callados.
Se acerca a mirar las patas.
—¡Mira que sois brozas! Me lo barruntaba. Estáis pintando sin matar la carcoma.
—El barniz las deja muerticas.
—No tenéis conocimiento.
Con una jeringa que carga en el frasco que ha traído, empieza a meter veneno anticarcoma en cada uno de los agujeros y sale un pequeño surtidor de serrín. El Tiñoso va poniendo un poco de masilla y barnizan de nuevo.
La mesa pesa lo suyo y al querer cogerla entre todos para sacarla por la puerta, tropieza en el marco.
—¡La vais a desgraciar! —les chilla el señor Lezcano.
Entonces aparece el Mudo medio gruñendo. Les hace un gesto con las manos para que se quiten. Agarra él solo la mesa y la saca afuera.
Al final está allí la banda completa. Solo falta el Jerónimo, que dice que está mal de los riñones, y el Trapala, que el capataz lo tiene enfilado y no ha podido salir del turno en la fábrica.
Cuando suben por las escaleras con la mesa agarrada en volandas entre todos, parecen una cofradía de costaleros en Semana Santa. Mariano se ha quedado a trabajar hasta tarde en unas memorias que le han pedido en Zaragoza, que en una alcaldía todo es papeleo. Al oír el barullo se asoma y, al ver subir la procesión con su mesa a cuestas, brillante, como nueva, entra corriendo a tomar el clarinete y empieza a tocar unas improvisaciones. Los de la banda empiezan a bailotear por el pasillo con la mesa encima.
—¿Y esa música es del señor Betoven, maestro?
—Es una música que inventaron en América los negros, que nacen con el ritmo en la sangre. Se llama jazz. Voy a montar una banda en otoño para quien quiera apuntarse.
Empiezan a levantarse tantas manos que casi se les cae la mesa.

En el Casino Republicano se empieza una partida de guiñote a las seis y a las nueve de la noche no ha terminado. A cada momento, la conversación interrumpe el juego. Se debate la huelga de la metalurgia, los rumores de conspiraciones golpistas entre los militares desplazados en el norte de África o el encarcelamiento del líder de Falange, esa agrupación fascista que usa camisas azules como uniforme.

—Todos los fascistas a juicio.

—Ni juicio, ¡a la cárcel directamente!

—¡Al paredón!

Las voces son altas, las frases, cortas, no hay tiempo de elaborar ideas largas, los que quieren poner matices son blandos, son tibios, son sospechosos. Estás conmigo o contra mí. Hay que aplastar el fascismo como se aplasta la colilla de un cigarro antes de que te abrase los dedos. Europa se está llenando de brazaletes, himnos y pistolas. De camisas azules oscuras, de cruces gamadas.

—En Alemania manda un cabo.

—En Italia el papanatas ese se hace llamar mariscal pero en el ejército tampoco pasó de cabo.

—En España tenemos que atar cortico a los militares, que este es un país de cabos chusqueros disfrazados de generales.

Los periódicos tienen el tamaño de manteles, pero no les caben en las páginas todas las broncas en el Parlamento, todas las huelgas, manifestaciones y contramanifestaciones.

A veces se quedan callados y se giran hacia Mariano, esperando que el nuevo alcalde socialista haga una gran declaración política, pero él les dice lo importante que es conseguir que se haga un nuevo canal de riego en los campos colindantes con Utebo, les habla de las mil gestiones y papeleo para que les aprueben la compra de estufas nuevas

para la escuela.
Alguno bosteza. La administración de la cotidianidad los aburre, es gris, no tiene épica. Los sindicalistas fogosos enseguida vuelven a la descalificación de las derechas, que son todos fascistas y criminales, a reclamar que se incendien los conventos, que se meta en la cárcel a los ricos, que se les dé garrote a los periodistas vendidos.
Cuando el ambiente es tan tenso Mariano querría huir hasta la desembocadura del Jalón, escuchar únicamente el gorgoteo de las aguas al unirse y discurrir juntas, fantasear con lograr que un día la banda toque como un solo instrumento, abstraerse de la ensordecedora realidad de un país de solistas.
Aparece Ladis y al darle un abrazo le clava la pipa en un hombro.
—¡Felicidades, alcalde!
Mariano sonríe incómodo, le parece que hablasen de otro. Él solo es el sastre que llegó hace seis años a Casetas en el carro de Jerónimo, el Castro, dando bandazos con Joaquina, llevando encima nada más que un atadijo de telas y un clarinete; ¿cómo va a ser él el alcalde? Ese es otro, es el del espejo, él solo es un zagal asustadizo de Mallén, un hombre servicial, incluso apocado.
Se ha pasado la tarde en el despacho de la alcaldía repasando los presupuestos del año y, sin darse cuenta, los ojos se le van de las columnas de números al margen blanco de la página y empieza a trazar claves de sol muy elegantes. En vez de anotar cifras le salen de la mano corcheas, negras, blancas, fusas... Se le llenaban los estadillos de música dibujada. Le parece que tenía razón Stravinski cuando decía que la música no basta con escucharla, que hay que verla. O igual es que verla y escucharla son la misma cosa. Igual por eso Stravinski compuso ballets tan maravillosos, para que las líneas del pentagrama saltaran y giraran sobre el escenario, tal vez por eso las notas tienen cuerpo de bailarinas. No tiene ganas de dedicarse a la burocracia de la alcaldía, se pierde en remolinos de divagaciones. Y enseguida siente remordimientos: ¡Es un impostor! Los que lo felicitan tan efusivamente como Ladis quedarían decepcionados si les confesara que él lo que de verdad querría ser no es alcalde de Casetas sino el último músico de una banda de jazz.

Ladis tampoco le cuenta a él todo lo que baila en su cabeza, no le habla de María, de su angustia porque pasan los meses y no consigue enamorarla. Esas no son cosas que los hombres se cuenten. No le explica que le escribe poesías que le salen un poco mitineras; que se las deja antes de empezar las clases junto a las tizas.

Ladis se ha afiliado a la Federación de Trabajadores de la Enseñanza y a Izquierda Republicana, el partido del presidente Azaña. Estuvo detenido un día entero en comisaría por participar en una manifestación contra los despidos de los empleados de tranvías como represalia de la empresa a la huelga y eso le ha dado un prestigio en el Casino Republicano que no fomenta pero tampoco desmiente.

María da clases de repaso a niños a los que les cuesta llevar al día las materias de la escuela, que en realidad son casi todos, porque entran y salen del colegio para ayudar en el campo o ganarse algo que llevar a casa, y todos los grandes planes de estudio minuciosamente trazados en los despachos de los ministerios se deshacen en la precaria cotidianidad de un barrio rural donde no se sabe si al día siguiente habrá algo en el fondo del puchero.

Una tarde doña Concha la llamó al despacho y allí estaba el alcalde, don Mariano, que daba clases de música a las niñas y los niños sin cobrar. Le pareció que tenía uno de esos rostros redondos de los hombres que nunca dejan de ser del todo niños. Con una exquisita cortesía, incluso con una inesperada timidez en alguien que tiene un cargo tan importante, le rogó a María que aceptase a un alumno especial que ya no tenía la edad de ponerse el mandilón pero que de pequeño fue expulsado de la escuela y no pudo estudiar aunque tuviese voluntad. Le explicó que podía parecer brusco cuando se encabritaba, pero que tenía buen corazón. Que era mudo.

El Mudo acude dos veces por semana al departamento de las maestras a aprender a leer y escribir. A veces le da clase la señorita María y otras veces la señorita Filo, que es muy alta y lleva unos pantalones muy modernos con la pernera acampanada, como nunca se han visto en Casetas. Él se ha comprado un peine en la tienda de la Experta y, frente al trozo de espejo colgado de un cordel junto al fregadero de la cocina que usa para afeitarse de vez en cuando, está aprendiendo a

hacerse la raya bien recta en el pelo para no parecer un zaforas en casa de esas señoritas tan elegantes; incluso ha empezado a bañarse en el barril con una pastilla de jabón Lagarto dura como un adoquín, una vez cada quince días.

Mira con los ojos muy abiertos cuando las jóvenes maestras escriben los signos en la pizarra y canturrean: «Ra-re-ri-ro-ru», «Ja-je-ji-jo-ju». Le gusta su olor a Heno de Pravia y la amabilidad con que lo tratan, que en cuanto llega le ponen un vaso de agua fresca con una rodajica de limón y una miaja de azúcar. La que más le gusta es la letra eme; tiene la forma del Puente de Piedra:

«ma-me-mi-mo-mu»

«mi mamá me mima»

Siempre que le dicen esa frase se acuerda de su madre. Pobrecica. Estaría orgullosa de él si supiera que está aprendiendo a leer.

Con tanto trabajo, Mariano ya solo puede irse a tocar en soledad a la desembocadura del Jalón al filo del amanecer. Podría irse más cerca, pero le gusta caminar y quizá en su interior espera encontrar allí algo. Esos encuentros que se desean y se temen.

Esa mañana, mientras tocaba improvisaciones algo distraído, la Hilaria se le ha aparecido entre la fronda. Le ha dicho que le tenía que mostrar algo, que fuese esa noche donde la sima. Y antes de que él pudiese abrir la boca, ha desaparecido tan inesperadamente como había llegado.

En la alcaldía el secretario le estaba hablando y las palabras le entraban por un oído y le salían por el otro. No podía dejar de pensar en la invitación de la bruja. ¿Invitación a qué? ¿Por qué lo cita de noche en la sima? Para echarlo dentro no cree que sea, que ya no tiene la hostilidad ni la mala leche del principio. Aunque nunca se sabe. Hay otra idea que trata de apartar de la cabeza, pero tantas veces como la aleja, regresa otra vez: ¿Y si lo hace caer en otra grieta?

Su cerebro racional le dice que no debe ir a esa cita de ninguna manera. Decide no ir. Pero sabe de su debilidad, de su otro yo menos racional, más subterráneo y oscuro, más rebelde. Sabe que acabará yendo.

Después de la cena ha tomado el clarinete y le ha dicho a Joaquina que salía. Ella no le ha preguntado y ha sido un alivio para él no tener que dar más explicaciones. Solo le ha dicho que se lleve la chaqueta, que a la noche refresca. Mariano estaba demasiado nervioso para fijarse en que ella ha introducido en el bolsillo de su americana unos pétalos amarillos de agrimonia.

Las calles de Casetas enseguida se convierten en senda, en campo, en fango. Huele al agrio del estiércol mezclado con el dulzor de la fruta podrida y las pacas de heno que darán de comer a los animales en el

invierno. La noche se va cerrando. Se cierra. De azulada pasa a negra. Solo cuenta con la luz de la luna y avanza a tientas, echando las manos por delante como los ciegos.

Sabe que ha de girar a la derecha pasados los campos de alfalce, pero se pasa de largo el sendero, mete el pie en un bache y casi se tuerce un tobillo, avanza pero no llega a ninguna parte. Mejor así, mejor no llegar. Se siente rodeado por masas oscuras de árboles frutales dormidos, suda aunque no hace calor, mira y todo es oscuro. Siente el escalofrío del miedo.

Saca el clarinete, endulza de saliva la caña, toca lo primero que le viene a la cabeza: surge la Sinfonía en sol menor número 40 de Mozart, la misma que tocó el primer día que llegó a Casetas con Joaquina dando tumbos en el carro del Jerónimo. Entonces era una tarde fría y transparente de invierno. Mozart caminaba con sus zapatitos de charol por esos campos vacíos y le parece que haga mucho de eso.

Siente a su lado una respiración y deja de tocar de golpe. Alguien jadea. Babea. No es humano. El perro negro de Hilaria roza su pierna con la cabeza y él da un salto hacia atrás. El animal lo observa un momento con sus ojos brillantes y echa a andar despacio, se detiene y se gira otra vez hacia a él. Lo está esperando.

Mariano empieza a seguirlo. Se meten por una vereda que los saca de los frutales y de nuevo salen a campo abierto. Se vislumbra en el horizonte la silueta quebrada de la sierra de El Castellar. Cruzan unos campos de girasoles dormidos y llegan a una zona yerma cerca de la sima. Hay alguien de pie a unos metros. El perro va hacia ella sumiso, esperando una caricia que no llega. Hilaria odia todo lo que domestica: las caricias, los halagos, el dinero, la compasión...

Mariano ha caminado deprisa para seguir al perro. Habla entrecortado por la falta de resuello.

—No debería estar aquí.

Ella no dice nada y Mariano se siente un poco ridículo por haberlo dicho. Al fin y al cabo, está ahí. Se agita incómodo. La brisa trae olor a manzanas maduras.

—¿Por qué me has hecho venir?

—Dijiste que nunca has visto el mar.
La noche es tibia, oscura, confusa.
—Pero iré después del verano a la costa.
—Está saliendo la luna.
Hilaria lleva un objeto en la mano pero él no acierta a ver lo que es. Ella camina hacia un pequeño promontorio de piedra blanca que ahora es negra y Mariano la sigue en la oscuridad intentando no tropezar. Al llegar a la cima ella se sienta en lo que vislumbra que es una roca plana y queda el sitio justo para él. Se acomoda a su lado, rozando brazo con brazo, pierna con pierna, aspirando su olor a hierbas medicinales y humo.
Hilaria tiene la vista perdida en algún punto de la oscuridad y él mira hacia ese horizonte que ha dejado de ser una línea recta y se ha difuminado en la noche, negro sobre negro. Y en ese momento le parece que la atracción que lo llevaba hacia ella no es simple deseo sino algo que va más allá de la gimnasia de los cuerpos; algo más íntimo. Miran los dos en la misma dirección, buscan lo mismo, lo que no se puede ver, lo que no se puede tocar. Tal vez ella no estaba equivocada cuando le dijo que no eran tan diferentes.
Sobre el fondo oscuro aparece el destello lejano de un brillo inesperado. De los campos dormidos algo nace. Está saliendo la luna, primero anaranjada, después cada vez más blanca, y una luz tímida se enciende en la noche. Hilaria habla con ese susurro suyo lúgubre y sensual.
—Hace miles de años, todo lo que está enfrente era agua salada. El Castellar era una cadena de montañas submarinas. Ahora todo parece muy seco, pero si cavas, en lo profundo aparecen rocas que tienen pegadas conchas fosilizadas.
—Entonces estos campos de centeno en otro tiempo fueron mar.
—Cuando cortas el tronco de un árbol se ven en los diferentes anillos su crecimiento año a año. El árbol contiene todas sus edades. Igual que nosotros, igual que la tierra. Estos campos contienen el océano que un día fueron. Son mar.
Una brisa agita los tallos de los campos de cereales en un movimiento ondulado, la luna riela sobre la superficie y destellan sus mil brillos

trenzados. Hilaria le pone en la oreja algo duro que está frío: es una caracola.

Mariano escucha la respiración profunda del mar, el arrastre de la arena del fondo, el movimiento lento de los moluscos, la respiración de los corales, el latido de los peces. Tiene los ojos abiertos con el asombro de los niños. Ella se levanta sin hacer ruido y se aleja en silencio, lo deja absorto escuchando el oleaje, contemplando ese mar de espigas que se mece.

Mariano está esos días entretenido con una radio que han comprado en el ayuntamiento. Es un cajón vertical de madera con una ventana redonda de celosía velada, como un confesionario en miniatura. Al girar la ruleta, después de una distorsión aguda, ha empezado a surgir música, radioteatro y consejos publicitarios de esas nuevas emisoras que han florecido en esos años. Los boletines de noticias son escuetos, pero a pesar de que les han pasado la garlopa para limar las aristas y que no alarmen a la gente, él percibe que en España todo pende de hilos muy finos que no paran de zarandearse de manera irresponsable.

Joaquina asiente cuando se lo cuenta sin dejar de atender a las niñas en ese trajín suyo de veinticuatro horas al día, porque no descansa ni de noche. Al meterse en la cama su cabeza está pensando en que lo primero que ha de hacer al levantarse, en cuanto encienda el fuego, es poner el caldo en la lumbre para que vaya tomando substancia, arreglar la bisagra de la ventana del patio o zurcir el vestido de Marina. Siempre hay mil tareas por hacer. Ya ha aprendido a cortar los pantalones de hombre igual que Mariano, porque tiene buenas manos y mucho amor propio. Y a él le gusta verla con esa energía suya silbando jotas o, a veces, hasta una sinfonía de Beethoven, que ella no sabe quién es Beethoven ni le importa un pito porque hay muchos huevos que batir en el horno y muchas madalenas que preparar, pero, de oírsela a Mariano, esa tonadilla se le ha quedado prendida en el pelo.

Se despide de Joaquina con un beso en la mejilla y llega a la plaza vestido de manera impecable con su chaquetilla granate y la gorra de plato de coronel de un ejército de mentirijillas.

Van camino de las fiestas de Monegrillo y no importa que el calor caiga a peso, arrancan con la alegría de dejar atrás la rutina diaria. El Casa Grande cuenta chistes y el Trapala, desde su asiento de

conductor, mira de reojo cómo con cada bache le dan saltos las teticas a la Pili.
Jerónimo ya es capaz de leer las partituras del repertorio. Al final, ha acabado cogiéndole el gustillo al saxofón y a esas salidas a las fiestas donde a veces la comida es sopa de aguachirri, pero otras se llenan bien la panza y las mozas los miran con arrobo, como si fueran artistas. Hasta se ha afeitado para ir a tocar, que el maestro les insiste en que son la imagen de Casetas en toda la provincia y no pueden ir por ahí como unos adanes. Incluso el Regañao se ha peinado y aseado, o más o menos, porque es un poco brozas.
El Mudo, tan alto y fornido, a pesar de la boca torcida y la cicatriz luce con el uniforme más que ninguno; mira cómo quedan atrás los escarpes de yesos y calizas de los montes de El Castellar y en esas interminables extensiones de secano que se extienden más allá de lo que alcanza la vista le parece estar viendo el mundo entero. El señor Lezcano dormita moviendo el bigotón, Dámaso juguetea con su trompeta subiendo y bajando los pistones.
Con lo que ha cobrado en la banda, el Badana pudo por fin cambiarse los cristales de las gafas. El propio Mariano lo acompañó a una óptica de Zaragoza en la calle del Coso y aun les dio tiempo de perderse un rato por el laberinto del Tubo y tomarse unos vinos y unas tapas de callos. Les ha explicado a todos varias veces, porque cuando se achispa no se acuerda de que ya lo ha contado, que cuando regresó a casa con las gafas nuevas lo veía todo tan nítido que no conocía a su mujer, que la vio tan guapa que se le saltaron hasta las lágrimas. Dirige una partida de guiñote sobre la funda de la tuba del Regañao y a cada bache les saltan las cartas del mazo y todo es bronca y risas.
Se han convertido en una de las bandas más populares de la zona e incluso quedaron segundos en el encuentro regional de bandas en la plaza de toros de Zaragoza, donde se presentaban pueblos mucho más importantes.
Todo está bien y, sin embargo, Mariano nota esa angustia por dentro, un peso de plomo oprimiéndole el pecho. Ha ido al médico y le ha dicho don Cipriano que era ansiedad, que trabajaba demasiado: la banda, las clases de solfeo, las clases de música a niños del pueblo, la

sastrería... ¡y ahora la alcaldía! y le dio un reconstituyente de hierro que sabe a vino rancio.

Pero hay algo más que no le ha dicho al médico: a veces ve sombras. Recuerda los primeros días de llegar a Casetas, cuando le parecía que lo seguían y no se equivocaba, que el Mudo estaba tan fascinado con la música que se le pegó como una lapa. Vuelve a sentir esa sensación de que lo observan, pero de otra manera. Ya sabe que es un disparate, pero le parece como si las sombras no pertenecieran a nadie, que fueran solo sombras. No le ha dicho nada a Joaquina para no preocuparla y tampoco puede contar eso a nadie porque lo tomarían por loco.

Tal vez sí haya alguien a quien pueda contárselo.

La actuación en Monegrillo es un éxito. Les piden bises en la sesión del mediodía y el alcalde lo abraza, le regala un frasco de miel y unos dulces de coco que reparte entre todos al regreso. Se finge alegre, pero a ratos le cuesta respirar, siente que los huesos del cráneo se le encogen.

Algo no está bien. Va caminando de regreso a casa con un cielo despejado de principio de verano y de repente es como si se nublara, que todo a su alrededor se oscureciera igual que esos eclipses de sol, cuando en mitad de la mañana se hace de noche y los animales se van a dormir. Su ofuscación solo dura unos segundos y enseguida retorna la luz y las casas, los carros cargados de paja y las malas hierbas que crecen alrededor de los pozos recuperan su color de siempre.

No va a contarle a Joaquina nada de eso. Pero la angustia crece.

La angustia es un huevo de serpiente que incubamos con nuestro propio calor. Ladis da vueltas alrededor de la mesa de la casa de sus padres. Cada vez que ha intentado quedar con María para ir a alguna parte, todo han sido evasivas. Un día en que se sentaron en un banco de la plaza ella estuvo tiesa y poco habladora. Cuando decidió quemar las naves y exponerle sus sentimientos abiertamente, le dijo que podían ser amigos. ¿Amigos? ¡La amistad es una calderilla! ¡Una limosna para los pobres!

Esa mañana, con esa ofuscación del enamorado que no se ve correspondido, se ha puesto a rebuscar en la papelera de su aula antes

de que se iniciaran las clases. Ha encontrado arrugada en un gurruño de papel su poesía del día anterior. El amor es injusto. Harto de dar vueltas a la mesa y a sus incertidumbres, decide el todo o nada, irse hasta el departamento de las maestras en un último intento desesperado.

Camina por las calles con el vértigo de la incertidumbre. Anochece cuando llega a la plaza de las Escuelas. Ve abrirse la puerta del departamento de las maestras y se ilumina la silueta atlética del Mudo y después la de María, que le dice adiós con la mano y le dedica esa sonrisa alegre que a él le regatea. ¡El Mudo! Con esa cara mal cosida, la boca torcida y el párpado levantado como una persiana rota, le pasa por delante. Nunca lo hubiera imaginado.

La maestra está a punto de cerrar la puerta pero ve venir a Ladis a la luz de los faroles y trae cara de despechado. No lo invita a pasar.

—¿Dando un paseo, Ladis?

—He venido a verte.

Ella baja los ojos.

—Ya te he dicho que para mí eres un buen amigo, pero nada más.

Ladis se sabe derrotado, pero la derrota es amarga y la boca se le llena de reproches.

—¡María, me mentiste!

—Yo nunca te di ninguna esperanza de nada, Ladis.

—¡Me dijiste que no tenías novio!

Ella hace una mueca.

—No te mentí. Pero quizá debería haberte dicho toda la verdad. Hay alguien.

—Estás con el Mudo.

María lo mira con perplejidad. Se oyen unos pasos dentro de la casa que van hacia la entrada. Llega apresurada la Filo vestida con una camisa de cuadros y unos pantalones bombachos de montar a caballo muy estilosos.

—¿Va todo bien, Marita?

En la inquietud de dirigirse a su amiga, con una mezcla de preocupación y ternura, y en la mirada hostil que le lanza, lo entiende todo de golpe. Las dos, muy juntas, una sola unidad, cogidas de la

mano, lo miran con una mezcla de incomodidad y recelo.
Ladis siente subirle el ardor de la vergüenza a las mejillas, musita unas disculpas embarulladas, baja la cabeza. Vuelve a casa arrastrando los pies por unas calles que vuelven a ser rectas y polvorientas. No se explica cómo el amor es tan ciego y egoísta que ni siquiera sabe ver el amor de los otros. Toma su pipa de falso nácar y la arroja con rabia a la acequia. Nunca le gustó fumar.

Mariano está sentado frente a esa mesa que le trajeron sus músicos en volandas y acaricia con la yema del dedo la finura del barniz nuevo. Ayer volvió a sentir que la calle se iba oscureciendo a medida que caminaba como si se fuera echando un velo. Las casas parecían moverse como flanes, hacerse blandas, doblarse como si las torciera el viento. Tal vez debería ir al oculista, igual hay algo en su pupila que le entorpece la visión de las cosas. Pero enseguida lo descarta, sabe que es algo más porque no son solo los ojos: en esas alucinaciones también hay un olor pestilente a descomposición y carne chamuscada.

Oye voces en el pasillo y piensa a ver si han vuelto los de la banda con alguna otra martingala. Pero los que entran son Ladis y el Yunque, con una excitación que les atropella las palabras.

—¡Mariano, que han liberado a los de la cárcel de Chinchilla! ¡Llegan en el expreso de las once!

—¡Ahora sí que estamos en una república de verdad, camaradas! —proclama el Yunque pletórico—. Desde que el Frente Popular ganó las elecciones a la coalición de derechas, se ha devuelto el timón de la República a la izquierda verdadera.

—Estaba cantado que iba a caer la amnistía.

—¡No es amnistía, es justicia! El gobierno de derechas los había detenido ilegalmente. Ellos solo hicieron valer sus derechos: revolverse contra el capital y montar huelgas.

Mariano garabatea unas palabras en un papel y le pone el sello de la alcaldía. Manda al zagal a buscar a todos los miembros de la banda y si están en las fábricas ha de mostrar al encargado el papel: los han de dejar salir, es una orden del alcalde.

En una hora ha formado a la banda como si fuera día grande: uniformados, erguidos, con gorras de plato, con los instrumentos brillando al sol. Hace un calor de horno pero a nadie le importa. Con

él a la cabeza se han dirigido en formación hasta tomar el camino de la estación. Los agricultores que están segando han levantado la cabeza a su paso, las mujeres cargando tarteras con guisos y botijos de agua fresca para los que están en el campo se han detenido a mirarlos y lanzar vivas a la República, en la azucarera los carretilleros han dejado rodar por el suelo las remolachas para verlos desfilar. Se suma al festejo la propia tierra: el trigo rubio, los frutales junto a la acequia risueños de alberges, el panizo verde, los grandes ojos amarillos de los girasoles mirándolos atentamente, la alfalfa floreada de morado.

El tren ha llegado a la estación con un bufido de vapor, se han alzado gritos de júbilo de los familiares y vecinos que esperan en el andén con botas de vino, ristras de chorizos, roscas de pan y cajas de higos que expanden un aroma a verano. Al poner el pie en el estribo el primero de los amnistiados, con la cara chupada y la piel blanca, Mariano ha bajado los brazos y la banda ha empezado a ejecutar el *Himno de Riego*, la tonadilla de esa República que ha llegado para cambiarlo todo.

La banda abre paso a la comitiva de los indultados camino del centro de Casetas con una ruidosa alegría que adelanta los festejos de la cosecha. Al pasar por delante del Casino Republicano se lanzan vivas al Frente Popular y consignas contra los caciques, los banqueros, los burgueses y los curas.

Cuando la comitiva pasa por delante del casino tradicional, están sentados en las sillas de afuera el médico don Cipriano hojeando un periódico, don Lorenzo muy serio, el mosén con rabia contenida y el propio duque de Costrino con bastón de empuñadura de marfil, su impecable traje blanco y el sombrero canotier. Los miran pasar sin alterar el gesto, sin responder a algunos insultos, sin decir una sola palabra. Sus ojos observan todo con la precisión de las águilas perdiceras. Mariano les hace un gesto de saludo con la cabeza que queda sin respuesta. La percusión, el viento-madera, los metales y la algarabía estruendosa de los platillos no les permiten oír el ruido ensordecedor de su silencio.

Al llegar a casa, Mariano está radiante.

—¡Han regresado los presos, Joaquina!

Ella hace que sí con la cabeza sin dejar de darle con el estropajo al fondo de una cacerola que se ha socarrado.
—¡Tira esa perola vieja! Ahora podemos comprar una nueva. ¡Son buenos tiempos!
Ella hace como que no lo oye. Aunque ahora ganan más dinero no se va a volver tarumba ni va a dejar de ser la mujer ahorradora que siempre ha sido.
—Los tiempos van y vienen, Mariano.
Al subir al piso de arriba la alegría se le ha enfriado al sentir de nuevo esa opresión de tenaza en los huesos, pero prefiere no decirle nada a Joaquina. Tal vez tenga que hacerse una exploración más a fondo en Zaragoza, pero ahora está demasiado ocupado para eso.
Joaquina prepara la merienda: pan con vino y azúcar. Él toma el clarinete. Ha de ir a la alcaldía a terminar unos informes de canalizaciones que le han pedido los de Aguas de Zaragoza, pero antes se va hasta un regato solitario que hay cerca de la Balsa del Ojo del Cura donde revolotean las alondras. Necesita hacer volar una melodía.
Al llevarse la caña a los labios y soplar no sale ningún sonido y eso lo deja perplejo. Mira a ver si se ha embozado la campana del clarinete, pero está limpia. Alarmado, empieza a sentir esa subida de los líquidos dentro del cuerpo, esa electricidad mala que causa un mareo que ablanda la realidad y sientes un sueño de anestesia que anuncia el desvanecimiento. No llega a perder el conocimiento, pero a su alrededor ve secarse la lavanda, desmayarse las cañas como hojas de acelga, marchitarse todas las plantas en un instante. Los chopos y los sauces dejan ir las hojas y se quedan desnudos en sus troncos como si hubiera llegado de repente el invierno. El agua de la acequia se seca, muestra las tripas de cieno pastoso, agonizan los peces en boqueadas desesperadas. El día soleado se ha oscurecido. Y ese olor insoportable a tierra quemada.
Trata de correr hacia casa pero le falta el aliento. El paisaje va perdiendo los colores; el cielo es blanco, los sembrados, negros. Al pasar por la tapia del cementerio la pared se agrieta, cruje como crujen los huesos, lo marea el intenso olor a flores muertas. Mira hacia atrás de reojo por si lo persiguen las estatuas. Corre. Silba como

puede.
Se encamina hacia la sima, pero gira antes en la senda de las cañas, tan requemadas como todo lo demás a su alrededor, aunque poco a poco van alzándose de nuevo. El cielo va recuperando el azulete, los sembrados están otra vez germinados. Parece que se encuentra algo mejor pero necesita saber qué le está pasando con esas alucinaciones que le taladran el cráneo.
Llega sin resuello a la cabaña de la Hilaria. Las imágenes espantosas se han ido borrando, pero su corazón todavía late desbocado. La puerta está abierta. El humo saturado de salvia blanca y romero le resulta reparador. Se acerca hacia ella con el rostro descompuesto, las piernas temblando, siente vértigo y náuseas. Antes de que trastabille, Hilaria lo toma del brazo y lo sienta en la banca.
Le pone delante una infusión de melisa, clavo y canela. Mariano la sorbe obediente. Los compuestos fenólicos y los flavonoides de la melisa con sus propiedades calmantes y antiespasmódicas van apaciguándolo, pero las imágenes apocalípticas todavía rebotan en su cabeza.
—Veo marchitarse las plantas, ponerse negro el cielo, ese olor que no me deja respirar...
Ella lo mira. Sus ojos transparentes y su gesto neutro no indican señal alguna, pero por dentro siente dolor.
—¿Tú sabes lo que tengo, Hilaria?
—Es algo que está en el aire.
—¿Es una alergia?
—Es un contagio.
—La oscuridad, la sombra, la tierra quemada, esa opresión que llevo dentro... ¿qué es?
—Es tu destino. Es el destino de todos.
Mariano da un sorbo a las hierbas, despacio.
—Aquella primera tarde en que vinimos aquí, viste algo malo dentro de mí.
Hilaria, como si le pidiera permiso, mira con aprensión al fuego, esa respiración que hincha las brasas al rojo vivo con un latido primitivo.
—Tienes que decirme lo que viste en mí aquel día.

Hilaria baja la cabeza, se estremece.

—Vi sangrar a los leones de bronce. Vi en el verano la llegada del invierno. Vi pararse todos los relojes, detenerse en el aire todos los pájaros. Vi llorar a un hombre que nunca ha llorado.

Se queda en silencio. Tiembla. Tiemblan los dos.

Ha sido un día largo en el ayuntamiento: reunión con los ingenieros de la fábrica de postes, reunión con unos litigantes por unas lindes en unas fincas cerca de Torres, revisión del presupuesto de la red de alcantarillado que está impulsando Alfonso Sarría desde Zaragoza..., la visita del mosén investido de la ira de los justos. Estaba indignado porque hubiera autorizado la manifestación por las calles de Casetas de un grupo de padres y madres pidiendo libros gratis y a Mariano se le vino a la cabeza el lema de alguna de las pancartas: «No tenemos libros. ¡Queremos saber!».

Mariano trató de hacerle ver su punto de vista de socialista.

—Hay libertad de manifestación, páter. La gente puede expresarse como quiera.

—Hubo insultos y amenazas contra la santa madre Iglesia que me asquea repetir. Se ofendieron las creencias más íntimas de muchas personas de bien. ¿A eso le llama libertad?

—Siempre hay gente descontrolada.

—¿Descontrolada o controlada por ustedes? ¿Creen que me chupo el dedo? La idea de la manifestación ha sido de doña Concha, que es una comunista. Y del propio teniente de alcalde de Zaragoza, que también es de su cuerda. ¡Nos están llevando al desastre!

El páter se marchó pero Mariano no pudo quitarse la incomodidad de la cabeza hasta que llegó a casa. Tampoco puede dejar de pensar en las alucinaciones de dos días atrás y no puede evitar el temor de que se repitan.

Al llegar a casa, la vida da un vuelco. Joaquina le da la buena noticia: está embarazada otra vez. Cuando la abraza piensa que la vida le sonríe, que quizá la Hilaria es menos bruja de lo que se cree y esos malos augurios no son más que alucinaciones absurdas igual que las suyas.

Aunque Joaquina es reacia, insiste en poner una muchacha por las mañanas para ayudarla con la casa y las niñas, y ella acaba cediendo sin dejar de fregar los cacharros de la cena. Mariano acuesta a las niñas, se quedan dormidas mientras les tararea muy suavemente una nana sobre luceros y rosales.

Cuando se hace el silencio de la noche, a veces revuelve en ese inmenso trastero del horno donde la Tía María le tiene dicho que coja todo lo que quiera, cuanto más mejor, «porque no hay más que zarrios». Allí ha encontrado una vieja caja de madera sin asa con unos tubos de pintura al óleo y unos pinceles secos.

Hay en la paleta unos pegotes resecos de mil tonos mezclados. Está ahí la huella del pintor justo antes de crear el primer trazo, cuando todo va a nacer y nada se ha desgastado, en el instante de respirar antes de que el aire llegue al instrumento para extraer la primera nota, el momento en que el pianista alza las manos sobre el teclado y las motas microscópicas de piel desprendida de sus dedos que se posan sobre las teclas ya le hacen saber que será tocado, el violinista cuando suspende el arco de madera y crines sobre las cuerdas que ya se agitan imperceptiblemente atraídas por la electricidad estática de los pelos que contienen la memoria del galope del caballo. En la paleta de manchurrones se ha quedado pegado ese instante de plenitud de lo que se sueña.

Siente el arrebato de esos pintores al mezclar con avidez sobre la paleta en busca de ese color imaginado que nunca alcanzas porque solo existe en tu cabeza, ese intento abocado al fracaso de fijar sobre una tela rasposa lo que palpita dentro del pintor, de todos los pintores sucesivos que utilizaron alguna vez la tablilla y dejaron allí sus churretes revueltos, su agitación, esa esperanza imposible de la que está hecha el arte. Esa fe en sacar agua del pozo.

De repente piensa en que esa agitación de la mano del pintor al mezclar los amarillos es la de la mano de Joaquina cuando bate el huevo para preparar la cena. Esa agitación de naranjas y blancos, el cuidado con que moldea el huevo batido en el hierro caliente para que no quede ni crudo ni reseco. Esa declaración de amor en forma de tortilla.

Ve en la vieja paleta incrustada de restos de pintura una orquesta entera de pinceles, la música del tintineo del tenedor sobre el plato de loza de todos los huevos que han batido todas las Joaquinas durante siglos en ese silencioso arte de darse a los demás, se le vienen a la memoria todas las piezas de música que ha tocado él mismo desde la primera en el cuarto de sastrería de su padre hasta la última hace un rato en una clase de flauta travesera con una niña llamada Dominica Tejero. En los ojos vivaces de esa niña se ve a sí mismo cuando tenía diez años y fracasó estrepitosamente al tratar de dibujar una mujer primitiva con el pecho marcado como dos montañitas que borró apresuradamente, y luego, un hombre sentado tocando una flauta de hueso.

Abre la tapa de un tubo de bermellón oscurecido y la pintura está todavía cremosa. Siente dentro de sí un impulso primitivo, la necesidad de pintar las paredes de su cueva.

Con la tiza redonda de los patrones, marca un recuadro en la pared como si fuera un marco y, con el pincel menos reseco que encuentra, empieza a dibujar de manera rústica el contorno de la gruta donde los frágiles humanos buscan abrigo en la intemperie. Pinta a la mujer tocando la flauta de hueso: un monigote que se lleva a los labios una flauta dorada que es una raya corta, incierta. Sus caderas con forma de guitarra, las maracas en el pecho con dos cerezas coloradas.

Duda de qué color pintarle el pelo. En la paleta estruja el pincel impregnado de rojo y le añade un punto de amarillo para que tenga el color del fuego. Da un trazo para pintar la melena y enseguida levanta la mano en el aire. El pincel es una batuta. Un tenedor que bate una tortilla.

Duda, siempre duda.

Añade a la melena una capa de negro y la mujer es ahora morena. Pero no. Le añade más óleo colorado y amarillo para anaranjarlo. Niega con la cabeza. De nuevo, morena. Después, otra vez pelirroja. La pintura está fresca, todo se emborrona, se composta de manera orgánica, se empasta, salta, gira, baila, rojo, negro, rojo. *Mamma mia, Mamma mia*. A la luz de antorcha del candil brincan en ese borrón de pintura todos los colores de todas las mujeres que ama y de todas las

que hubiese podido amar.

El resultado de su obra pictórica es mediocre y ya sabe que Joaquina se va a echar las manos a la cabeza al ver el chandrío que ha hecho en la pared, pero al contemplar las pinturas no puede dejar de sonreír como el niño que fue, que sigue siendo, porque no se puede ser artista sin ser niño. Siente que es un momento de plenitud, como si su vida hubiera llegado a una cima por encima del mar de nubes.

Toma el clarinete. Adormilada tras un día de mucho trabajo con las niñas, el horno y la casa, Joaquina desde la cama siente filtrarse una melodía por la rendija que queda entre la vigilia y el sueño. Es el *Claro de luna* que Debussy punteó sobre unos versos de Verlaine donde el poeta sentía conectarse a laúdes, pájaros y surtidores en un todo, donde veía en una fiesta rutilante que bajo fabulosos disfraces hay danzantes tristes.

Mariano se queda dormido en la silla del taller con el clarinete en la mano. Salta. Sueña.

También cae.

Ningún ingeniero es capaz de medir la distancia que hay entre el sueño y la pesadilla.

Se despierta en mitad de la noche. Ya la luna se ha ido, llega de afuera el tenue fulgor amarillento del farol de gas. La habitación está fría, aunque sea una noche de julio.

Una sombra crece junto a la cocina de leña.

¡Hay alguien en la casa! Mariano ahoga un grito de pánico y prende a toda prisa la lámpara de petróleo para ahuyentarlo. Con cada bamboleo de la luz, la sombra se estira, le crecen dos piernas negras, escapa escaleras arriba.

La sigue con la lámpara y a cada paso él mismo hace nacer nuevas sombras con el movimiento de la mano. En el descansillo de arriba no encuentra a nadie, así que corre hacia la habitación de las niñas, donde solo caben las dos camas y un arcón. No hay nadie. Las niñas duermen con una respiración de ardillas. Aunque no pueda caber nadie adentro, abre el arcón con recelo, pero solo están los vestidos sencillos que él mismo les confecciona. Se va enseguida al dormitorio y entra precipitadamente por si se ha colado adentro. Joaquina se

despierta alterada, pregunta qué pasa. Él enciende la lámpara de aceite de la mesilla y allí tampoco hay nadie más. Sale de nuevo al descansillo y su mirada se clava en esa puerta del fondo del corredor que nunca han abierto. Se va hasta ella y zarandea la maneta, pero está cerrada.

Joaquina se ha levantado descalza, nerviosa, con un chal viejo por encima del camisón.

—¿Pero qué pasa, pues?

—Me ha parecido ver a alguien en la casa.

—¡Vamos a pedir socorro!

—¡Espera! Que igual solo me ha parecido. Solo por si acaso, voy a ver si se ha metido aquí.

—Esa puerta está cerrada. Ahí dentro no se puede haber metido nadie.

—¿Y si tiene la llave?

—Ay, Mariano, no me asustes.

—Hay que mirar.

—La Tía María estuvo buscando mucho tiempo, pero me dijo que no tenía llave ninguna.

—Hay que abrirla. Tenemos que saber adónde lleva esta puerta.

Mariano tiene los ojos desmesuradamente abiertos y el corazón le palpita tan fuerte que no le extrañaría si se le desprendiera del atadijo de las arterias y se le saliera por la boca. Él no es de premoniciones, pero detrás de esa puerta hay una respuesta. Le va a mostrar el futuro de la misma manera que a Hilaria se lo enseña el fuego. Ya sabe que es un pensamiento de supersticiosos, o de majaras. No descarta que se esté volviendo loco.

Joaquina va al horno a buscar a Tomás, ni que sea para que su marido se tranquilice. Mariano toma del cajón de herramientas una palanqueta. Impulsado por un furor que no sabe de dónde brota, tal vez de la propia opresión que ha sentido esas semanas, de esas visiones de los campos abrasados y la tierra negra, mete la palanqueta entre el marco y la puerta y empuja con violencia.

Con un estruendo de astillas, la puerta se desencaja y se abre de golpe. Contempla el hueco de la puerta y al ver lo que hay detrás le sube un reflujo de horror, se siente caer por el hueco de una escalera altísima.

Resuenan los pasos fuertes de Tomás y detrás las pisadas de Joaquina. Encuentran a Mariano sentado en el suelo con los brazos agarrados a las rodillas delante de la puerta entornada. Tomás la abre de golpe y lo que hay detrás es la pared de piedra sin enlucir del muro de la fachada de la casa.

No entienden por qué Mariano está tan pálido, por qué no dice nada y tiene los ojos desorbitados. Tomás quiere tranquilizarlo pero no lo consigue en absoluto.

—Esta puerta está cegada. No lleva a ninguna parte.

El secretario de la alcaldía abre la puerta de golpe de manera brusca y se asoma con el rostro desencajado. Le pregunta a Mariano con alarma si está escuchando la radio.
—¡Naturalmente! —y acompaña la cabeza al ritmo de una banda de viento y madera con esos colores tostados del jazz.
—¡Las noticias! ¡Ponga las noticias!
A desgana mueve el dial con su chirrido de parásitos hasta que aparece la voz engolada de un locutor.
«Una parte del Ejército que representa a España en Marruecos se ha levantado en armas contra la República, sublevándose contra su propia Patria, realizando actos vergonzosos contra el Poder nacional. El jefe de gobierno de la República española, don Santiago Casares Quiroga, ha afirmado, estas son sus palabras, que "se ha frustrado un nuevo intento criminal contra la República".»
—Es otra de esas intentonas fallidas de los militares.
—Ponga Radio Sevilla.
El propio secretario manipula el dial hasta que aparecen en la sintonía marchas militares y enseguida la voz del general Queipo de Llano que, a través de la radio, retumba por toda España.
«¡Españoles!: El Gobierno agonizante, con un cinismo solo comparable a su miedo incontenido, anuncia por la radio la sumisión de todas las fuerzas que han asumido el honroso empeño de salvar a la Patria. Pronto se convencerá ese Gobierno indigno, por propia experiencia, de que el movimiento triunfante en toda España avanza con paso seguro hacia la capital.»
Trata de tranquilizar al secretario.
—No es la primera vez que hay militares que se revuelven contra el gobierno. En estos cinco años ha habido no menos de treinta conspiraciones de los que quieren archivar la República. No tienen

fundamento.
—Igual el gobierno ha sido demasiado permisivo con las huelgas salvajes, los disturbios, los atentados anarquistas, las ofensas a la religión católica, el desprecio por la tradición.
Mariano mira al secretario, siempre tan amable y solícito, casi servil, y le parece como si ahora lo viese por primera vez. Más erguido, más tenso.
—Habla usted como los de derechas.
—Digo lo que pienso. Lo que piensa mucha gente. El país está destartalado.
—Que la gente proteste es señal de que hay democracia. Claro que hay cosas mal hechas, pero ya las irán arreglando los políticos.
—¿Los políticos, dice usted? Menudo espectáculo vergonzoso el gallinero de la política. Todos cacareando. Todos a vivir del presupuesto general y nadie resuelve nada.
—No me diga que es mejor un país callado y sumiso, «como Dios manda». El país de los que prefieren el orden a la libertad.
—Yo no digo nada, yo soy un mandado. Pero los generales se han sublevado en el norte de África y ya están en Sevilla. En Radio Burgos también suenan marchas militares todo el tiempo.
—Es el mes de julio, todo el mundo anda acalorado. Ya verás como esta algarada militar pasa como pasan las tormentas de verano.
El secretario se marcha sin decir nada. Suena el teléfono y es Alfonso Sarría, muy alterado.
—Mariano, estoy recogiendo las cosas, me vengo para Casetas.
—¿Y eso?
—Se han oído disparos. Los fascistas de Falange se han nombrado comisarios políticos y la Guardia Civil se ha puesto de su parte. He visto por la ventana milicianos armados. Están deteniendo a gente por toda la ciudad.
Se hace un silencio. Sarría le habla muy serio.
—Mariano, ¿en el Ayuntamiento de Casetas tenéis armas?
—¿Armas? Aquí solo tenemos trompetas y saxofones.
En cuanto cuelga, Mariano tiembla. Llama por teléfono al cuartelillo de la Guardia Civil y cuando descuelgan pide con nerviosismo que le

pasen con el cabo.
—Soy el alcalde.
Se oyen unos murmullos de conversación ininteligible y cuelgan sin más. Mariano da una voz para que venga el secretario, pero nadie responde. Recorre las estancias del ayuntamiento y está vacío. Se han ido todos. Solo se mueven en las ventanas los visillos empujados por una volada de aire caliente.
La radio chilla palabras crispadas. Mueve el dial para librarse de ellas, pero ya no hay música, solo consignas y amenazas. Mira por la ventana abierta y la tarde blanca de verano se oscurece de golpe, el día se convierte en noche. Siente ese frío que no viene del Moncayo sino de dentro de nosotros mismos. Siente que una sombra como la que vio moverse en casa se empieza a formar en la puerta del despacho, crece ante sus ojos, se estira hacia arriba en varios vectores hasta formar unas enormes puntas de flecha que se clavan en el techo.
Joaquina está fregando la vajilla y, sin que ella se lo proponga, su mano empieza a apretar muy fuerte un vaso, lo oprime con tanta fuerza que le estalla el cristal entre los dedos. La sangre forma un remolino rojo en el sumidero de la fregadera que gira al revés de como gira el universo.
Llaman a la puerta y ha de salir a abrir con la mano ensangrentada envuelta en un trapo blanco.
Son dos forasteros vestidos con chaqueta oscura, corbata y sombrero de ciudad. Preguntan muy serios por el alcalde.
—No está.
—Mándelo llamar.
Justo en ese momento llega un zagal para la clase de solfeo y Joaquina le dice que corra a avisar a don Mariano, que estará en la alcaldía. Antes de que Joaquina los invite a pasar, ya se han metido dentro.
Mariano llega aparentando serenidad porque no quiere alarmar a Joaquina. Los hombres de los sombreros, las chaquetas y el gesto amargo lo están esperando de pie junto a Joaquina, que esconde la mano con la sangre detrás de la espalda. Las niñas están jugando en el suelo de la cocina a hacer figuritas con migas de pan.

Antes de que abran la boca los visitantes, Mariano se dirige a ellos.
—Soy el alcalde de Casetas. Soy la autoridad.
Uno se ríe y el otro, muy serio, le responde en tono amenazador:
—La autoridad competente ahora es otra. España es otra.
Se levanta la solapa para mostrarle la insignia metálica donde relucen el yugo y las flechas de la Falange. El de la risa hueca se suelta el botón de la chaqueta para que vea que lleva una sobaquera con una pistola.
—Acompáñenos.
—¿Y adónde he de acompañarlos?
—Eso ya se verá.
—Yo no he hecho nada malo.
—Eso ya se verá.
Joaquina ha cogido a la pequeña en el regazo, se va hasta él y lo abraza, frota su barriga embarazada contra la de Mariano como si tuviera el pálpito de que ese niño que lleva dentro nunca más verá a su padre. Él aprieta a Joaquina los hombros y la mira con dulzura.
—¡Trabaja como una leona! Que estas criaturas no echen en falta nada.
Carmen, la mayor, levanta la cabeza del suelo y, al ver a su madre llorar, llora también. Mariano se va hasta ella a trompicones, la tranquiliza, le dice que no llore, la acuna un momento en sus brazos, les da a sus hijas un beso tan profundo que nunca se les pueda borrar.
Uno de los falangistas saca del bolsillo unas esposas y Mariano no opone resistencia. Las vecinas se han arremolinado en la puerta, una le toma la niña pequeña a Joaquina y la Tía María la coge fuerte para que no salga detrás de los falangistas, no sea que se la lleven también.
A Mariano le parece que las casas de la calle de la Parra se curvan, que se empujan unas contra otras como si fueran de goma, que las tejas son escamas. Hilaria lo sabía: esa oscuridad que secaba los campos y ese olor a carne descompuesta era la ventolera de la guerra. Lo supo en cuanto Mariano entró en su cabaña el primer día y el fuego se volvió negro: supo que en Casetas la muerte llamaría a su puerta.
Los que ven caminar a Mariano esposado en dirección a una camioneta con una toldilla oscura agachan la cabeza. El Tiñoso, que

pasa camino de la fundición, se quita la boina al pasar por delante, en señal de respeto, pero ante la mirada feroz de uno de los falangistas, se la vuelve a poner. En la calle de la Parra se oyen cerrarse los postigos de las ventanas de los que no quieren ver, de los que no quieren oír el llanto desconsolado de Joaquina.

El Tiñoso entra desencajado en la taberna del Eligio. Sobre la barra explica que ha visto a dos falangistas llevarse a Mariano. Le ha dado la impresión de que el maestro movía ligeramente los labios. Le ha querido parecer que se ha ido tarareando.

En la radio suenan fanfarrias militares y discursos enardecidos que resuenan en los cuarteles. Por la mañana ha aparecido por el puente del lavadero una furgoneta con la bandera puntiaguda de la Falange cargada de milicianos con fusiles. El cura se ha puesto delante y les ha echado el alto de manera autoritaria. Lleva prendida por encima de la sotana una cartuchera con una pistola. Los milicianos le dicen que van a Pinseque a hacer limpieza de rojos y traidores a España y el mosén les pide que al volver se detengan en Casetas, que también hay trabajo que hacer. Les echa una bendición y los deja seguir.

A la plaza de las Escuelas llegan dos forasteros con sombreros de fieltro y un brazalete rojo y negro de Falange sobre la manga de la gabardina. Llaman a la puerta del departamento de las maestras, abre Filo y arruga el gesto.

—¿Qué quieren?

—Que nos acompañen.

—¿Y quién lo dice?

Uno de los falangistas le da un fuerte empujón y la tira al suelo. Le empieza a dar patadas mientras Filo se protege la cabeza con los brazos como puede. María sale del dormitorio y empieza a chillar. El otro falangista se va hasta ella y le da un bofetón que le gira la cara.

—¡Cállate! ¡Además de roja, tortillera! Ya te voy a enseñar yo lo que es un hombre.

Se empieza a desabrochar el cinturón y a bajarse los pantalones, el peso de la pistola los hace caer a los pies con un golpe seco. El compañero mira la escena divertido. Él va a hacer lo mismo con la que tiene en el suelo. Follársela por la gracia de Dios.

Cuando el falangista se gira hacia el bulto grande que ha aparecido en el quicio de la puerta, es demasiado tarde, ya hay un puño de piedra en dirección a su cara. La nariz se le quiebra como el caño de una

tubería y cae de espaldas sangrando aparatosamente. El otro, con los calzoncillos en los tobillos, trata de agacharse para coger la pistola, pero ese gacho enfurecido de la cicatriz y la boca torcida es más rápido de lo que parece. El Mudo lo agarra con una mano de la pechera, lo levanta en el aire y lo estampa contra la pared tan fuerte que se caen los cuadros colgados. Empieza a golpearle la cabeza contra el muro con una ira salvaje hasta que abre un boquete en los ladrillos y los sesos se le escurren por la espalda. El falangista de la nariz rota ve a su compañero caer muerto al suelo y trata de levantarse, pero el Mudo berrea de manera ensordecedora, ha emergido toda la rabia que lleva dentro, lo agarra por el cuello y empieza a apretar hasta que le escacha la garganta como si fuera de barquillo. Mientras se asfixia, el tipo abre tanto los ojos que parecen huevos duros.

María está paralizada por el horror, pero Filo se levanta dolorida, mira un momento el desastre de sangre del salón y les dice que han de irse enseguida. Ya hay gente alertada por el escándalo de gritos y golpes que remolonea afuera y estira el cuello para tratar de mirar por las ventanas.

El Mudo se ha quedado en mitad del salón con los ojos extraviados. María se acerca hasta él y le da un abrazo. Viene Filo y los tres se abrazan. Filo le dice al Mudo que se vaya con ellas, que en Francia tiene unos tíos que los acogerán. Él las mira con ese ojo seco que no se cierra nunca. Su garganta ronronea un instante como si se despidiera y echa a correr hacia fuera.

Mientras corre y chilla como un animal rabioso en dirección a la salida del pueblo, se alzan dedos acusatorios y un par de peones de la fábrica de postes echan a correr tras él mientras llaman a gritos a la Guardia Civil. Ellas aprovechan el barullo para tomar la documentación y el dinero, y se montan sin perder un minuto en el Ford de Filo aparcado en la puerta. Todavía es todo muy confuso en España y para cuando aclaren lo sucedido, cursen una orden de detención y llegue a los puestos, ya habrán cruzado la frontera. Mientras salen de Casetas sin mirar atrás, Filo murmura:

—Al atraer la atención, el Mudo nos ha liberado el camino.

—Tono. Se llama Tono.

El Mudo tiene detrás un montón de gente indignada contra ese loco asesino, amigo de rojos y tortilleras. Es fácil sumarse a la masa, hacerla crecer, diluirse en ella, tirar la piedra y esconder la mano en el anonimato de los perseguidores. Alguien ha dado aviso a Utebo y Sobradiel sobre un peligroso criminal que ha matado a sangre fría a dos agentes de la autoridad. Se moviliza la Guardia Civil, los perros, la gente de bien. Los mastines han olido su rastro en dirección a El Castellar y se inicia la batida del Mudo. Los cazadores son implacables, la pólvora se les mete en la sangre, no van a descansar hasta abatir la pieza.

La furgoneta con los milicianos cargados de fusiles que regresa de Pinseque se detiene delante de la iglesia. Algunos de los más jóvenes se miran aturdidos la punta de las botas manchadas de barro y sangre. El cura sale con la pistola en la mano, la besa como si fuera un crucifijo.

No encuentran al Yunque en su casa, así que detienen a sus padres ancianos por encubridores y criar cuervos comunistas. Encuentran otra media docena de rojos. Dos son una pareja de empleados de la serrería que viven juntos y no saben ni qué es el socialismo, pero el cura los ha señalado con el dedo por ateos o maricones, que viene a ser lo mismo. Después, se cobran una pieza mayor: se llevan esposado a Alfonso Sarría, segundo teniente de alcalde de Zaragoza, un comunista peligroso que se había refugiado cobardemente en Casetas y que va a tener lo que merece.

La caja de la camioneta va cargada hasta los topes, Sarría ha ido a decir algo pero le han soltado un culatazo y, al protegerse con la mano, le han fracturado la muñeca. Un hombre grueso que está sentado al lado, un agricultor al que llaman el Travilla, se saca un pañuelo algo sudado que lleva en el bolsillo y con él le hace un vendaje en la muñeca para que no se le abra más la fisura. Que él estudios no tiene, pero de hacerse mal en las manos de tanto cavar entiende muchismo. Sarría lo mira y el Travilla, un hombre rudo, insignificante, anodino, que dejará en la historia la misma huella que un gorrión sobre la grava, le devuelve una mirada llena de dulzura. En

ese momento a Alfonso Sarría lo invade una mezcla de alegría y melancolía al entender algo, aunque ya sea tarde: que los otros también somos nosotros.

El vehículo se detiene frente a la tapia del cementerio y los hacen bajar. La pareja de la serrería se coge muy fuerte de la mano.

Caminan.

Se oyen disparos.

Hay un volar de pájaros que ya no volverán.

Cuando regresan al centro de Casetas, los milicianos detienen el vehículo frente a la iglesia. El cura manotea en el aire. Les dice que aún queda trabajo. Se sube a la camioneta en el asiento del copiloto y les indica el camino con el cañón de la pistola. Los encamina hacia la balsa, cerca de la sima, y después los hace girar a la derecha por un sendero de cañaveral. Les dice que un poco más adelante está la casa de la bruja, que tengan cuidado con el perro, que es de Satanás.

Aparcan a unos metros de la puerta y esperan a que se asiente el polvo. No hay rastro del animal. Un hilo de humo sale por la chimenea. El cura se acerca al ventanuco medio agachado, sin hacer ruido, o eso cree. Dentro de la vivienda hay una penumbra de velas encendidas y humo, pero distingue la melena roja de Hilaria sobresaliendo de la manta con la que se acurruca frente al fuego.

Le grita que salga, que se entregue, que está perdida, que se arrepienta de sus pecados. No obtiene respuesta. Esa miserable ni siquiera se digna a contestarle. El mosén nota la ira trepar por la garganta.

Se va hasta la puerta y le da una patada, pero es muy robusta y está firmemente atrancada.

—Podemos ir a buscar algo para echarla abajo —le dice el jefe del comando.

El cura se sonríe, se relame.

—Que arda como arden las brujas.

Manda rodear la casa para que no escape y él mismo prende fuego a las cuatro esquinas y algunos lanzan matas de tomillo encendidas al tejado. Encienden unos rebullos de hierba seca, les prenden fuego y los echan dentro a través del ventanuco. Al momento, todo arde en un incendio descomunal, han de apartarse unos metros por la fuerza

furiosa de las llamas y el calor agobiante. La cabaña se convierte en una hoguera en mitad de los campos. En pocos minutos, el tejado ardiendo se viene abajo y la casa se hunde sobre sí misma devorada por el fuego. El cura llega a ver cómo un pelo rojo se quema, se funde con el color del fuego.

Mucho rato después, cuando el cura y los milicianos se acercan a los rescoldos, buscan el cuerpo carbonizado de la Hilaria y no lo encuentran. El incendio ha sido tan virulento que solo hay brasas y una ceniza oscura que ya ha empezado a esparcir el viento.

La partida de perros, cazadores con escopetas y guardias civiles ha formado un amplio cerco que van cerrando sobre el Mudo, que ha huido hacia la cima de El Castellar. Escucha el aullido de la jauría acercándose y corre desesperado hacia la torre de doña Urraca. Es un sitio conectado a Torres de Berrellén por un camino de carro y no es un buen escondrijo pero tampoco tiene adónde ir ni le quedan fuerzas para dar un paso más. En ese torreón medio derruido está su destino.

Se mete boca abajo debajo de un saliente del murete. No es un escondite que pueda pasar desapercibido a los perros, que lo olerán enseguida, pero se queda ahí bien quieto, igual que se escondía debajo de la cama cuando su madre lo buscaba para llevarle a esos médicos de Zaragoza que le hacían daño. Se acurruca agotado en esa penumbra protectora, como si regresara al vientre de su madre, como si todavía no hubiera nacido y todo volviera a empezar. Nota una somnolencia dulce, como de canela. Cierra los ojos.

Los ladridos de la jauría crecen por el sendero del río. Las ruedas de un carro se acercan, se detienen las pisadas de los cascos, golpea en el aire el freno de palanca.

Un perro salta del carro. El animal da una carrera nerviosa y llega hasta su escondrijo guiado por su prodigioso olfato. Estirado como está, gira la cara hacia fuera y ve cómo lo observa atentamente un podenco muy delgado, mal alimentado. Encajonado ahí, ni siquiera puede bracear para alejarlo, aunque da igual, porque ya se acercan pasos. Las pisadas en el exterior se detienen y alguien se agacha para escudriñar lo que se esconde en ese agujero. El Mudo abre mucho su boca torcida cuando ve los ojos claros que lo miran, la piel del color y

la finura del aceite, el pelo que de tan negro parece verde. Y la sonrisa, esa alegría antigua que brota en el rostro de Fabiola al encontrarlo. Le tiende la mano.

Los gitanos le van a hacer ponerse un traje que parece un bañador de rayas blancas y azules, y una barba postiza muy negra. Él será un gitano más, el forzudo del circo. Viajará por el mundo sin ataduras, como un pájaro. Por las noches verá bailar a Fabiola descalza junto a la fogata, tocará el clarinete para ella, bailarán hasta que no quede un rescoldo en la hoguera. Los aullidos de los perros ya no los oye.

La noticia llega con el fin del verano, con el avance arrollador de los fusiles, con la caída de las primeras hojas, con el final de los sueños de la República. Uno que trabaja en Correos abre la puerta del almacén, donde se reúnen los de la banda cada martes y cada viernes con la esperanza de que regrese el maestro. La noticia se queda enmarañada en el aire y se les forman placas de escarcha en el pecho. El maestro Mariano ha sido fusilado en la cárcel de Torrero.

En ese libro de la Experta donde se anotan los pagos al fiado de todas las necesidades y todos los deseos, siguen escribiéndose líneas que son la propia historia de Casetas y de España, pero también de la Humanidad entera, empeñada en una guerra interminable consigo misma desde la noche de los tiempos. En las hojas ya no anota con su letra secreta cintas de colores, semillas o abrigos de invierno; ahora se anotan ataúdes, velos negros y corbatas de luto.

El nuevo director de la banda viste una americana cruzada azul marino y un brazalete con la bandera de España. Lleva unas gafas de montura dorada con cristales ahumados que no dejan ver qué hay en sus ojos. Pasa revista a los músicos con las manos en la espalda. Faltan el Mudo y tres más, pero nadie habla sobre lo que ha sido de ellos. Nadie pregunta porque el que pregunta recibe una visita en la noche y de ese paseo nocturno no se regresa. Tampoco está la Pili, le han prohibido tocar porque las mujeres decentes están en su casa para atender al marido y los hijos. Tampoco está Dámaso, que no lo han querido por lisiado.

El nuevo director de la banda, antes de sacarse del bolsillo la batuta, saca una pistola. La deja bien visible sobre una mesa para que todos la vean.

—Las chaquetillas. Al revés.

Se miran unos a otros y al principio no entienden.

—¡Que os pongáis las chaquetas del revés, coño!

El Regañao se pone tenso, la mano del Casa Grande le tira disimuladamente de la manga para que no diga nada. Jerónimo no hace el más mínimo gesto, ni a favor ni en contra, como si la cara se le hubiera quedado de yeso.

—¿Estáis sordos o qué?

Los músicos se miran unos a otros. Uno de los más nuevos empieza a quitarse la chaqueta y, después, lo siguen los demás. Los botones hacia adentro se les hincan en la carne. Con las costuras hacia fuera, la banda ofrece un aspecto ridículo. Los hace salir a la calle con esa pinta y formar en la plaza de las Escuelas. Se trata de humillarlos, de que la gente que pasa los vea como una cuadrilla de charlotada, de que todo el mundo sepa que en su sumisión a un ayuntamiento comunista han sido unos traidores a la patria.

El silencio pesa mientras el nuevo director los observa con gesto severo.

—Empezad a tocar —les dice en un murmullo.

—¿Y qué tocamos? —pregunta el señor Lezcano.

—¡Tocad una mierda!

Se arranca el señor Lezcano con los compases de un pasodoble y los demás lo siguen. Todo suena tan lento y triste que parece una marcha fúnebre.

Esa tarde los cita en el cine y les reparte unas partituras con el *Cara al Sol*, el himno de los que apoyan la revolución de algunos generales que terminará liderando un militar insignificante llamado Franco.

—Lo tocaremos antes de cada sesión. Al que desafine le pego un tiro.

Pone las manos en la espalda; en vez de dirigirlos, los vigila. Al empezar los compases del *Cara al Sol*, toda la gente ha de ponerse de pie y saludar a la romana, con la mano plana alzada. Jerónimo está concentrado en su saxofón, no quiere ni mirar a sus vecinos saludando a los que detienen camionetas por la noche frente a las casas y se llevan de madrugada a gente inocente que nunca volverán a ver. Cuando escuchan un motor en la noche, rezan a la Virgencica para que no se detenga delante de su puerta. Cuando se paran en la casa del vecino, todos se quedan muy callados, no se asoman ni a mirar por

la ventana aunque oigan gritos. Cuando el motor se aleja han de dar gracias a Dios por haberse salvado, pero es una forma de salvarse tan acobardada y miserable que los condena. La bruja le habló a Mariano de contagio. Una guerra civil es una enfermedad. Toca el *Cara al Sol* de los vencedores y al ensalivar la caña del saxofón siente un sabor muy amargo.

Durante los tres años de guerra, la banda queda militarizada y no pueden darse de baja; ha de tocar muchas veces el *Cara al Sol* y tragar mucha saliva negra, pero nunca sale de su boca una sola queja en público, ningún gesto que delate sus convicciones ni altere su gesto de aguilucho disecado. Trabaja en el campo, trabaja en la azucarera, va a la taberna lo justo y habla con la gente lo menos posible porque por la boca muere el pez.

El mismo día en que acaba la guerra, Jerónimo llega a casa y sabe que nunca más volverá a tocar. Julia le empieza a explicar que se ha acabado el carbón y ha tenido que recoger a escondidas carbonilla entre los raíles de la estación, pero Jerónimo no la oye. Abre las presillas del estuche, mira el saxofón de fito y, por fin, el hombre que nunca llora empieza a llorar.

# EPÍLOGO

Este libro, sin que yo entonces pudiera saberlo, se empezó a escribir a cientos de kilómetros de Zaragoza aquellas mañanas de domingo en que mi abuelo Jerónimo Iturbe nos llevaba al parque de la Ciudadela a escuchar la banda municipal sin decir nada, con la vista fija en los músicos, en un silencio que solo mucho tiempo después he comprendido. Al terminar la guerra mi abuelo nunca más quiso volver a tocar en todos los años de su vida. El saxofón se llevó a una casa de empeños de Zaragoza con su cargamento de marchas, pasodobles y zarzuelas de los tiempos de la República metidas en el cuello de cisne del tudel y se perdió para siempre. Quiero creer que alguien lo encontraría allí porque todo final siempre es el principio de algo y que, en alguna parte, ese saxofón seguirá sonando con un metal de esperanza.

Estas páginas, que se fueron amasando a lo largo de mucho tiempo, se terminaron de escribir un verano en un rincón del norte de Galicia, en una aldea llamada Igrexafeita donde, como diría Manolo Rivas, se da la vuelta el viento.

Una tarde caminé por un sendero entre la espesura, más allá de Solposto, donde en la noche reinan el jabalí, el raposo y la niebla. En esa hora del anochecer donde la luz es otra, me pareció atisbar entre la fronda de la fraga a una mujer con el pelo muy corto de color rojo que corría por el bosque como corre el corzo, con un perro a su lado que parecía un lobo. Supe entonces que la Hilaria aquella tarde de 1936 dejó atrás su melena cortada en el bulto de la manta rellena con ropa vieja y emprendió en secreto el regreso al norte. No me pregunten cómo podía saber las cosas antes de que sucedieran ni cómo

salió de la casa dejándola atrancada por dentro, porque no lo sé. Por suerte, nunca podemos saberlo todo.

# QUÉ FUE DE...

**Mariano Lozano Sesma**

Estas páginas no son una biografía, son algo menos preciso, más personal. Pueden llamarlo alucinación si quieren, porque ese territorio vibratorio entre la realidad notarial de los datos y el arrebato de la revelación tiene muchos nombres.

El personaje de Mariano es un homenaje a Mariano Lozano Sesma, al que no tuve la fortuna de conocer pero ya forma parte de las personas importantes en mi vida. Fue un clarinetista de la banda de Zaragoza nacido en Mallén la víspera del día de Reyes de 1905, que en el inicio de los años 1930 se hizo cargo de la banda de música del barrio de Casetas, donde vivían mi abuelo Jerónimo y mi abuela Julia. El éxito de la banda de música de Casetas que impulsó Mariano Lozano no es una licencia poética, sino que está documentado en las elogiosas reseñas que pueden consultarse en la hemeroteca del *Heraldo de Aragón*. Mariano Lozano acabó siendo muy querido por la gente y nombrado alcalde de Casetas en enero de 1936.

El 1 de agosto de ese año un grupo de falangistas fue a buscarlo a su domicilio. Subió en una camioneta aparcada frente al cuartel de la Guardia Civil junto a otros detenidos y lo llevaron a la cárcel de Torrero, en Zaragoza. El 27 de septiembre, moría fusilado en la prisión a los treinta y un años. Su nieto Pedro Jesús me contó que sus restos nunca se han hallado. Hoy día, una calle de Casetas lleva su nombre.

Fue su hija Marina Lozano, a la que entrevisté en una residencia de Mallén, la que me explicó emocionada que cuando su padre tocaba el clarinete, la gente lloraba.

**Joaquina Lerín**

En esa residencia de la tercera edad de Mallén, la hija de Mariano y

Joaquina, Marina, me explicó que después de la muerte de su padre cuando ella tenía cuatro años, las expulsaron a su madre embarazada, a ella y a su hermana de la casa del horno: «nos dieron 24 horas para salir de Casetas y nos tuvimos que volver a Mallén», y allí las acogió la tía Micaela. Pero Joaquina, pese al dolor, sacó a sus hijas adelante. Me contaba con ardor esas últimas palabras de su padre a su madre frente a los falangistas que vinieron a buscarlo: «¡Trabaja como una leona!». Lo hizo. Como Mariano le había enseñado a coser pantalones, arreglaba ropa para los hijos de las familias pudientes de derechas de Mallén. Sacar adelante a su familia pasaba por delante del rencor. De un italiano que vino para la guerra y se quedó, aprendió a hacer fideos. La tía Micaela le prestó el dinero para comprarse una máquina de hacer fideos que vendían en Gallur y se ganó la vida vendiendo pasta fresca por las casas. Su nieto Pedro Jesús Rueda Lozano me contó que era una mujer con muchísimo carácter. Nunca se vino abajo.

Marina Lozano no pudo estudiar música ni casi nada en aquella infancia durísima, pero su intuición para la poesía es maravillosa. Su instrumento musical es la palabra y explica las cosas como si contase un cuento. Su nieta Analía ha recopilado algunos de sus poemas y coplas en un delicioso libro titulado *Poemas de Mallén: Recuerdos*.

**Julia Calón**

Mi abuela Julia trabajó a destajo para sacar la casa adelante en una guerra y una posguerra devastadoras. Cuando paría la tocina y no tenía tetas para todos los lechones, ella agujereaba un guante para fabricar una tetina y al que no tenía dónde mamar lo alimentaba con un improvisado biberón en el regazo, no porque fuera animalista, sino porque lo necesitaban para comer. Arramblaba carbonilla entre los raíles con riesgo de que la detuvieran y no paraba de trabajar en el campo, con los animales o en las tareas de la casa. Tuvo cuatro hijos, el más pequeño, mi madre Felisa. Trabajó tanto que se le paró el corazón cuando aún no tenía cincuenta y cinco años. Nunca la conocí, pero mi madre siempre ha tenido una fotografía suya en casa para que nunca dejara de estar con nosotros.

**Señora Expectación, «la Experta»**

Siguió con su tienda de ultramarinos vendiendo al fiado, añadiendo líneas a ese libro suyo de necesidades y sueños. Unas veces le liquidaban las deudas y otras, quedaban pendientes para siempre. A nuestra familia la ayudó mucho. Cuando murió la madre de mi abuelo Jerónimo (la bisabuela Evarista) y en la casa no había un céntimo, mandaron a mi madre, que era una cría, a que le pidiera al fiado a la Experta un par de alpargatas negras para poder enterrar dignamente a la abuela. Ella le dio un par, que ya las pagaría cuando se pudiera. Y más cosas. Está enterrada en el cementerio de Casetas.

**Alfonso Sarría**

Señala el historiador de Casetas Emiliano Vergara Pérez en su libro *De Meçalmaçor a Casetas* sus reiteradas y brillantes actuaciones en las sesiones municipales, como el debate de abastecimiento de harina al hospicio de la Casa de Amparo o la oposición al cobro concertado de impuestos a los barrios rurales más desfavorecidos con una subida de un 10 % en un año, que logró parar. Tras el golpe militar de 1936 fue fusilado y enterrado en una fosa común en el cementerio de Casetas el 19 de agosto de 1936, tal y como figura en el libro de enterramientos. Cuando muchas décadas después se exhumaron los cadáveres, alguien muy fiable que estaba allí me explicó que supo que uno de ellos era con toda certeza el suyo porque tenía todavía jirones de venda en una mano.

**Concepción Felices López, «doña Concha»**

Fue directora de la escuela en Casetas. Una mujer de izquierdas profundamente comprometida con expandir la educación a todas las clases sociales. El historiador que ha sido alcalde de Casetas, Roberto Polo, rescata en un artículo escalofriante el testimonio de dos de sus alumnas que describen la «repentina» muerte de doña Concha, apenas una semana después del golpe de Estado. D.T., que entonces tenía nueve años, explica que: «Doña Concha era una persona amable y buena, pero que no daba clase de religión. El entierro de doña Concha no fue normal. Al entierro de una señora que era querida por la mayoría del pueblo, especialmente por los padres de sus alumnas, no pudo asistir nadie, ni vecinos ni compañeros, solo (el director de la escuela) don José Lasheras, doña Carmen, su padre, su esposo, el

señor José Peñafiel, y alguno más. La enterraron a primera hora de la mañana del día 28 de julio de 1936. Según su certificado de defunción, falleció a causa de un colapso al corazón en casa de sus padres, que vivían en la estación, ya que su padre trabajaba en los vagones cubas. El día después de su muerte, cuando llegó a la escuela doña Candelaria, que era la maestra del segundo grado de las niñas, doña Felisa le dijo que doña Concha había muerto de repente. Que como estaba enferma del corazón, con el calor no era de extrañar que se hubiera muerto. Pero lo que se le olvidó decir fue que, cuando llamaron a la señora Pilar para que limpiara el piso de doña Concha, había manchas de sangre en el suelo y en la pared. El señor Coca fue el encargado de encalar las paredes y dijo que tenían manchas de sangre».

**Ladislao Jiménez, «Ladis».**

Los datos aportados por el historiador Roberto Polo permiten recomponer su vida tras el golpe del 18 de julio. Es detenido por la policía y, tras someterlo a malos tratos, lo ingresan en la prisión de Torrero. La tortura, la prisión y el horror de aquellas primeras semanas tras el golpe de Estado llevan a Ladis a la locura. Sufre un fuerte ataque de psicosis y debido a su total enajenación es liberado. Tanto él como sus padres maestros y su hermano son suspendidos de empleo y sueldo. El rector de la Universidad de Zaragoza y presidente de la Comisión Depuradora de la Enseñanza, Miguel Allué Salvador, lo expulsa del cuerpo de docentes por ser enemigo de la religión y de la patria. Se exilian a Francia pero Francia los devuelve, aunque pueden llegar a la zona que todavía es territorio republicano. El avance franquista hace que haya de volver a Francia y pase año y medio confinado en un campo de refugiados y, después, en un batallón de trabajadores militarizados por el ejército francés. Tras la invasión nazi, es devuelto a las autoridades franquistas y pasa dos años en la cárcel. Se libra por los pelos en un juicio militar y es condenado a destierro de Aragón. Se casa y tiene dos hijos, pero no le permiten ejercer magisterio ni abogacía, sus dos carreras. En 1949 abandonó España con su familia con destino a Argentina y allí, por fin, pudo volver a ser maestro.

**La Tía María y Tomás Cunchillos**

La Tía María, que apodaban la Catalana, fue panadera durante años y nadie se fue nunca de su horno sin pan, con dinero o sin dinero. Su hermano panadero, Tomás, tuvo tres hijos. Sus hijas, Obdulia y María, jugaban al escondite por los vericuetos del horno con Carmen y Marina, las hijas de Mariano Lozano y Joaquina. La Tía María se crio de la misma teta de mi bisabuela Evarista que mi abuelo Jerónimo. María y Obdulia a mi abuelo lo llamaban tío. El tío Castro. Yo he considerado a María y Obdulia tías mías; y los hijos de la María, mis primos. Fue la Obdulia, mientras me sacaba toneladas de galletas, embutidos y todo lo que tuviese en la nevera, quien me contó que el director de la banda, que era sastre, vivía en una vivienda anexa al horno de la calle de la Parra. Me explicó algo que yo no me habría atrevido a inventar: en esa casita que acabaría convirtiéndose en el despacho de pan que yo conocí de pequeño, en una de las ampliaciones había en las paredes unas pinturas sobre el mismo yeso que permanecieron ahí durante años. Cuando dijeron de pintar y taparlas, la Tía María se negó rotundamente. Esas pinturas permanecieron allí durante tantos años que al paso del tiempo ya nadie recordaba por qué se pintaron.

**El horno**

En ese horno de la calle de la Parra donde vivieron Mariano y Joaquina, la música se quedó atrapada en las paredes. Germán, el hijo de Tomás, hermano de Obdulia y María, tenía adosada al horno su casa y su estudio. Es un músico y compositor muy respetado, llegó a dirigir la escuela de música de Casetas y es el autor del himno de Casetas. Mis primos de leche salieron todos músicos: de pequeño los veía tocar la guitarra con mucho nervio. Lolo fue batería del grupo Barón Rojo de Zaragoza y su hermano Abel fundó la mítica banda de rock zaragozana Pedro Botero, en la que tocaron los hermanos Chirri y Rubén, que ha sido su voz y alma de la banda en todos estos años. Y sigue en la brecha. Los Pedro Botero ensayaban en una sala del horno y un verano Rubén me gritaba al oído las letras de las canciones en medio de las guitarras atronadoras. Otro de los hermanos, Marcelo, ha tocado en muchos grupos, tiene su música en Spotify y toca un par de

veces al mes al aire libre frente a un local muy céntrico de Zaragoza. La biblioteca de Casetas, que lleva adelante con mucha pasión la bibliotecaria Pili Garro, está especializada temáticamente en la música. La música se ha quedado prendida en estas calles.

**Dámaso Campalans, Dámaso Casans… y la esperanza**

Dámaso Campalans es un personaje inspirado de manera afectuosa en el maravilloso músico de Casetas Dámaso Casans. Empezó tocando la trompa en la banda de Casetas en 1930 a los once años con el maestro Mariano Lozano. Tener menos dedos no le impidió a Dámaso Casans después de la guerra seguir ensayando con tenacidad y talento hasta convertirse en un prestigioso trompetista. Fundó su propia banda, la Orquesta Canadá, y fue director de la escuela de Música de Casetas durante décadas. A final de los años 1980, su generosidad como maestro hizo que, tras años de escucharse poca música en Casetas, volvieran a florecer las alegres charangas en el barrio. Es la prueba de que Mariano Lozano Sesma no fracasó, que su dedicación y su lucha no fueron en balde. Su afán por formar a la gente humilde en la música para que sus vidas fuesen extraordinarias no pudo ser derrotado: ese afán vivió en Casans y su trompeta, y él nunca se olvidó del maestro Mariano. Les habló de su clarinete embrujado a todas las generaciones de músicos que pasaron delante de su atril, les transmitió esa vibración que se queda sostenida en el aire como un pájaro en mitad del viento. Pese a todas las tragedias y todas las derrotas, el maestro sembró algo que sobrevivió a su muerte, que sobrevivió a la guerra, que sobrevive a todas las guerras. En cada persona que se emociona con la música vive el espíritu de Mariano Lozano Sesma.

Este libro surgió de la inquietud de entender de qué materiales está hecha la música, que no tiene peso, ni color, ni olor, ni forma, pero nos estremece, nos perturba, nos acompaña, nos emociona, nos transforma. Buscaba respuestas, pero al final la respuesta siempre es la propia búsqueda. Tal vez la música esté hecha de la misma materia con la que se forman dentro de nosotros los remolinos de la esperanza.

# AGRADECIMIENTOS

Pedro Jesús Rueda Lozano y Marina Lozano Lerín me conectaron con Mariano y Joaquina de manera maravillosa. Poder hablar con Marina fue un regalo.

Roberto Polo, profesor e historiador que ha sido alcalde de Casetas, me ha aportado datos y momentos cruciales para estas páginas. Desde la visita de Hemingway al maestro Ladis, que podría tener su propio libro y ojalá Roberto se decida un día a escribirlo. Sus observaciones minuciosas y atinadas me han resultado una gran ayuda.

Pili Garro me abrió la biblioteca de Casetas, especializada en música. Siempre dispuesta y batalladora, me consiguió libros difíciles de encontrar, me facilitó el escrito impactante y doloroso de Dominica Tejero. Ha sido un apoyo constante.

Sebas Redondo es un filólogo de extrarradio del que me fío mucho. Leyó el borrador final y su lectura me ayudó a superar mis aprensiones y dar los martillazos finales porque cuando escribes siempre te parece que el pez de colores que persigues se te ha escurrido entre los dedos.

Marc Ariño es un violinista de paciencia infinita que tiene el don de enseñar música. Él no solo me ayudó a pulir algunos errores en asuntos musicales, también me hizo darme cuenta de algo muy importante que yo había contado mal en la primera versión de este libro: el silencio no es enemigo de la música, sino que forma parte de ella.

Toda la familia Bartolomé Cunchillos me ha ayudado de manera crucial. El Chirri, el encantador panadero forzudo de la familia, y María Jesús me mostraron el libro de Emiliano Vergara Pérez *De*

*Meçalmaçor a Casetas*, donde se sitúa a Mariano Lozano en el número 8 de la calle de la Parra, en la que su abuelo era el panadero Tomás y su tía abuela, la María la Catalana. Agradecido también a Emiliano Vergara por su trabajo minucioso.

Las conversaciones con la Obdulia, lúcida y maravillosa conversadora a sus ochenta y *muchismos* años, han sido muy importantes.

La persona que más me ha acompañado en la creación de estas páginas ha sido Lolo Bartolomé. Mil operaciones torcieron su boca pero no pudieron torcer su generoso sentido del humor. Forma un dueto de complicidad infinita con la sonrisa de Fabiola. Juntos descubrimos la única carta manuscrita de Mariano Lozano que se conserva en el Archivo Municipal de Zaragoza y nos emocionó reseguir su bonita letra manuscrita, sentir que él estaba en esas cuartillas. Me presentó músicos de Casetas y gente que podía saber algo de la banda en esos años, pero sobre todo, fue quien me llevó a ese recodo misterioso donde el Jalón y el Ebro se reúnen para caminar juntos hacia el mar.

*Música en la oscuridad*
Antonio Iturbe
La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Dino Valls - VESPULA (óleo sobre tabla, 2017, detalle)
© Antonio Iturbe, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2024
ISBN: 978-84-322-4357-8 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

## ¡Síguenos en redes sociales!